



General
Bernardo Reyes

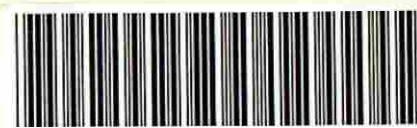
El

EJÉRCITO

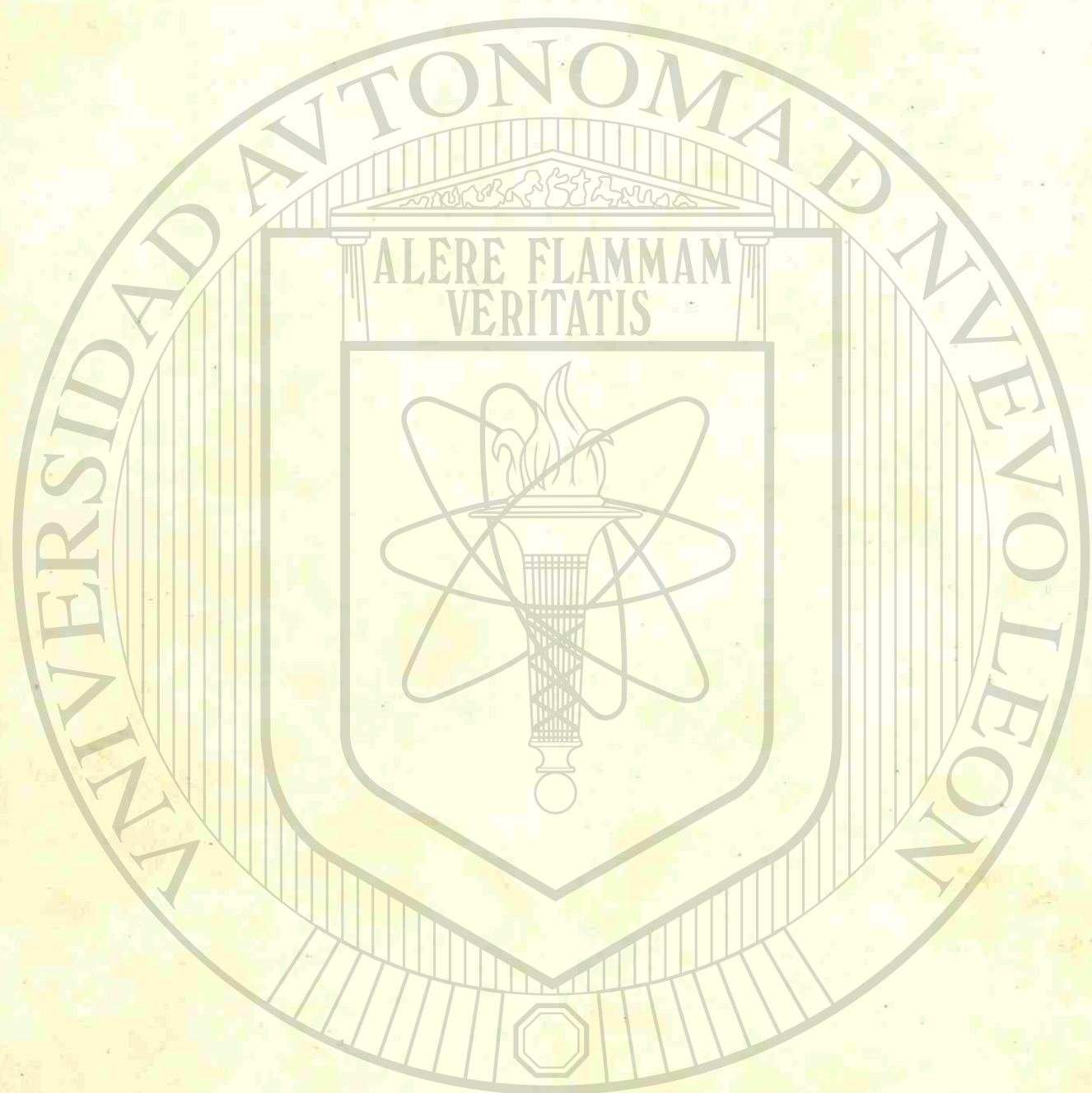
MEXICANO

EL EJERCITO MEXICANO

F1227
.R45
1901



1020133938

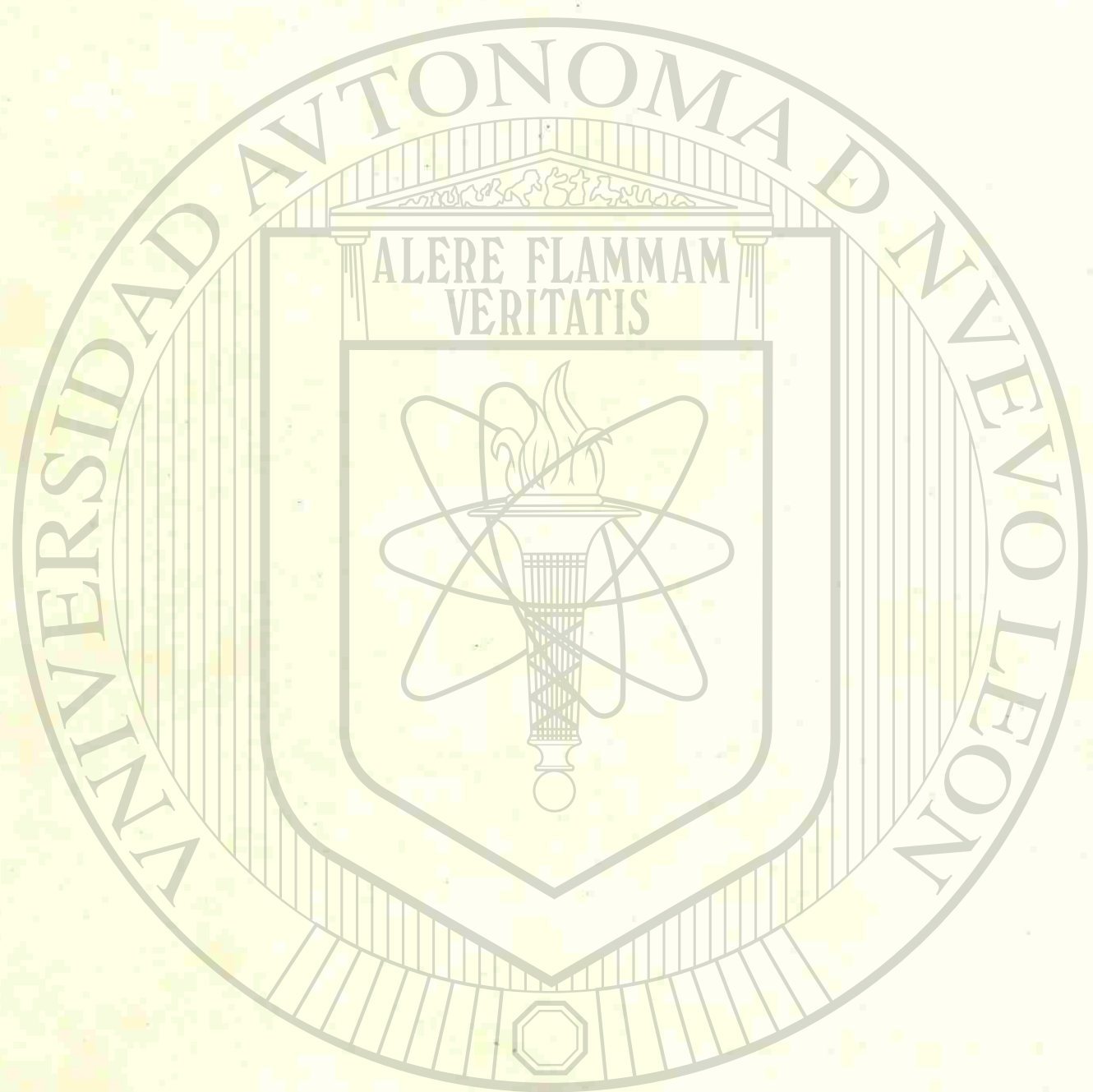


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL
EJÉRCITO MEXICANO

*En demostración de aprecio,
al Sr. Dr. Amado Fernández*

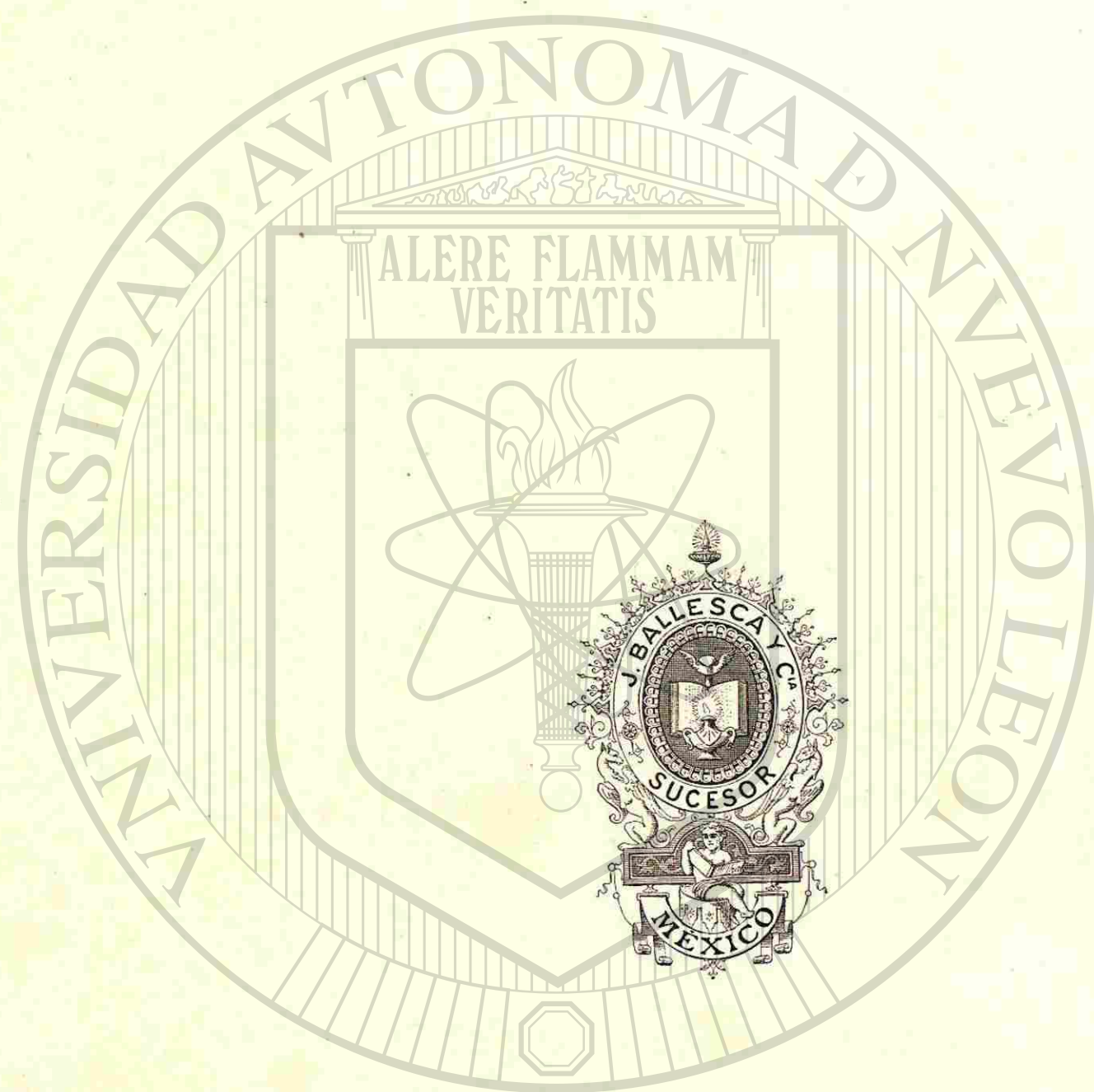
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Monterrey, Oct. 1909.

F1227
R45
1901

0138-21260



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO
PEREZ MALDONADO

**Trofeos de guerra existentes
en el Museo de la Maestranza de Artillería de México**

1. Estandarte de Hidalgo.
2. Bandera del segundo de Oaxaca.
3. Estandarte imperial.
4. Pabellón de Querétaro.
5. Pabellón de Querétaro.
6. Bandera norteamericana, tomada en La Angostura.
7. Bandera texana.
8. Bandera imperial.
9. Bandera de Morelos.
10. Bandera tomada a los austriacos.
11. Cañón de Hidalgo.
12. Cornetas con que se tocó diana en el sitio de Cuautla.
13. Espada de Maximiliano.
14. Espada de Morelos.
15. Cañón de bronce, de 74 milímetros, que perteneció a Morelos.
16. Pistola de Bravo.

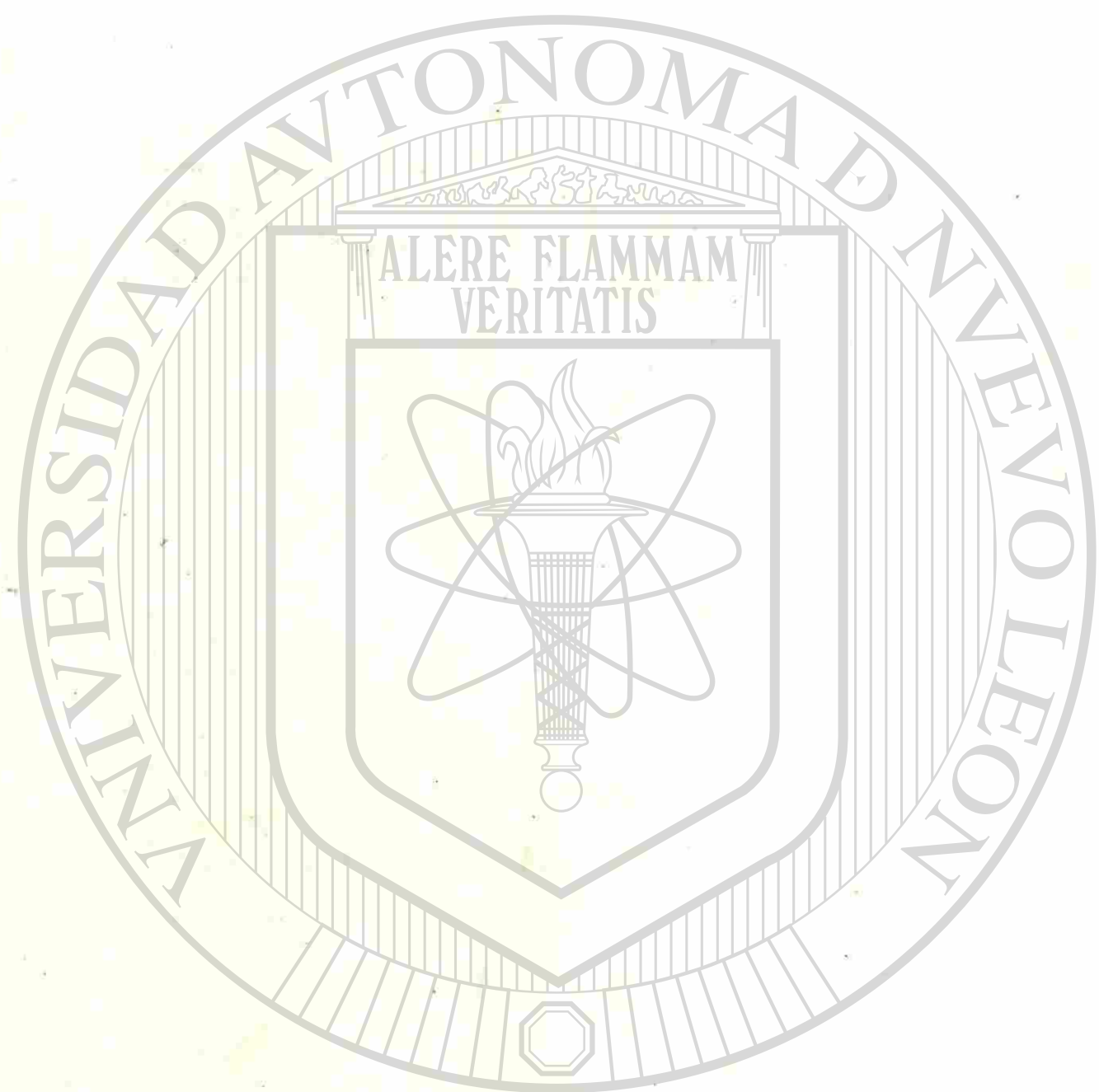
F122
.R45
1901



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





EL

EJÉRCITO MEXICANO

MONOGRAFÍA HISTÓRICA ESCRITA EN 1899

POR EL

General D. Bernardo Reyes

PARA LA OBRA

MÉXICO — SU EVOLUCIÓN SOCIAL

EDICIÓN ESPECIAL

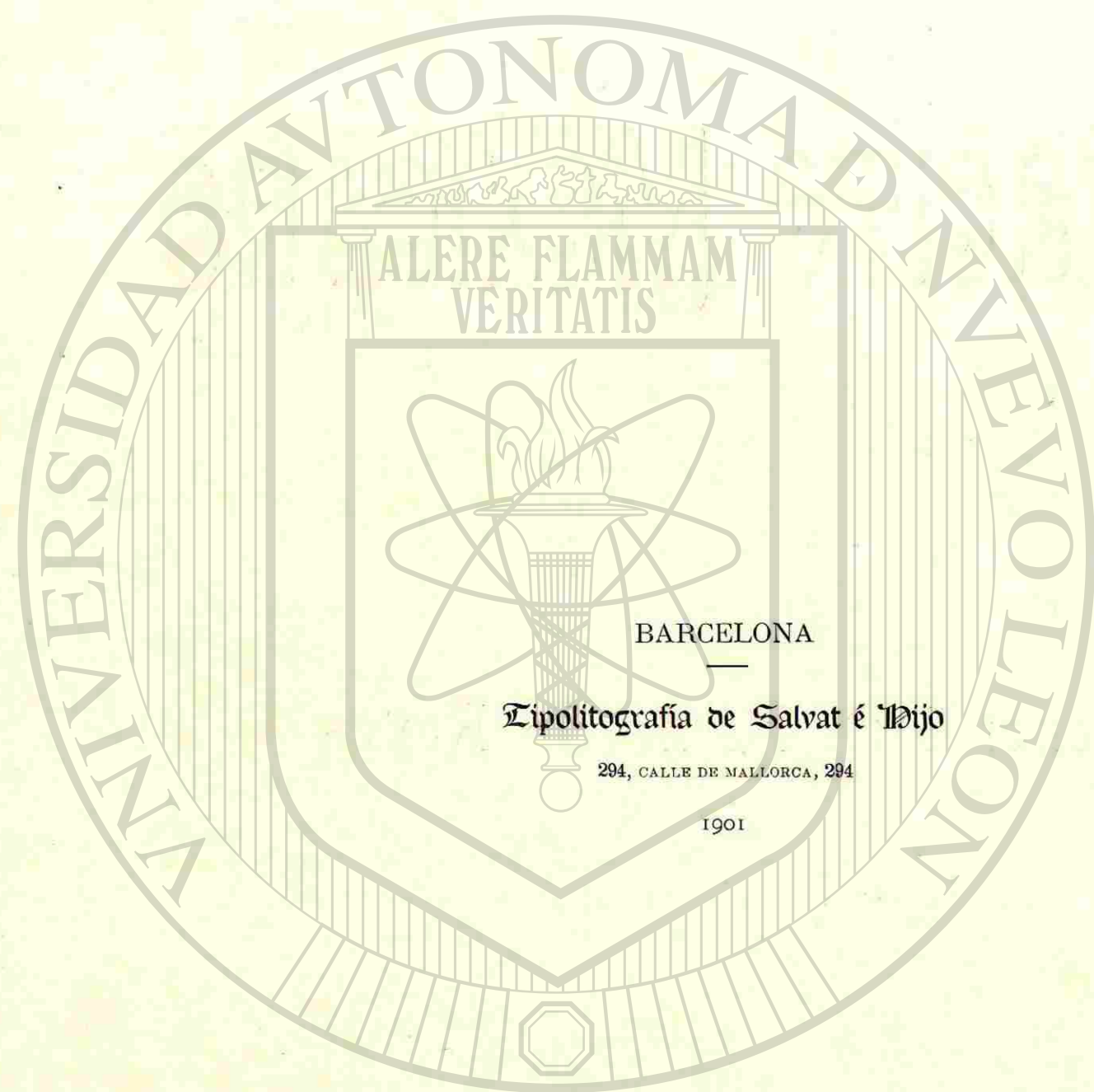
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

J. BALLESCA Y C.A., SUCESOR, EDITOR

1901



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



EL EJÉRCITO MEXICANO¹

Introducción.—Vamos á pre-
sentar al Ejército mexicano, y
tenemos que hablar de sus ori-
genes, de las razas que forma-
ron sus contingentes, de la
sangre y de los nervios que
concurrieron á dar vida al pro-
toplasma, de los ideales que lo
iluminaron, de la escuela de
sus dolorosas experiencias, y
de las enseñanzas en que se
ilustrara. Todo ello lo haremos
con la brevedad que demanda

¹ Quien sólo quiera cono-
cer la situación presente del Ejér-
cito, que lea el párrafo titulado:
Resumen. El Ejército actual.

el limitado espacio de que en este libro disponemos, y hay que advertir que la vida del Ejército es la vida de México; la reseña de esa institución es una reseña nacional, dado que nuestro país ha sido esencialmente militar, hasta hace pocos lustros, en que, conquistada la paz, entró en una nueva era.

Si abrimos los ojos atentos á la Historia, miramos las venerandas sombras del pasado alzarse melancólicas, solemnes, y hablarnos de los tiempos que no son; las oímos decirnos qué moléculas integraron el ser que hoy nos alienta; qué rayos de luz, al pensamiento que nuestros espíritus enciende; qué sangre, empapando nuestros campos, marcó la vía en que caminamos; qué sacrificios nuestros mayores consumaron; qué angustias sufrieron, y á qué heroicidades elevándose, una patria con gloria nos legaron.

Antes de la conquista de México, y su consumación.—El guerrero salvaje, la tribu, en la lejanía de los tiempos se nos presenta sobre nuestro suelo de esmeralda y bajo nuestro cielo de zafiro; cúbrese bajo la arboleda sombría, se eleva á la montaña enhiesta, y lucha furiosa por la presa.

Los aztecas, procedentes del Noroeste del territorio americano, tras peregrinación de siglos, obedeciendo al vaticinio de sus augures, en 1312 toman asiento entre enemigas tribus, en el valle que denominaron de México, por su guerrero dios *Meshitli* ó *Huitzilopostli*; y armando el arco y enristrando el chuzo, lanzan su aterrador alarido de combate.

Se suceden activas y desoladoras campañas, y los penachos de llamas de los pueblos incendiados marcan el paso de la falange azteca, á la cual se diera el nombre de meshica, por el territorio que ocupara. Más de un siglo pasó, los aztecas habían formado un poderoso imperio, al cual llamaron *Anáhuac*.

La ciudad de México, formada sobre un lago, y al lado del bosque grandioso de Chapultepec, con el dosel purísimo de su cielo transparente, fué la metrópoli á donde concurrían de todas partes los príncipes y reyes tributarios.

La conquista ensanchaba el Anáhuac, y al comenzar el siglo xvi se extendía desde el reino de Michoacán hasta la frontera de Guatemala, y del Golfo, en el mar Atlántico, hasta las costas del Pacífico, en el Sur, teniendo en el interior algunos lunares, como el independiente reino de Tlaxcala, que se había conservado en virtud de un pacto impolítico, impuesto por los mismos meshica, en perjuicio suyo. Habíase consentido por los señores del Anáhuac la subsistencia de Tlaxcala, para efectuar con los tlaxcaltecas la periódica guerra sagrada, en que se hicieran los prisioneros que debían, de tiempo en tiempo, sacrificarse en aras del dios de los combates, al que los aztecas rendían adoración. Así, por virtud de ese pacto, respetaron las fronteras de aquel reino tlaxcalteca, y así enseñaron á combatir á sus guerreros.

Los principales honores, las franquicias, eran en ese pueblo belicoso para sus bravos soldados, que formaban una casta superior á la de los sacerdotes. Para ellos las glorias en las luchas, y las comodidades y distinciones en la paz. Por lo demás, fué la guerra el estado social entre los aztecas ó meshicas; pues que no ocupando permanentemente los países conquistados, é imponiéndoles tributos después de vencidos, los dejaban en condiciones de rebelarse, y esas rebeliones se sucedían.

Desde la niñez se preparaba en la familia á los varones para las fatigas del combate; y al cumplir cierta edad, se entregaban, ya jóvenes, al Estado, para que hicieran su aprendizaje militar, y concurrían á prestar ciertos auxilios en la campaña.

Hablaremos de la organización de las tropas, las que, en tiempo de paz, se ejercitaban en alardes y simulacros. Las jerarquías se mantenían rigurosamente; tres grados subalternos ascendían sobre el soldado, y ellos se alcanzaban según el número de prisioneros que al enemigo cada quien hacía. Sobre estos subalternos, se elevaban los guerreros de casta; su primer escalón era el de caballero *otomilti*, jefe de *calpulli* ó escuadrón, compuesto de 200 á 400 guerreros, cuyas fracciones ó escuadras eran mandadas por dos subalternos cada cual. Dicho caballero usaba un alto plumero que servía de bandera á sus soldados; y ascendían sucesivamente sobre él, los caballeros tigres ó leones y los águilas. Mandaban los primeros, grupos de cuatro ó seis escuadrones, que semejaban nuestras brigadas actuales; y los últimos, tres ó cuatro de esos grupos, pareciendo tal conjunto á nuestras divisiones. El distintivo de tales altos

jefes, era el tocado, que consistía en la cabeza disecada del animal que les diera su nombre, y en los mantos de pieles ó plumas de los mismos; á guisa de morrión tales cabezas, y á guisa de armadura aquellos cortos mantos. Se adornaban además con grebas, con collares y pulseras.

Entre los caballeros aquellos, se escogían los del Consejo del Rey, que decidían sobre las cuestiones internacionales, buscando la aprobación del monarca, que los presidía como jefe supremo de las tropas. Llegaba á darse el nombre de caballeros del sol á esos consejeros áulicos.

Los escuadrones de veteranos formaban la infantería pesada, armada de lanza, maza ó macana, con *chimalli* (escudo); y los jóvenes, la infantería ligera, que llevaba arco y flecha, dardo ú honda. Estos no podían usar chimalli, y los jóvenes auxiliáres en aprendizaje, les ayudaban con sus escudos á defenderse. La madera, la obsidiana y el cobre eran los materiales para la construcción de las armas ofensivas, y el cuero crudo para los escudos. Más ó menos adornadas eran las armas, según la categoría de los guerreros, y la lanza era arma de distinción. Algunas moharras, las de los príncipes, llegaban á fabricarse de oro. Para la defensa usaban, en lo general, el sayo de entrepaños de algodón, con cueros de fieras encima, y cascos ó morriones más ó menos ornados con plumas de colores.

El rey, asistido por tres caballeros-águila, mandaba las grandes divisiones de que se componía la hueste toda, y á las fuerzas de los aliados.

Había almacenes de armas que se fabricaban por los meshica y se recogían de los tributarios; había empleados diversos para la administración militar, y era muy cuidado lo referente á municiones de boca.

Careciéndose de bestias de carga, se hacía uso, para llevar víveres, de los hombres que no estaban en condiciones de poder servir en el ejército, y éstos eran conducidos ordenadamente. Por lo que toca á los soldados, al emprender expediciones llevaban generalmente bastimento para dos días, y después se les surtía ya del que era á cargo del Cuerpo de Administración, ya del que se encontraba en los lugares por donde las fuerzas pasaban.

Además del valor que se atribuye á los meshica, los alentaba el fanatismo. Creían cumplir con el más hermoso deber al morir en la guerra por su dios, y al salir á campaña oraban y se ofrecían en sacrificio. Cuando la guerra cesaba, la mayor parte de las fuerzas se retiraba del servicio activo, quedando sólo destacamentos para la seguridad de ciertos puestos, y de los depósitos de armamento.



Guerrero meshica

Los meshica tenían por sistema fortificar las plazas, y con especialidad un lugar dominante sobre ellas, á guisa de ciudadela, á cuyo lugar se daba una forma piramidal, con gradería en derredor. Se ejecutaban obras de fortificación permanente, diversas, ya rodeando de foso y muro el lugar, ya valiéndose de esos medios, y de fuertes como los antes descritos, para asegurar un campo ó una montaña que se hallase en sitio estratégico.

En cuanto á la marcha de las tropas, la hacían en orden regular, llevando vanguardia y guarda-flancos, y atrás de lo que hoy llamamos impedimenta, una fuerza que cubriese la retaguardia. Al rendir jornada, se buscaban puntos dominantes para establecer los campamentos, y se hacía el servicio de seguridad de los mismos. Cuando se creía necesario, con palizadas, piedra y alguna zanja se cercaban los campamentos militares.

En marcha para la guerra, se hacía uso del espionaje y la exploración sobre el enemigo. Para principiar el combate, la táctica más general era avanzar una especie de guerrillas de honderos al frente, en grupos de cinco ó seis, espaciados con un intervalo de más ó menos extensión, según la solidez que se quisiera dar á esa primera línea; á retaguardia de ella, y en disposición de avanzar para interpolarse con los honderos, ó para tomar los flancos, iban otros grupos semejantes de flecheros, y luego en columnas paralelas marchaban las grandes divisiones de que el ejército se componía. Al fin se colocaba la reserva, de los escuadrones de los escogidos, con otros de los soldados jóvenes. Así las fuerzas, con señales dadas con los caracoles ó con el *teponashli* (tambor), ejecutaban ciertos movimientos, ya á vanguardia, ya á los flancos ó retaguardia. En la batalla campal, sabían tomar, sin desorganizarse, los costados y espalda del enemigo, y usaban de la emboscada cuando la creían propicia, á cuyo efecto solían emplear falsas retiradas. Practicaban sorpresas, haciendo expediciones rápidas en el peso de la noche.

Cuando se trataba de atacar puntos fortificados, establecían cercos para preparar el asalto, ó desde luego se lanzaban á él, si ofrecía probabilidades de éxito. El paso de los ríos no vadeables lo ejecutaban en balsas, y aun solían hacer puentes provisionales con cuerdas, carrizo y maderos. Los muros de las ciudades los destruían con instrumentos comunes para abrir brechas, y las alturas las escalaban con los medios que improvisaban según las necesidades que de antemano se preveían.

La justicia militar hacía sentir su severidad, y siempre respetaba las jerarquías, por lo que toca á que sólo el superior podía juzgar al inferior.

Sin embargo de todos esos medios de disciplina, de organización y de táctica, y sobre todo, del legendario valor de los meshica, no llegaron á formar una gran nación; y es que no mezclaban la raza con los subyugados, no procuraban la comunidad de intereses entre vencidos y vencedores; sino que al contrario, aniquilando á los pueblos que dominaban, con tributos exorbitantes, ahondaban más la separación y creaban gérmenes de odio, que más tarde ó más temprano, en el primer momento propicio, daban sus amargos frutos.

Sea como fuere, Anáhuac, en reducida proporción, fué un reino á semejanza del imperio romano, guerrero, altivo, dominador. Y origen aunque remoto de nuestro Ejército, fueron aquellas huestes meshicas, que, uniéndose con sus aliados, llegaron, al ir finalizando el siglo xv, á tener un efectivo de 24.000 hombres de armas, que formaban un cuerpo expedicionario.

Magnífico espectáculo sería ver á las primeras doradas luces del sol, sobre otero de esmeralda, á aquellas huestes pintorescas, avanzando sus columnas paralelas en formación. A la cabeza los grandes jefes águilas, cubiertos de trajes ornados de oro y vistosa plumería; los caudillos tigres y los leones, con sus cascos fantásticos y sus lucientes pieles; cada escuadrón con su jefe al frente; pintadas de rojo las caras de los soldados; brillando las armas de obsidiana y de oro; en los escudos, los espejos deslumbradores de piritá, y arriba, como una onda flameante, los penachos de plumas de colores; atrás, las cargas, y en último término la retaguardia de guerreros escogidos. ¡Fantástico, pintoresco alarde, en que juegan la vida y la luz en el cuadro lleno de matices, al que sirve de dosel un cielo esplendoroso!

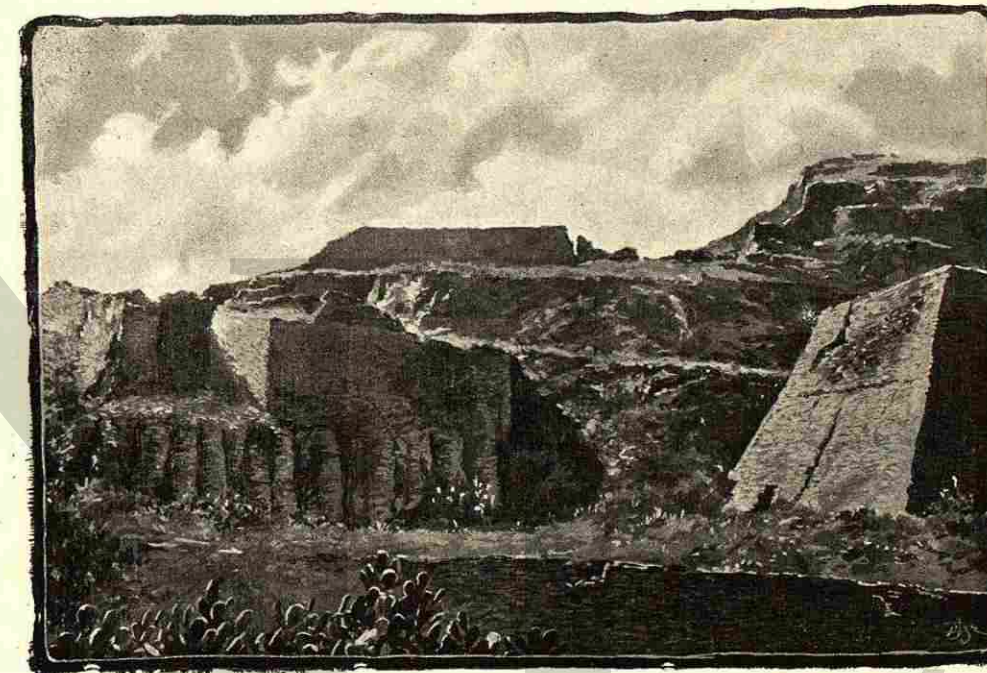
Otro elemento debía mezclarse al aborigen, para producir una raza nueva. Descubierta por Colón la América en 1492; habiendo venido después las expediciones militares á las islas del Archipiélago de las Antillas, hasta 1519 es cuando en México se tienen vagas noticias del acontecimiento.

Estaba vaticinado por boca del mismo dios de los meshicas, según el decir de sus sacerdotes, que hombres venidos de Oriente destruirían el reino meshica y cuantos á su alrededor se encontrasen; y el fanatismo, cada día más arraigado, contribuía á que el pronóstico hiciera caer en el más completo desaliento á los pueblos, ante lo inevitable de su ruina próxima.

Procedente de Cuba la primera armada española, la de Hernán Cortés, al principiar el año de 1519, llega á nuestras costas pintorescas, pobladas de tribus diversas por los meshicas vencidas, pero nunca con los meshicas aliadas; tributarias de ellos, sí, pero guardando contra el dominador azteca su natural encono. Aquella primera expedición se componía de once navíos, con rodeleros de espada, ballesteros, escopeteros, soldados de caballería y catorce cañones: en conjunto, 673 españoles, bien pertrechados los infantes, con armaduras y cascos de luciente hierro los jinetes sobre el volador caballo, nunca antes visto en la tierra americana.

Parcialmente Cortés, venciendo á unos, haciendo sus auxiliares á otros, se interna valerosamente, sin temor de que aquella tierra desconocida, aquella inmensidad de infinitos horizontes, devorase su temeraria legión de bravos aventureros; y advierte el gran núcleo de resistencia en el imperio mexicano, que Motecuhzoma II, un fanático rey, amedrentado por los augurios fatales, regía entonces.

Aliados al capitán español los tlashcalteca, aumentan su fuerza con 8.000 guerreros; y así, entre amistoso y hostil, llega hasta México, y pide cuarteles al emperador de Anáhuac, que se los concede. Una serie de peripecias que sería largo referir, se sucede; más españoles arriban á nuestras costas, y de enemigos de Cortés que ellos se mostraron en un principio, acaban por aumentar sus filas; éste, astuto y atrevido, aprisiona á Motecuhzoma, por medio de un golpe de mano, y el monarca azteca se presta después á sus designios de dominación, expresando á sus súbditos que voluntariamente se halla con su familia y servidumbre en los cuarteles de los invasores.



Muros escalonados de la Quemada

Habiendo Cortés estado ausente de la capital de Anáhuac, su teniente, D. Pedro de Alvarado, ejecutó actos tales, que los meshica se le rebelaron, no obstante la mediación de su real prisionero, á quien no obedecieron más. Sitiados los españoles y aliados, en los cuarteles que tenían, y combatidos sin cesar, llega en su auxilio el ausente capitán Cortés, y se le deja libre la entrada por los indios. La verifica trayendo más tropas; se le ve por las calzadas formadas sobre aquella especie de isla, en donde la ciudad imperial se levanta, marchando al frente de 1.300 peones, 96 caballos, 80 ballesteros, 80 arcabuceros, 8 cañones y unos 4.000 tlashcaltecas. No bien acabó aquella columna de alojarse, cuando ya en son de guerra queda sitiada, juntamente con la demás gente advenediza que en la ciudad de antemano existía. Comienzan y se suceden los ataques, la defensa, las salidas ofensivas, y así pasan cinco días, del 24 al 29 de Junio del año de 1520. Destruídos en parte los muros de los cuarteles que á los invasores abrigaban, con pocos víveres, y visto que sus cañones y arcabuces no intimidaban ya á aquellos bravos aztecas, que se lanzaban á pecho descubierto sobre ellos, pisando los cadáveres de los que les precedían, Cortés intentó en vano hacer valer la autoridad de Motecuhzoma, para que se le permitiera salir de la ciudad. Aquel

rey, cuando se dirigió á los suyos desde una altura, fué anatematizado por la muchedumbre, que sobre él lanzó piedras que buscaran su muerte, y maldiciones que le siguieran en la eternidad. En tales condiciones ese rey, y herido por aquellas piedras, viendo que ya no podía servir más á sus miras, manda el capitán español que acaben con su vida. Tras ello, perdida toda esperanza, se prepara á efectuar una salida.

Pasaba esto el día 29, y su operación quedó dispuesta para la noche siguiente, que se prestó con su obscuridad y lluvia al intento de Cortés.

Desde la noche del mismo 29, había el conquistador cegado algunas acequias que le cortaban la retirada, obstruyendo las calzadas por donde tenía que salir. Además, armó un puente portátil, que conducirían 300 tlascaltecas y 30 españoles, para franquear los canales que tenían que encontrar á su paso; y con el lodo á los pies, la lluvia arriba, y las sombras en derredor, se mueven las tropas para emprender su salida. La columna es batida con furia; es atacada por el frente y los flancos; la vanguardia y centro de la misma, salen dejando regueros de muertos en su camino; parte de la retaguardia, combatiendo y echándose á las zanjas y canales, llenándolos con sus cadáveres, apenas puede seguir; y la extrema retaguardia, cortada enteramente, tiene que retroceder hasta su cuartel, en donde después es vencida, y los prisioneros todos sacrificados en aras del dios Huitziliposhli. En las varias refriegas, y especialmente en la derrota de esa noche, los invasores y sus aliados deben haber perdido 1.000 españoles, 4.000 tlascaltecas y 80 caballos, sus tesoros y su artillería, quedándoles unos 600 españoles, 3.000 indios y 24 caballos.

En Popotla, al pie de un gigantesco ahuehuate que existe aún, Cortés desmontó para ver de organizar los ensangrentados restos de su destrozado ejército; y las lágrimas corrieron de sus ojos, en aquella noche cuyo calificativo de *triste*, la historia le ha guardado. Al fin de seis jornadas, cortas en extensión y grandes en duras fatigas y peligros, salen los derrotados españoles y sus aliados del Valle de México, sin haber dejado en su camino de combatir contra falanges indias que los hostilizaran. Después, siguieron dos recios combates, hasta que el 8 de Julio llegó Cortés al amigo reino de Tlascala.

Expediciones, diversas luchas, constantes trabajos para organizar á los aliados, llegada de más fuerzas españolas, se sucedieron; y el activo y valeroso Cortés, batiéndose hoy y trabajando siempre, aumentaba más y más sus elementos.

El príncipe Cuauhtemoc, que tras la muerte del rey que sucedió á Motecuhzoma, ocupara el trono, joven y valeroso, se arrojó á la tremenda lucha en que de antemano sabía que tendría que sucumbir con su imperio, rodeado como estaba de pueblos enemigos, y con los españoles á la cabeza de ellos; pero su resolución era hundirse entre las ruinas del Anáhuac, *sin miedo en el corazón ni vergüenza en el rostro*: tales fueron sus viriles palabras en presencia de su consejo. Algunos de los suyos abogaron por la paz; entre los partidarios de ella había grandes señores, y sin detenerse á considerar su alta posición, hizo el príncipe, para mejor escarmiento, rodar por el suelo sus cabezas.

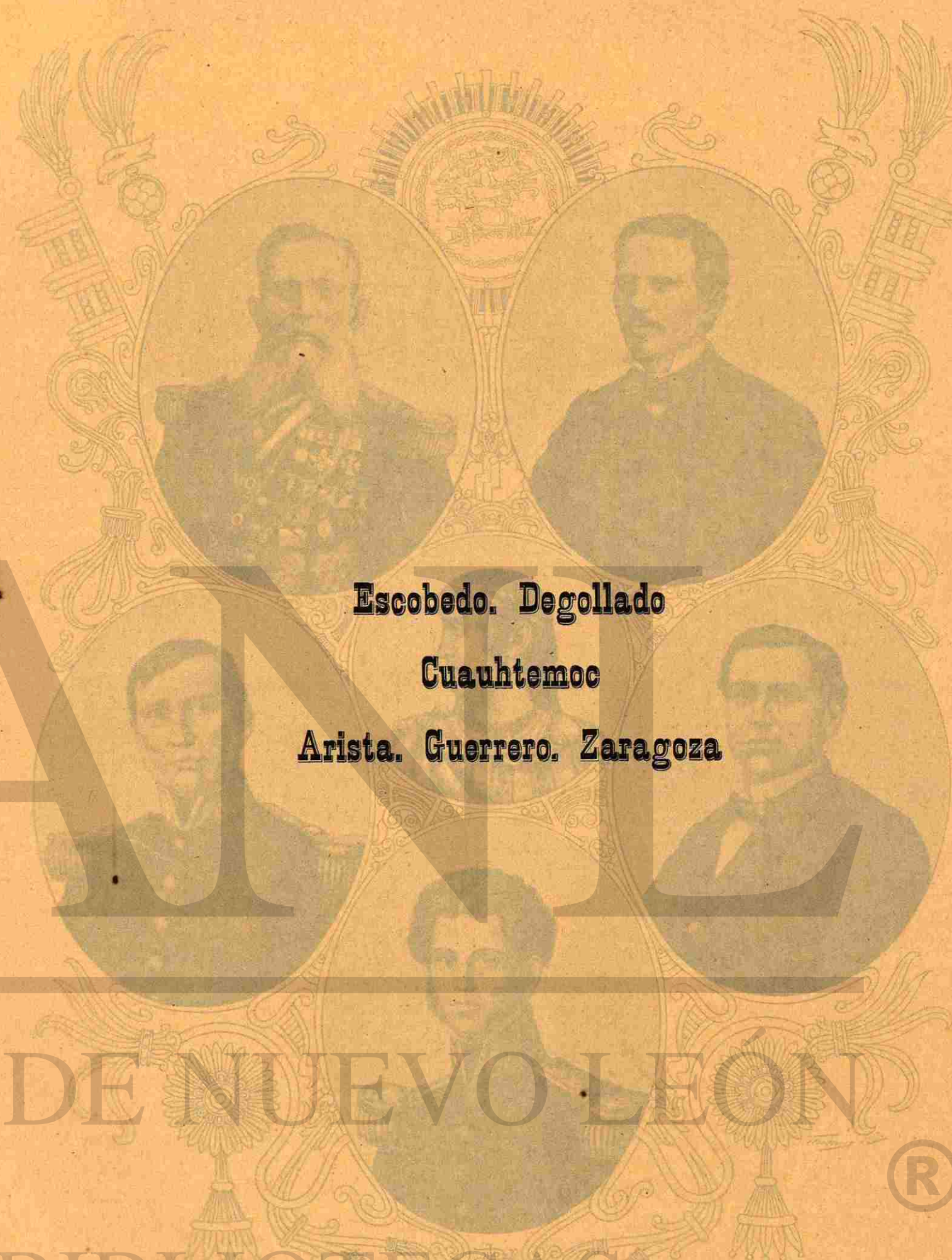
Ya Cortés, en Abril de 1521, tras varias campañas, estaba listo para lanzarse á la misma capital del imperio, y Cuauhtemoc lo esperaba. En vano había procurado éste la alianza del gran reino de Michoacán, que contestó sus misivas expresando que cada cual se defendiera por sí. Esa falta de acuerdo entre los pueblos aborígenes de este Nuevo Mundo, da la explicación de la relativa facilidad de su conquista.

Tuvo el capitán español que fabricar bergantines para dominar los lagos que rodean á México; que abrir canales, que disciplinar las numerosas huestes de sus aliados; y con más de 80.000 hombres de ellos, y 600 españoles, emprende las operaciones. Otras tropas numerosas lo reforzaron después.

Más de quince días tarda Hernán Cortés en organizar las diversas divisiones que por distintos rumbos manda sobre México; y el 20 de Mayo, aquellas huestes tomaron sus puestos en derredor de la ciudad, ya en tierra firme, ó ya en agua, donde dominaban con sus soberbios bergantines las frágiles canoas de los aztecas. Con 40.000 guerreros se preparó Cuauhtemoc para la defensa.

Los templos, los palacios, se derrumbaban con estruendo, bajo el fuego del cañón, y á virtud del incendio de que los sitiadores hicieron constante uso.

Se efectuaban ataques combinados, por diversas partes, por tierra y por agua, á la luz de las llamas



rey, cuando se dirigió á los suyos desde una altura, fué anatematizado por la muchedumbre, que sobre él lanzó piedras que buscaran su muerte, y maldiciones que le siguieran en la eternidad. En tales condiciones ese rey, y herido por aquellas piedras, viendo que ya no podía servir más á sus miras, manda el capitán español que acaben con su vida. Tras ello, perdida toda esperanza, se prepara á efectuar una salida.

Pasaba esto el día 29, y su operación quedó dispuesta para la noche siguiente, que se prestó con su obscuridad y lluvia al intento de Cortés.

Desde la noche del mismo 29, había el conquistador cegado algunas acequias que le cortaban la retirada, obstruyendo las calzadas por donde tenía que salir. Además, armó un puente portátil, que conducirían 300 tlascaltecas y 30 españoles, para franquear los canales que tenían que encontrar á su paso; y con el lodo á los pies, la lluvia arriba, y las sombras en derredor, se mueven las tropas para emprender su salida. La columna es batida con furia; es atacada por el frente y los flancos; la vanguardia y centro de la misma, salen dejando regueros de muertos en su camino; parte de la retaguardia, combatiendo y echándose á las zanjás y canales, llenándolos con sus cadáveres, apenas puede seguir; y la extrema retaguardia, cortada enteramente, tiene que retroceder hasta su cuartel, en donde después es vencida, y los prisioneros todos sacrificados en aras del dios Huitziliposhli. En las varias refriegas, y especialmente en la derrota de esa noche, los invasores y sus aliados deben haber perdido 1.000 españoles, 4.000 tlascaltecas y 80 caballos, sus tesoros y su artillería, quedándoles unos 600 españoles, 3.000 indios y 24 caballos.

En Popotla, al pie de un gigantesco ahuehuete que existe aún, Cortés desmontó para ver de organizar los ensangrentados restos de su destrozado ejército; y las lágrimas corrieron de sus ojos, en aquella noche cuyo calificativo de *triste*, la historia le ha guardado. Al fin de seis jornadas, cortas en extensión y grandes en duras fatigas y peligros, salen los derrotados españoles y sus aliados del Valle de México, sin haber dejado en su camino de combatir contra falanges indias que los hostilizaran. Después, siguieron dos recios combates, hasta que el 8 de Julio llegó Cortés al amigo reino de Tlascalala.

Expediciones, diversas luchas, constantes trabajos para organizar á los aliados, llegada de más fuerzas españolas, se sucedieron; y el activo y valeroso Cortés, batiéndose hoy y trabajando siempre, aumentaba más y más sus elementos.

El príncipe Cuauhtemoc, que tras la muerte del rey que sucedió á Motecuhzoma, ocupara el trono, joven y valeroso, se arrojó á la tremenda lucha en que de antemano sabía que tendría que sucumbir con su imperio, rodeado como estaba de pueblos enemigos, y con los españoles á la cabeza de ellos; pero su resolución era hundirse entre las ruinas del Anáhuac, *sin miedo en el corazón ni vergüenza en el rostro*: tales fueron sus viriles palabras en presencia de su consejo. Algunos de los suyos abogaron por la paz; entre los partidarios de ella había grandes señores, y sin detenerse á considerar su alta posición, hizo el príncipe, para mejor escarmiento, rodar por el suelo sus cabezas.

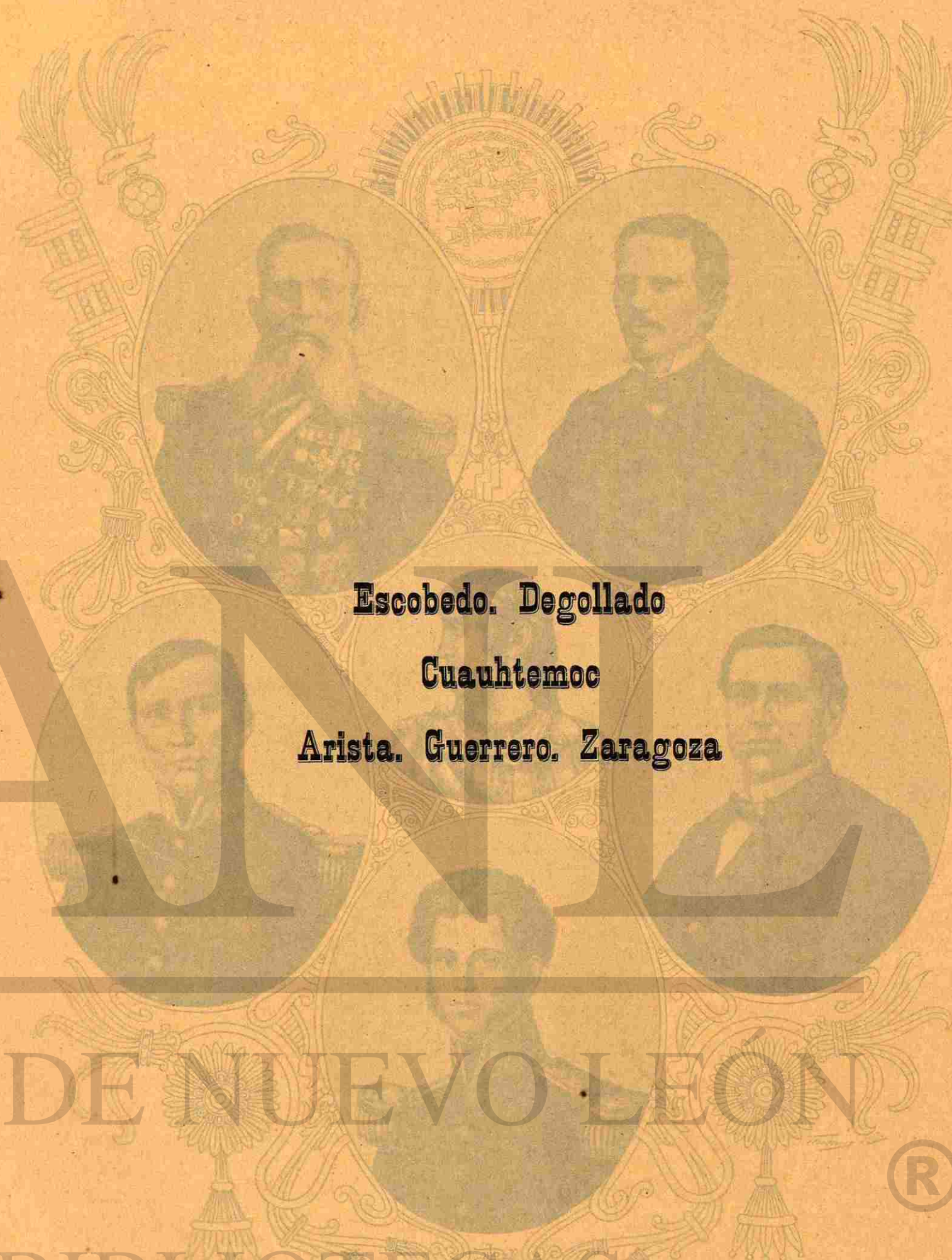
Ya Cortés, en Abril de 1521, tras varias campañas, estaba listo para lanzarse á la misma capital del imperio, y Cuauhtemoc lo esperaba. En vano había procurado éste la alianza del gran reino de Michoacán, que contestó sus misivas expresando que cada cual se defendiera por sí. Esa falta de acuerdo entre los pueblos aborígenes de este Nuevo Mundo, da la explicación de la relativa facilidad de su conquista.

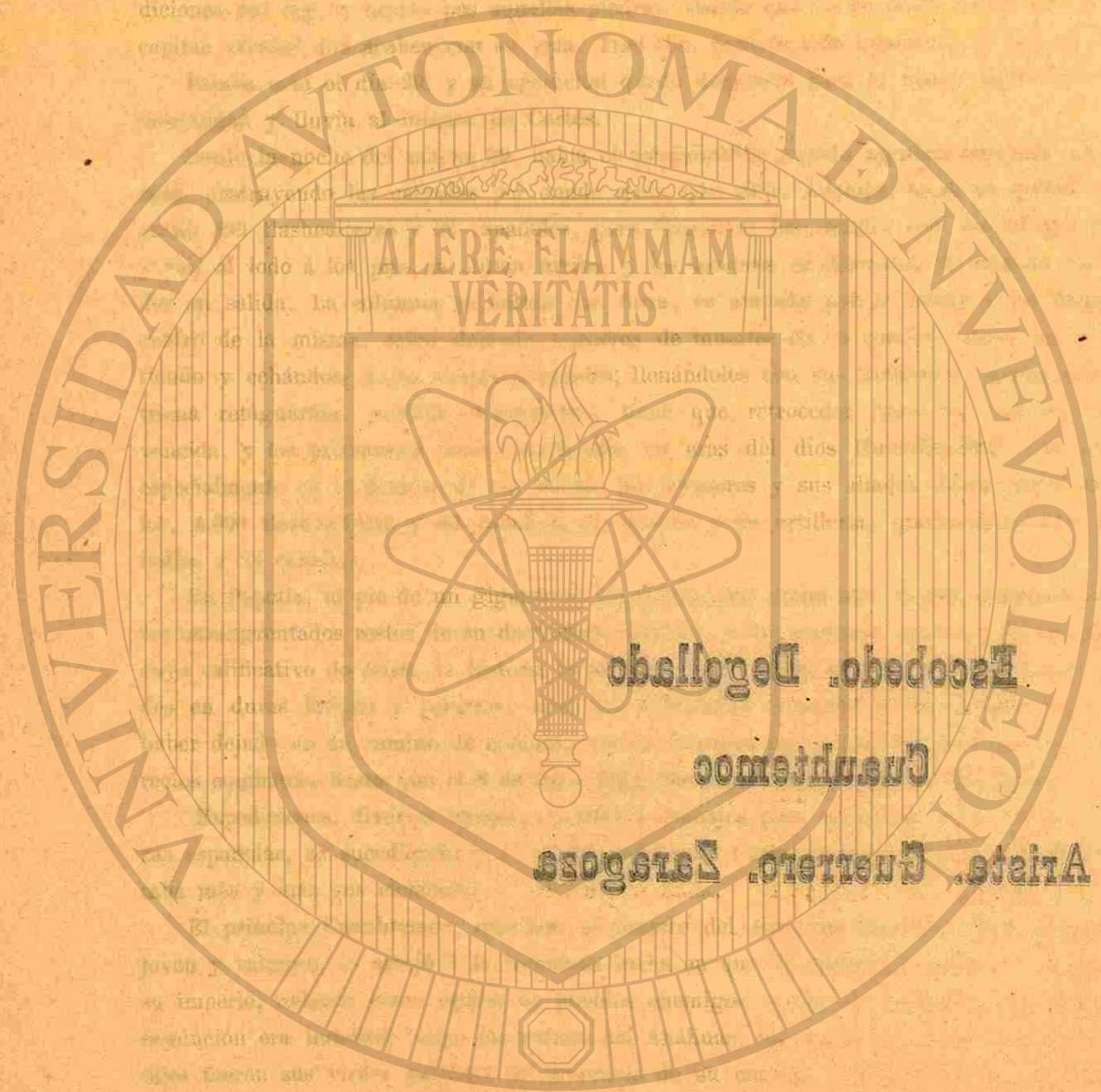
Tuvo el capitán español que fabricar bergantines para dominar los lagos que rodean á México; que abrir canales, que disciplinar las numerosas huestes de sus aliados; y con más de 80.000 hombres de ellos, y 600 españoles, emprende las operaciones. Otras tropas numerosas lo reforzaron después.

Más de quince días tarda Hernán Cortés en organizar las diversas divisiones que por distintos rumbos manda sobre México; y el 20 de Mayo, aquellas huestes tomaron sus puestos en derredor de la ciudad, ya en tierra firme, ó ya en agua, donde dominaban con sus soberbios bergantines las frágiles canoas de los aztecas. Con 40.000 guerreros se preparó Cuauhtemoc para la defensa.

Los templos, los palacios, se derrumbaban con estruendo, bajo el fuego del cañón, y á virtud del incendio de que los sitiadores hicieron constante uso.

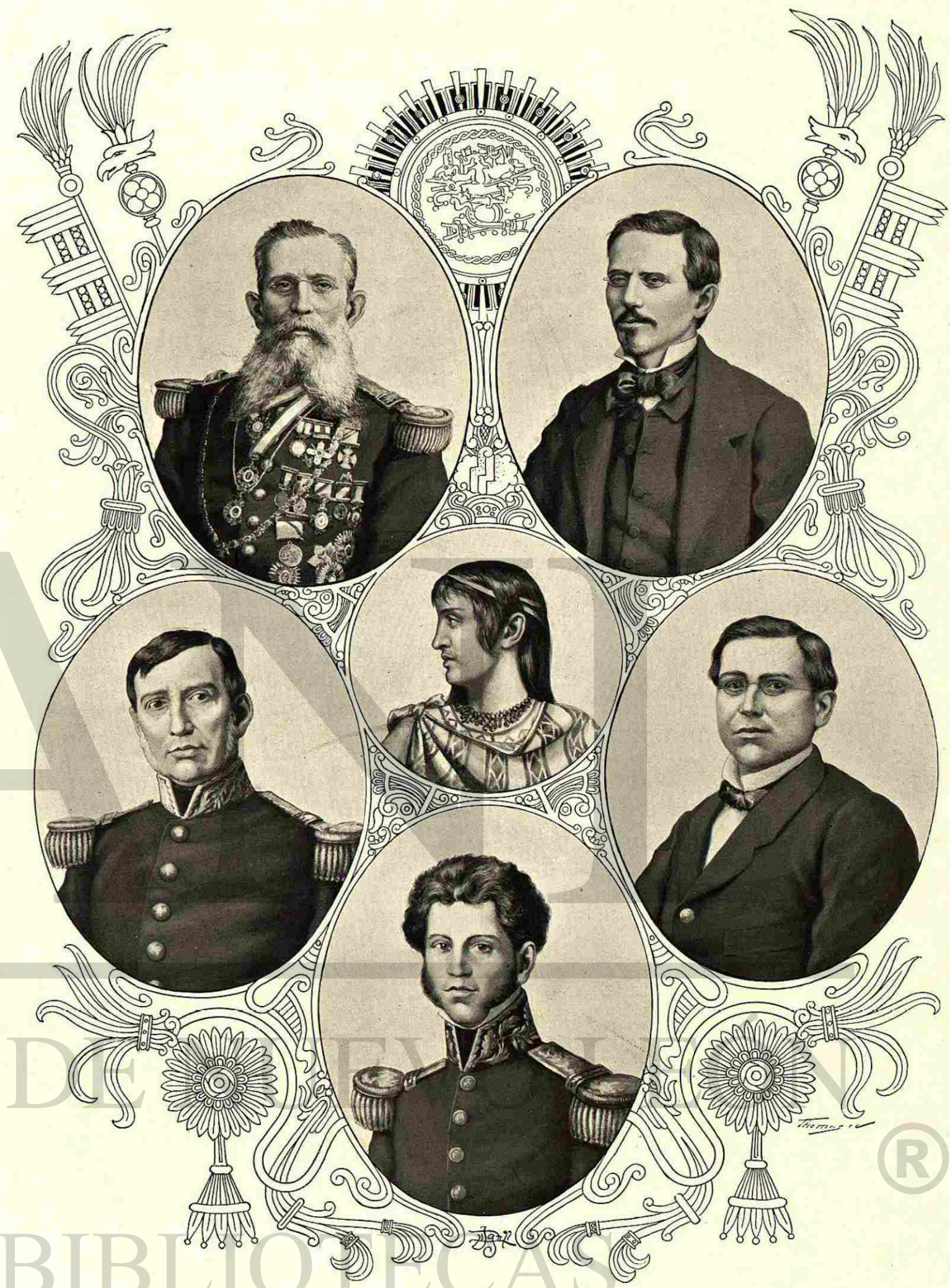
Se efectuaban ataques combinados, por diversas partes, por tierra y por agua, á la luz de las llamas





Escobedo, Degollado
Cruentemoo
Ariste, Guerrero, Zaragoza

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE YUCATÁN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



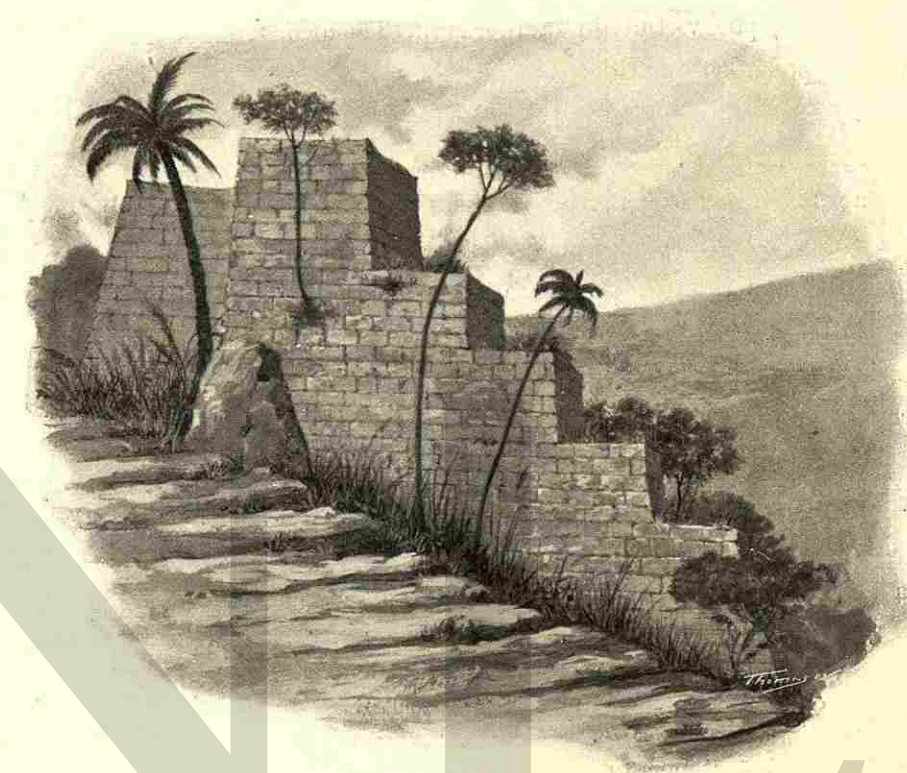
unas veces, otras en pleno día, ó favorecidos por las sombras de las lluviosas noches de la estación de aguas en que tenía verificativo el sitio de la capital del imperio. Inmensas columnas que se precipitaban sobre las calzadas, encontraban dique infranqueable en las masas aguerridas de los meshica, que las obligaban á retroceder; pero más y más auxilios Cortés recibía, y los sitiados más y más pérdidas imposibles de reponerse sufrían diariamente.

Tres asaltos generales no dieron resultado á Cortés, y entonces destinó 100.000 de sus aliados á que pusieran fuego sistemáticamente á la ciudad, para con aquel terrible auxiliar elemento, poder ir avanzando sobre los defensores de la plaza, á quienes estrecha; pero vuelven éstos, valerosos, á ensanchar su radio de acción, después de derrotar las fuerzas que los atacan el 30 de Junio, aniversario de la *noche triste*. Mas los días no transcurrían en vano para los sitiados, que sentían el hambre y sufrían la peste producida por las decenas de millares de cadáveres insepultos, podridos á la margen de los lagos, en las acequias y en el lodazal de las calles.

Por otra parte, las lluvias caían sin cesar, y todo contribuía á aumentar la corrupción y las enfermedades. El incendio había destruido, para el 24 de Julio, gran parte de la ciudad: el hacinamiento de ruinas humeantes, estaba á la vista de los meshica; detrás de ellas, los sitiadores, en lugares estratégicos, sobre tierra firme ó en agua; bajo sus pies tenían los meshica los cadáveres, y tantos eran ya, que cubrían el pavimento; en la atmósfera la peste, el hambre en las entrañas, y siempre el valor en el corazón. Tlaltelolco era el único refugio que les restaba; habían perdido las tres cuartas partes de sus guerreros, y en semejantes condiciones Cortés enviaba misivas á Cuauhtemoc, pidiéndole que se rindiera á cambio de gracias que le ofrecía; y el Emperador, digno representante de una raza heroica, mandaba airado que se diera luego la muerte á los emisarios del capitán español, y los cuales éste escogía por su alta alcurnia, entre los mismos prisioneros arrebatados al enemigo. En cuanto á prisioneros españoles y aliados que en los combates hacían los meshicas, todos, por centenares y centenares, se sacrificaban al dios de la guerra, al feroz *Huitziliposhli*. Se encendía el combate, y en medio de su estruendo, se escuchaba el siniestro rugir del caracol de Cuauhtemoc, incitando á sus huéstrs siempre y sin cesar á la pelea.

Llegó el día 10 de Agosto, y los meshicas seguían su heroica, increíble resistencia; pasó el 11 en inútiles misivas á Cuauhtemoc, á quien Cortés solicitaba ver, y llegó así también el 12; por lo que el capitán español, desesperado de aquella tenacidad, embiste sobre los meshicas, que hambrientos y débiles, se mostraban briosos, y matando caían heridos ó muertos sobre tantos cadáveres de los fenecidos en los últimos combates; pues materialmente se peleaba sobre ellos, aplastando sus miembros con los pies.

Quedó á los sitiados el solo barrio que hoy es conocido con el nombre de Santa Ana. A los setenta y cinco días de lucha, el 13 de Agosto, otro asalto general se renueva. Aun insiste Cortés en intimar rendición, y se le contesta que se prefiere la muerte. Ya faltaba tierra para luchar, y los meshicas hacían por agua la embestida contra los enemigos, que llenaban literalmente las calles y calzadas.



Fortaleza de Centla

Cuauhtemoc, con algunos en canoas, salió al fin de aquel ensangrentado montón de ruinas y podredumbre; y dándole alcance los bergantines, fué hecho prisionero y conducido á presencia de Cortés, que, en su admiración, no pudo menos de abrazar á aquel héroe, de cuyos ojos brotó una lágrima, y señalando el puñal de su vencedor, le dijo: *Pues que he hecho cuanto podía en defensa de mi pueblo, y ahora ya prisionero nada puedo, toma esa arma y márame con ella.*

Así finalizó la grandeza del imperio del Anáhuac.

Sólo hemos dado cuenta del primero y último combates entre el Conquistador y los aztecas; pues no es posible, en breves páginas, hablar de toda esa azarosa campaña que ocupa el tiempo transcurrido entre uno y otro transcendental acontecimiento.

El gran capitán español asegura la conquista al Oriente y Sur de México y se extiende á Michoacán.

Se establecen en México los gobiernos españoles, bajo el nombre de audiencias, primero, y virreynatos después, y las conquistas se llevan á pequeños reinos existentes en el territorio, formándose así un todo homogéneo, por virtud de la fuerza de las armas, habiendo siempre los españoles contado en sus empresas con poderosos auxiliares aborígenes.

Epoca virreinal.—Consumada al fin la Conquista, á los indios se les aleja de todo aquello que pudiera excitar sus instintos guerreros, y se les mantiene en servidumbre. Hasta mediados del siglo xvii se emplea en el servicio de armas á los mestizos, hijos de español é india: hombres ardorosos, ágiles, sobrios, excelentísimos jinetes, pues que superaban con mucho en la equitación á los conquistadores sus maestros.

Entregados á los trabajos de campo, teniendo que atravesar montañas y valles desiertos, jinetes sobre nerviosos caballos de procedencia andaluza, los *mestizos*, inteligentes y conocedores de la tierra, pronto formaron un tipo especial.

En 1690, el virrey, conde de Galve, envió un contingente de tropas de México á la Isla Española, invadida por franceses, bajo el mando del titulado Gobernador Cussi, y obtuvieron allí una victoria que se debió á la furiosa carga dada por 500 lanceros mexicanos. Primera notable hazaña de los soldados de una raza nueva, de la raza mestiza á que hemos aludido.

Las tropas mexicanas, usando el uniforme y armas del ejército de España, y bajo el régimen de sus ordenanzas, teniendo oficiales hispanos, comenzaron la vida militar. Sin embargo, con carácter de permanentes, en 1761 sólo existían en la Nueva España (México) 2.796 hombres de las tres armas. Dedicadas tales tropas á sostener fuertes en la frontera, combatida sin cesar por los salvajes, que habíanse retirado más y más hacia el Norte, resultaban capaces para contrarrestar ventajosamente á sus comunes enemigos, que carecían de armas de fuego; pero su disciplina y su instrucción sólo eran remedo de las que nutrían á las renombradas huestes de la metrópoli, que habían paseado los estandartes victoriosos de Carlos V y de Felipe II por la guerrera Europa.

Aquel núcleo, pues, de menos de 3.000 hombres esparcidos en 300 leguas, le pareció bien deficiente al Virrey, marqués de Cruillas, que trató de organizar las fuerzas de la Nueva España; y sin tomarlo casi en cuenta, procedió, pidiendo cuadros de oficiales á la metrópoli, á crear nuevas tropas. Desde 1762 puso sobre las armas lo que se llamaba las *milicias*; soldados que sólo de nombre y para hacer algún servicio local, muy de tarde en tarde, existían sin vivir acuartelados; ayudado por el comercio de las ciudades principales, levantó cuerpos de voluntarios, de infantería y caballería; y así quedó formado, al terminar el año que citamos, lo que se denominó Ejército de Nueva España, con un total de 8.000 hombres y 30 piezas de artillería.

Esta organización tenía efecto bajo el reinado de Carlos III, quien en 1765 envió de España, para el mejoramiento de la institución militar, 2.000 individuos de tropa, cuadros de jefes y oficiales, cinco mariscales y un teniente general. A éste se le dieron instrucciones para que duplicara los efectivos.

Al tratar de reclutamiento, se pensó en el sorteo, que en España estaba vigente; pero se tropezó con el gran obstáculo de las resistencias que los criollos y mestizos presentaban para tomar como solo oficio el de las armas, y además, con la falta de estadística, que al sorteo debiera servir de base; y puesto que al

Inspector de las tropas le urgía su pronta organización, resolvió hacer uso del enganche, de la consignación verificada por las autoridades locales, y, al fin, de la leva forzosa. Por tal manera, en cada provincia debían levantarse uno ó dos regimientos, equipados por la misma, y armados por cuenta de la Hacienda Real. El enganche se usó, en lo general, para reunir criollos y mestizos, y la consignación de las autoridades abarcó también á éstos; pero la leva forzosa se hizo efectiva, cuando llegó el caso, casi en la sola raza indígena.

La oficialidad, con escasa disciplina, y teniendo la conciencia del poder que le daba la fuerza armada, se mostró poco atenta á la autoridad civil, y hasta á los comunes intereses sociales.

En 1787 el Ejército completa su organización, y los oficiales subalternos de las nuevas tropas se reclutaron ya entre jóvenes de las principales familias de la Nueva España, vendiéndose los empleos en \$6.500 el de capitán, \$3.000 el de teniente y en \$2.000 el de subteniente ó alférez.

En tales condiciones se hallaban aquí las instituciones militares al ir finalizando el siglo xviii.

Desconocido del mundo antiguo este territorio trescientos años antes, fraccionado en reinos y señoríos enemigos, los conquistadores lo hicieron homogéneo, formando así la base de la nueva nacionalidad mexicana, en que apareció la raza mestiza. Los hombres de esa nueva raza formaban el nervio del Ejército.

Concluía el siglo xviii. Eran los tiempos de conflagración en que se presentaban á la admiración universal la República de los Estados Unidos con su hermoso ejemplo, separándose del dominio de Inglaterra, y la Revolución francesa, con la sanción de los derechos humanos. El verbo de la independencia nacional hablaba en Nueva España, en secreto, con vario lenguaje, á todos los oídos de los criollos, mestizos é indígenas, y conmovía á todas las almas.

Las fuerzas del Gobierno de la Colonia sumaban en 1808 unos 40.000 hombres de tropas permanentes y milicias, que estaban en asamblea. De las primeras habíase hecho una concentración en las inmediaciones de Jalapa, de 15.000 soldados, con 20 batallones, 24 escuadrones y 34 piezas de artillería.

En una lucha cruentísima iban á entrar aquellos elementos militares.

Guerra de independencia.—En el mismo año de 1808, que hemos citado, es sorprendida en Valladolid una conspiración de varios militares y paisanos; tratábase en ella de dar un gobierno propio á México. En 1810 le sucede otra en Querétaro, que se propaga á varias poblaciones del interior; la encabeza el cura del pueblo de Dolores, y la secundan algunos oficiales criollos, Allende, Abasolo y otros.

Aquel cura, Miguel Hidalgo, en la madrugada del 16 de Septiembre de 1810, á las puertas de su iglesia, da el grito contra la dominación española, acompañado de catorce hombres; y su voz, que sonando en el atrio humilde de la iglesia de un pueblo, había de repercutir con ecos atronadores en los valles y en las montañas de todo el territorio mexicano; que había de inflamar las almas de los que eran llamados á formar una nación, produciendo, después de once años de luchas terribles, la soberanía é independencia de la misma, aquella voz arrebató á los presentes, y, bien luego, las tropas de Hidalgo ascendieron á 600 hombres. El primer paso estaba dado: sabía Hidalgo que era el iniciador del gran pensamiento que tendría por resultante la formación de una nacionalidad libre y soberana; pero sabía también que los iniciadores de esas grandezas tienen que quedar sacrificados en el áspero camino que emprenden.

Pronto el caudillo contó con millares de indígenas, sin organización ni disciplina, y sin más armas que los instrumentos de labranza, piedras ó palos. Pocas fuerzas del ejército se unieron á aquellas avatachadas que invadieron gran parte del territorio.

En el momento en que surge la insurrección, con sus naturales desmanes y sus terroríficas amenazas contra la dominación española, se excitan los partidarios de ésta, y en primer término, el virrey, con toda su administración; los hijos de la península ibérica, engreídos con su papel de dueños y señores del territorio americano; los grandes propietarios, que ven con la revolución amagados sus intereses; los soldados que, sin pensar en la patria, sólo atendían á hacer una brillante carrera, y especialmente el clero furibundo, á quien la sola palabra *libertad* pareció una herejía.

Se encrespan las olas de los bandos encontrados, chocan entre sí, y retroceden para volver á encontrarse tintas en sangre.

Por una parte, el poder y los buenos armamentos; por otra, los siervos de ayer, en bandas indisciplinadas, sin más escudo que el pecho, y sin más arma que la improvisada en el momento de saltar á la ardiente arena de la lucha.

Los insurrectos ocupan grandes ciudades, combaten contra tropas disciplinadas, brindándose furiosos, aunque inermes, á la carnicería; su táctica fué en un principio dejarse matar, para, después de cansar por este medio al enemigo, fatigándolo en su feroz tarea, los millares y millares que aun restaban, lograr vencerlo. Era la masa continua, que caía y caía y no acababa; era la muchedumbre que mellaba el sable que sobre ella se hundía, que agotaba el parque de los fusiles y cañones que sobre ella se disparaban, y ahogaba al fin á sus contrarios con su peso; pero aquella muchedumbre fué mermando, y sucumbía.

Pavorosa, repugnante, sangrienta lucha, cuyas tremendas primeras jornadas se llamaron «el Castillo de Granaditas,» en la ciudad de Guadalupe; «el Monte de las Cruces,» «Aculco» y «el Puente de Calderón,» lugar donde el 17 de Enero de 1811, 93.000 insurgentes fueron desbaratados por 10.000 soldados realistas.

Hidalgo había sido vencido por el general Calleja. Tropas como las que fueron derrotadas, no se baten nunca en retirada; huyen y se dispersan. Así es que aquella aglomeración inmensa de hombres se desvaneció como el humo, y solamente algunos centenares de soldados regulares seguían á los principales caudillos en su retirada al Norte. La traición les sorprende, é Hidalgo y sus tenientes, á virtud de ella, caen en poder de los realistas y suben al cadalso, para sellar con su sangre la santa causa de la independencia.



Soldados de la época de la Conquista

El licenciado D. Ignacio Rayón recoge, al caer de la mano de Hidalgo, la desgarrada bandera de la causa mexicana, y la tremola con firme y robusto brazo.

Toma la guerra otro aspecto: las masas inermes é indisciplinadas de indios ya no vuelven á congregarse; las desgracias sufridas amaestran á los jefes de la insurrección, y procuran preparar mejor sus elementos, dando organización militar á sus fuerzas, en que figuran más los mestizos que los indígenas.

Columnas volantes, tropas que se fortifican en ciudades y montañas, guerrillas sin número, en valles y serranías sostienen la campaña.

Las guerrillas mexicanas, favorecidas por las escabrosidades del terreno, de improviso cruzaban á veces las llanuras, rápidas en sus veloces caballos, para remontarse después de consumir una sorpresa. No excedía de cien hombres cada banda, y caían sobre fuerzas en marcha ó destacamentos aislados.

La audacia del mestizo se mostraba principalmente con el cura Morelos, quien realizaba verdaderas hazañas en el Sur, en tanto que Rayón establecía su cuartel general en Zitácuaro, atrincherando la ciudad y las montañas vecinas, en las que al fin fué vencido.

General D. José María Morelos

Por una parte, el poder y los buenos armamentos; por otra, los siervos de ayer, en bandas indisciplinadas, sin más escudo que el pecho, y sin más arma que la improvisada en el momento de saltar á la ardiente arena de la lucha.

Los insurrectos ocupan grandes ciudades, combaten contra tropas disciplinadas, brindándose furiosos, aunque inermes, á la carnicería; su táctica fué en un principio dejarse matar, para, después de cansar por este medio al enemigo, fatigándolo en su feroz tarea, los millares y millares que aun restaban, lograr vencerlo. Era la masa continua, que caía y caía y no acababa; era la muchedumbre que mellaba el sable que sobre ella se hundía, que agotaba el parque de los fusiles y cañones que sobre ella se disparaban, y

ahogaba al fin á sus contrarios con su peso; pero aquella muchedumbre fué mermando, y sucumbía.

Pavorosa, repugnante, sangrienta lucha, cuyas tremendas primeras jornadas se llamaron «el Castillo de Granaditas,» en la ciudad de Guajalajara; «el Monte de las Cruces,» «Aculco» y «el Puente de Calderón,» lugar donde el 17 de Enero de 1811, 93.000 insurgentes fueron desbaratados por 10.000 soldados realistas.

Hidalgo había sido vencido por el general Calleja. Tropas como las que fueron derrotadas, no se baten nunca en retirada; huyen y se dispersan. Así es que aquella aglomeración inmensa de hombres se desvaneció como el humo, y solamente algunos centenares de soldados regulares seguían á los principales caudillos en su retirada al Norte. La traición les sorprende, é Hidalgo y sus tenientes, á virtud de ella, caen en poder de los realistas y suben al cadalso, para sellar con su sangre la santa causa de la independencia.

El licenciado D. Ignacio Rayón recoge, al caer de la mano de Hidalgo, la desgarrada bandera de la causa mexicana, y la tremola con firme y robusto brazo.

Toma la guerra otro aspecto: las masas inermes é indisciplinadas de indios ya no vuelven á congregarse; las desgracias sufridas amaestran á los jefes de la insurrección, y procuran preparar mejor sus elementos, dando organización militar á sus fuerzas, en que figuran más los mestizos que los indígenas.

Columnas volantes, tropas que se fortifican en ciudades y montañas, guerrillas sin número, en valles y serranías sostienen la campaña.

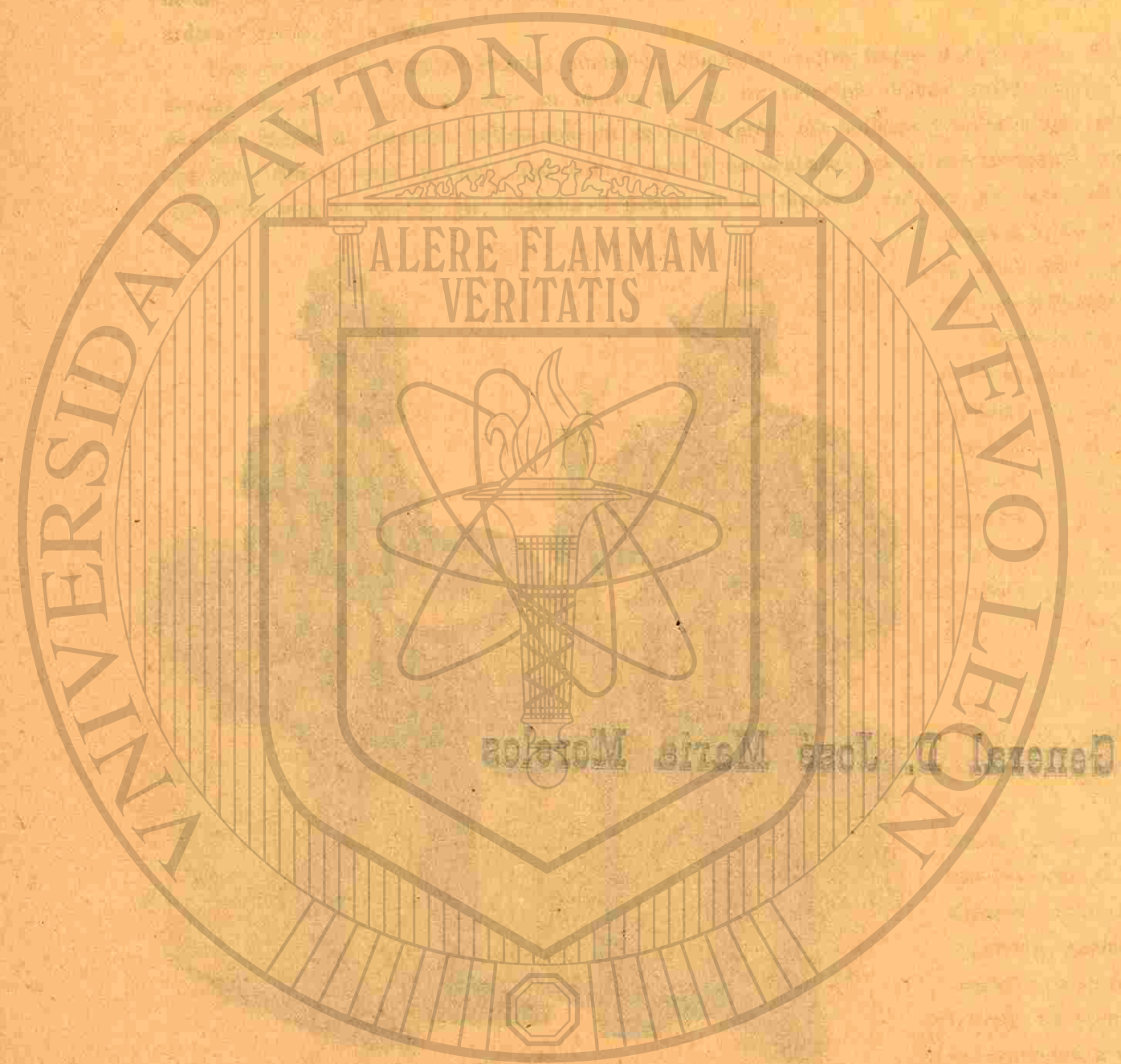
Las guerrillas mexicanas, favorecidas por las escabrosidades del terreno, de improviso cruzaban á veces las llanuras, rápidas en sus veloces caballos, para remontarse después de consumir una sorpresa. No excedía de cien hombres cada banda, y caían sobre fuerzas en marcha ó destacamentos aislados.

La audacia del mestizo se mostraba principalmente con el cura Morelos, quien realizaba verdaderas hazañas en el Sur, en tanto que Rayón establecía su cuartel general en Zitácuaro, atrincherando la ciudad y las montañas vecinas, en las que al fin fué vencido.



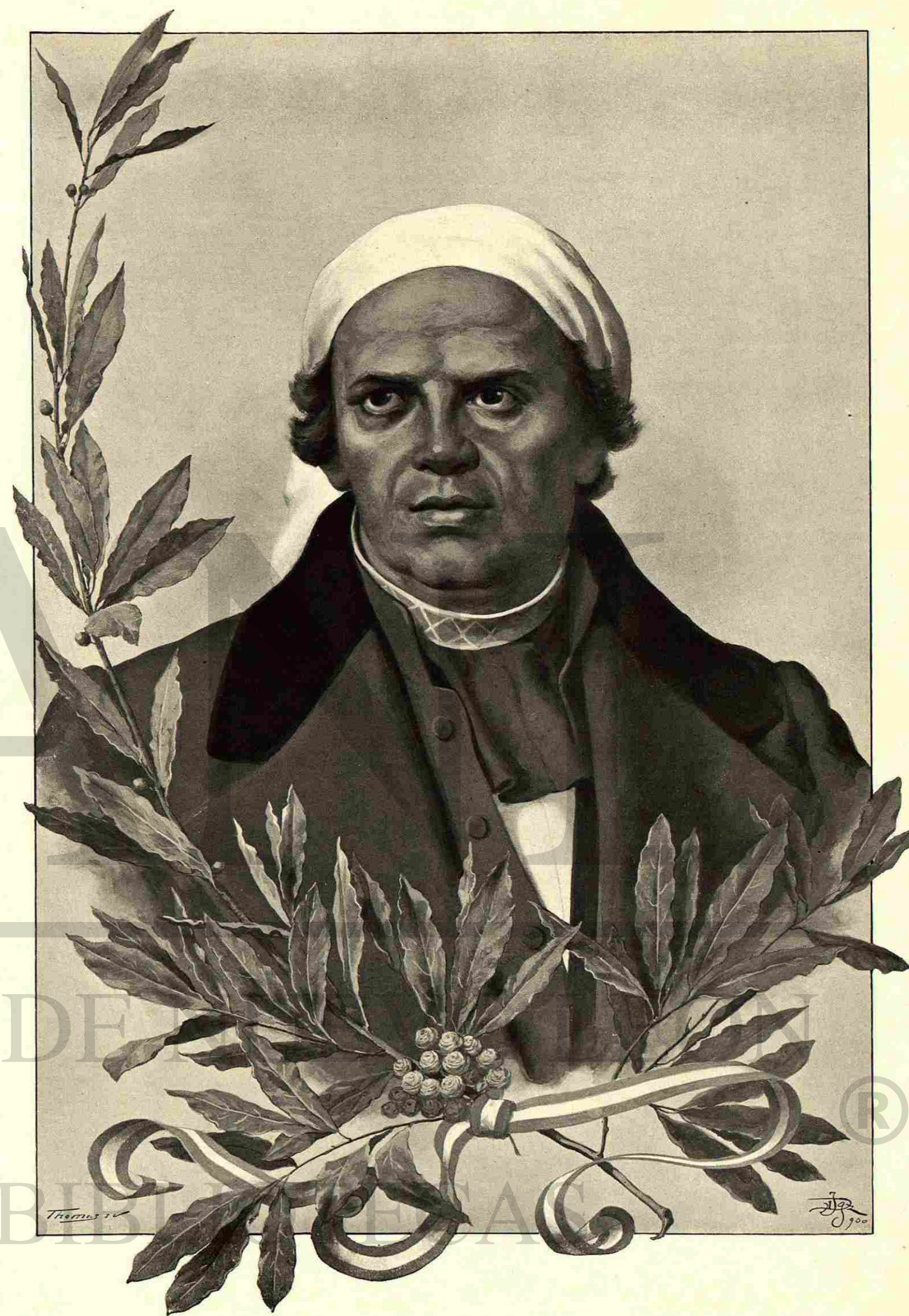
Soldados de la época de la Conquista

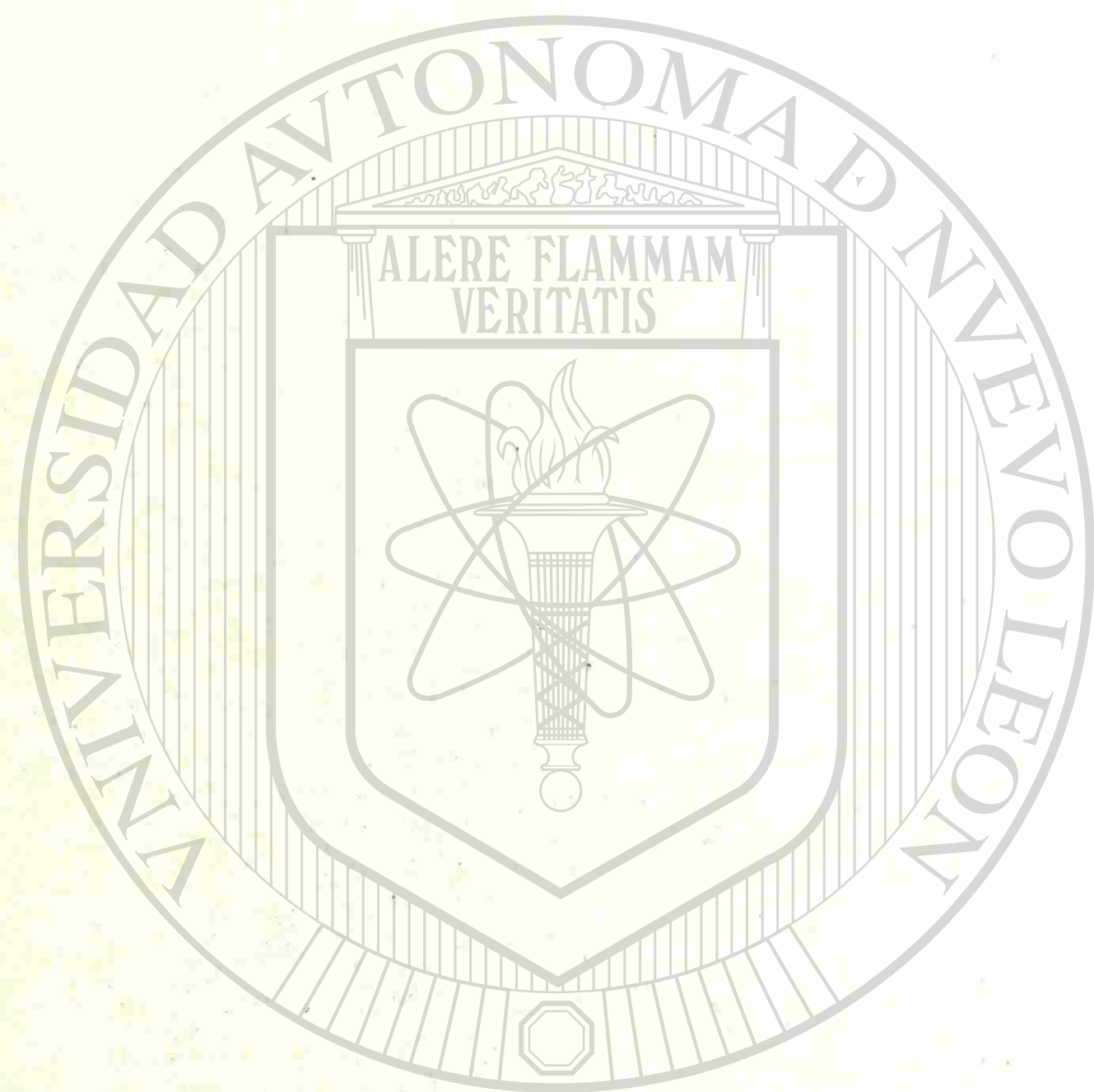
General D. José María Morelos



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE B

La metamorfosis sufrida por las fuerzas de los insurgentes la evidencia un glorioso episodio: el sitio de Cuautla, sostenido por el insigne Morelos, á cuyas órdenes se hallaban los denodados insurgentes Hermenegildo Galeana y su hermano, los Bravo, el cura Matamoros y otros, con 3.000 mestizos del Sur, engreídos por triunfos recientes, y algunos indígenas. Dan principio las operaciones por el famoso general Calleja, el 17 de Febrero de 1812; y éste llega á establecer sus obras de circunvalación, con 7.000 soldados de las mejores tropas realistas, después de que habiendo ejecutado un formidable asalto con 5.000 hombres, se le hizo retroceder, en combates que se prolongaron por ocho horas. En aquel sitio memorable, se registran salidas atrevidas de los sitiados; bregas tremendas por reconquistar la corriente de agua del río, que se les pretendió arrebatár, para la defensa de la cual establecen reductos avanzados y caminos cubiertos, en medio del fuego atronador de sangrientas luchas; ataques combinados de fuerzas que pretenden dar auxilio á la plaza; arranques de verdadero heroísmo, de Galeana y los demás jefes, y especialmente de Morelos, que se ve reducido, por virtud de las víctimas que causan el hambre y la peste que se desarrollan en la ciudad, y las bajas ocasionadas por las diarias refriegas habidas en setenta y dos días de asedio, á sólo 1.200 soldados, entre los cuales había gran número de convalecientes que no soportaban el peso del fusil. Con aquellos hombres enflaquecidos por la falta de alimentos y por la fatiga, se resuelve el glorioso caudillo á romper temerario el cerco, después de responder con un sarcasmo á la oferta de amnistia que el jefe sitiador le brinda, en comunicación expresa, al calce de la que, Morelos, devolviéndola, escribe esta frase: *Otorgo igual gracia á Calleja y los suyos.* ¡En medio de la situación pavorosa que le rodeaba, cuando rugía el aterrador huracán de la muerte sobre su cabeza, con todos los aullidos de las miserias humanas, el héroe tenía sonrisas de ironía para sus enemigos!

Los sitiados se disponen á la general salida: á las dos de la mañana del día 2 de Mayo, toman la vanguardia 250 infantes, con el intrépido Galeana; les siguen 400 convalecientes, heridos ó enfermos, con su arma al brazo; tras ellos van los que con el fusil no podían, y muchos de los habitantes de Cuautla, colocándose al extremo, para cerrar la columna, Morelos con el resto de la infantería y 300 caballos. Se dirigen hacia el Noroeste; recorren por su fondo el cauce del río; se les interpone un barranco, con que se completaba el atrincheramiento de circunvalación; con madera que llevaban al efecto, establecen un puente, y cuando lo empezaban á franquear, un centinela del campamento enemigo hace el disparo de alarma. Galeana lo acuchilla; pero aquel tiro pone en movimiento á las tropas inmediatas, que acuden más y más mientras más el tiempo corre. Sin embargo, los insurgentes llegan á la hacienda de Guadalupe, y se defienden los cercados.

Las primeras luces de la mañana alumbran el desigual combate; y como se advierte que vienen más refuerzos todavía, tras una general embestida se resuelve la retirada. Las tropas regulares de Morelos la verifican, bajo su directo mando, de una manera ordenada; mas la caballería realista ejecuta una terrible carnicería entre los enfermos desarmados y los habitantes de Cuautla, que acompañaban á la expedición.

Extraviado D. Leonardo Bravo, con un grupo de hombres que llevaba consigo, fué aprehendido y entregado á Calleja, mientras que las reliquias de los sitiados, con su glorioso caudillo al frente, se unían en Izucar con las tropas de D. Miguel Bravo.

Rápidamente procura el jefe realista dejar las cosas en la forma en que debían quedar, para retirarse de aquella caliente tierra, que diezaba con la enfermedad á sus soldados; y en presencia de aquel único trofeo de su victoria, aquella desierta población ruínosa, destrozada por el fuego del cañón, sembrada de cadáveres, manda fusilar algunos prisioneros y dispone sea la presa entregada á las llamas. A los fatídicos resplandores del incendio, Calleja, con el ejército de operaciones, emprende el 7 de Mayo su marcha para la capital, á donde arribó el 16 del mismo mes.

El sitio de Cuautla, en donde no faltó ninguna de las más importantes peripecias de un acontecimiento militar de su especie, bastaría por sí solo á dar renombre al insigne Morelos.

Trujano sostiene otro sitio semejante al de Cuautla, y Rayón y Morelos, como otros, seguían la lucha, obteniendo el último brillantes triunfos. Habiendo capturado á muchos enemigos, escribió desde Tehuacán al virrey Venegas, proponiéndole el canje de 800 prisioneros españoles por D. Leonardo Bravo; y aquél,

no sólo desecha la oferta, sino que en 13 de Septiembre manda se ejecute al anciano patriota, á quien se dió muerte en garrote vil, usado únicamente para ladrones y asesinos. Ante aquel acto, el general independiente se indigna; manda fusilar 400 españoles que estaban presos en Zacatula, y noticiando á D. Nicolás Bravo la infausta nueva, le previene que otros 300 españoles que están en su poder, sean como los de Zacatula sacrificados.

El hijo recibe dolorido la noticia de la muerte infamante dada á su padre; mide el acto de su venganza, y después de sentir y reflexionar, resuelve magnánimo, aun á trueque de disgustar á su jefe, no sólo el perdón de aquellos 300 hombres que se le ordenaba fusilase, sino su libertad; y para prestigiar la santa causa de la independencia, procura que esto se haga del modo más solemne y público. Así es que, formadas todas sus tropas en el campamento de Medellín, y al frente en fila los 300 prisioneros, toma la palabra y les dice cómo, en represalia por la muerte de su padre, el general Morelos los manda fusilar, y cómo él, para gloria de la causa que defiende, los perdona y deja en absoluta libertad. Casi todos aquellos hombres, vencidos ante la grandeza de uno de los actos más nobles que registra la historia, se resuelven á quedar á sus órdenes, afiliándose bajo sus banderas.

En Noviembre, Morelos, frente á Oaxaca, con 5.000 hombres y 42 piezas de artillería, intimaba rendición al teniente general español que la defendía, con 2.000 soldados, 40 cañones y 5 fuertes; y no habiendo sido atendido, dictó una orden general que concluía con estas palabras: *Mañana las tropas tomarán sus cuarteles en Oaxaca*, lo cual efectivamente verificaron, después de haberse apoderado de la ciudad por asalto.

Innúmeras acciones tenían efecto en todos los ámbitos del país, y no es posible dar cuenta de ellas en reducido espacio como el de que disponemos, por más que las juzguemos tan importantes como la acción campal de el Palmar, con que el cura Matamoros ilustró nuestros anales, para morir después, tras la tremenda derrota sufrida frente á Valladolid por el único cuerpo de ejército que tenían entonces los insurgentes, mandado por el glorioso Morelos.

Sonó la hora de la desgracia para la causa de la Patria; y aunque el fuerte de Cópore, levantado sobre escarpada montaña, rechazara á las divisiones españolas que lo asaltaron, y Vicente Guerrero hacía victoriosa campaña en el Sur, en otros muchos combates los independientes son vencidos; su gran caudillo, el que inmortalizó á Cuautla con sus hazañas, era aprisionado y pasado por las armas al finalizar el año de 1815.

Por otra parte, de España llegaban al país nuevos y aguerridos batallones.

En 1816 y 1817, la isla de Mescala, defendida heroicamente por indígenas, el famoso fuerte de Cópore y el de Tehuacán, capitulan, y el fuerte del Sombrero es tomado por asalto, precisamente cuando Mina, el republicano español, que viene á Nueva España para combatir contra las tropas de Fernando VII, que le perseguía, hace una campaña espléndida, recorriendo, como una tromba de fuego, desde las costas de Santander (Tamaulipas) hasta el interior del país, en donde bien pronto sucumbe por la causa de la independencia de México.

Otros fuertes y otras fuerzas fueron abatidas después, y al fin, en 1819, sólo Guerrero, glorioso, se mantenía bravamente sobre las montañas del Sur, fatigando á las huestes realistas que Armijo dirigía.

Por renuncia de este jefe, le substituye, en Noviembre de 1820, D. Agustín de Iturbide, que gozaba reputación de activo, inteligente y bravo. Era este oficial realista hijo de español y criolla, nacido en Morelia, y él iba á intervenir en un gran acontecimiento de la vida del pueblo mexicano.

La lucha de diez años sostenida por la causa de la independencia nacional, aquella causa que para su triunfo había exigido la muerte de tantos héroes y el sacrificio de tantos mártires; que había dejado inmenso número de familias en situación pavorosa; aquella causa en que se había formado una generación nueva, tenía base robusta en todas las conciencias de los mexicanos, y preparado estaba el espíritu público, por una guerra tan desigualmente sostenida contra el Gobierno español, para que obtuviese la solemne sanción en el momento histórico á que vamos á llegar.

No en vano, pues, Hidalgo había lanzado el grito de independencia en Dolores, el 16 de Septiembre

de 1810; no en vano los preclaros tenientes que le siguieron, lucharon hasta morir en los campos de batalla ó en los cadalsos; no en vano la segunda pléyade de héroes, encabezada por el insigne Morelos, combatió valerosamente, ofreciendo, en aras de la libertad, la vida por la Patria; no en vano el noble y generoso Mina había contribuido, con su fulminante campaña, al sostenimiento de la guerra; no en vano el indómito Guerrero persistía en las montañas del Sur; no en vano millares de mexicanos habían muerto en la lucha contra las tropas realistas: la santa causa preparada por aquella epopeya de heroicidades y de martirios, estaba para triunfar; vivía en las conciencias, y era amada por los espíritus de todos los que el nombre de mexicanos merecían.

¡Por qué intrincados caminos había de llegarse al fin tan *batallosamente* perseguido!

Iturbide tuvo la intención de formar una dinastía, de erigirse un trono, y así consumó la independencia de México, habiendo sido antes constante enemigo de los insurgentes. Con cuantiosos elementos, creyó que podía dominar á Guerrero, y después al virrey; pero no contó con la bravura del caudillo del Sur, y modificó su proyecto cuando sus tropas fueron escarmentadas por las enemigas. Así, preparado como lo tenía todo, escribe amistosamente al ilustre Guerrero, en los primeros días del año de 1821, haciéndole saber que se uniría á él bajo cierto plan que le propone, y el 24 de Febrero da un manifiesto en Iguala, en que está expresada la idea que había dado á conocer á Guerrero sobre la independencia nacional: el reconocimiento de la religión católica,

apostólica, romana, como única verdadera; el llamamiento de una junta gubernativa, para que convocase á elecciones de diputados que diesen la Constitución del Gobierno mexicano, y la formación del ejército de las tres garantías, «Religión, Independencia, Unión,» que apoyase el plan, que se ha denominado *Plan de Iguala*.

Ese plan, que antes que otra cosa entrañaba la idea de independencia de México, fué recibido en todo el territorio como la luz de una nueva alborada por la generalidad de los habitantes del país. Se hablaba en él de unión, y ello abría las puertas al nuevo orden de cosas á los españoles aquí residentes; se hablaba en él de religión, y ello daba esperanza al clero de que fuesen respetados sus fueros y privilegios, desconocidos por la última reformada Constitución de España. Así, pues, las tres garantías de que había de ser sostenedor un ejército, halagaban á los más poderosos elementos nacionales de entonces.

Si dudas podía despertar el recuerdo de la conducta del antiguo realista Iturbide en la lucha de diez años que al país había ensangrentado, el nombre de Guerrero, unido al de este jefe, desvanecía las dudas y hacía que los antiguos independientes proclamaran de lleno el famoso Plan de Iguala.



Soldados de la época de la Independencia

El virrey une sus elementos de guerra contra el ejército trigarante, pero se desmoronan: una gran mayoría de ellos se combina con aquel ejército, y algunos combates aislados, en la provincia de Veracruz, son las débiles señales de la resistencia, que acaba en dicha provincia con la presencia del antiguo insurgente D. Guadalupe Victoria, á quien ayuda Santa Anna.

Valladolid, Querétaro, Zacatecas y Puebla capitulan, y casi todas las otras provincias se adhieren al plan libertador; la ciudad de Durango resiste, y es tomada por asalto. En la primera decena de Septiembre el ejército trigarante estaba frente á la capital de Nueva España, después de haber efectuado una verdadera marcha triunfal, y sólo los puertos de Veracruz y Acapulco, y el castillo de Perote, quedaban en poder de los realistas.

Fuerte el citado ejército de 16,000 hombres, y teniendo un importante mando en el mismo el ilustre Guerrero, habíase efectuado en sus filas la fusión de realistas é independientes, formando un todo, al que ya pudo darse por primera vez el nombre de *Ejército mexicano*.

Tras varios días de asedio, México entró en arreglos con Iturbide; y el 27 de Septiembre de 1821, aquel libertador ejército hizo su entrada triunfal en la que había sido la capital de Nueva España, y que en lo sucesivo sería la de México independiente.

En efecto, la independencia estaba hecha. El pensamiento de Hidalgo, por el cual se inmolara, debido á los esfuerzos de tantos héroes conocidos y de tantos otros sin nombre, se tornaba en realidad; fructificaban los esfuerzos del gran Morelos, y de los que á él acompañaron en la segunda etapa de la lucha; era premiada la constancia de Guerrero, el indomable; era consumada por el éxito la brillante evolución de Iturbide. Tres siglos de dominación habían terminado, y el ejército mexicano se presentaba radiante en nuestra capital, haciendo solemnemente, entre aclamaciones del pueblo, al son de músicas y marchas bélicas, al estruendo de salvas de artillería, su glorioso marcial desfile, con 9,000 infantes, 7,000 caballos y 68 piezas de artillería. Entre aquellos soldados distinguíanse los valientes hijos del Sur, que con Guerrero conservaron siempre en sus montañas el fuego sagrado de la Patria.

El Imperio y la República federal.—México, en 1821, había concluido la obra de su emancipación; pero ¿qué componentes tan heterogéneos formaban la nacionalidad! ¿Cómo iba á tener que resentirse la marcha de un pueblo que, sin contar con un elemento dominador ó prestigioso que pudiera encauzarlo en una senda dada, iba á sentir el embate de diversas porciones que, con fuerzas semejantes, al chocar entre sí unas con otras, pretendiendo superar, habrían de ocasionar una anarquía tan desoladora que llegara alguna vez hasta hacer perder la esperanza de la salvación nacional!

Efectivamente, tres grandes *congregados* constituían al pueblo mexicano en los momentos de su independencia: los españoles, engreídos con el antiguo régimen; los criollos y mestizos, ufanos con su emancipación é inexpertos en la dirección de la cosa pública, y los indígenas, humillados por la servidumbre.

Existía el asomo de un partido republicano, que naciera al calor de las ideas de los Congresos formados por los insurgentes en Chilpancingo y Apatzingán, y el partido monarquista, de los que acababan de servir á la causa de la monarquía española. Por último, surgían los intereses de las clases militar y eclesiástica, privilegiadas con fueros, y los especiales del clero, que, siglo tras siglo, había represado, por acumulación, riquezas inmensas.

Pero sigamos los sucesos.

Iturbide, contrariando al Congreso que convocó, tras diversas maquinaciones se proclama emperador de México, y á poco surgen en la arena los partidos políticos, haciendo oposición, alentados en un principio por el espíritu de la democracia, y envenenados después por las pasiones más terribles.

De pronto, Iturbide mira con desdén á los antiguos insurgentes, y asoma el airado enojo de éstos en contra de quien, anhelando las grandezas de un trono, había, por buscar su provecho propio, tan poderosamente concurrido á realizar la independencia de un pueblo.

Iturbide, á fin de procurar economías en el presupuesto del ejército, suprimió las milicias y planas mayores excedentes; y á fin de regularizarlo, ordenó que la infantería quedara sujeta al reglamento espa-

ñol de 1815, con la diferencia de que los regimientos, en vez de tener tres batallones, debían componerse sólo de dos. Por lo que toca á la caballería, atendiendo á un dictamen formado en la Secretaría de Guerra, los regimientos deberían constar de cuatro escuadrones, con dos compañías cada uno. Las compañías francas, provinciales, que tan buenos servicios habían prestado desde la época de Calleja, quedaron abolidas. Los cuerpos de ingenieros y de artillería siguieron en el estado en que se hallaban, y se restringió todo lo que se refería á fundiciones y maestranzas. En cuanto á tropas irregulares para guarnecer las costas malsanas y las fronteras, no se hizo remoción alguna, y aun se dejó en servicio á los indios *ópata*s y *pimas* de Sonora. No

se constituyó el cuerpo médico, pero quedaron hechas las indicaciones para formarlo. Las ordenanzas y reglamentos españoles siguieron en vigor en el ejército mexicano, con muy ligeras modificaciones.

El generalísimo Iturbide, para satisfacer ciertas aspiraciones, creó la Orden de Caballeros de Nuestra Señora de Guadalupe, que debía tener 50 grandes cruces, 150 caballeros y el número que él juzgara oportuno de supernumerarios. Pidió al Cuerpo legislador, ascensos para los que formaron el ejército trigarante desde un principio, y para todos los que del realista se hubiesen incorporado, dando grados honoríficos á los que habían llevado cierto número de soldados realistas para engrosar sus filas; con lo cual se premiaba la defección de aquellos hombres á su bandera, dejando, en verdad, con semejantes graduaciones, muy maltrecha la moral y la disciplina.

En cuanto á las tropas de Guerrero hizo una enojosa distinción, no juzgando que debían ser consideradas en igualdad de circunstancias aquellas tropas que le probaran su aptitud derrotando á las suyas, desde que se presentaron en el Sur, por cuatro veces consecutivas.

Al fin quedó sancionada por la Nación la violenta proclamación de Iturbide; pero éste no encauza la marcha de la cosa pública, y disuelve el Congreso. Ante esto, Guerrero, Bravo y Santa Anna se levantan en armas, exigiendo respeto á los representantes del pueblo. Tropas rebeldes dominan á las imperiales y llegan á ocupar la ciudad de México, é Iturbide, el día 30 de Marzo de 1823, sale desterrado de la capital, que hacía tan breves días había presenciado su coronación. Por lo demás, los diversos jefes que se habían rebelado no obedecían al mismo plan, y sólo estaban unidos al tratarse de arrojar del trono al emperador.

En México, á la salida de Iturbide, no había un jefe superior que á los demás se impusiera, en los momentos en que las asonadas militares estaban á la orden del día, cuando no había ningún partido orga-



Artilleros de la época de Santa Anna

nizado y bien definido, cuando la bancarrota era absoluta en la administración, y cuando las provincias, sin centro de unión, se hallaban en general desconcierto.

Este estado de anarquía era el cuadro siniestro en que se destacaba la marcha del desterrado emperador.

Después del destierro de Iturbide, una mayoría del Congreso, que se reinstala, nombra Gobierno provisional; pero las conspiraciones se suceden: Santa Anna se pronuncia, y las provincias, en estado completo de desorden, no obedecen á aquel gobierno.

Para satisfacer las aspiraciones manifestadas con movimientos armados, se llama un nuevo Congreso constituyente, que forma las bases orgánicas de la República representativa federal, entre el estruendo de la guerra civil, que apaga con los ruidos de las armas la voz de los oradores parlamentarios.

Aquellas bases fueron publicadas el 22 de Noviembre de 1823.

Las luchas anárquicas aumentaron con conspiraciones reaccionarias en favor de Iturbide; éste, sin permiso del Gobierno, vuelve á México, y aprehendido en la provincia de Santander, es pasado por las armas en Padilla, el 19 de Junio de 1824. Tal fué el fin de aquel hombre, valiente como soldado, benévolo con sus amigos, intransigente con sus contrarios é injusto con los insurgentes. Como quiera que sea, es indiscutible que Iturbide fué un hombre superior, y el más eficaz instrumento para la realización de la independencia nacional. Su muerte quitó á los mexicanos monarquistas la esperanza de una reacción en favor de sus proyectos, pues que no era dable acariciar la idea de que un príncipe de la casa de Borbón viniera á colocar sobre su cabeza una corona que no había podido mantenerse ni en la de un general victorioso.

Otra clase de movimientos podían tener efecto, sin embargo, y las conspiraciones no cesaron del todo. Entretanto, el Congreso, desempeñando en conciencia su misión, redactó el pacto político, que quedó concluido el 4 de Octubre de 1824, reconociéndose por él la soberanía é independencia de los Estados que formaron la República, proclamándose los derechos civiles y políticos de las personas, pero entrañando aquel pacto una transacción con los viejos privilegios del clero y del ejército, que tenía que producir sus amargos frutos.

La guarnición española que, todavía en 1825, permanecía en San Juan de Ulúa, fuerte castillo avanzado en las aguas del mar que ciñe á Veracruz, tras prolongada y heroica resistencia, capitula en 15 de Septiembre, siendo embarcada por cuenta del gobierno mexicano, con sus armas y banderas, con destino á Cuba.

El general D. Guadalupe Victoria había sido electo presidente de la República, y vicepresidente D. Nicolás Bravo.

La República no pudo luego consolidarse; pero se acepta en la nación entera, y no obstante algunas perturbaciones aisladas, da comienzo á su organización.

Dislocado el ejército, y hondamente lastimada la disciplina por la guerra civil en que tomó parte, efectuando diversas parciales sediciones, mal se mantenía en paz.

En el año de 1827 ocurren serios levantamientos y se pide la expulsión de los españoles, que al fin se decretó con salvedades. El general Bravo, por otra parte, al frente de algunas tropas, pide la disolución de masónicas sociedades secretas, á las que se atribuían ideas por extremo liberales, que no cuadraban con las de un partido que se llamó conservador.

El general Guerrero, por acuerdo del Presidente, abre campaña y domina la situación.

Visto el estado de inmoralidad de las tropas existentes en la República, que tan fácilmente se prestaban á seguir la voz de los alborotadores, cualquiera que fuese el pretexto que se invocase para levantar las armas en contra de las autoridades legítimas, se trató de crear nuevos elementos militares; y antes de terminar el año de 1827 se instituyó la que se llamó *milicia cívica*, previniéndose que todo mexicano estaba obligado á concurrir á la defensa de la Nación y á formar dicha milicia, que normalmente permanecía en asamblea, sujeta á los gobiernos de los Estados respectivos y, bajo ciertas bases, al Presidente de la República.

Desgraciadamente esa institución, que se denominó también *guardia nacional*, desde su principio fué mal reglamentada, y no se obtuvo nunca de ella el resultado que se esperaba.

En el presupuesto del año de 1828 figuraban una escuela militar, 12 batallones de infantería permanente, 12 de caballería de la misma clase, 34 compañías de caballería para los Estados del Norte y Occidente, 11 compañías de infantería ó caballería, para cubrir lugares de la costa, 2 compañías de inválidos, 4 batallones de milicia activa, y 4 más de guardacostas, á los que se unían 3 escuadrones, debiendo conceptuarse que esa fuerza dependía de la Federación, dando un número de 16.000 hombres.

La escuadrilla mexicana acababa de organizarse, y constaba también, en la lista de gastos, con un navío, 2 fragatas, 1 corbeta, 4 bergantines y 6 goletas.

Llegó la época electoral. Dos candidatos aparecieron con probabilidades de alcanzar el triunfo en los sufragios, y fueron éstos el esclarecido general Vicente Guerrero, y el general Manuel Gómez Pedraza, que á la sazón tenía á su cargo el ministerio de la Guerra.

Triunfó en la elección este último, y no se conformó con ello el partido de Guerrero. Santa Anna se pronuncia en su favor, y le siguen otros y otros; varios cuerpos se sublevan en la propia capital y tienen efecto combates en sus calles y edificios. Así es que el elegido no toma posesión del cargo á que los sufragios lo llaman, renuncia el puesto y sale del país.

En tales circunstancias iba acabando el período constitucional del presidente Victoria, que encargó luego de la Secretaría de Guerra al mismo general Guerrero, quien procura con sus disposiciones restañar la sangre que se vertía.

Hizo concesiones á sus enemigos políticos, y por eso trató de que se designase para vicepresidente, como se designó, al general D. Anastasio Bustamante. Bajo tales auspicios se hizo cargo del Gobierno.

Anarquía.—Después de una revuelta como la que llevó á Guerrero á la Presidencia, cada sargento que volvió el fusil contra su bandera, cada oficial que faltó á su deber, cada jefe que manchó su nombre y el del ejército de que formara parte, se creía merecedor de grandes recompensas, y ni las arcas nacionales ni las vacantes de que se disponía, podían llenar las desapoderadas ambiciones de tantos. Zumbaron bien pronto las nubes de los descontentos.

Apenas en el Gobierno el general Guerrero, llega á Tampico, procedente de Cuba, una expedición española, mandada por Barradas, pretendiendo invadir el territorio con 4.000 hombres; y el general Santa Anna la desbarata el 9 de Septiembre de 1829, en las inmediaciones del mismo Tampico, tras siete horas de raído combate.

La insensata invasión aislada de aquellas tropas, parece que se acordó con el solo objeto de que abortase!

El gobierno mexicano esperaba que por Veracruz apareciera alguna otra armada española con tropas de desembarco, y avanzó una fuerte división, á las órdenes del vicepresidente Bustamante, á acantonarse en Jalapa, en espera de los sucesos. Este general, con tal elemento de fuerza, desconoce luego al Gobierno supremo y se lanza contra él, en tanto que tropas de la guarnición de México se aprestan á seguir el movimiento.

Guerrero, con una escolta, se dirige al Sur, en donde cuenta con su antiguo compañero, el bravo insurgente Juan Alvarez.

El vicepresidente Bustamante ejerce el poder en la República, y ejercita un sistema de terror para imponerse. A los Estados los restringe en su soberanía. Guerrero y Alvarez, desde el Sur, vuelven sus armas contra él, y se ensangrientan los campos de los Estados de Puebla, Guerrero y Michoacán. El gobierno de Bustamante paga á precio de oro la cabeza laureada de Vicente Guerrero, y sin respetar al heroísmo, la hace rodar en el cadalso. Después, D. Juan Alvarez, con las armas en la mano, impone condiciones al Gobierno para someterse.

El ilustre muerto había ejercido la Presidencia, porque Gómez Pedraza, obligado, la renunció antes de salir del país, y Guerrero contaba con el mayor número de sufragios después de aquél; Bustamante, con carácter de vicepresidente, estuvo al frente del Poder ejecutivo.

No bien había concluido la guerra con la sumisión de Alvarez, cuando Santa Anna, en Veracruz, con-

tando con la guarnición de aquel puerto, el 2 de Enero de 1832, comienza una revolución que secundan gobiernos locales y varias guarniciones militares, pues que la defección había llegado á ser la consigna del ejército. Los pronunciados pretendían que Gómez Pedraza, á quien llamaron del extranjero, se pusiera al frente del Gobierno.

El Presidente se defiende con las armas en la mano, y el 18 de Septiembre de 1832 libra una famosa

acción llamada de El Gallinero, por haber tomado el nombre del lugar donde se verificó. En ella, con 2.500 soldados, derrotó á 6.000 de sus contrarios; mas otras de sus fuerzas eran vencidas por Santa Anna, con quien al fin hace un convenio, dejando libre el puesto de Presidente de la República al general Gómez Pedraza, que entró á la capital al frente de las tropas antes en guerra.

Al citado general Gómez Pedraza, por virtud de lo acordado, sólo tocó llamar á elecciones al pueblo, y el voto designó para presidente de la República al general D. Antonio López de Santa Anna, y para vicepresidente á D. Valentín Gómez Farías. Este último, por licencia otorgada al primero, ejerció el Poder, y comenzó á procurar reformas importantes que alarmaron á las clases privilegiadas: el clero y el ejército.

Santa Anna, sin convicción política ninguna, vista la marcha de la cosa pública, se declara al fin en favor de esas

clases, que ya definitivamente formaron el partido conservador, bajo la bandera de intolerancia religiosa y fueros, en contra del otro bando, que se llamó liberal y anhelaba la reforma.

Centralismo. — Anarquía. — Guerra con los Estados Unidos.—En 1834, Santa Anna se hace cargo de la suprema magistratura de la Nación, en medio de motines que tuvieron efecto contra Gómez Farías, cuyas leyes reformadoras nulifica. En seguida, visto que se levantaban tropas de Zacatecas y otras para defender la soberanía de los Estados que atacó con sus disposiciones, marcha sobre ellas y las vence.

La Constitución de 1824 pareció al partido triunfante demasiado liberal; y el Congreso, con acuerdo de Santa Anna, dictó unas reaccionarias bases orgánicas el 23 de Octubre de 1836.

Entretanto, los habitantes de Texas, en su mayor parte anglo-sajones, desconocen al gobierno mexicano y se declaran independientes. Santa Anna, dejando un substituto en el Gobierno, toma el mando del



Alumnos del Colegio Militar, muertos en la defensa de Chapultepec

Establecimientos militares modernos

Vista panorámica de la Fábrica Nacional de pólvora
de Santa Fe

tando con la guarnición de aquel puerto, el 2 de Enero de 1832, comienza una revolución que secundan gobiernos locales y varias guarniciones militares, pues que la defección había llegado á ser la consigna del ejército. Los pronunciados pretendían que Gómez Pedraza, á quien llamaron del extranjero, se pusiera al frente del Gobierno.

El Presidente se defiende con las armas en la mano, y el 18 de Septiembre de 1832 libra una famosa

acción llamada de El Gallinero, por haber tomado el nombre del lugar donde se verificó. En ella, con 2.500 soldados, derrotó á 6.000 de sus contrarios; mas otras de sus fuerzas eran vencidas por Santa Anna, con quien al fin hace un convenio, dejando libre el puesto de Presidente de la República al general Gómez-Pedraza, que entró á la capital al frente de las tropas antes en guerra.

Al citado general Gómez Pedraza, por virtud de lo acordado, sólo tocó llamar á elecciones al pueblo, y el voto designó para presidente de la República al general D. Antonio López de Santa Anna, y para vicepresidente á D. Valentín Gómez Farías. Este último, por licencia otorgada al primero, ejerció el Poder, y comenzó á procurar reformas importantes que alarmaron á las clases privilegiadas: el clero y el ejército.

Santa Anna, sin convicción política ninguna, vista la marcha de la cosa pública, se declara al fin en favor de esas

clases, que ya definitivamente formaron el partido conservador, bajo la bandera de intolerancia religiosa y fueros, en contra del otro bando, que se llamó liberal y anhelaba la reforma.

Centralismo. — Anarquía. — Guerra con los Estados Unidos.—En 1834, Santa Anna se hace cargo de la suprema magistratura de la Nación, en medio de motines que tuvieron efecto contra Gómez Farías, cuyas leyes reformadoras nulifica. En seguida, visto que se levantaban tropas de Zacatecas y otras para defender la soberanía de los Estados que atacó con sus disposiciones, marcha sobre ellas y las vence.

La Constitución de 1824 pareció al partido triunfante demasiado liberal; y el Congreso, con acuerdo de Santa Anna, dictó unas reaccionarias bases orgánicas el 23 de Octubre de 1836.

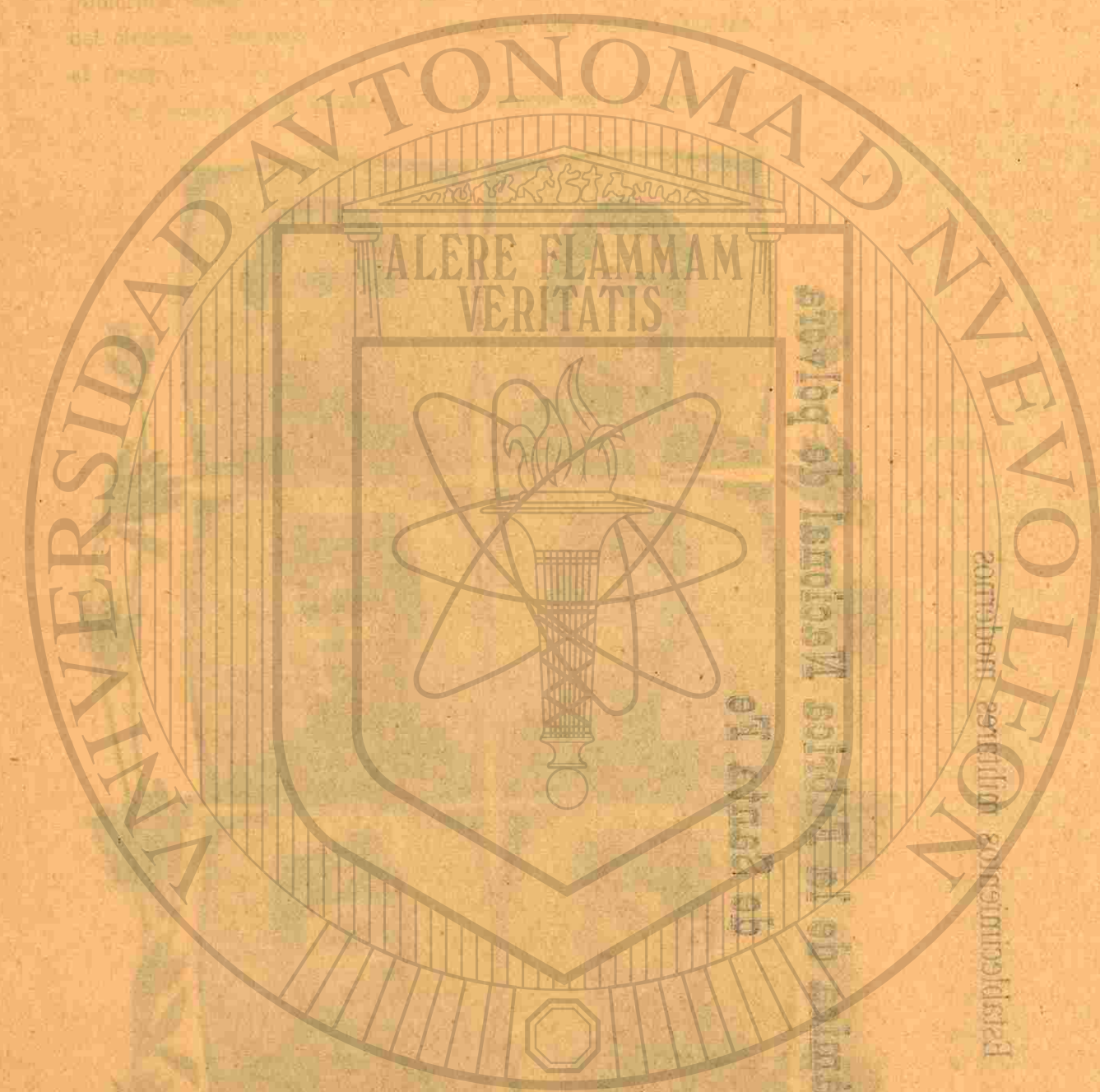
Entretanto, los habitantes de Texas, en su mayor parte anglo-sajones, desconocen al gobierno mexicano y se declaran independientes. Santa Anna, dejando un substituto en el Gobierno, toma el mando del



Alumnos del Colegio Militar, muertos en la defensa de Chapultepec

Establecimientos militares modernos

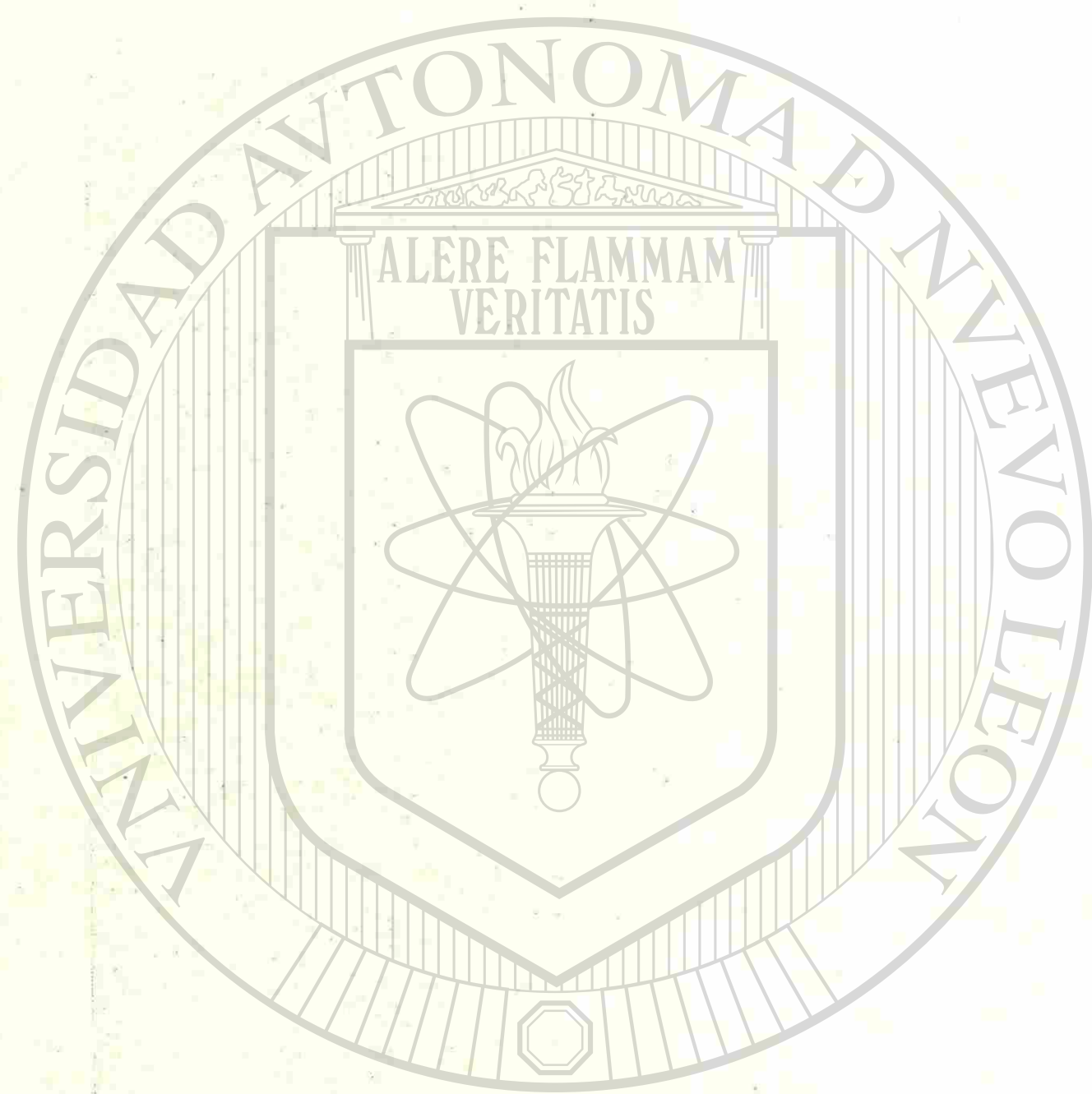
Vista panorámica de la Fábrica Nacional de pólvora
de Santa Fe



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

ejército; acapara recursos para las atenciones militares, y teniendo que atravesar desiertos, se dirige al territorio rebelde; vence en el Fuerte del Álamo, á inmediaciones de San Antonio de Béjar, mientras el general Urrea, que con una columna había ejecutado una marcha paralela á la suya, obtenía cinco triunfos consecutivos sobre los texanos.

El general-presidente se interna, atraviesa todo el territorio, toca la frontera de los Estados Unidos, y avanzando con una columna de 1.500 hombres, el día 21 de Abril de 1836, lo sorprende el enemigo á la margen del río de San Jacinto, debido á su completo abandono y desprecio con que viera á sus contrarios. Tras la sorpresa y derrota de su fuerza, se le hizo prisionero; y en tales condiciones, con su carácter de presidente de la República, comete la indignidad de tratar con el enemigo; reconoce la independencia de Texas y ordena la contramarcha de todas sus tropas, hasta entonces victoriosas. Algunos jefes subalternos, entre ellos el general Urrea, no querían obedecer las órdenes del prisionero; pero el segundo en jefe, Filisola, con la mayor parte de la división, contramarcha rápidamente, y esto obliga á todos á secundar la operación. El río Bravo quedó repasado el 15 de Junio por 6.000 hombres, que se acantonaron en las villas de la margen derecha del mismo.

Por lo que toca á los Estados Unidos, que anhelaban el territorio de Texas, bien pronto se vió cómo acordaron préstamos en numerario á la Junta gubernativa revolucionaria texana, con pretextos diversos, y cómo disimularon la organización de voluntarios en su territorio, y el arreglo de expediciones marítimas en sus bahías contra puertos mexicanos.

En Guadalajara, Oaxaca, Chiapas y San Luis Potosí, se suceden las rebeliones.

En Enero de 1837 se juró la Constitución, redactada de conformidad con las bases reaccionarias antes sancionadas.

Acéfala la Presidencia, se procede á la elección, pidiendo sus votos á las Legislaturas, y éstas por mayoría sufragán en favor de D. Anastasio Bustamante.

Desvanecida la figura de Santa Anna en los horizontes políticos, ¿quién otro podría servir mejor los intereses del centralismo?

El prisionero de San Jacinto volvía al país; pero, según decreto de 22 de Febrero, no podía ejercer mando alguno, y debía dar cuenta de sus actos desde el momento de su aprisionamiento.

Las hostilidades de los texanos se hacen sentir por mar, y nuestras fuerzas no se movían sobre aquel lejano territorio. En el interior del país, las fuerzas podían operar, porque tenían manera de vivir en las poblaciones, situadas unas cerca de las otras; pero tratándose de atravesar los desiertos para ir á batir á los texanos y á los rebeldes de California, que ya desconocían la autoridad del Gobierno, era indispensable contar con abundantes recursos para las columnas, que debían expedicionar en lugares á donde todo había de llevarse.

En los años de 1837 y 1838, luchas en favor de la federación y contra el centralismo, amagos en las costas del Golfo, por parte de buques texanos ó americanos que fingen proceder de Texas, y otros más serios de alguna escuadra francesa, mantenían al país en guerra y alarma continua.

Además de Texas, California y Nuevo México pretendían separarse del país, y luchaban por ello.

Se había asignado á Santa Anna un mando de poca importancia, con motivo de los bombardeos que sobre el citado puerto de Veracruz efectuara la escuadra francesa á que hemos aludido; y los marineros de tal escuadra ejecutan, por sorpresa, un atrevido desembarco, que Santa Anna rechaza por medio de una vuelta ofensiva que ejecutó á última hora, y la cual dió lugar á que fuese herido. Bastó aquel acto de valor al prisionero de San Jacinto para que se olvidaran sus graves, pasados errores.

Bustamante pidió y obtuvo permiso para ponerse al frente del ejército, á fin de sofocar la guerra en el interior, y dejar expeditos los elementos del Gobierno para atender á las dificultades provenientes del extranjero. Entonces se nombró Presidente interino al ya perdonado general Santa Anna.

Se triunfa contra los revolucionarios, y en 17 de Julio de 1839, Bustamante volvió á ocupar su alto puesto en el Gobierno; pero torna á encenderse la guerra. Sería prolijo referir los varios combates en que tropas mexicanas chocan unas contra otras, cuando la Nación se desmembraba en jirones que se llaman

Texas, Nuevo México y California: en la misma capital, al concluir Julio, el general Urrea efectuaba un motín, y se veían las columnas de asalto sobre las posiciones de las fuerzas leales, la artillería destruyendo los edificios defendidos, y la guerra, en fin, con sus estruendos, sus destrucciones y matanzas, que por once días se enseñoreó de la ciudad. Los rebeldes se someten al fin y su jefe se escapa previamente.

En los primeros días de Agosto de 1841, el comandante general de Jalisco, D. Antonio Paredes y Arrillaga, se pronuncia; Santa Anna busca algún motivo, y se pronuncia también; y el 31 del propio mes el general Valencia, con la mitad de la guarnición de México, desconoce al Gobierno, apoderándose de la ciudadela y otros edificios á ella vecinos. El presidente Bustamante se pone al frente de las fuerzas leales y cubre el principal perímetro de la ciudad. Pasan los días teniendo efecto escaramuzas; se reúnen los jefes rebeldes con más y más fuerzas en México, y después de hostiles maniobras de poderosas columnas beligerantes, en las avenidas de la capital, Bustamante renuncia su puesto, y en la cercana villa de Guadalupe conviene, el 6 de Octubre, en que Santa Anna le substituya.

A Paredes, que anhelaba el puesto de Presidente, y á otros jefes ambiciosos, que ocupaban lugares lejanos, se les conforma de cualquier modo.

El día 16 de ese mes de Octubre, el general Armijo triunfaba de los texanos que habían invadido el distante territorio de Nuevo México, haciendo prisionero á su jefe el general Leod.

Santa Anna, en su nuevo período, tuvo un empeño decidido por sostener, del mejor modo posible, al ejército, visto que era el más eficaz elemento para imponerse. En lo que toca al sistema de reclutamiento, para mantener en alta fuerza á los cuerpos, no se limitó á que se les consignase la gente que no tenía ocupación, como venía practicándose en el caso desde la época virreinal, sino que por la fuerza se quitó á los labradores y á los artesanos de sus faenas, para poner en sus manos el fusil. La leva entre toda esa gente fué reputada como una calamidad pública. Por otra parte, había que atender á la manutención de esas tropas, y como medio más á propósito para que no faltasen sus haberes, Santa Anna subalternó todo lo administrativo á satisfacer de preferencia esa necesidad; y para conseguirlo de un modo seguro, las oficinas de Hacienda, en cada Departamento, quedaron sujetas en el reparto de fondos á las comandancias militares.

Esas medidas del 18 de Octubre dejaban ver que el plan del gobierno de Santa Anna era bien sencillo: «El Ejército para él, y la Nación para el Ejército.» Todo lo demás quedó reputado como de segundo orden.

El 17 de Enero de 1842 decretó Santa Anna que en las poblaciones de la República, según su censo é importancia, se levantarán compañías de caballería, que debían estar sujetas al Gobierno del Departamento respectivo, y que en las haciendas se hiciera otro tanto, titulando á las fuerzas de ellas *rurales*. Las primeras debían ser sostenidas por los pueblos cuando estuvieran en servicio activo, y las segundas por los hacendados. En caso de guerra, decía el decreto, el Presidente podrá disponer de semejantes elementos militares.

Yucatán se había separado de la obediencia del Gobierno, y esto motivaba diversos combates. En tanto, el general Woll hacía una aislada expedición triunfante en territorio texano, viéndose en el caso de contramarchar.

El 10 de Junio se reunía nuevo Congreso constituyente, llamado por el plan revolucionario para reformar instituciones. Trabajó éste en el sentido de poner en vigor el sistema federal, y Santa Anna lo disolvió, y convocó á otro que se instaló el día 6 de Enero de 1843, para redactar las bases del gobierno que mejor cuadrara á los intereses del Presidente en ejercicio, las cuales fueron presentadas en 12 de Junio. En vista de lo prescrito en ellas, se efectuaron elecciones de diputados; éstos se congregaron el 1.º de Enero de 1844, y al día siguiente, hecho el cómputo de los Departamentos, declaró el Congreso que era Presidente constitucional el general Santa Anna, que antes sólo ejercía como interino.

En el mes de Marzo, el Presidente de los Estados Unidos, Tyler, negocia con el llamado Gobierno de Texas la anexión del territorio á la República del Norte de América, y el 22 de Abril se dió cuenta al Senado de aquel país de la conformidad de los texanos en la anexión.

Santa Anna dictó providencias en Junio, con el propósito, según expuso, de reconquistar la perdida comarca texana; pidió fondos al Congreso, y á los Departamentos un contingente de sangre de treinta mil hombres.

En Noviembre, el ministro de los Estados Unidos expresa, en nombre de su Gobierno, que de llevarse á cabo la expedición que estaba preparándose sobre Texas, se consideraría el hecho como una declaración de guerra contra su país y se obraría en consecuencia. La amenaza no fué atendida, y los preparativos militares siguieron, avanzando rumbo al Norte algunas fuerzas.

Diversas peripecias de la guerra civil estaban entretanto teniendo efecto. El general Paredes, de nuevo en la comandancia militar de Jalisco, se vuelve á pronunciar; lo secundan en el interior, y marcha con fuerzas al Oriente. Santa Anna corre á su encuentro con 7.000 infantes, 1.500 caballos y 20 piezas de artillería, quedando encargado del Gobierno el general Canalizo, con orden de disolver al último Congreso, que estaba en sesiones. No era posible que Santa Anna pudiera gobernar bajo reglas precisadas por Constitución alguna; y así se observaba que, cada vez que establecía un Congreso, pronto acababa con él.

La disolución de las Cámaras produce esta vez gran alboroto popular; se reinstalan ellas en el convento de San Francisco, bajo la protección de un batallón de la guardia nacional, y desconocen á Santa Anna y á Canalizo, nombrando Presidente de la República al general D. José Joaquín de Herrera. Éste, con copia del decreto respectivo, fecha 6 de Diciembre, se dirigió al citado Canalizo para que, por su parte, cesara en sus funciones de Presidente interino.

Al recibir el oficio el jefe de que tratamos, mandó que las tropas inmediatas á Palacio formaran en los patios del mismo; y se disponía á salir personalmente con una columna sobre el convento de San Francisco, donde estaban las Cámaras, según hemos dicho, cuando se le dió cuenta de que las fuerzas que acababan de reunirse, manifestaban que sólo acatarían á las autoridades constitucionales, y en seguida se le comunicó orden de arresto, emanada de los jefes de aquéllas. Fué tanta su indignación al oír la orden, que previno al general Salas, que se hallaba con él, que incendiase el parque existente en los almacenes, para que el Palacio volara con su propia persona y con todos los que allí había; Salas corrió con un botafuego en la mano, y llegaba ya á los almacenes cuando con violencia lo redujeron á prisión, quitándole por fuerza la encendida mecha. ¡Lástima que esa clase de energías se gastaran en motines y revueltas interiores!



Guerrillero de la época de la Reforma

Los diputados y senadores, presididos por el general Herrera, seguidos del pueblo y gran columna de tropas, entre aclamaciones se dirigieron á ocupar, como ocuparon luego, el Palacio Nacional.

No se pudieron evitar diversos lamentables escándalos, y así se vió que la estatua del general Santa Anna fué con ludibrio arrojada de su pedestal y arrastrada por las calles.

El general Santa Anna había avanzado de la ciudad de Querétaro, con el objeto de encontrarse con Paredes, que á su vez salía de Jalisco; pero al tener conocimiento de los sucesos ocurridos en México, contramarcha y repasa el día 20 por la ciudad nombrada. Mientras se dirigía á la capital, Bravo llegó á ella el día 22, con la división de su mando, y desde luego fué nombrado general en jefe del ejército, dándosele por segundo á Valencia. Llegado el presidente Santa Anna á inmediaciones de México, no se atreve contra la plaza y se dirige á Puebla, en donde la guarnición se apresta á la defensa, y el día 3 de Enero es atacada por él sin resultado. Los asaltantes entonces sitian la ciudad, y su jefe, que sabe que Paredes llega á México, y que unido con Bravo marcha sobre sus fuerzas, entra en negociaciones con dichos jefes, renuncia la presidencia, y abandonando á sus soldados frente á Puebla, con 500 caballos que lo escoltan, se pone en fuga el día 10. Después disuelve su escolta, y al llegar á inmediaciones de Jalapa es aprehendido por una fuerza de voluntarios y encerrado en el castillo de Perote.

La cuestión de los Estados Unidos proseguía, y el general americano Taylor, con tropas de caballería por tierra y de infantería por mar, había avanzado á territorio de Texas, y buques de la armada de aquella nación se presentaban frente á Veracruz. No había concluido el mes de Septiembre cuando el gobierno norte-americano anunciaba á su enviado Slidell, habiéndosele contestado que no se le recibiría con el carácter de plenipotenciario si no se retiraban las fuerzas navales que estaban en nuestras aguas.

El general Paredes, que había efectuado dos diversos pronunciamientos, sin obtener por ellos tanta elevación como la que desenfrenadamente ambicionaba, tenía el mando del ejército de reserva en San Luis Potosí; y pretextando falta de recursos para enviar las tropas que debían reforzar al general Arista, que abría ya la campaña contra los texanos, había reunido un gran núcleo de fuerzas bajo sus órdenes, é intrigando, no teniendo á la vista más que la satisfacción de sus miras, faltando como militar y como mexicano á todos sus deberes, lanza el grito de rebelión. Ese Paredes, que había ya formado escuela para hacer revoluciones, con la debida anticipación había invitado al general Arista para establecer díz que reformas saludables en la República; y este jefe, que con 5.200 hombres escasos tenía que cubrir una línea de 140 leguas, desde Matamoros hasta Río Grande, le contestó que no se ocupara de reformas en aquellos momentos supremos en que el enemigo estaba para invadir el suelo mexicano, y que le mandara la división de refuerzo que se le había ordenado le enviase, porque de otro modo sería estéril el sacrificio de la que se encontraba bajo su mando: voces de patriotismo y de honor que no podía entender el revolucionario de oficio.

La clase militar, á la cual halagaba cuanto le diera supremacía, sin cuidarse de otros intereses, secundó en México el plan de San Luis, y el presidente Herrera quedó depuesto á virtud de aquel movimiento.

El día 2 de Enero de 1846 el pronunciado de San Luis entraba en la capital de la República, al frente de magníficas divisiones, para hacerse cargo del mando supremo de la nación.

El general Taylor, con sus fuerzas, acampaba á tres leguas de Matamoros, el día 24 de Marzo, y nuevos buques de guerra aumentaban la escuadra que se mantenía frente á Veracruz. El general Arista pasa el río Bravo y manda que Ampudia ataque el fuerte Brown, mientras él, con el grueso de su división, se corre á la derecha, hacia Palo Alto, en donde Taylor lo derrota el 8 de Mayo, volviendo á batirlo al día siguiente en la Resaca de Guerrero. Tras estos dos descalabros se acuerda abandonar, y se abandona, la plaza de Matamoros, cuya guarnición, destrozada por las derrotas y las fatigas, llega á Linares el 28 de Mayo. De 5.200 hombres que tenía, le restaban 2.600.

Con las numerosas tropas con que Paredes hizo su revolución para elevarse, hubieran cambiado los destinos de la guerra; otra habría sido la marcha que se le hubiera dado si tales fuerzas hubiesen situado, como estaba prevenido, la mitad de su efectivo á las márgenes del Bravo y el resto á retaguardia.

Mientras en el Norte el ejército invasor triunfaba de las mal dirigidas y peor atendidas tropas me-

xicanas, en Jalisco y Veracruz habíanse pronunciado contra el plan de San Luis; en Sonora existían graves dificultades locales, y en Mazatlán ocurría un motín, que efectuaba precisamente una brigada que estaba destinada á embarcarse para la Alta California, invadida por tropas americanas.

Además, buques de los Estados Unidos empezaban á bloquear los puertos del Golfo.

Formado un Congreso, declaró el 12 de Junio que era Presidente de la República el general Paredes, y Vicepresidente el general Bravo. Éste queda encargado del Gobierno, porque el Presidente se dispone á salir con fuerzas hacia el Norte; ya lo habían efectuado 3.200 hombres de esas fuerzas, cuando en la madrugada del 4 de Agosto, el general Salas, al frente de las tropas que se hallaban en la Ciudadela, una brigada de las cuales estaba para marchar con el presidente Paredes, proclama á *Santa Anna* y á *la Federación*.

El jefe de que tratamos dió conocimiento de su plan á D. Nicolás Bravo, intimándole á que dejara de ejercer una autoridad que la Nación no le había conferido; tras esto, siguieron los amagos de columnas que avanzan; luego se entra en arreglos, conviniéndose en lo esencial, el día 5, en que las tropas existentes en Palacio, con Bravo, reconocían como general en jefe á Salas; que se adoptaba por ellas el plan de *Santa Anna y Federación*, con el restablecimiento de la Constitución de 1824, y que el general Salas ejercería el mando mientras llegaba Santa Anna, que había sido llamado.

Ese hombre, que aparentó todos los colores políticos, sin tener ningún principio fijo, ahora iba á servirse de la Federación, única de que nunca podía ser partidario. Por lo que respecta al general Paredes, con unos cuantos amigos salió de México en la misma noche del 5, y más tarde se lo desterró.

Restablecimiento de la Federación.—Anarquía.—Guerra con los Estados Unidos.—El 14 de Septiembre tuvo efecto la llegada de Santa Anna á México, y luego manifestó á Salas su deseo de correr á la frontera á ponerse al frente de las tropas que iban á combatir por la Patria.

Los sucesos se precipitaban en aquella frontera. A Arista habíasele retirado el mando, siendo sustituido por el general Ampudia; y éste, recibiendo refuerzos, se había concentrado en Monterrey, donde Taylor es avistado á mediados de Agosto. Del 19 al 21, el enemigo hizo reconocimientos sobre la plaza; tras ello se verifican asaltos parciales, en que los sitiadores, que contaban con un efectivo de 6.500 hombres, perdieron 200 entre muertos y heridos; luego la guarnición capitula, en la noche del 24, conviniéndose en que las fuerzas mexicanas, con sus armas y banderas, llevando consigo una batería de cañones, se retirarían al interior del país, debiendo las tropas americanas no avanzar por espacio de seis semanas.

El 28 del mismo Septiembre, Santa Anna salía de México con una fuerte división, hacia San Luis Potosí, donde pronto reunió 10.000 hombres. La ventaja obtenida por la capitulación de Monterrey, conforme á la cual el enemigo no podría moverse por seis semanas, no se aprovechó; y como se ordenase por Santa Anna que las tropas procedentes de Monterrey se retirasen hasta San Luis, y que se le incorporase en la propia plaza la guarnición de Tampico, fuerte de 4.000 soldados y 25 cañones, quedaron libres á los americanos los Estados de Coahuila, Nuevo León y Tamaulipas.

Conforme á la Constitución de 1824, el presidente Salas llamó á los representantes del pueblo, y en el Congreso elegido había hombres de los partidos que mantenían al país en guerra: los conservadores, defendiendo los fueros y privilegios; los liberales deseando reformas, y los moderados neutralizando á unos y otros.

El 23 de Diciembre, hecha la computación de votos respectiva, se declaró Presidente constitucional al general Santa Anna, y Vicepresidente á D. Valentín Gómez Farías, que desde luego entró á desempeñar el Gobierno por ausencia del primero. Inmediatamente llevó una grave cuestión á la Asamblea legislativa para su resolución: nada menos que la enajenación ó hipoteca de los bienes de las comunidades religiosas, que representaban una inmensa riqueza, estancada por no poder entrar á la masa de los bienes enajenables.

Urgía en gran manera la consecución de recursos, y los liberales encontraron, como mejor y más obvio, disponer de los bienes dichos; pero nunca lo hicieron: las protestas sediciosas de los cabildos ecles-

siásticos, primero, y la guerra civil al último, encendida en la misma capital, fueron la consecuencia de la ley que se expidiera á iniciativa del Ejecutivo, y que autorizó, de pronto, la enajenación de fincas de comunidades por valor de quince millones de pesos.

Santa Anna, desde San Luis, se inclinaba á una u otra parte, según la conveniencia del momento; y esa vacilación del que todo lo podía, dió en tierra con los liberales.

Pero no debemos anticiparnos á los sucesos.

El citado general Santa Anna, al concluir el mes de Enero de 1847, salía de San Luis Potosí hacia el Norte, con 10.500 infantes, 4.000 caballos y 17 piezas de artillería. El día 21 de Febrero, tras de marchas penosísimas, por no haber pueblos abastecidos para surtir las necesidades de las tropas desde que se avanza de Matchuala, el ejército rindió jornada á la falda del Puerto del Carnero, á donde los últimos batallones llegaron después de media noche, habiéndose movido las tropas á las seis de la mañana del 22, como para entrar en acción sobre el enemigo, á quien se suponía en Agua Nueva.

Se previno á Miñón que con 1.200 caballos avanzara por un flanco á cortar la comunicación del camino del Saltillo, adelante de la citada hacienda de Agua Nueva; y el grueso de la fuerza emprendió la marcha, encontrando á Taylor posesionado en el Puerto de la Angostura, lugar ventajoso, difícil de ser flanqueado, y con retirada hacia el Saltillo.

El general Santa Anna, frente al general americano, se empeñó en forzar el paso, lanzando sus columnas al lugar más fuertemente defendido por las tropas contrarias; se preparó, sin embargo, mandando ocupar en la tarde un cerro de la derecha de su frente, donde se obligó á retroceder á dos regimientos enemigos. Por la noche, ya tomada aquella posición, el grueso de la fuerza acampó sobre el camino que traía, y á las seis de la mañana del 23 prosiguió la empezada lucha.

Se mandó avanzar una fuerza por la izquierda; pero vista la aspereza del terreno por el cual caminaba, se dispuso que no se lanzara al asalto. Los batallones que ocupaban el cerro que hemos mencionado, dirigían sus fuegos desde la altura sobre la posición enemiga; y como se advirtiera que hacían gran estrago, los americanos intentaron desalojarlos, con cuyo motivo tuvo efecto un reñido combate, en que las tropas mexicanas, auxiliadas por las del centro y con una columna de caballería, no sólo hicieron retroceder á las contrarias, sino que llegaron á su retaguardia hasta la hacienda de Buena Vista, donde estaba la ambulancia enemiga, que atacó parcialmente una pequeña fuerza de infantería, y después la caballería.

Hizo esfuerzos el enemigo para cortar esas tropas, que rebasaron su posición por el flanco; pero por el frente avanza una gruesa columna mandada por el general Santa Anna, y esto, repartiendo la atención de los defensores de la Angostura, malogró su intento. No fué posible que la columna dicha forzara el paso del camino, y se desbordó hacia su derecha, obligando á los americanos á hacer una concentración, dejando todo ese flanco en poder de nuestras tropas. En los episodios de esos combates del flanco derecho, dos veces cargó victoriosamente nuestra infantería á la bayoneta. Antes, habíanse nuestros soldados apoderado de un cañón, y después quitaron dos más y tres banderas.

Tras una lluvia torrencial, las sombras de la noche, avecinándose, vinieron á dar fin á la acción, que había costado por parte del ejército mexicano unos 500 muertos y doble número de heridos, no pudiendo calcularse el de dispersos de las tropas de reclutas tomadas de leva á última hora en San Luis. En cuanto á los americanos, á quienes desde el día anterior á la acción se les habían capturado por la caballería de vanguardia algunos oficiales y un escuadrón, dice el general Taylor que sufrieron la pérdida de 227 muertos y 456 heridos. Sus mejores coroneles, Hardin y Mc Kee, quedaron entre los primeros.

En la lucha del 23, el ejército mexicano había vencido en toda la derecha, y el enemigo estuvo limitado á la defensiva. Esto no obstante, el general Santa Anna mandó durante la noche que se efectuara la retirada á la hacienda de Agua Nueva. El cuerpo de ejército recibió con descontento aquella orden.

Se había experimentado ya, en la tarde del 23, que las tropas mexicanas, sin necesidad de pasar por la Angostura, podían tomar por el flanco derecho el camino del Saltillo, cerca del cual habíase mantenido el coronel Miñón, con sus 1.200 caballos, teniendo en alarma á la ciudad.

Es el caso que después de tres días de hallarse en la citada hacienda de Agua Nueva, sin haber sido el ejército mexicano hostilizado por la división de Taylor, que no había quedado en condiciones de mostrarse frente á frente á nuestras tropas, se toma definitivamente el camino de San Luis Potosí.

Sin ambulancias y sin raciones, muchos de nuestros heridos y enfermos fueron quedando á los flancos de la carretera, presentando un espectáculo desgarrador.

El día 12 de Marzo hizo su entrada en San Luis Potosí aquel sufrido ejército. Allí se supo que el general Urrea, con una brigada de caballería que se desprendió de la división mexicana que se hallaba en Tula, habíase acercado á Monterrey y capturado un convoy del enemigo, quitándole cien carros de transporte y ocasionándole la pérdida de 200 hombres entre muertos y heridos.



Veracruz. — Vista antigua del puerto

(De fotografía de Briquet)

Dejamos pendiente la relación de los sucesos de México, para hablar de los acontecimientos militares del Norte. No podemos entrar en detalles, y sólo expresaremos que el cabildo eclesiástico metropolitano procuró, y consiguió, que algunos cuerpos de guardia nacional, llamados al servicio para ser enviados á Veracruz, á donde fuerzas americanas estaban para atacar, se rebelasen contra el gobierno de Gómez Farías, que pretendía disponer de parte de los bienes del clero para salvar la apremiante situación del país.

Las tropas fieles entraron en lucha con las rebeldes; y como unas y otras se mantenían en posiciones más ó menos fuertes, que no eran asaltadas de un modo decidido, esa lucha, que había empezado desde la segunda quincena de Enero, se prolongó.

Santa Anna, á quien las circunstancias tantas veces favorecieron, estaba en condiciones de hacer el papel de salvador; llegó á México el 21 de Marzo, y á su orden cesaron las hostilidades en el interior de la ciudad.

Imposible la estancia de Gómez Farías en el poder, después de los sucesos indicados; y teniendo que salir Santa Anna hacia el Oriente, donde el enemigo se presentaba, se le substituyó con el general Anaya.

En tanto, Veracruz había sido tomada. Sin embargo, Santa Anna marchó al encuentro de los americanos, que á la vez que por Veracruz y Saltillo, expedicionaban ya por Chihuahua, Nuevo México y la Alta California. En Veracruz habían desembarcado 13.000 hombres, y con 4.000 se defendió valientemente la plaza por espacio de diez y nueve días. El 28 de Marzo quedó ajustada la capitulación, y no hubo más fuego sobre la ciudad; el 29, recibiendo el pabellón los honores de nuestras tropas y las salvas de la artillería, fué arriado en los fuertes de Veracruz y San Juan de Ulúa.

Tras la toma de Veracruz se efectuó la de Tuxpán, y hubo algunos parciales combates de fuerzas mexicanas contra columnas volantes del invasor.

A la sazón, Santa Anna había reunido sus tropas en Jalapa, y tomaba posiciones en Cerro Gordo, con objeto de detener al triunfante ejército americano, que avanzaba hacia el interior. Contaba el jefe mexicano con 9.000 hombres y 43 cañones al efecto; las fuerzas enemigas, que estaban para avistarse con las suyas, tenían un efectivo semejante.

El 11 de Abril comenzó la lucha, y los combates se sucedieron sin interrupción hasta el 18, en que las fuerzas mexicanas quedaron derrotadas.

El general Scott, en su parte oficial, aseguró que sólo perdió, entre muertos y heridos, 431 hombres; dijo que no pudo calcular las pérdidas relativas de los mexicanos, y que les hizo 3.000 prisioneros, quitándoles 43 cañones.

Ya se supondrá el efecto aterrador que en México causaría derrota tan completa. Santa Anna explicó el desastre con la mala organización del ejército, sin tomar en cuenta que á la Angostura llevó más reclusas que á Cerro Gordo; y que aunque él, como general, allí no triunfó, aquellos reclutas sí triunfaron de sus contrarios.

Nada ofrecía ya seguridades de luchar de un modo apropiado con el enemigo. El Gobierno y el Congreso contemplaron en toda su desnudez la ineptitud de aquel general de arranques momentáneos, con los cuales fascinó siempre á la gente impresionable; y en medio de la falta de fe y de esperanza de todos, nadie, no obstante, se atrevía á hablar de negociaciones de paz.

Santa Anna salvó unos 2.600 hombres; pasó con ellos por Puebla, y llegó á México, haciéndose luego cargo de la Presidencia.

Resuelta la defensa de la ciudad de México, se procedió á fortificarla, estableciendo algunos puntos avanzados en el exterior y una sola línea fortificada, que cubría el perímetro de la población.

El general Valencia, con 4.000 soldados y 22 cañones, y el general Álvarez, que del Sur había concurrido á la defensa de la capital, con 3.000 caballos, quedaron en los alrededores de México, para obrar en combinación con la guarnición, fuerte de 12.500 hombres.

El enemigo se presentaba unido, con 12.000 hombres y 30 piezas de artillería; se situaba el 11 de Agosto á la extremidad del lago de Chalco, evitaba las fortificaciones avanzadas y emprendía un largo rodeo, sosteniendo algunas escaramuzas con guerrillas de nuestra caballería; el 17 se hallaba en Tlalpam. Había ejecutado una peligrosa marcha de flanco sin ser batido.

Con aquel cambio de posición que efectuó, México quedó amagado por su parte más débil.

El general Valencia, con su división, desatendió las órdenes de la plaza, y el 19 se situó en Padierna, con objeto de batir aislado al americano, que no se hizo esperar. El combate duró toda la tarde de ese día, al final de la cual Santa Anna, con 5.000 hombres, apareció á distancia, sin entrar en acción; se reanudó la lucha al día siguiente, ya con más tropas los americanos, sin que volviera á saberse del citado Santa Anna, que había retrogradado á tomar cuarteles para pasar la noche; y como se aglomeraran sobre Valencia fuerzas inmensamente superiores, quedó derrotado por completo, pudiendo apenas escapar con dos escuadrones, que, lanza en ristre, tuvieron que abrirse paso entre el enemigo. Las rebeldías del general Valencia fueron la causa del desastre de Padierna; pero la conducta de ese jefe, al provocar una lucha desigual en alto grado, no disculpa á Santa Anna, que pudo protegerlo con toda oportunidad cuando el enemigo no había unido sus fuerzas todavía.

El puente y convento de Churubusco quedaron flanqueados desde que de Padierna tomaron los ame-

Tropas de rurales formando en columnas paralelas

ÉPOCA ACTUAL

En tanto, Veracruz había sido tomada. Sin embargo, Santa Anna marchó al encuentro de los americanos, que á la vez que por Veracruz y Saltillo, expedicionaban ya por Chihuahua, Nuevo México y la Alta California. En Veracruz habían desembarcado 13.000 hombres, y con 4.000 se defendió valientemente la plaza por espacio de diez y nueve días. El 28 de Marzo quedó ajustada la capitulación, y no hubo más fuego sobre la ciudad; el 29, recibiendo el pabellón los honores de nuestras tropas y las salvas de la artillería, fué arriado en los fuertes de Veracruz y San Juan de Ulúa.

Tras la toma de Veracruz se efectuó la de Tuxpán, y hubo algunos parciales combates de fuerzas mexicanas contra columnas volantes del invasor.

A la sazón, Santa Anna había reunido sus tropas en Jalapa, y tomaba posiciones en Cerro Gordo, con objeto de detener al triunfante ejército americano, que avanzaba hacia el interior. Contaba el jefe mexicano con 9.000 hombres y 43 cañones al efecto; las fuerzas enemigas, que estaban para avistarse con las suyas, tenían un efectivo semejante.

El 11 de Abril comenzó la lucha, y los combates se sucedieron sin interrupción hasta el 18, en que las fuerzas mexicanas quedaron derrotadas.

El general Scott, en su parte oficial, aseguró que sólo perdió, entre muertos y heridos, 431 hombres; dijo que no pudo calcular las pérdidas relativas de los mexicanos, y que les hizo 3.000 prisioneros, quitándoles 43 cañones.

Ya se supondrá el efecto aterrador que en México causaría derrota tan completa. Santa Anna explicó el desastre con la mala organización del ejército, sin tomar en cuenta que á la Angostura llevó más reclusas que á Cerro Gordo; y que aunque él, como general, allí no triunfó, aquellos reclutas sí triunfaron de sus contrarios.

Nada ofrecía ya seguridades de luchar de un modo apropiado con el enemigo. El Gobierno y el Congreso contemplaron en toda su desnudez la ineptitud de aquel general de arranques momentáneos, con los cuales fascinó siempre á la gente impresionable; y en medio de la falta de fe y de esperanza de todos, nadie, no obstante, se atrevía á hablar de negociaciones de paz.

Santa Anna salvó unos 2.600 hombres; pasó con ellos por Puebla, y llegó á México, haciéndose luego cargo de la Presidencia.

Resuelta la defensa de la ciudad de México, se procedió á fortificarla, estableciendo algunos puntos avanzados en el exterior y una sola línea fortificada, que cubría el perímetro de la población.

El general Valencia, con 4.000 soldados y 22 cañones, y el general Álvarez, que del Sur había concurrido á la defensa de la capital, con 3.000 caballos, quedaron en los alrededores de México, para obrar en combinación con la guarnición, fuerte de 12.500 hombres.

El enemigo se presentaba unido, con 12.000 hombres y 30 piezas de artillería; se situaba el 11 de Agosto á la extremidad del lago de Chalco, evitaba las fortificaciones avanzadas y emprendía un largo rodeo, sosteniendo algunas escaramuzas con guerrillas de nuestra caballería; el 17 se hallaba en Tlalpam. Había ejecutado una peligrosa marcha de flanco sin ser batido.

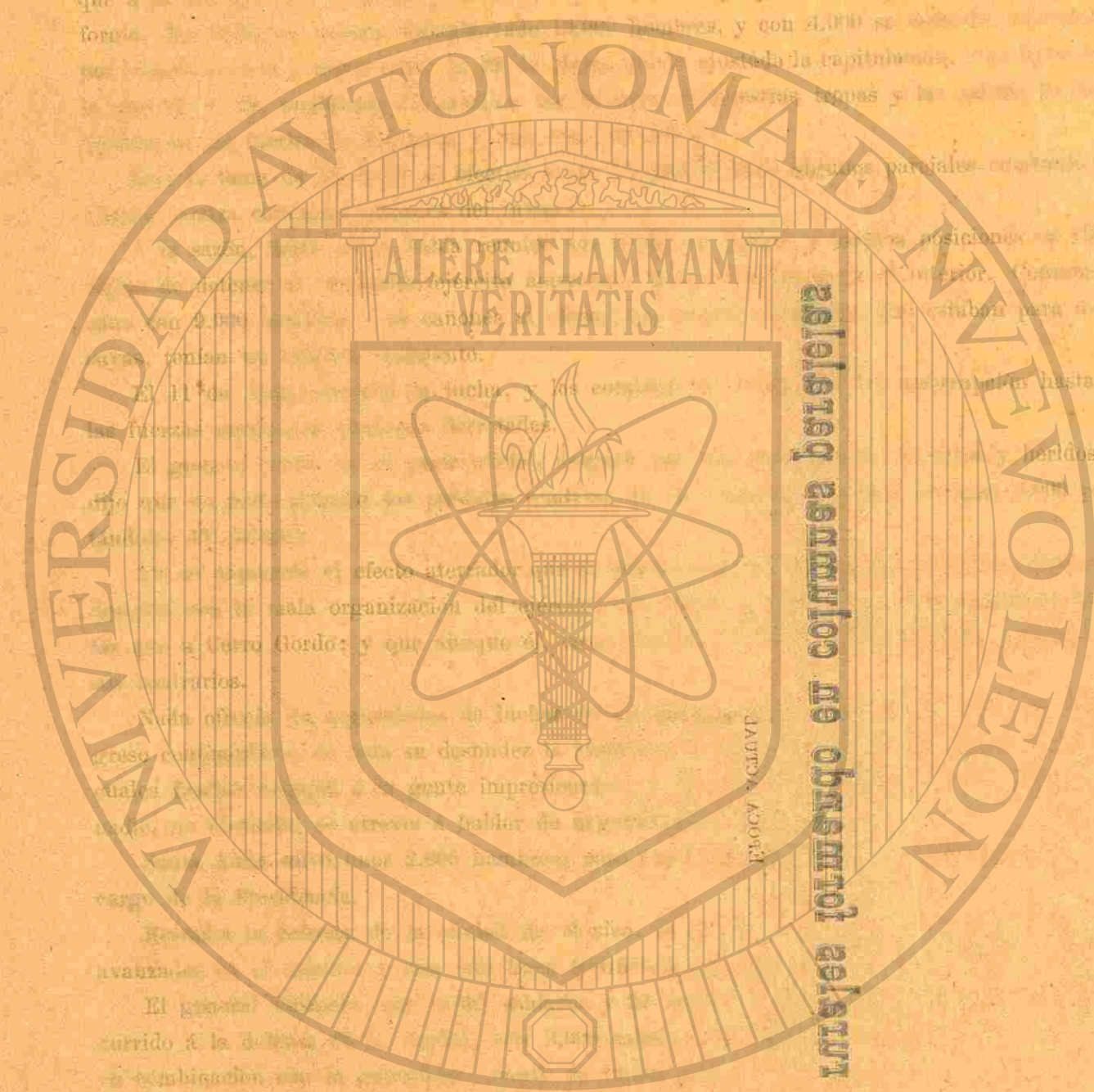
Con aquel cambio de posición que efectuó, México quedó amagado por su parte más débil.

El general Valencia, con su división, desatendió las órdenes de la plaza, y el 19 se situó en Padierna, con objeto de batir aislado al americano, que no se hizo esperar. El combate duró toda la tarde de ese día, al final de la cual Santa Anna, con 5.000 hombres, apareció á distancia, sin entrar en acción; se reanudó la lucha al día siguiente, ya con más tropas los americanos, sin que volviera á saberse del citado Santa Anna, que había retrogradado á tomar cuarteles para pasar la noche; y como se aglomeraran sobre Valencia fuerzas inmensamente superiores, quedó derrotado por completo, pudiendo apenas escapar con dos escuadrones, que, lanza en ristre, tuvieron que abrirse paso entre el enemigo. Las rebeldías del general Valencia fueron la causa del desastre de Padierna; pero la conducta de ese jefe, al provocar una lucha desigual en alto grado, no disculpa á Santa Anna, que pudo protegerlo con toda oportunidad cuando el enemigo no había unido sus fuerzas todavía.

El puente y convento de Churubusco quedaron flanqueados desde que de Padierna tomaron los ame-

Tropas de rurales formando en columnas paralelas

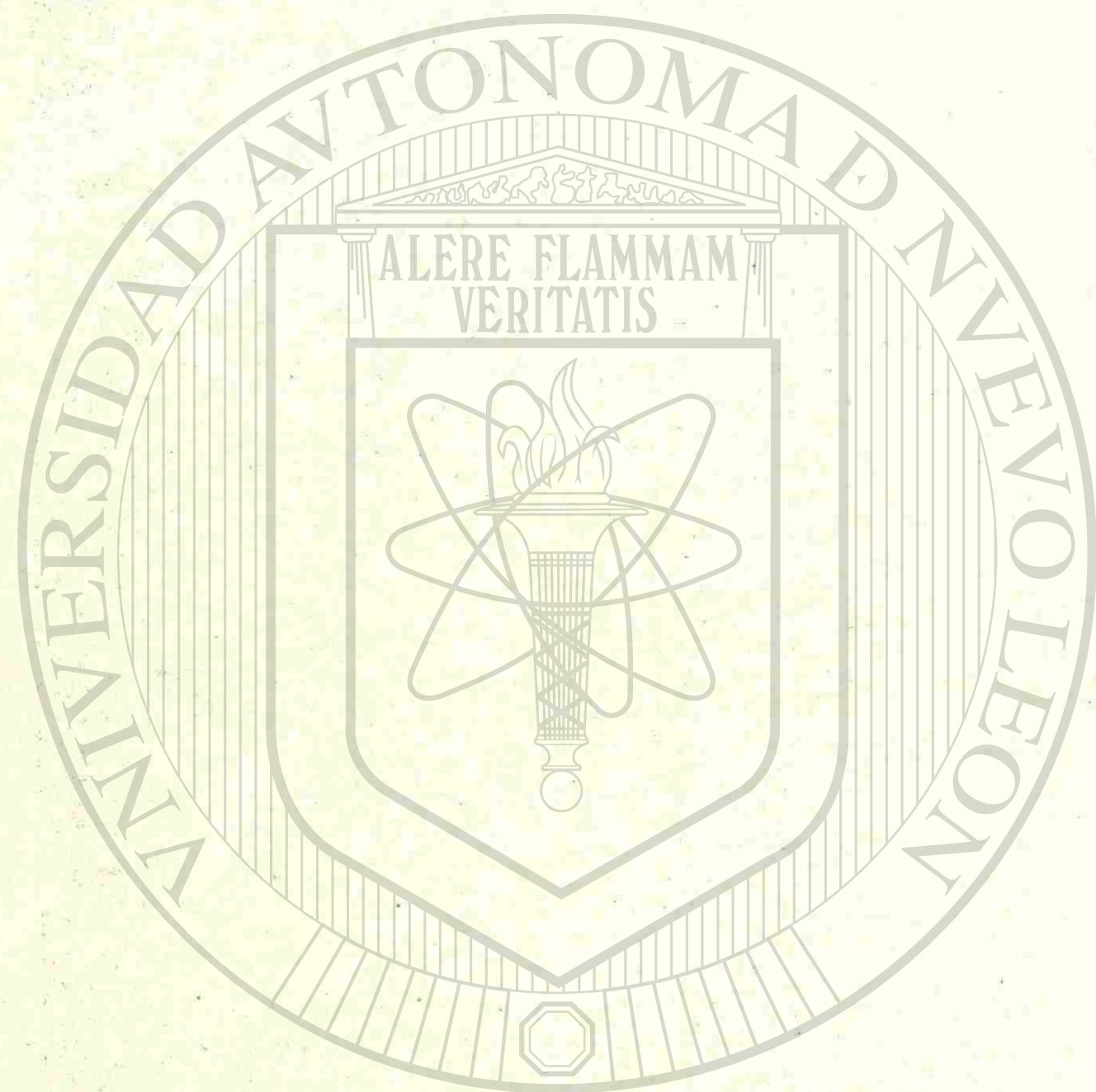
ÉPOCA ACTUAL



Trabaja de manera conjunta en conjunto

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE
DIRECCIÓN GENERAL DE BIP





ricos sin obstáculo el camino de la capital; pues que Santa Anna, que aun estaba en las afueras, se replegó, habiendo tenido que luchar sus últimas fuerzas con las del enemigo, que sin pérdida de tiempo se lanzó sobre la hacienda de los Portales, y luego sobre el puente de Churubusco, que tomó. Quedó aislado entonces el convento, con sólo 1.200 defensores y 6 cañones; y se sostuvo dos horas en medio de numerosas fuerzas enemigas, en espera de refuerzos que no llegaron. El parque se agotó, dejó de hacerse fuego; y como avanzaran entonces 6.000 hombres sobre las brechas abiertas por la artillería, se les recibió con la bayoneta armada. Ante actitud semejante, los asaltantes levantaron bandera de paz, para que el punto se rindiera sin necesidad de un asalto insostenible. Ocupóse la posición, donde había 136 muertos y 99 heridos; el resto, sin un solo cartucho, quedó allí prisionero. Así terminó el 20 de Agosto de 1847.

El grueso de las fuerzas americanas batía en detalle á las nuestras. Siempre se encontró con el valor de nuestros soldados y jefes subalternos; siempre con la ineptitud de los superiores.

Los americanos, en dos días de combate, habían perdido entre muertos y heridos, según sus partes, 1.056 hombres. Los mexicanos dejaron en su poder 3.000 prisioneros, y sufrieron una pérdida semejante á ellos entre muertos y heridos, y 1.200 que se desbandaron. Así es que tal baja, de unos 5.200 hombres, era más de la cuarta parte de la fuerza disponible.

A petición de los sitiadores se abrió un armisticio, que quedó formalizado el 24, y se rompió el día 7 de Septiembre. Se habló en los días del armisticio de proposiciones de paz, y las negociaciones relativas quedaron pendientes. Trist, enviado del Gobierno de Washington para tales asuntos, no desesperó.

Hallándose el cuartel general del enemigo en Tacubaya, Santa Anna estableció una poderosa línea de batalla entre Molino del Rey y Casa Mata, apoyando la izquierda en el primer punto y la derecha en el segundo, sirviendo de respeto, á retaguardia, el bosque de Chapultepec, donde quedó situada la reserva. En cuanto al general Álvarez, recibió orden de moverse de la hacienda de Morales, sobre el flanco ó retaguardia del enemigo, en los momentos en que estuviera éste más comprometido.

Todos aplaudieron el que con un número competente de tropas se presentara batalla frente á frente al ejército invasor; pero después de aquella maniobra, Santa Anna se retiró por la tarde con el mayor número de fuerzas, dejando en los tres puntos que hemos mencionado escasos destacamentos, cuyo total no llegaba á 4.000 hombres. Se dijo que el general en jefe temía un ataque sobre el rumbo á que dirigió sus columnas.

Tan precipitada fué la retirada, que tres cañones que ocupaban el intermedio de Molino del Rey á Casa Mata quedaron sin sostenes.

Al día siguiente, 8 de Septiembre, á las tres de la madrugada, el general Worth, con 3.500 infantes, 300 dragones y 12 cañones, marcha sobre el Molino del Rey y Casa Mata. Edificios de piedra ambos, tenían defensas exteriores, formadas en las bardas que los circundaban. Las tres piezas de artillería que se encontraban en el intermedio de aquellos edificios, hicieron fuego, y bien pronto quedaron en poder del enemigo, que acabó con sus artilleros.

El coronel Manuel María Echeagaray, con un batallón, se colocó en el espacio que separa los dos lugares mencionados; Rosas Landa lo auxilia, y el coronel Balderas apoya su flanco, quedando este último atravesado por las balas enemigas. Los americanos retroceden, y siendo reforzados vuelven á la carga y se apoderan del Molino. En semejantes condiciones, Echeagaray se ve en el caso de retroceder hacia México.

El coronel Mc Intosh, que estaba á su frente, contribuyó entonces al ataque de Casa Mata; pero es dos veces herido, y muerto su segundo el teniente coronel Scott, por lo que el avance se suspendió hasta que la artillería americana, desde el mismo Molino y otras partes, prepara un nuevo asalto, que se repite, sobre la citada casa, que sucumbe al fin.

El denodado general León había muerto en Molino del Rey, y el general Pérez, que ocupaba la Casa Mata, por unos sembrados de maíz ejecutó su retirada rumbo á la ciudad.

El enemigo, según el parte de Worth, perdió en la jornada de ese día 9 oficiales muertos y 47 heri-

dos; 729 de tropa muertos y heridos y 46 dispersos; cuyo total de 831 hombres era casi la quinta parte de su fuerza en acción. Ningún otro hecho de armas había producido al enemigo pérdidas semejantes.

Cuando el combate había terminado, se avistó una tropa mexicana de reserva, que retrocedió luego.

Del 9 al 11, el general Scott mandó que se establecieran baterías contra Chapultepec, las que rompieron sus fuegos el 12.

El castillo de Chapultepec, que de castillo no tiene más que el nombre, es un gran edificio construido sobre el cerro que se encuentra en el centro del bosque de que toma su denominación, cuyo bosque, de grandes ahuehuetes, está circundado por tapia de piedra. Aspillerada la tapia, con trincheras en las entradas y con baterías en lo alto, el pequeño cerro de Chapultepec contaba para su defensa con 832 hombres, mandados por el general D. Nicolás Bravo. Los cañones que existían allí eran siete.

El general Alvarez, por orden superior, con la columna de caballería había entrado en la ciudad de México.

Pero volvamos á Chapultepec. Los generales Pillow y Quitman, con una fuerte columna cada uno, quedaron preparados para el asalto desde por la mañana, sirviéndoles el general Worth de reserva en Tacubaya. Todo el día 12 jugó la artillería sobre la posición mexicana, que contestaba con sus pocos cañones á los numerosos del enemigo.

En la noche del día 12, Santa Anna, con tropas, se acercó al bosque, y se puso al habla con el general Bravo, ofreciéndole que oportunamente recibiría auxilios. Al amanecer del 13, los defensores de Chapultepec no vieron en su derredor más que tropas enemigas, y ni un solo batallón que pudiera venir á reforzarlos. La artillería prosiguió su terrible duelo, y rotas las tapias que circundaban el bosque, en diversas partes, y destrozado el edificio principal por los proyectiles del cañón, se previno á las columnas asaltantes que á cierta señal se lanzaran al objetivo, lo cual verificaron próximamente á las ocho de la mañana. En esos momentos apareció en la falda del cerro el batallón de Auxiliares de San Blas, mandado por el valiente teniente coronel Xicotencalt, que de México llegaba, y cuyo jefe, batiéndose, pereció allí con la mitad de su fuerza.

El lado occidental del cerro presentaba más facilidades para el acceso, y por allí lo verificó la columna de Pillow, en tanto que la otra lo verificaba por el Sudoeste. El general Pillow recibió una grave herida, pero no por eso cesó el avance de sus fuerzas. Al fin llegaron los asaltantes á los parapetos que rodeaban lo que se llama castillo de Chapultepec; y las bayonetas y los fusiles, según la gráfica expresión de los generales americanos, se cruzaron con furia sobre ellos. El número agobió á los que tras los parapetos se hallaban, una vez salvados éstos; y entonces, por aspilleras, ventanas y balcones, salió el fuego del interior del edificio.

Á todos los combates parciales habían concurrido los jóvenes alumnos del Colegio Militar, que se distinguieron por su entusiasmo; y asistían á la postrimer defensa, que ya sin esperanza de triunfar se hacía.

Las tropas de Pillow, las de Quitman, y un refuerzo de voluntarios que mandó avanzar el general Worth, se unieron en un supremo esfuerzo y se hicieron dueños del castillo de Chapultepec, sobre el cual los regimientos americanos plantaron sus banderas. Quinientos cincuenta prisioneros mexicanos quedaron en su poder, entre los cuales estaban el general jefe del punto y 10 coroneles. En cuanto á los alumnos del Colegio, habían muerto seis, siendo heridos cuatro; y estos últimos y 37 más se contaban entre los aprisionados. Muchos de esos adolescentes, que no jóvenes todavía, aceptaron heroicamente el sacrificio por la patria.

Santa Anna, con batallones de reserva, se avistó en las inmediaciones del bosque, cuando el castillo era tomado, y se retiró. Después, los americanos se apoderan de las garitas de Belem y San Cosme, y amagan la Ciudadela. Llega la noche, y las fuerzas de la guarnición de México se retiran ocultamente á la villa de Guadalupe, sin que el enemigo lo hubiera advertido, evacuando así la capital. El Ayuntamiento, con objeto de que se dictaran medidas de orden, dió aviso al cuartel general americano de la desocupación de la plaza, en la madrugada del día 14.

Á Quitman fué á quien primero tocó avanzar al centro de la ciudad, y establecer el pabellón de las estrellas sobre nuestro Palacio Nacional.

Algunos voluntarios americanos dieron principio al saqueo, y Quitman procuró contenerlos, lográndolo en parte, cuando otras fuerzas con el general Worth, al toque de tambores y cornetas, orgullosas penetraban en la capital. La gente del pueblo, con hosco semblante, contemplaba el alarde de los vencedores, que lanzaban hurras á su bandera que se erguía, y formaban grupos más y más compactos, que lo mismo podían parecer de curiosos que de enemigos. La indignación estalló al fin en aquellas almas ultrajadas, caldeadas por la vergüenza de las derrotas; un tiro sonó, sin saberse dónde, y á ese siguieron otros y otros, que se dirigían sobre los soldados victoriosos.

Algunos hombres de la guardia nacional, que se había disuelto por orden expresa, antes de retirarse el ejército; otros que tomaban de sus casas sus carabinas ó pistolas, todos se armaron con lo que hallaban á la mano, y los que menos arrojaban piedras contra la tropa americana. Se ocuparon azoteas y torres por aquellos grupos, que exaltados por el dolor, al ver la humillación de la patria, sin dirección alguna se reunían, obedeciendo sólo á impulsos internos, que los congregaban contra el enemigo común. No se sabe que alguien encabezara aquel motín, y sin embargo la lucha llegó á revestir carácter alarmante.

Scott, que había llegado á Palacio, dispuso que columnas con artillería salieran por las calles é hicieran fuego sobre todos los hostiles, y el cañón por tres horas ensordeció los aires. En semejante situación llegó la noche, y las armas de fuego enmudecieron, para volver con las primeras luces del día 15 á oírse detonar por todos los ámbitos de la ciudad.

Muchos soldados americanos, con pretexto de perseguir en las casas á los que hacían fuego desde las azoteas, cometieron robos y otras violencias indecibles.

¡Qué triste situación la de nuestra capital, abandonada por sus vencidos defensores, presa del espanto producido por el motín, abatida, humillada, mancillada por las tropas invasoras!

El Ayuntamiento nombró comisiones que exhortasen á los grupos populares á que se pusieran en paz, para evitar más desgracias á la ciudad; y éstos comenzaron á aplacarse el día 15, á la mitad del cual había concluido aquella revuelta, que dejó tendidos algunos centenares más de cadáveres sobre nuestra triste capital, y muchos más charcos de sangre, que elocuentemente decían, sin hablar, que no faltaba patriotismo en el pueblo mexicano.

El ejército americano, que salió de Puebla con 12.000 soldados, había perdido en los combates que libró en el Valle de México, entre muertos y heridos, 2.700 hombres, según su jefe lo expuso en su parte correspondiente, diciendo que el ejército mexicano debió haber tenido entre muertos y heridos también,



Rurales de la época actual

7.000; que se le hicieron 3.700 prisioneros, con 13 generales, y que se le quitaron 20 banderas, 65 cañones de plaza y 57 de campaña.

El sistema defensivo que se adoptó en la guerra contra los americanos, desde Veracruz hasta México, sin relacionar en esta ciudad los puntos de defensa, y dejándolos aislados, como para que parcialmente los batiera el enemigo, fué sin duda el principal motivo de nuestras constantes derrotas en esa campaña. En los combates del Valle de México, nunca las reservas llegaron con oportunidad; y cuando éstas se avistaron en momentos en que podían haber obrado con buen éxito, como en el campo de Padierna, se retiraron en lugar de entrar en fuego. No se advirtió en lo absoluto iniciativa por nuestra parte; los golpes se recibieron uno tras otro, sin cambiar de sistema, hasta que nuestras fuerzas se fueron reduciendo. Sólo en el Norte, en la batalla de la Angostura, el ejército mexicano se lanzó sobre el contrario, y en aquella batalla nuestras tropas hubieran triunfado con haber permanecido frente al enemigo. Por lo demás, no llegó a ser hostilizado el invasor por flancos y retaguardia, en sus marchas; se le dejó ocupar en toda su extensión el terreno sobre que iba avanzando, y solamente el general Urrea alguna vez le hizo daño a retaguardia, en las inmediaciones de Monterrey, cuando ya estaba sobre el Saltillo; y es que Santa Anna quería mandar la tropa que peleaba, y sólo la que con él estaba había de batirse, y Santa Anna, según se desprende de cuanto hemos dicho, combatía mal, no preveía nunca los desastres, nada tenía preparado para el segundo minuto de la acción, y no utilizó las poderosas reservas con que contaba. Jamás en nuestra historia vióse ni se ha vuelto a ver campaña tan mal dirigida, cuyo recuerdo ignominioso quema. De nada sirvió en esa guerra el valor de nuestros soldados!

Salidos de México los restos del ejército, tras haber mandado allí a sus hogares unos 2.000 hombres de guardia nacional, Santa Anna consiguió se pusiera el general D. José Joaquín de Herrera al frente de una división de infantería, desmoralizadísima, compuesta de 5.000 soldados, para dirigirse al interior del país, como lo hizo, sufriendo desertiones y desbandamientos sobre la marcha. El partió hacia Puebla con 2.000 caballos, a los que se unieron después otras tropas. Amagó con todas a la citada Puebla, donde sólo existían 1.000 americanos; hostilizó sin resultado un convoy procedente de Veracruz, y perdiendo más y más soldados en marchas fatigosas, recibió orden del presidente de la Suprema Corte, D. Manuel de la Peña y Peña, que por ministerio de la ley se hizo cargo de la Presidencia de la República, para entregar el mando de la fuerza que aun le restaba, a reserva de que después respondiera a cargos que se le hacían por su conducta militar. Obedeció tal orden, y fué de pronto a buscar abrigo a alguna población de Oaxaca.

Peña y Peña, apoyado por el general Herrera, estableció el Gobierno en Querétaro, en el primer tercio del mes de Octubre.

Conservando Herrera el mando general, al entrar el mes de Noviembre se acordó que Filisola se pusiera al frente de las tropas existentes en Querétaro, que habían quedado reducidas a 2.900 hombres; don Juan Alvarez fué nombrado jefe de las del Sur, que llegaban a 1.200, y el general Bustamante de las de Occidente, que repartidas en fracciones de 800 hasta 50 soldados, sumaban 3.900 plazas. Por lo que toca a la división que Santa Anna había entregado al general D. Isidro Reyes, subsistía en el Estado de Puebla, luchando con columnas expedicionarias del enemigo.

Más tropas americanas desembarcaron en Veracruz y se dirigieron al interior en número de 5.300 hombres, llegando a México en la primera quincena de Diciembre. Así es que, desde las costas de Veracruz hasta la capital, el invasor tenía un efectivo de 24.000 soldados, y 18.000 más se hallaban en Nuevo León, Coahuila, Tamaulipas, Nuevo México, Chihuahua, California y costa del Pacífico.

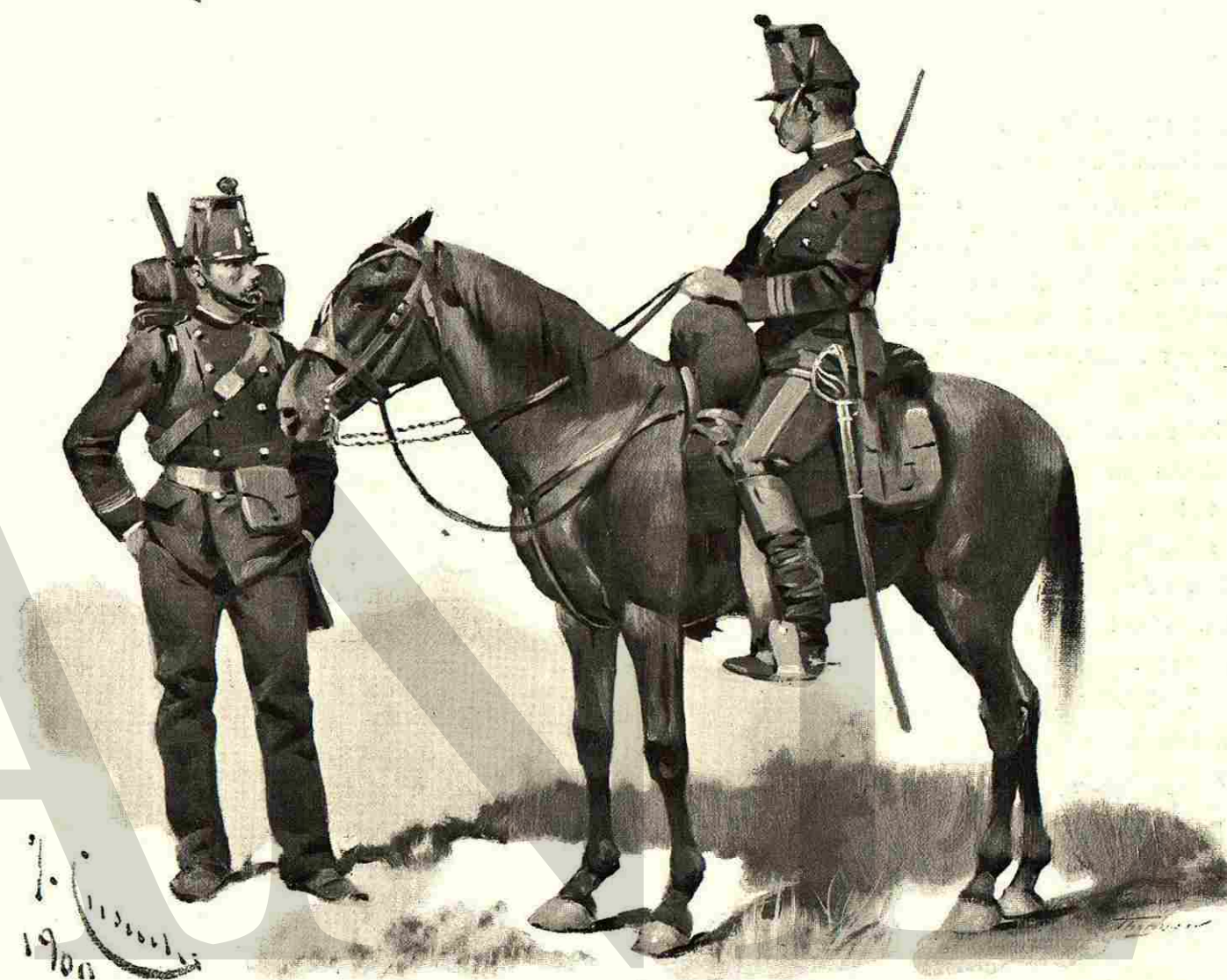
Algunas refriegas habían tenido efecto en Tamaulipas, Sonora y Sinaloa.

El gobierno mexicano, en Querétaro, recibió recados por conducto del encargado de la legación de la Gran Bretaña, de parte de Trist, con el fin de que se reanudasen las interrumpidas negociaciones de paz. Éste, de una manera franca y en obvio de pérdida de tiempo, precisó la cuestión, diciendo que no sería posible avenimiento alguno si no cedía México el territorio tamaulipeco, del Bravo al Nueces, Texas, Nuevo México y la Alta California; por cuyo territorio, excepción hecha del de Texas, ya unido a la República del Norte, se daría una cantidad, no cobrándose, además, los cuantiosos gastos de la guerra.

Nuestros comisionados defendieron el punto y al fin se convino en lo expuesto, estipulándose que por la obligada cesión, se pagarían al gobierno mexicano quince millones de pesos. El tratado se firmó en la villa de Guadalupe el día 2 de Febrero de 1848, y por eso se le ha dado el nombre de aquella población. Quedó ratificado el 30 de Mayo.

Entretanto habíanse efectuado elecciones, y resultó designado para Presidente de la República el general D. José Joaquín de Herrera, que encomendó el ministerio de la Guerra al general Arista.

El día 20 de Julio se embarcaron en Veracruz las últimas tropas invasoras que habían penetrado hasta el Valle de México.



Soldados de la época actual

Fin de la Federación.—Dictadura.—Revolución de Ayutla.—No bien se desocuparon nuestras plazas de aquellas tropas, cuando la guerra civil volvía: Paredes y otros se levantaron, expresando que no aprobaban el tratado concluido con los Estados Unidos. En Yucatán se encendió una guerra de castas que ya había asomado, y más tarde, indios de la sierra de Querétaro peleaban por el reparto de terrenos. No faltó entonces algún movimiento en favor de Santa Anna, que encabezó D. Leonardo Márquez. Se venció a los rebeldes, y se les trató con lenidad.

Aun no finalizaba el año de 1848, cuando el ejército se manifestaba descontento, en virtud de los nuevos proyectos de su organización hechos por el ministro Arista, quien trataba de reducirlo, sujetando sus gastos a la más severa economía.

En 1850 fué electo Presidente de la República el citado general D. Mariano Arista, y el 8 de Enero de 1851 se hizo la declaración respectiva por el Congreso. Este general había pertenecido al ejército realista, en los comienzos de su carrera; después sirvió al centralismo; pero desde que no quiso seguir a

Paredes, cuando éste se pronunció en San Luis, parece que había fijado sus ideas, y con su carácter de ministro de la Guerra, en la época del señor Herrera, dejó entender que quedaba afiliado en el partido liberal.

Arista, por una serie de medidas apropiadas, había reducido el ejército, hasta no dejarle más que un efectivo de 12.000 hombres, inspirándose en la idea de conservar sólo fuerzas moralizadas, y de que ante todo era necesario acabar con el desorden hacendario, nivelando los presupuestos por medio de economías; cuando esto hizo, al hallarse frente al ramo de Guerra, expidió reglamentos para el servicio del ejército y para sus maniobras, lo que manifestó que había en él, si no gran capacidad para la política, sí, á lo menos, método y espíritu de orden. En su época se atendió al Colegio Militar, y se hizo el cambio de las armas de chispa por el fusil de percusión.

El general Arista recibió pacíficamente el Gobierno, de manos de su antecesor, el día 15 del mes de Enero; y era la primera vez que acto semejante se efectuaba así en la República. El Presidente de que hablamos fué muy combatido por los conservadores; pero en medio de sus dificultades, dió organización á las tropas, impuso en ellas la pérdida disciplina, evitó las levadas y reglamentó el servicio. Dos años se mantuvo en el Gobierno. Partidas que se levantaron por Veracruz, el pronunciamiento de la guarnición del puerto, y un movimiento revolucionario que tuvo origen en Guadalajara y se propagó al interior, le obligaron á renunciar la Presidencia. No quiso aquel Presidente, que fué verdaderamente guardián de la ley y reformador de las instituciones militares, que se derramara sangre por su persona.

Algunos combates habían tenido efecto, y se preparaban otros nuevos. Para venir á hacer más sombría la situación de la República, en la frontera del Norte, Chihuahua, Nuevo León y Tamaulipas estaban asolados por la guerra de los terribles comanches y apaches, que poseedores ya de armas de fuego, á virtud de su comercio con los pueblos norte-americanos, se habían hecho más y más terribles guerreros, y robando, incendiando y asesinando, caían sobre poblaciones indefensas; huían ante superior ó igual número de enemigos, y peleaban hasta morir cuando no encontraban medio de ponerse á salvo, siendo tal su actividad que ninguna tropa de caballería podía competir con ellos en rapidez para salvar grandes distancias.

El 6 de Enero de 1853, por la renuncia de Arista y por ministerio de la ley, le substituyó el presidente de la Suprema Corte de Justicia, D. Juan B. Ceballos, que se envolvió luego en conspiraciones, dando por resultado que un acuerdo de tres militares, con grandes mandos de tropas del Gobierno y pronunciadas, lo reemplazaran en Febrero con el general Lombardini, en tanto que llegaba del extranjero Santa Anna, á quien habían proclamado Presidente aquellos jefes y sus soldados. El brutal sistema pretoriano resurgía con más vigor, tras el relativo orden que se alcanzó en los períodos de Herrera y Arista.

Lombardini, haciendo abstracción de todo otro asunto administrativo, se ocupó en poner en servicio á todos los jefes y oficiales que estaban en receso, y de levantar nuevas tropas: hizo al efecto uso de la leva, y á varios batallones de guardia nacional del distrito de México, aprisionando á los que no se conformaban con ello, los pasó al ejército permanente, con el nombre de cuerpos activos.

En los Estados, donde la anarquía reinaba, se publicaban manifiestos de una autoridad, protestas de otras y proclamas de todas clases, que únicamente servían para patentizar el general desorden en que se hallaba el país.

Sólo la virilidad heroica con que aceptamos y consumamos los sacrificios que nos impuso la fatalidad de esos precedentes históricos, ha podido al fin borrar aquella ignominiosa época, para, lavados con nuestra propia sangre, presentarnos ante el mundo dignos de ser libres é independientes.

El 17 de Marzo, el general Lombardini declaró que era Presidente de la República el general don Antonio López de Santa Anna, y el 1.º de Abril desembarcó éste en Veracruz; llegó en breve á México, y se hizo cargo del Gobierno. Ayudado de su ministro D. Lucas Alamán, conservador recalcitrante, centralizó autoritariamente el poder de un modo absoluto.

Por lo que respecta al ramo de Guerra, se derogaron todos los decretos de Arista; se previno que las guardias nacionales de los Estados pasaran á disposición de los comandantes generales y fueran refun-

didas á los cuerpos del ejército, habiéndose hecho algunos fusilamientos, con lo que se dominaron las resistencias que se presentaban. Para el mes de Julio, contó Santa Anna con un ejército de 70.000 soldados.

Nunca, hasta entonces, ese hombre había tenido perseverancia en un esfuerzo dado; ¡y en qué funesto sentido vino al fin á encauzar todas sus energías! Dejó de ser versátil cuando se encargó de un modo absoluto de ser tirano.

Para sostener sobre las armas permanentemente 70.000 hombres, la leva tenía que extremar sus iniqidades, y era preciso aumentar el tesoro público para sostener los gastos, cayendo la contribución con carácter abrumador sobre el trabajo y la propiedad.

Algunos meses imperó Santa Anna en la República anonadada. Sólo ocurrió en ellos algún episodio de guerra de castas en el lejano Yucatán, y dos invasiones de filibusteros, que fueron escarmentados, en Baja California y Guaymas.

Las tiránicas disposiciones de Santa Anna conmovieron el departamento de Guerrero, que se había mantenido tras sus montañas, y debido á lo mortífero de sus costas, libre del peso de las tropas del dictador. Allí, en aquel territorio abrasado por el fuego de su clima, estaba el antiguo insurgente, el general D. Juan Alvarez, que tenía el mando del Departamento y el de las reducidas fuerzas regionales en él existentes. Dirigió aquel gran patriota una mirada sobre el país, oprimido y desolado, y no contó las tropas del tirano; inspirándose en las ideas de libertad que arrebatara á los primeros insurgentes, dió el grito de guerra, levantando como bandera política un plan que se suscribió en el pueblo de Ayutla en Marzo de 1854.

El mismo Santa Anna se impone la obligación de castigar al rebelde, y con brillantes tropas corrió hasta la playa de Acapulco; pero los del Sur habíanse aprestado á luchar: el coronel Comonfort defendía el puerto, y tropas improvisadas tomaron los flancos y retaguardia de la poderosa división por el Presidente dirigida. La heroica resistencia del citado puerto, la hostilidad por todas partes, determinaron su retirada, en la que es batida, ya en el Peregrino, ya al efectuar el paso del río Mescala. El 16 de Mayo regresaba Santa Anna á la capital, dejando firme y en pie la revolución de Guerrero, que se propaga á Michoacán. Se mandan concentrar fuerzas en Iguala; pero en el departamento de México, en el de Puebla, en Jalisco y Nuevo León es secundado el salvador Plan de Ayutla. A una brigada mandada por Zuloaga, que se aventuró en Guerrero, se la obliga á que lo adopte, y á varias tropas del Gobierno se las derrota en puntos diversos. Santa Anna parte de México al centro de Michoacán, pero retrocede á la capital en seguida.

El movimiento se generalizaba; no fué guerra de motines de cuartel: era la Nación que se levantaba al fin; era la revolución contra la tiranía, hecha por el pueblo y con sus hombres sostenida. Ante aquella marea imponente, que subía y subía por todas partes; ante la conflagración inmensa, Santa Anna vuelve la vista á Veracruz, y al fin, saliendo de México, se fuga embarcándose en aquel puerto el 13 de Agosto de 1855.

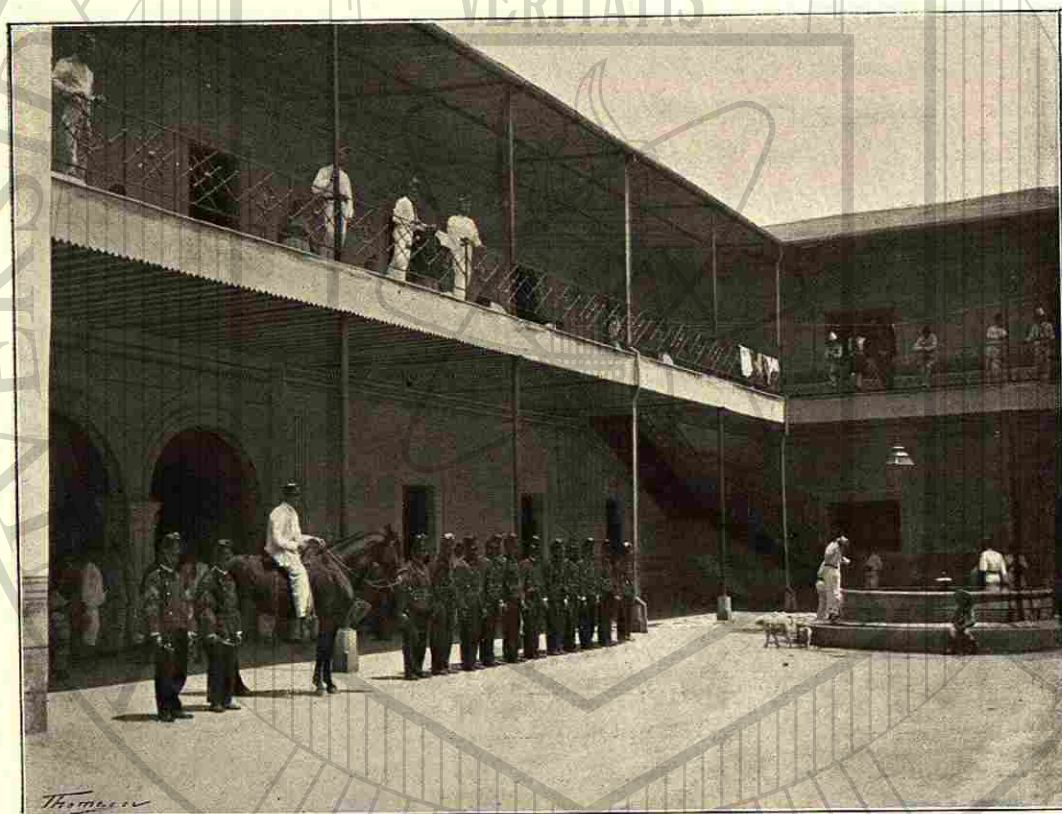
El reaccionario Haro y Tamariz se pronuncia en San Luis Potosí; el general Carrera, en México, una vez sabido el embarco de Santa Anna, se adhiere al Plan de Ayutla, pero se reserva el mando supremo; Vidaurri, por su parte, engreído con fáciles triunfos que había obtenido, se creía con derecho hasta de ponerse al frente de la nueva situación. Así las cosas, aparecían, con el general Alvarez, cuatro centros de los que, según los planes respectivos, tenía que partir la convocación para instituir nuevamente á la Nación. La opinión, como era natural, de un modo más general favorecía al Plan de Ayutla en toda su pureza.

Comonfort procura aunar aquellos centros de acción, y encuentra facilidades al efecto; por tal manera, el general Alvarez, el iniciador de la lucha, llega á Cuernavaca al frente de sus tropas y da un manifiesto á la Nación, explicando el por qué del Plan de Ayutla y llamando, en cumplimiento de lo prescrito en el mismo, á los representantes de los Estados para que elijan Presidente interino de la República. El día 4 de Octubre de 1855, dichos representantes dan su voto en favor del citado general. Tras esto, el Presidente interino convoca á elecciones para diputados al Congreso constituyente, excluyendo del voto activo y pasivo á los clérigos. El día 15 de Noviembre llegó á México, en donde fué recibido con muestras

de simpatía, y el 23 decretó la supresión de los tribunales especiales, resolución que dejó al clero y al ejército sujetos á los jueces comunes. Los fueros de esas clases privilegiadas cayeron así por tierra.

El presidente Alvarez, sin ambiciones de mando, y cumplido como había con la parte principal del programa de la revolución que había iniciado, resignó el poder en el general Comonfort y se marchó á Acapulco, modesto en medio de su grandeza, glorioso con el recuerdo de sus servicios prestados en la época de la independencia, primero, y luego en la evolución por la libertad.

Constitución de 1857.—Guerra de Reforma.—Comonfort, hombre de elevadas miras y de sentimientos nobles, juzgó, desde los primeros días de su gobierno, que la reforma se extremaba en un país que había vivido siempre bajo instituciones bien atrasadas; y por evitar los conflictos propios de un cambio rápido,



Edificios modernos. —Patio del cuartel de infantería n.º 13, en la Piedad

pretendió moderar los anhelos de la revolución. ¡Pretensión vana, en los momentos de expansión ardorosa, en que los ímpetus de la opinión se desfogaban!

El clero se mueve contra la reforma, y el antiguo ejército, que Comonfort conservó en las condiciones de organización que lo dejara Santa Anna, sin cambio alguno en el personal, pronto se alía con él, traicionando al Presidente sustituto. Se organizan los elementos del partido conservador; aparecen á su frente Haro y Tamariz, Osollos, Miramón y Mejía, y en

la fortificada ciudad de Puebla se concentra un gran núcleo de tropas veteranas, que se pronuncian, junto con las reclutadas por los curas; y hay un sangriento encuentro en sus inmediaciones, entre esas fuerzas y las del Gobierno, capitulando aquéllas al fin ante Comonfort después de vencidas en la ciudad dicha. Así comenzaba el año de 1856.

El Cuerpo Legislativo derogó el decreto de Santa Anna, relativo al restablecimiento de la Compañía de Jesús, y dictó la ley de desamortización de los bienes de las comunidades, con lo cual los intereses eclesiásticos se sintieron hondamente lastimados.

En tanto, España presentaba al Ejecutivo una apremiante reclamación sobre créditos de sus nacionales, é Inglaterra promovía otra diversa cuestión.

Columnas fuertes de 2.000 á 4.000 hombres, formadas con tropas del antiguo ejército, que defeccionaban, y bandas improvisadas, bien dotadas de artillería, y encabezadas por Miramón, Osollos, Mejía y otros, son derrotadas en Puebla, en Coscomatepec y en el Estado de San Luis Potosí. El país estaba infestado de gavillas, en que se fraccionaban por todas partes las perseguidas fuerzas de la facción conservadora; gavillas que, asesinando extranjeros, provocaron las reclamaciones de España; gavillas que asolaban el territorio; gavillas que, bajo el lema de religión y fueros, llevaban á efecto los más inicuos desmanes contra las poblaciones indefensas.

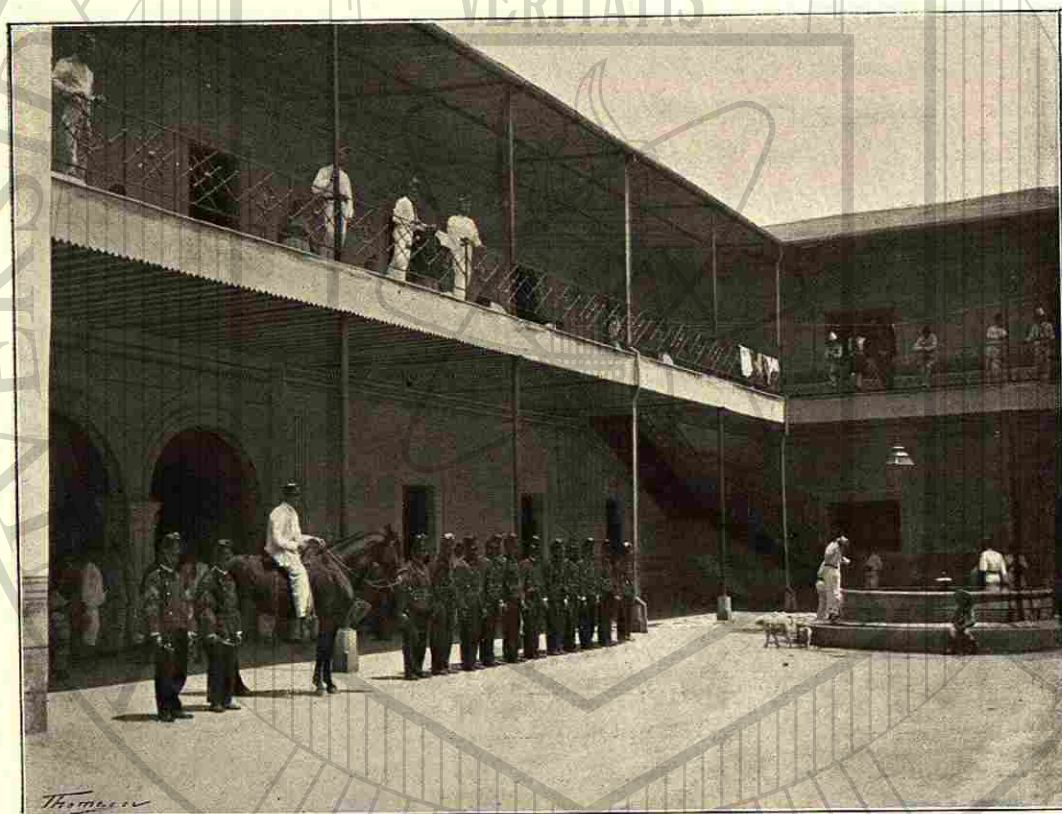
Tropas de todas armas en masa de columnas

(ÉPOCA ACTUAL)

de simpatía, y el 23 decretó la supresión de los tribunales especiales, resolución que dejó al clero y al ejército sujetos á los jueces comunes. Los fueros de esas clases privilegiadas cayeron así por tierra.

El presidente Alvarez, sin ambiciones de mando, y cumplido como había con la parte principal del programa de la revolución que había iniciado, resignó el poder en el general Comonfort y se marchó á Acapulco, modesto en medio de su grandeza, glorioso con el recuerdo de sus servicios prestados en la época de la independencia, primero, y luego en la evolución por la libertad.

Constitución de 1857.—Guerra de Reforma.—Comonfort, hombre de elevadas miras y de sentimientos nobles, juzgó, desde los primeros días de su gobierno, que la reforma se extremaba en un país que había vivido siempre bajo instituciones bien atrasadas; y por evitar los conflictos propios de un cambio rápido,



Edificios modernos. —Patio del cuartel de infantería n.º 13, en la Piedad

la fortificada ciudad de Puebla se concentra un gran núcleo de tropas veteranas, que se pronuncian, junto con las reclutadas por los curas; y hay un sangriento encuentro en sus inmediaciones, entre esas fuerzas y las del Gobierno, capitulando aquéllas al fin ante Comonfort después de vencidas en la ciudad dicha. Así comenzaba el año de 1856.

El Cuerpo Legislativo derogó el decreto de Santa Anna, relativo al restablecimiento de la Compañía de Jesús, y dictó la ley de desamortización de los bienes de las comunidades, con lo cual los intereses eclesiásticos se sintieron hondamente lastimados.

En tanto, España presentaba al Ejecutivo una apremiante reclamación sobre créditos de sus nacionales, é Inglaterra promovía otra diversa cuestión.

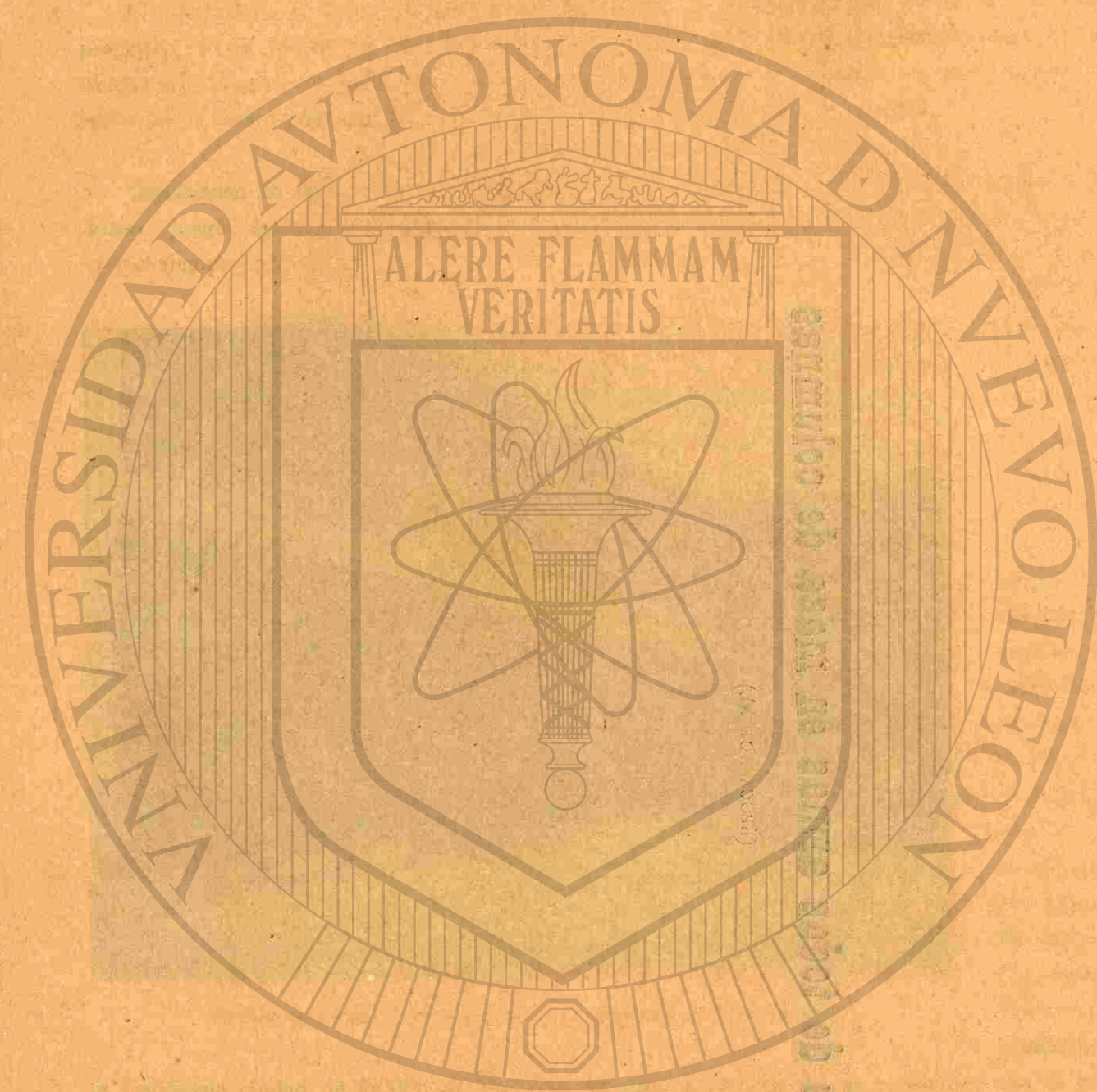
Columnas fuertes de 2.000 á 4.000 hombres, formadas con tropas del antiguo ejército, que defeccionaban, y bandas improvisadas, bien dotadas de artillería, y encabezadas por Miramón, Osollos, Mejía y otros, son derrotadas en Puebla, en Coscomatepec y en el Estado de San Luis Potosí. El país estaba infestado de gavillas, en que se fraccionaban por todas partes las perseguidas fuerzas de la facción conservadora; gavillas que, asesinando extranjeros, provocaron las reclamaciones de España; gavillas que asolaban el territorio; gavillas que, bajo el lema de religión y fueros, llevaban á efecto los más inicuos desmanes contra las poblaciones indefensas.

pretendió moderar los anhelos de la revolución. ¡Pretensión vana, en los momentos de expansión ardorosa, en que los ímpetus de la opinión se desfogaban!

El clero se mueve contra la reforma, y el antiguo ejército, que Comonfort conservó en las condiciones de organización que lo dejara Santa Anna, sin cambio alguno en el personal, pronto se alía con él, traicionando al Presidente sustituto. Se organizan los elementos del partido conservador; aparecen á su frente Haro y Tamariz, Osollos, Miramón y Mejía, y en

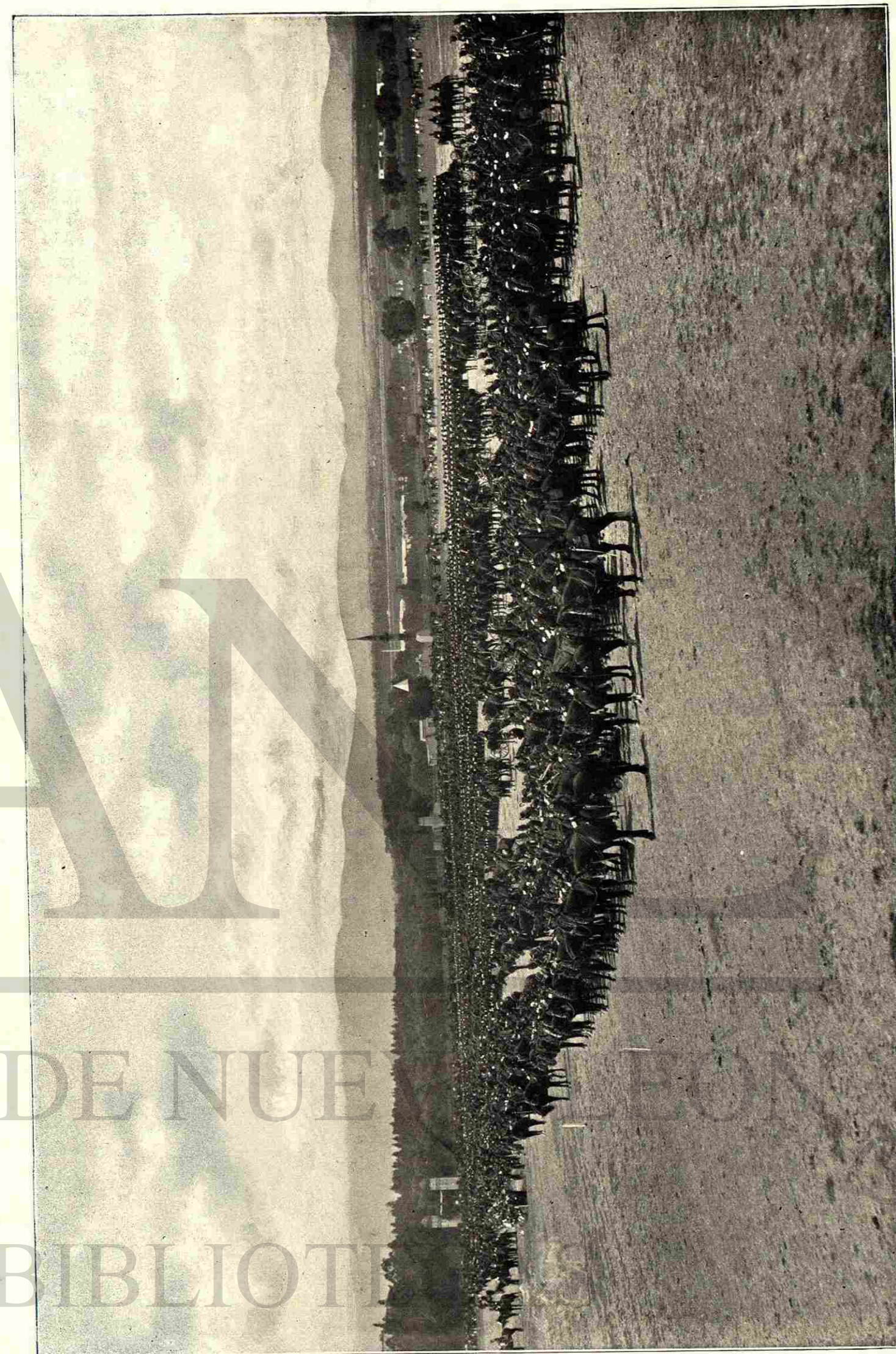
Tropas de todas armas en masa de columnas

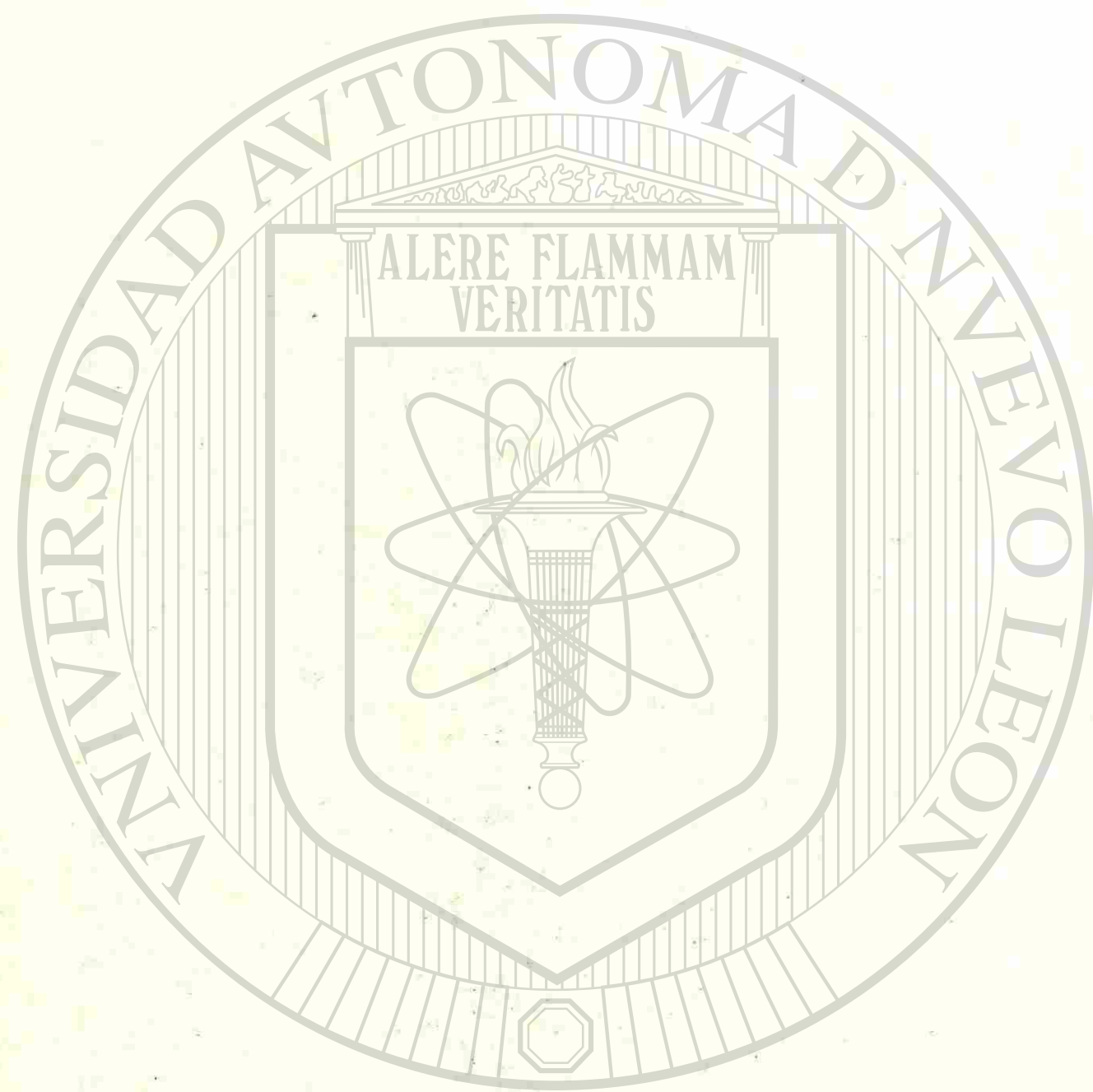
(ÉPOCA ACTUAL)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

El general Blancarte, otro reaccionario, se rebela con una brigada, y llega á inmediaciones de Guadalajara, donde el general Parrodi lo aprisiona y le quita la fuerza.

Las reclamaciones de España, por el tiempo de que hablamos, se exacerbaban, y el ministro de aquel país declaró rotas las relaciones de su gobierno con el nuestro. A la sazón que esto pasaba, y la guerra civil conmovía á la República, en el seno de la representación nacional verificábase un trascendentalísimo acontecimiento.

Habiase discutido una Constitución, y tras luminosas polémicas quedó aprobada. Era la expresión de todas las aspiraciones del gran partido liberal, unido y triunfante; era la realización más hermosa de la promesa del Plan de Ayutla; condensación magnífica, donde se vieron garantidos todos los derechos y todas las libertades del hombre. No estaba exento de errores aquel proyecto, dictado en el fragor de la lucha, pero quedaba abierto para recibir reformas. Elevado á la categoría de suprema ley constitucional de la República, se juró por los representantes del pueblo, y por el presidente Comonfort, el 5 de Febrero de 1857.

A la promulgación de la Constitución, el clero intentó resistencias, y produjo protestas, amenazas y excomuniones.

Se elige por el pueblo presidente constitucional de la República á Comonfort, y presidente de la Suprema Corte de Justicia al Licenciado D. Benito Juárez; y no bien se hizo la declaratoria correspondiente, cuando asoman dudas respecto de la marcha política del primer alto funcionario. Por la prensa, y ante la Cámara, pronto se presentaron acusaciones expresando que Comonfort preparaba un golpe de Estado, para romper las instituciones que había jurado el 5 de Febrero. A aquel hombre le faltó la fe en la causa á que tanto había servido; puesto de acuerdo con el general Zuloaga, se confeccionó un plan en Tacubaya contra las instituciones liberales, que fué dado á luz el 17 de Diciembre; Comonfort, rompiendo sus títulos legales de primer magistrado de la República, acepta aquel plan, para ser luego desconocido por el mismo Zuloaga y los conservadores que con él se unieron. Se bate con ellos en la capital, y es vencido; pero esto no obstante, se le guardan consideraciones, y se le permite salir con las pocas fuerzas que le quedaron fieles. El día 2 de Febrero de 1858 dió un manifiesto en Jalapa, anunciando que se expatriaría, y el 7 se embarcó en Veracruz con destino á los Estados Unidos.

El presidente de la Suprema Corte, D. Benito Juárez, llamado por ministerio de la ley á substituir al Presidente de la República, organizó su gobierno en Guanajuato, en tanto que los conservadores, en México, nombraban su presidente á Zuloaga.

Una mayoría de los Estados se coaligó para luchar por la Constitución de 1857.

Debido á la conducta de Comonfort, los reaccionarios, que estaban abatidos por todas partes, se hicieron de improviso dueños de la capital de la República; dueños de una poderosa división triunfante, dueños de cuantiosos pertrechos de guerra, y de inmensos elementos morales; y el partido constitucional, mortalmente herido, tenía que sostener más cruda, más tremenda guerra. Osollos y Miramón, sin perder tiempo, se lanzan al interior; y Juárez, con su gobierno, se retira á Guadalajara. Parrodi sale de allí al encuentro del enemigo, y se bate con él en Salamanca; 12,000 hombres de ambas partes luchan, y las fuerzas liberales quedan vencidas. Aquella victoria fué el principio de otras muchas para el partido conservador, que bien pronto dominó en Querétaro, en parte de Jalisco, Zacatecas y San Luis, en cuya última población sucumbe Osollos víctima de una fiebre.

Se peleaba por todos rumbos; y Juárez, embarcándose en Manzanillo, llegaba y establecía su Gobierno en el fortificado puerto de Veracruz.

Nunca se había sostenido tan porfiada lucha: el general fronterizo Juan Zuazua asaltaba á Zacatecas y San Luis, que se hallaban en poder de los reaccionarios; Miramón, activísimo, se bate con Degollado en Atenquique, al Sur de Jalisco, y luego, devorando distancias, vence á la poderosa aguerrida división de Vidaurri, en Ahualulco de Pinos, á inmediaciones de San Luis Potosí, y volviendo hacia Guadalajara, que tomaban ya Degollado y Ogazón, los hace retroceder de las márgenes del río Grande, en Atequiza, y consuma su derrota á poco, en San Joaquín, cuando expiraba el año de 1858.

En medio de semejante estado de cosas, los generales Echeagaray, primero, y Robles Pezuela después,

desconocen al presidente Zuloaga, y proponen se procure una conciliación con el partido constitucionalista, nombrando Presidente á Miramón; mas éste no acepta, se presenta en México, repone al ya destituido Zuloaga, que á su vez le designa como su substituto en el poder, y con ese carácter sigue la campaña.

Comenzaba el año de 1859, y Veracruz era el término más sombrío del cuadro que el joven presidente Miramón tenía á la vista. Allí estaba inmovible el gobierno de Juárez, y resolvió lanzarse sobre aquel puerto con dos fuertes divisiones, llegando frente á la citada plaza, tras fatigosas marchas, en la primera quincena de Marzo. Entretanto, León y Guanajuato caían en poder de los jefes liberales, Iniestra, Puebla y Régules.

Otras varias fuerzas concurrían al Bajío, y el general Degollado, infatigable organizador de tropas, se presentaba allí con una división; se le unieron la brigada de Michoacán, que había tomado á Guanajuato, y la del general Zaragoza, procedente del Norte; avanza con todas, y batiendo de paso en Calamanda la fuerza de Mejía, aparece ante la capital, estableciendo su cuartel general en Tacubaya: amagó á la plaza, é inactivo después, dió tiempo á que el enemigo hiciera una concentración de tropas.

Ya el 7, Márquez había llegado á la capital. Bajo el mando de este entendido jefe conservador, salió de México el día 10, á las seis de la mañana, una división compuesta de todas armas; se dirigió sobre Tacubaya, y venció á las fuerzas de Degollado el día 11, habiéndoles hecho 206 muertos, quitándoles 20 cañones y todos sus trenes. Por su parte, sufrió la pérdida de 288 hombres entre muertos y heridos.

La noche de aquel día se pasó por las armas á los prisioneros; y la circunstancia de que, no sólo oficiales, sino aun médicos y paisanos, hubieran sufrido la última pena, dió odioso carácter á las ejecuciones y fueron motivo de fulminantes cargos hechos por la prensa á los responsables.

Miramón, á quien dejamos frente á Veracruz, encontró aquella plaza artillada y con formidables fortificaciones; tras algunos intentos vanos sobre puestos avanzados, se vió en el caso de ordenar la retirada, y ya en Puebla sabe que Degollado avanza sobre México; por la posta llega allí violentamente, y montando á caballo, se presenta en el campo de Tacubaya cuando la acción del 11 de Abril había terminado.

El general Ogazón dominaba con sus fuerzas en el Sur de Jalisco; Vidaurri se mantenía en los Estados del Norte, y Juárez, después que Miramón volvió la espalda ante los muros de Veracruz, dictaba impertérrito las leyes más reformistas, que dieran carácter á la época y nombre á la guerra de que hablamos, que se denominó la *guerra de reforma*.

Aquel momento de nuestra historia era solemne. El gran patricio fulminó, en el Sinaí de nuestra revolución, los rayos que destruyeron el retroceso.

Consecuente con el programa aceptado, el gobierno constitucional expidió, el 12 de Julio de 1859, el decreto de nacionalización de los bienes eclesiásticos; el 23 se dictó la ley sobre matrimonio civil; el 31 se dispuso la secularización de los cementerios, y el 11 de Agosto se limitó el número de los días festivos, que la Iglesia había multiplicado, haciéndose una declaración relativa á restricciones en las funciones del culto.

Las apremiantes medidas dictadas por el gobierno de Juárez se estimaron, por el partido liberal, como la gran solución de un problema social, cuyas incógnitas habíanse precisado de un modo claro y terminante.

Las fuerzas liberales sufrían descalabros en el Estado de Veracruz; mas el general Coronado arrebató la ciudad de Tepic al bandido Lozada, que se había ya tornado político, y tropas diversas habíanse dado cita en el Bajío, en donde Degollado reúne 6.500 hombres, con los que avanza hasta inmediaciones de Querétaro, batiendo algunas bandas de conservadores. Miramón corre á su encuentro; se pone á la cabeza de 2.000 soldados, y tras una conferencia inútil sobre arreglos imposibles entre los dos jefes, con aquella relativamente pequeña fuerza derrota á la muchedumbre de gente colecticia de los liberales, el 13 de Octubre de 1859, en la Estancia de las Vacas.

El general Márquez, que tenía un gran mando, con su cuartel general en Guadalajara, habíase subordinado á Miramón, y éste, después del triunfo que mencionamos, hace un rápido viaje á aquella ciudad y lo depone.

El general reaccionario Cobos, en Oaxaca, y Lozada en Tepic, consiguen ventajas; el último derrota y da muerte al valiente general Coronado. Miramón, que no descansaba, batió en Tonila, en el Sur de Jalisco, el 24 de Diciembre, á Ogazón.

En algunos parciales encuentros, partidas de liberales obtuvieron victorias de poca importancia, y así es que la causa conservadora estaba en plácemes al empezar el año de 1860: su radio de acción habíase ensanchado; pero Juárez permanecía en Veracruz, y este puerto era la principal fuente de recursos para el país. Miramón se propuso volver á intentar apoderarse de aquél, y organizando un cuerpo de ejército, y preparando buques suyos que vinieran de la Habana á cooperar por mar á sus ataques por tierra, se pone en marcha de México al Oriente, al comenzar el mes de Febrero. Sus buques y fuerzas se



Edificios modernos. — Patio del 7.º regimiento

avistan al puerto; el ministro inglés, en nombre de su gobierno, intenta inútilmente un avenimiento entre Miramón y Juárez; el primero rompe las hostilidades, y derrotado por mar, sin conseguir ventaja alguna en sus ataques por tierra, se ve en el triste caso de retroceder nuevamente ante aquella ciudad, donde el gobierno liberal se mostraba inmovible.

En el interior del país, en tanto, se obtenían grandes éxitos contra los conservadores: Ogazón y el general D. Leandro Valle triunfaban en Colima; el general constitucionalista D. José López Uruga destruía la división del general D. Rómulo Díaz de la Vega, en Loma Alta, haciéndole prisionero con 1.000 hombres, 18 piezas de artillería y 30 carros de municiones. El jefe victorioso, en combinación con Ogazón y Valle, reúne 8.000 soldados; ataca rudamente á Guadalajara, para donde Miramón volaba en auxilio, y allí es aquél rechazado con grandes pérdidas por Woll, que defendía la plaza, quedando en la misma herido y prisionero el jefe liberal, á quien el general Zaragoza substituye en el mando.

El choque de aquellas tropas fué de los más sangrientos: Woll, como Uruga, también resultó herido.

Miramón llegó á la ciudad donde tuvo efecto el aludido hecho de armas y partió sobre las tropas en retirada; pero retrocede ante la imponente actitud que toman para resistirle en la Cuesta de Sayula.

González Ortega, gobernador constitucional de Zacatecas, destrozaba en Peñuelas la brigada de los generales Ramírez y Gajén, haciéndole 1.100 prisioneros y quitándole 10 cañones; á la vez que el general Pueblita, á viva fuerza, tomaba en 30 de Junio la plaza de Celaya.

En tal estado de cosas, con enemigo al Sur y Occidente de Jalisco, ocupado Aguascalientes, lo mismo que Zacatecas y San Luis Potosí, Miramón optó por colocarse en el centro del campo de acción, y se dirigió á Lagos, al entrar Julio. Zaragoza y Ogazón avanzaban sobre Guadalajara, y el general D. Severo del Castillo se apresta á defenderse. El primero de los dos jefes liberales nombrados, rápidamente se dirige al Oriente, rumbo al Bajío, con 5.000 hombres, y Ogazón con 3.000 mantiene en jaque á Castillo. El 8 de Agosto se incorpora Zaragoza á González Ortega, á cuyas órdenes estaban ya, con sus columnas, Doblado, Antillón y Berriozábal. El 10, Miramón presenta batalla á inmediaciones de Silao, con su primer cuerpo de ejército, á aquellas fuerzas, y habiéndose entre unas y otras empeñado la lucha en campo abierto desde las ocho de la mañana, después de tres horas de reacios combates quedaron vencidos los conservadores. En el parte de González Ortega constaba el párrafo siguiente: «Después de un reñido combate, en el que ha corrido con profusión la sangre mexicana, ha sido hoy completamente derrotado don Miguel Miramón por las fuerzas de mi mando, dejando en mi poder su inmenso tren de artillería, sus armas, sus municiones, las banderas de sus cuerpos, y centenares de prisioneros, incluso en éstos algunos generales y multitud de jefes y oficiales.»

El general González Ortega, llevando como segundo á Zaragoza, avanza á Querétaro, retrocede hasta Guadalajara, y reuniendo más tropas la pone sitio. El general D. Severo del Castillo defiende la plaza, con 7.500 hombres, contra 18.000 soldados: 160 cañones tenían entre sitiados y sitiadores.

Márquez, vuelto nuevamente al servicio, es mandado por Miramón desde México en auxilio de la capital de Jalisco, y el general D. Felipe B. Berriozábal se pone, desde Toluca, en observación suya; al llegar á diez leguas de Guadalajara se desprenden fuerzas sitiadoras, en combinación con Berriozábal, y la columna de Márquez es deshecha completamente, tras de lo cual la ciudad en asedio capitula, después de ser defendida heroicamente por espacio de cuarenta días.

Hacemos abstracción de dar cuenta de asuntos de menor importancia, para sólo fijarnos en lo principal de los graves sucesos del momento histórico que nos ocupa.

La noticia de los desastres de Jalisco causó pánico en México; pero Miramón no desmayó, y organizaba elementos con actividad. Con una brigada avanza á Toluca, y sorprende y derrota la guarnición federal que allí existía.

Juárez, con clarividencia, confiando en un favorable y definitivo cambio, el 6 de Noviembre convocaba á elecciones generales de la República.

Las fuerzas de González Ortega marchaban rumbo á México; y al acercarse, aunque no estaban reunidas, constaban de un total de 16.000 hombres; el intrépido general Miramón, con la esperanza de batirlas en detalle, sale de la capital con 8.000 soldados y 30 piezas de artillería, llevando como tenientes á Márquez, Vélez, Negrete, Cobos y Ayestarán.

Á las tropas liberales no les fué difícil la concentración; y el 22 de Diciembre, en la mañana, se avistaron los dos ejércitos enemigos en las Lomas de Calpulalpam, donde las fuerzas conservadoras fueron totalmente batidas, habiendo dejado en poder del vencedor trenes, artillería, parque y millares de prisioneros. El triunfo de las armas constitucionales era definitivo y de trascendencia inmensa. México no podía defenderse, y los jefes de la reacción, llegados allí después de su derrota, salieron con algunos centenares de hombres el día 24. El presidente Miramón se alejó del país pocos días después de los sucesos que nos ocupan. Ese valiente general, obstinado en defender una causa cuyos errores conocía, merece, sin embargo, ser saludado en la hora suprema de la desgracia por su intrepidez, por su indiscutible mérito militar.

En la mañana del 25 de Diciembre de 1860, parte del ejército constitucionalista hizo su entrada en la

capital de la República. El día 1.º de Enero de 1861 se reunían en México 28.000 soldados del mismo ejército y efectuaban su triunfal desfile por las calles de la población.

Pocos éxitos bastaron para el triunfo de una causa que contaba con la opinión, y que era sostenida por la mayoría, contra las tropas del antiguo ejército.

Ya el 11 del citado mes de Enero, Juárez, que había dejado sus murallas de Veracruz, instalaba su gobierno en el Palacio Nacional.

El día 9 de Mayo de 1861, previas las solemnidades de estilo, el primer Congreso constitucional efectuó la apertura de sus sesiones. En su discurso, el presidente Juárez expuso que el país estaba hondamente lastimado por la guerra; pero que en lo relativo á instituciones se había avanzado entre el estruendo de la misma, dictándose las leyes de Reforma, que hicieran imposible para el porvenir el derrumbamiento de la Constitución de 1857.

Sigue la guerra.—Intervención europea.—Muchos conservadores, entre ellos arzobispos y obispos, habían sido deportados á Europa, y éstos trataron luego de procurar una extranjera intervención armada en nuestro país. Tiempos muy amargos se preparaban para la República. La intervención que se pretendía, no daría el triunfo á la reacción; pero con encono se buscaba la derrota de los liberales, aunque peligrase la independencia.

Vencido aquel ejército de fatal memoria, engreído con sus fueros, dispuesto al motín, manchado con la defección; aquel ejército proveniente de la época virreinal, que siguiendo con las enseñanzas técnicas españolas, fué imperial con Iturbide, pretoriano con Santa Anna, descontentadizo con Arista, que reformó un tanto sus instituciones y sus reglamentos; luchador con Miramón, cuando ya tuvo frente á sí á los soldados del pueblo; vencido, decimos, y triunfante el liberal, que procedía de las masas de los insurgentes, aun habría de luchar con sus desgarrados, pero aguerridos restos. Efectivamente, más enconada, la guerra civil resurgía sostenida por Márquez, Mejía, Cobos, Vicario y otros, que reconocieron luego como Presidente á Zuloaga. Esos hombres, alentados por los parciales suyos que estaban en Europa, bravos y emprendedores, hicieron sentir de un modo cruel su presencia en el Estado de México y otros vecinos. De advertir es que las numerosas tropas levantadas en la hora suprema por los liberales, en todos los Estados de la República, dándose por terminada la lucha al concluir el año de 1860, habían disminuído considerablemente, permitiendo volver á sus hogares á muchos de los que las formaban.

Márquez, por Michoacán, manda fusilar al reformador Melchor Ocampo, ilustre ex-ministro de Estado, que habíase hallado con Juárez en Veracruz, y que fué aprisionado en una hacienda de su propiedad. El general D. Santos Degollado sale con una columna á vengar la muerte de aquel preclaro ciudadano, y es derrotado, quedando muerto en el campo del combate el 15 de Junio de 1861. Ocho días después, corre la misma suerte el joven general D. Leandro Valle, quien, prisionero, es pasado por las armas por el célebre Márquez.

El día 25 de Junio, bajo las órdenes de ese jefe y de Zuloaga, 1.500 caballos llegan á México, y huyen de sus calzadas al ser quemados por el fuego de alguna fuerza de la guarnición.

La bancarrota presentaba un caos en nuestros asuntos financieros, al triunfo de la Constitución; y así se explica que se acordara la suspensión de los pagos de las convenciones extranjeras. Con esto hallaron una preciosa coyuntura los que, contando ya con el favor de Napoleón, en Europa, buscaban el medio de dar ostensible razón á la intervención armada que se intentaba contra México.

Márquez y Zuloaga, tras diversos combates de sus fuerzas con las del Gobierno constitucional, y tras rápidas marchas, con un grueso de 3.500 hombres, hacen alto en Jalatlaco el 13 de Agosto, y son sorprendidos allí por la brigada de vanguardia de la división del general González Ortega, brigada que constaba de 800 hombres al mando del general D. Porfirio Díaz, quien ataca de improviso al enemigo, y lo desconcierta y vence, llegando el 14 á consumar la victoria el resto de la división de que formaba parte.

La ley que puso en suspenso los pagos de la deuda exterior, motivó que los ministros de España, Francia é Inglaterra, declararan rotas las relaciones con nuestro país, y sus respectivos gobiernos apro-

baron aquel primer paso hostil. En números redondos, la deuda exterior importaba 82.000.000 de pesos, de los cuales correspondían á Inglaterra, próximamente, 70.000.000; á España 9.400.000, y 2.600.000 á Francia.

El César que por tantos años influyó en los destinos de Europa, anhelaba tener bajo su férula á la América, y los momentos eran propicios.

El día 31 de Octubre de 1861 se firmó en Londres la convención de las tres potencias, coligadas contra México, para reclamar el pago de la deuda que respectivamente correspondía á Inglaterra, España y Francia. Se acordaba que ninguna de las tres citadas potencias contratantes adquiriría territorio ni intervendría directamente en nuestro gobierno interior.

Los restos de las fuerzas de Márquez volvían á formar un núcleo respetable de 3.000 hombres, que destrozaba el general Tapia, en Real del Monte, el 19 de Septiembre. Muchos otros encuentros tienen efecto en territorio de México, Querétaro y Puebla, en tanto que Lozada y Rivas, desde Tepic, combinándose con bandas reaccionarias existentes en Jalisco, mantenían ardorosa lucha en aquel Estado. Al finalizar el año de 1861, el Presidente dió una ley de amnistía: algunos jefes conservadores, viendo que la guerra extranjera se anunciaba, ofrecían sus servicios contra ella, y se les aceptaron. Los principales de esos jefes fueron Negrete y Vélez.

Entramos á un nuevo período de la historia.

El día 6 de Diciembre de 1861 apareció frente á Veracruz una poderosa escuadra española, compuesta de 16 buques de guerra, 8 transportes y 5.700 hombres de desembarco. Buques de Francia é Inglaterra estaban cerca de nuestras costas, pero aun carecían de instrucciones para principiar las hostilidades. El día 14, el jefe español pidió al gobierno veracruzano del general La Llave, la desocupación del puerto y castillo de San Juan de Ulúa; y como el gobierno de Juárez procuraba evitar la ruptura de hostilidades, para ver si por medios diplomáticos se hacía un arreglo, acordó la evacuación del puerto y castillo referidos; y á virtud de ello fueron ocupados por fuerzas españolas el día 17 de Diciembre.

La amenaza se realizaba; y México, débil, desgarrado por sus luchas, con el corazón mordido por la traición, se preparaba á una brega formidable, estrechado por el imperioso mandato de una exigencia tremenda. Con luminoso acierto un escritor francés, el príncipe Bibesco, en su obra *Au Mexique, 1862, Combats*, etc., hablando de nuestro país, decía: «...La sola necesidad de defenderse ha revelado á esa nación el vigor de que era capaz. Nosotros le hemos enseñado á expensas nuestras el arte de hacer la guerra; ella ha sacado de su patriotismo esta gran virtud: la perseverancia en la lucha.» Y M. Noix, en su *Expédition du Mexique*, manifiesta que, para dicha nuestra, habíamos sido obligados á mostrarnos en lo que valíamos y tal cual éramos, pues que ya debían conceptuarse penosas y no soportables para nuestros gobiernos la tutela y las constantes humillaciones á que abusivamente nos sometían los extranjeros.

El general Prim, conde de Reus, vino á ponerse al frente de la expedición española cuando navegaban hacia nuestros mares las escuadras francesa é inglesa con tropas de desembarco.

El día 10 de Enero de 1862, Prim, comisionado por España, Jurien, por Francia, y Dunlop, por Inglaterra, dirigían desde Veracruz un manifiesto á la nación, expresando que llegaban para exigir se cumplieran los tratados y compromisos ajustados con sus países, y deseosos de que, bajo su protección, México se diera libremente un gobierno fuerte, capaz de acabar con la anarquía. Los comisarios se cambiaron comunicaciones con el Gobierno, y éste les hizo saber que procuraría satisfacer sus reclamos previa la revisión de ellos y el alejamiento de sus fuerzas.

Miramón, que no se había resuelto á aceptar de un modo expreso la intervención, pretendió desembarcar en Veracruz, y se lo impidió el comodoro inglés.

Nuevas comunicaciones se cruzan entre el Gobierno y los comisarios de la liga, y en virtud de ellas se abren negociaciones, que principian el ministro de Relaciones, Doblado, y el general Prim, conferenciando el 19 de Febrero en La Soledad, cerca de Veracruz. Se firman allí, desde luego, los preliminares de convenios, y entre ellos se reconoce al gobierno de Juárez para tratar con él, y se ajusta que, para evitarse las enfermedades de la costa á las fuerzas extranjeras, se les permita acantonarse en la zona

templada, avanzando hasta Orizaba, bajo el concepto de que volverían al punto de partida si las negociaciones comenzadas se rompían. En tales condiciones, el general Prim, penetrado de la situación, expone á su gobierno la conveniencia de asegurar con el gobierno de Juárez, que dice ser el reconocido en todo el país, cuanto se refiera á las reclamaciones de España.

Los reaccionarios, entretanto, sufrían nuevas derrotas cada día.

Al general Zaragoza, ilustre por sus antecedentes, se le dió el mando del ejército de Oriente, que era el que desde luego estaba en contacto con las fuerzas invasoras.

El traidor D. Juan N. Almonte, que fué de los principales para intrigar en Europa contra México,



Edificios modernos. — Cuarteles de San Lázaro

llegó á Veracruz con ciertas facultades de Maximiliano de Habsburgo, príncipe austriaco, que ya había escogido Napoleón III para instituir en México un imperio. Los conspiradores contra el Gobierno se congregaban con Almonte, y el comisario francés y el general Lorencez les favorecían; reclama el hecho el gobierno constitucional, y con este motivo los comisarios se reunieron en Orizaba el 9 de Abril. Como el francés insistiera en apoyar á Almonte y los suyos, pues que en sus manejos, en sus intrigas, radicaba la formación de un imperio deseado por Napoleón, y la adquisición de Sonora y la Baja California, los comisarios español é inglés rompieron la alianza tripartita; de un modo absoluto Prim, y con carácter provisional Wyke.

Declaróse, pues, por estos dos últimos que sus respectivas tropas se retirarían, y que la conducta de la representación francesa era una violación de los convenios de Londres y La Soledad.

Por tal manera, al fin, México quedó frente á Francia. El momento era solemne: la América y la Europa estaban pendientes de nuestros actos.

La intervención francesa y el Imperio de Maximiliano.— El general Lorencez, con tropas francesas, el 19 de Abril ocupó á Orizaba, cuyos cuarteles dejaban los españoles para reembarcarse; y luego Almonte procuró que allí se levantase un acta, y otras en los pueblos invadidos, por las que se le reconociera como Presidente. Después formó un gobierno de aparato y organizó su gabinete.

Tropas francesas dispararon los primeros tiros sobre una fuerza republicana, y le hicieron cinco muertos.

Zaragoza, ante la evidencia de que los franceses no volverían á la línea que tenían en Veracruz, cuando se les permitió avanzar en virtud del convenio de La Soledad, hizo una concentración de tropas á retaguardia. La división francesa, fuerte de 6.000 hombres, emprendió su marcha con dirección á Puebla. Dos mil soldados estorban su paso por ocho horas en las cumbres de Acultzingo, haciéndole varios muertos. El día 4 de Mayo la citada división llegaba á Amozoc, distante cuatro leguas de Puebla. Amaneció el 5 de Mayo de 1862, y las tropas francesas recibieron orden de avanzar sobre el fuerte de Guadalupe, haciendo un reconocimiento previo un escuadrón de cazadores.

El general Zaragoza, desde la madrugada, supo que el general O'Horán había batido á Márquez en Atlixco, evitando que se incorporase á las tropas francesas.

La disposición primitiva de Zaragoza, en cuanto á la colocación de sus tropas, obedecía á la idea de que el enemigo atacaría por los lugares más débiles, y no por el que presentaba más dificultades topográficas y mejor podía defenderse; pero viendo con sorpresa que sobre el cerro de Guadalupe se dirigía el avance, ejecutó un rápido cambio de frente. Por lo demás, la artillería francesa se colocó mal para dirigir sus fuegos, y á la sola infantería se encomendó el ataque contra puestos fortificados.

Efectivamente, las fuerzas de asalto hicieron una larga marcha diagonal, bajo el fuego de la artillería mexicana; efectuaron un rápido ascenso en terreno frágil, y aparecieron tras un peñascal, en línea, para lanzarse, como se lanzaron, hasta el pie de nuestras trincheras; y tres veces ejecutaron esta operación, habiéndoseles hecho retroceder siempre, debido á la serenidad y valor del general en jefe, del de sus tropas, menores en número que las francesas, y de que le secundaron admirablemente Negrete, Berriozábal, Álvarez y Porfirio Díaz, á quien fué preciso reiterarle órdenes para que no signiera su combate de avance sobre el enemigo en retirada. Los franceses perdieron en aquella jornada 482 hombres, cifra bien respetable considerado su efectivo; de ellos 15 oficiales muertos, 20 heridos, 162 soldados muertos y 285 heridos ó dispersos. Por otra parte, se les hicieron 24 prisioneros. Las pérdidas nuestras consistieron en 83 muertos, 132 heridos y 12 dispersos.

Rechazado el enemigo, acampó á la vista de Puebla, y luego emprendió una marcha retrógrada hacia Orizaba.

El Congreso de la Unión expidió un decreto acordando condecoraciones á los que combatieron por la patria en Acultzingo y Puebla.

A los prisioneros franceses se les dejó en libertad, y se les proporcionaron recursos para que se incorporasen á la fuerza de que dependían.

Ya llegando de regreso á Orizaba, Lorencez, se le presentó el general Márquez, expresando que 2.500 hombres de su mando estaban para incorporarse, pero que eran estorbados por fuerzas republicanas. Acordó el jefe francés al reaccionario el auxilio de un batallón, que concurrió á dar el triunfo á su fuerza en Barranca Seca.

Zuloaga y Cobos no se conformaron con la invasión; Márquez, de un modo artero, se hizo de la mayor parte de sus fuerzas, y se dirigió, como hemos visto, á Orizaba, y aquellos jefes salieron del país hacia los Estados Unidos.

El ejército invasor recibe en Junio auxilios que le trae el general Douay, nombrado segundo jefe del mismo. Parte del convoy en marcha fué arrebatado por tropas republicanas.

Una vez que el general Zaragoza aumentó sus fuerzas con nuevos contingentes, y que el general González Ortega, con una división de 6.000 hombres, formó parte de su cuerpo de ejército, avanzó sobre la ciudad de Orizaba, en donde los franceses levantaban parapetos para defenderse. Se preparó el ataque del

GENERALES

D. Ignacio Comonfort. D. Sóstenes Rocha

D. Juan Alvarez

D. Leandro Valle. D. Ramón Corona

D. Jesús González Ortega

La intervención francesa y el Imperio de Maximiliano.— El general Lorencez, con tropas francesas, el 19 de Abril ocupó á Orizaba, cuyos cuarteles dejaban los españoles para reembarcarse; y luego Almonte procuró que allí se levantase un acta, y otras en los pueblos invadidos, por las que se le reconociera como Presidente. Después formó un gobierno de aparato y organizó su gabinete.

Tropas francesas dispararon los primeros tiros sobre una fuerza republicana, y le hicieron cinco muertos.

Zaragoza, ante la evidencia de que los franceses no volverían á la línea que tenían en Veracruz, cuando se les permitió avanzar en virtud del convenio de La Soledad, hizo una concentración de tropas á retaguardia. La división francesa, fuerte de 6.000 hombres, emprendió su marcha con dirección á Puebla. Dos mil soldados estorban su paso por ocho horas en las cumbres de Acultzingo, haciéndole varios muertos. El día 4 de Mayo la citada división llegaba á Amozoc, distante cuatro leguas de Puebla. Amaneció el 5 de Mayo de 1862, y las tropas francesas recibieron orden de avanzar sobre el fuerte de Guadalupe, haciendo un reconocimiento previo un escuadrón de cazadores.

El general Zaragoza, desde la madrugada, supo que el general O'Horán había batido á Márquez en Atlixco, evitando que se incorporase á las tropas francesas.

La disposición primitiva de Zaragoza, en cuanto á la colocación de sus tropas, obedecía á la idea de que el enemigo atacaría por los lugares más débiles, y no por el que presentaba más dificultades topográficas y mejor podía defenderse; pero viendo con sorpresa que sobre el cerro de Guadalupe se dirigía el avance, ejecutó un rápido cambio de frente. Por lo demás, la artillería francesa se colocó mal para dirigir sus fuegos, y á la sola infantería se encomendó el ataque contra puestos fortificados.

Efectivamente, las fuerzas de asalto hicieron una larga marcha diagonal, bajo el fuego de la artillería mexicana; efectuaron un rápido ascenso en terreno frágil, y aparecieron tras un peñascal, en línea, para lanzarse, como se lanzaron, hasta el pie de nuestras trincheras; y tres veces ejecutaron esta operación, habiéndoseles hecho retroceder siempre, debido á la serenidad y valor del general en jefe, del de sus tropas, menores en número que las francesas, y de que le secundaron admirablemente Negrete, Berriozábal, Álvarez y Porfirio Díaz, á quien fué preciso reiterarle órdenes para que no signiera su combate de avance sobre el enemigo en retirada. Los franceses perdieron en aquella jornada 482 hombres, cifra bien respetable considerado su efectivo; de ellos 15 oficiales muertos, 20 heridos, 162 soldados muertos y 285 heridos ó dispersos. Por otra parte, se les hicieron 24 prisioneros. Las pérdidas nuestras consistieron en 83 muertos, 132 heridos y 12 dispersos.

Rechazado el enemigo, acampó á la vista de Puebla, y luego emprendió una marcha retrógrada hacia Orizaba.

El Congreso de la Unión expidió un decreto acordando condecoraciones á los que combatieron por la patria en Acultzingo y Puebla.

A los prisioneros franceses se les dejó en libertad, y se les proporcionaron recursos para que se incorporasen á la fuerza de que dependían.

Ya llegando de regreso á Orizaba, Lorencez, se le presentó el general Márquez, expresando que 2.500 hombres de su mando estaban para incorporarse, pero que eran estorbados por fuerzas republicanas. Acordó el jefe francés al reaccionario el auxilio de un batallón, que concurrió á dar el triunfo á su fuerza en Barranca Seca.

Zuloaga y Cobos no se conformaron con la invasión; Márquez, de un modo artero, se hizo de la mayor parte de sus fuerzas, y se dirigió, como hemos visto, á Orizaba, y aquellos jefes salieron del país hacia los Estados Unidos.

El ejército invasor recibe en Junio auxilios que le trae el general Douay, nombrado segundo jefe del mismo. Parte del convoy en marcha fué arrebatado por tropas republicanas.

Una vez que el general Zaragoza aumentó sus fuerzas con nuevos contingentes, y que el general González Ortega, con una división de 6.000 hombres, formó parte de su cuerpo de ejército, avanzó sobre la ciudad de Orizaba, en donde los franceses levantaban parapetos para defenderse. Se preparó el ataque del

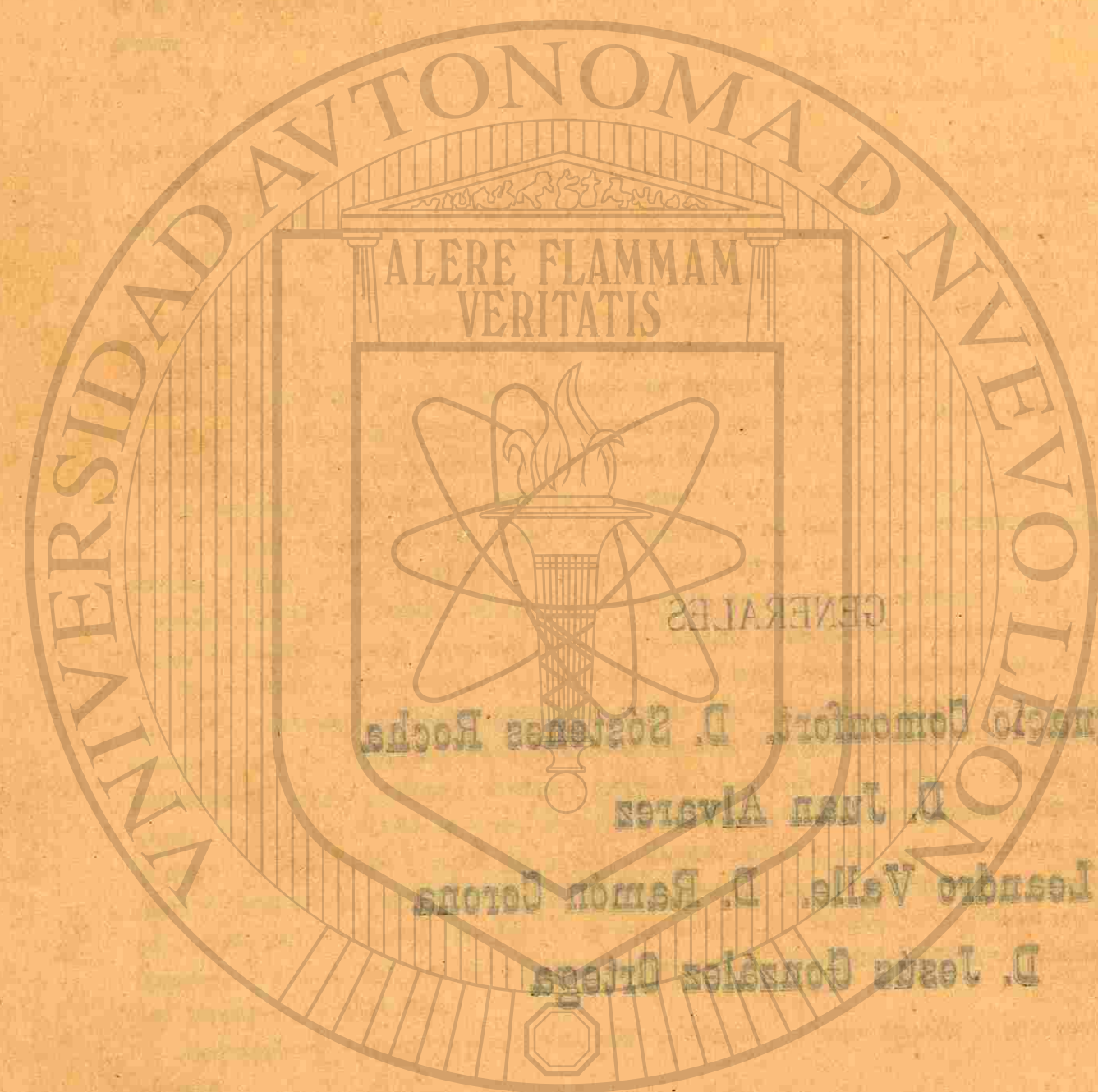
GENERALES

D. Ignacio Comonfort. D. Sóstenes Rocha

D. Juan Alvarez

D. Leandro Valle. D. Ramón Corona

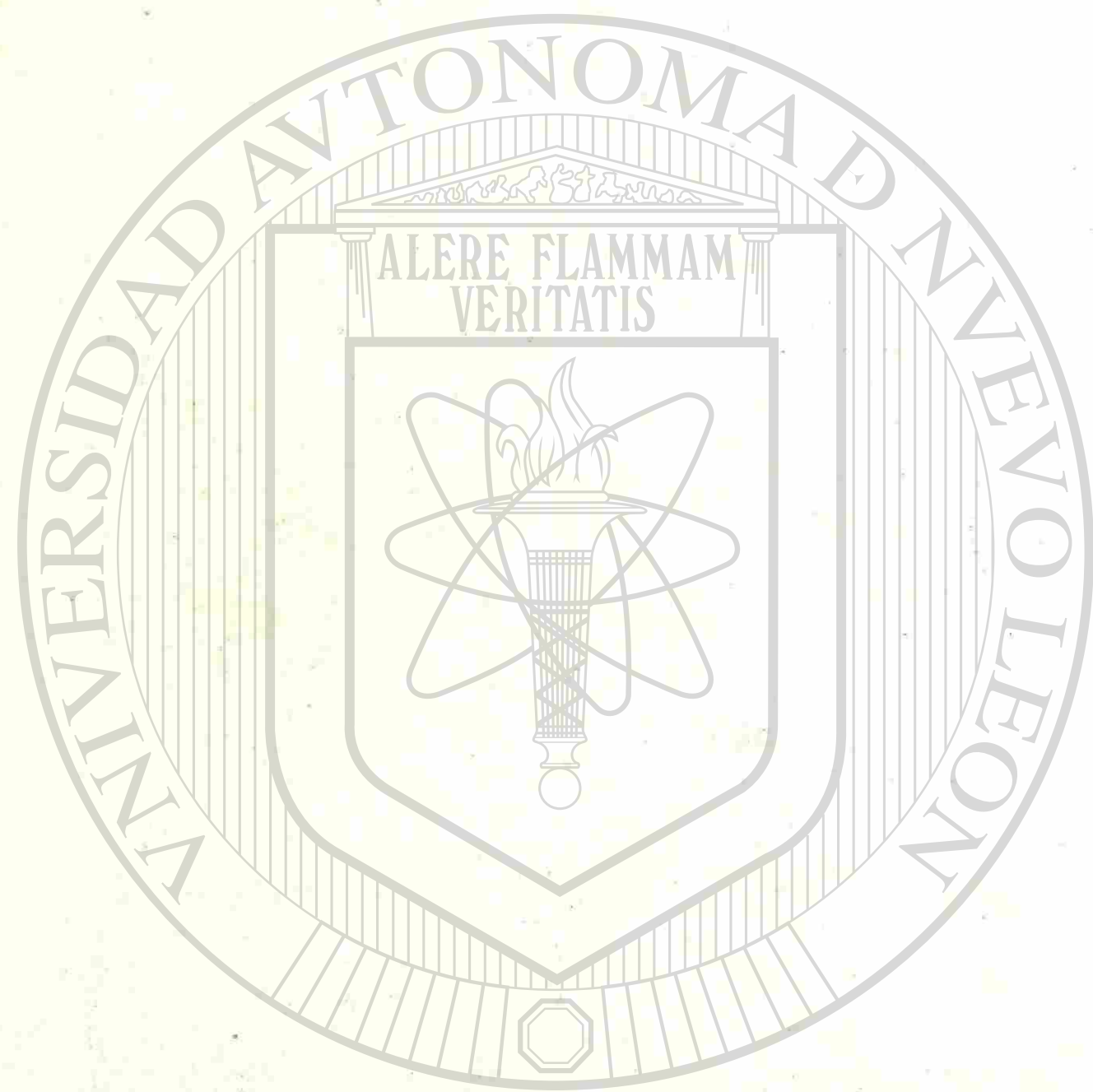
D. Jesús González Ortega



D. Ignacio Comonfort, D. José María de la Cruz
D. Juan Álvarez
D. Leonardo Valle, D. Ramón Corona
D. Jesús González Ortega

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

ejército de Oriente sobre la plaza dicha para la madrugada del día 14, y al efecto el general en jefe, con 4.500 hombres, ocupó la parte baja de la población, mientras González Ortega, con su división, se colocaba, haciendo una marcha oculta, en el cerro del Borrego, que la domina por el Sur; mas esta división, que se había fatigado para tomar posiciones, llevando á ellas su artillería, la noche del 13 es sorprendida por dos compañías francesas, que ignorando la fuerza sobre que se lanzaban, ejecutaron la operación. Los cuerpos de González Ortega dispararon en la obscuridad unos contra otros; vino el desconcierto, y tras él una retirada en desorden, en que los batallones se juzgaban recíprocamente enemigos. Aquel hecho malogró el intento de Zaragoza, que tuvo que alejarse sin que el enemigo osara perseguirle.

Viendo Napoleón que la empresa de México demandaba mayores elementos que los que al principio se figurara, dispuso que el general Forey viniese con más tropas á aumentarlos, debiendo él tomar el mando del cuerpo de ejército. En Septiembre llegó el citado jefe, y luego, por medio de una breve circular, disuelve el gobierno de Almonte, que creaba dificultades, por lo odioso que era á los mexicanos, y estorboso á los franceses.

El día 8 de Septiembre falleció el ilustre general Zaragoza en la ciudad de Puebla, que presencié la acción del 5 de Mayo, que librara contra el ejército francés. Una fiebre motivó su muerte.

Las tropas procedentes de Francia arriban á México, y más fuerzas aumentan las de sus traidores aliados, mandados por Márquez. Estos eran mirados con repugnancia por parte de los que formaban el ejército invasor, que se desdenaban de tratarlos como compañeros de armas. Forey dispone una expedición marítima militar sobre el puerto de Tampico, la cual se apodera de la ciudad, y sin pasar de allí regresa más tarde á Veracruz. El general Bazaine, jefe de esta plaza, manda ejecutar operaciones á inmediaciones de ella, siendo contrariado por el general mexicano Díaz Mirón, que con unos 1.800 hombres, se mantenía hostilizando de cerca al enemigo.

A mediados de Diciembre, 5.700 franceses, al mando del general Douay, avanzan de Jalapa al interior, con dirección á Puebla, y el general D. Aureliano Rivera, con guerrillas, los hostiliza sobre la marcha. El Gobierno artillaba á Puebla, formaba un cuerpo de ejército del centro, bajo el mando de Comonfort, que se presentó á ofrecer sus servicios, y otro de reserva que mandaría el general Doblado.

Al comenzar el año de 1863, los franceses, con refuerzos recibidos, decidieron emprender resueltamente la campaña. Contaban con 28.825 hombres y 50 piezas de artillería, á cuyo efectivo había que unir 2.500 traidores.

Una escuadra enemiga bombardeó á Acapulco á mediados de Enero. El 16 de Marzo, las tropas invasoras estaban frente á Puebla, defendida por el general González Ortega, quien substituyó en el mando á Zaragoza, y el 17 principiaron sus operaciones para sitiar la ciudad, mandando ocupar el cerro de San Juan. Comonfort, con una división, quedaba situado entre dicha ciudad y México.

El 19 tronó el cañón, anunciando la prolongada lucha que iba á entablarse. Los franceses, en los días siguientes, empiezan á establecer sus paralelas, sosteniendo diarios combates; escuadrones de caballería salen de la plaza, y se ponen en contacto con Comonfort. Se ataca el fuerte de San Javier, después de destruirlo en parte con el fuego de cañón, y los franceses son rechazados; el 28 se repite el ataque con más fuerzas, y vuelven los sitiadores á retroceder. El fuerte se desmoronaba, y hubo que desocuparlo, colocando las fuerzas en lugares inmediatos; éstas son atacadas el 29, por cuatro gruesas columnas, y pierden tres piezas de artillería entre las ruinas, donde sólo de soldados mexicanos quedan 200 cadáveres, recogiendo 300 heridos. Las manzanas inmediatas á San Javier se sostienen hasta el 1.º de Abril.

Tras un edificio arruinado, los soldados mexicanos tomaban el de retaguardia, para ir así, palmo á palmo, disputando los escombros.

El 2 de Abril, la caballería mexicana bate con ventaja, á retaguardia de la línea de circunvalación, á otra francesa, que se repliega. En tanto, era asaltado por los franceses el cuartel de San Marcos, de la línea del general Berriozábal, en cuyo patio penetra el enemigo; y en los corredores del mismo, el general Díaz, que era jefe del punto, sostiene encarnizada lucha toda la noche, obligando á los franceses á retroceder. Pasaba cosa semejante en la madrugada del 3, en la plaza de San Agustín. El día 4 se lanzan

bombas sobre el templo allí situado, convertido en fuerte, y luego se emprende el asalto sin obtener éxito; el 6, una columna francesa entra por la calle de Miradores, y se le obliga á dar media vuelta, haciéndole 37 prisioneros; el 8, el coronel Calderón reconquista la garita del Pulque; y en la madrugada del 13, el coronel republicano O'Horán sale de la plaza con una columna de caballería, con el fin de hacer saber á Comonfort que se necesitan víveres. El 15, la primera brigada de Zacatecas, adelantándose de su puesto, trata de impedir trabajos de *aperoche* de los franceses, y sostiene, por El Carmen y La Teja, diversas escaramuzas, hasta el 19, en que es atacada por los sitiadores la plaza de San Agustín y las manzanas adyacentes. Abiertas grandes brechas en la de Santa Inés, entran por ella dos columnas de zuavos, á las que, á fusilazos y á la bayoneta, se hace retroceder; pero con una segunda carga quedan dueños de parte de la manzana. Auza, que defendía el punto, se repliega á la iglesia.

El mismo día 15, á media jornada de Puebla, en San Juan Tianguistengo, el general Echeagaray quitaba al enemigo gran cantidad de ganado vacuno y lanar.

La tarde del 24, los franceses hacen saltar, por medio de minas, una cuadra de la manzana del Pitimín, ocupada por las fuerzas del coronel Padrés. Parte de ellas, abrasada por la explosión ó sepultada bajo los escombros, pereció; mas la otra defendió bravamente el punto, que fué luego asaltado, é hizo retroceder por dos veces al enemigo. En la madrugada del 25, el sitiador voló otra cuadra de la manzana de Santa Inés. Sobre las brechas humeantes, dos columnas avanzan á paso de carga, y el coronel Auza, con el 3.º y 5.º de Zacatecas, lucha contra ellas, por espacio de siete horas, entre las paredes derrumbadas, hasta que hizo dar media vuelta al enemigo, que dejó en poder de los sitiados 137 prisioneros del regimiento de zuavos, y sobre el terreno de la refriega 400 cadáveres. San Agustín, El Carmen, y la prolongación de la línea del mando de Alatorre, habían sido también objeto de ataques sin éxito.

El parque comenzaba á faltar, y se previno, por la orden general de la plaza, que se economizara en lo posible. El 29, el general González Ortega avisaba á Comonfort que sus municiones de boca se agotaban, y pedía su concurso para romper el sitio el 2 de Mayo. Dicho jefe le expuso que le llevaría víveres.

En los primeros días de Mayo se efectuó un cange de prisioneros, entre sitiadores y sitiados.

El día 5, O'Horán tuvo un encuentro con tropas enemigas, á tres leguas de Puebla. El 6, la vanguardia de la división Comonfort avanza con O'Horán, á fin de que dicha división introduzca un convoy en Puebla; pero es rechazada con pérdidas tal vanguardia. El 7, el general Forey hizo saber á González Ortega, que, admirado de la defensa de Puebla, estaba dispuesto á conceder la más honrosa capitulación. El día 8 por la mañana, fuera de la población y por el rumbo de San Lorenzo, se sintió un fuego nutridísimo; era que el general Comonfort procuraba introducir víveres en la plaza, á cuyo fin había escalonado sus fuerzas desde San Cosme hasta San Lorenzo; mas la parte principal de ellas fué derrotada completamente, habiéndosele hecho cerca de 1.000 prisioneros y quitándosele 8 piezas de artillería. Así es que el general mexicano se vió en el caso de retroceder con unos 2.500 hombres. Debido á tal descalabro, la plaza quedó sin esperanza de recibir los auxilios y provisiones que necesitaba, y González Ortega escribió á Comonfort pidiéndole su concurrencia para ayudarlo en su salida, que preparaba para el día 14.

A diario sucedíanse combates en Puebla entre las fuerzas de uno y otro bando; el 12, una multitud de mujeres y niños hambrientos, tremolando bandera blanca, quiso hacer una salida, pero fué rechazada á cañonazos por las tropas francesas. Llegó la noche del día 14, y en vano se esperaron las señales que se había convenido hiciera Comonfort, al aproximarse, para dar principio á la operación de las tropas sitiadas contra las sitiadoras. El cañoneo se hizo muy sensible el día 15; y como en todo él ninguna noticia viniera de parte del ejército del centro, González Ortega convocó una junta de guerra, en la cual se acordó pedir al enemigo salir de la ciudad sitiada con armas y banderas. Esto se negó, y entonces, en nueva junta, visto que el parque de cañón apenas bastaba para dotar las piezas por tres horas, que los víveres estaban agotados, y que no había que contar con auxilios del exterior, por muchos días á lo menos, se resolvió, según indicación de González Ortega, que se destruyeran los fusiles, que se reventasen

los cañones, que se disolvieran las tropas, y que el cuadro de jefes y oficiales se entregara al vencedor sin pedir garantías. Todo ello se efectuó en la madrugada del 17 de Mayo de 1863. El general en jefe expuso á Forey, que, no siendo posible defender la plaza por más tiempo, dada la falta de víveres, había disuelto la guarnición y despedazado el armamento, y que se le entregaba con su cuadro de jefes y oficiales.

Así terminó esa epopeya del sitio de Puebla, en que durante sesenta y dos días se ilustró nuestra historia militar con páginas gloriosas.

Al dar principio á las operaciones sobre la ciudad heroica, Forey pasó revista con 22.000 franceses y 8.000 traidores. González Ortega tenía 18.000 soldados, y el general Comonfort, desde México hasta las



Establecimientos modernos.—Maestranza Nacional de Artillería. Primer salón del Museo

inmediaciones de la ciudad, contaba con una división fuerte de 6.000 plazas. De las fuerzas de Puebla, como hemos visto, en diversas ocasiones salieron secciones de caballería, que no pudieron regresar. Se calcula que esa fuerza de caballería llegó á sumar unos 2.600 soldados, que había 2.200 heridos, y que sucumbieron 1.900 de los sitiados.

Los jefes y oficiales se entregaron prisioneros á Forey, que luego ocupó á Puebla. Enviados á Francia, pudo evadirse la mayor parte de ellos sobre el camino de Veracruz.

Los reaccionarios, en el interior del país, ayudaban al enemigo extranjero, y Lozada, por Tepic, seguía combatiendo contra el coronel Corona.

El día 29 de Mayo se decretó que se trasladaran los Poderes de la Federación á San Luis Potosí; el 31 se clausuró el período de sesiones del Congreso, y, después de esto, Juárez y su cuadro de gobierno salen para la expresada ciudad.

El 9 de Junio, Forey hizo su entrada en México, y dió á la nación un manifiesto que contenía un verdadero programa, en el cual se hacía saber que los bienes del clero, nacionalizados por Juárez, queda-

rían en poder de los que nuevamente los poseían, y que debía procurarse que en México existiera la libertad de cultos. Así, pues, lo esencial de las leyes de Reforma quedaría en pie. Cruel desilusión sufrió el bando conservador ante la manifestación del jefe francés, que hablaba á nombre de Napoleón.

Forey designa treinta y cuatro personas escogidas, á fin de que éstas clijan un triunvirato que debiese ejercer el Poder, y doscientos quince notables de la capital, que integrasen una junta que debería acordar la definitiva forma de gobierno para el país. Tal triunvirato, que compusieron D. Juan N. Almonte, don Pelagio Labastida, arzobispo de México, y el general D. Mariano Salas, teniendo como suplentes al obispo Ormaechea y á D. Ignacio Pavón, se mostró netamente conservador.

El día 27 nombró su gabinete el gobierno provisional de los triunviros.

El 7 de Julio quedó integrada la junta de notables, la cual el 10 dió su resolución, sobre el gobierno que debía regir á México, en los términos siguientes:

«1.º La nación mexicana adopta, por forma de gobierno, la monarquía moderada hereditaria, con un príncipe católico. 2.º El soberano tomará el título de Emperador de México. 3.º La corona imperial de México se ofrece á S. S. I. y R. el príncipe Fernando Maximiliano, archiduque de Austria, para sí y para sus descendientes. 4.º En caso de que, por circunstancias imposibles de prever, el archiduque Fernando Maximiliano no llegase á tomar posesión del trono que se le ofrece, *la nación mexicana se remite á la benevolencia de S. M. Napoleón III, emperador de los franceses, para que le indique otro príncipe católico.*»

No hubo ni fueron necesarios debates: la resolución transcrita no emanaba de la opinión ni de la voluntad de los presentes, sino del acuerdo del emperador de los franceses.

El 11 de Julio se declaró que el triunvirato debía denominarse *Regencia*.

Las tropas francesas ocuparon lugares cercanos á México, en Julio y Agosto, y no se las dejó de hostilizar; en Jalisco, los reaccionarios mantenían cruda guerra, haciéndola sentir por todas partes.

Ascendido Forey á mariscal de Francia, es llamado á su país á desempeñar su alto cometido, y queda con el mando de las operaciones en México el general Bazaine, desde el 1.º de Octubre. Napoleón, al dirigirse á este jefe, le manifestaba la conveniencia de ir disminuyendo los elementos franceses de guerra, substituyéndolos gradualmente con los mismos del país invadido.

Urgía que Maximiliano viniese á formar una situación propia, aunque siempre dependiente de la influencia del emperador de los franceses.

Cuando la comisión respectiva mexicana fué á ofrecerle la corona, presentándole el acta de los notables, expuso que, antes de venir á México, deseaba ver ratificado por el voto popular el llamamiento que se le hiciera. La cuestión era formar actas sobre el particular, en los puntos que fueran ocupando los franceses, y así se efectuó aquel singular plebiscito.

Figueroa y Cravioto daban guerra á las fuerzas franco-mexicanas que expedicionaban al Sur de México.

Merece especial mención la expedición atrevida que efectuó por entonces el general D. Porfirio Díaz, atravesando con una columna de las tres armas, desde San Juan del Río, los Estados de Querétaro, México, Puebla, Guerrero y Oaxaca.

Bazaine habíase ocupado en estudiar la situación del interior del país, y se alistaba para emprender sus operaciones. Al efecto, contaba con 35.000 franceses y 8.000 mexicanos aliados.

Regularizó el servicio de la línea que quedó establecida desde México á Veracruz; dejó bien guarnecida á Puebla, así como á la capital, y disponiendo de dos fuertes columnas de 8.000 hombres cada una, y algunas brigadas de reserva, se dirigió al centro de la República. Una de esas columnas debía ser mandada por Castagny, á cuyas órdenes iría Márquez, la cual tendría que marchar por Toluca y Acámbaro á Morelia; y la otra, á cuya cabeza iría el general Douay, avanzando por Querétaro y Lagos, tendría que llegar á Guadalajara. A fines de Octubre se movieron esas fuerzas, y á principios de Noviembre el mismo Bazaine alcanzó á Castagny, dejando encargado de la capital al general Neigre. El citado Castagny tiene que modificar su programa y manda á Márquez á Morelia, quien la ocupa el día 30, después de ser evacuada por el general Berriozábal. Douay entraba en Guanajuato el 8 de Diciembre, y Bazaine, dispo-

niendo de las fuerzas de Castagny, llega á Silao el día 12, en persecución del general Doblado, quien, en combinación con Uruga, reunía 10.200 hombres en Piedra Gorda; mas aquellos dos jefes liberales fraccionan sus tropas, y Doblado toma rumbo al Norte, á virtud de lo cual Bazaine deja de perseguirlo. Douay había marchado sobre Uruga, y éste rápidamente se lanzó contra Márquez, sobre Morelia, que atacó el 18 de Diciembre con verdadera furia. Márquez, que fué herido en la cara, resistió; y Uruga, habiendo dejado sobre el campo 800 muertos y heridos, y teniendo á los franceses á retaguardia, se retira por Zamora, maniobra hábilmente, y llega el 2 de Enero de 1864 á Zapotlán el Grande. Bazaine, entretanto, avanzaba, ocupando el 5 de Enero á Guadalajara, de donde Arteaga salió el 3, con el fin de incorporarse al citado Uruga.

Mejía marchaba sobre San Luis, y el general Negrete iba retrogradando jornada tras jornada frente á él. El 20 de Diciembre, á virtud de avisos de Negrete, y sabido el mal éxito de Uruga frente á Morelia, el gobierno constitucional se retira de San Luis Potosí, dando noticia de que se establecería en Saltillo. Negrete deja á San Luis en poder de Mejía, y vuelve luego á atacarlo sin conseguir buen éxito, no obstante el valor desplegado en el ataque por el general D. Sóstenes Rocha, Bazaine, una vez que llegó á Guadalajara, donde supo las serias dificultades que en México promovía el arzobispo Labastida, en defensa de los bienes temporales del clero, contramarchó á la capital con una columna de 3.000 hombres, á mediados de Enero de 1864. Miramón, con cuadros de oficiales para formar una división, llegó á Guadalajara, y al partir de allí Bazaine, le expuso éste que quedaba con el mando de la plaza el coronel Garnier, por lo que el ex-presidente renunció el cargo que tenía, no queriendo subalternarse á un jefe inferior.

Juárez, que había llegado á Saltillo, viendo que Vidaurri se negaba á poner á su disposición las rentas federales de las aduanas fronterizas, y las de Matamoros y Tampico, queriendo, más que todo, evitar una grave disensión, pasó hasta Monterrey, donde aquel jefe lo desconoce. Regresa á Saltillo, contando sobre la marcha de retirada con las tropas de Doblado, y declara traidor á la patria al jefe rebelde, que se puso en comunicación con el enemigo. Bien pronto el citado Vidaurri, abandonado de sus tropas y perseguido, huyó para los Estados Unidos. El presidente Juárez entonces volvió á Monterrey, y allí estableció su gobierno.

El 9 de Abril de 1864, Maximiliano, después que se le presentó un expediente de actas de adhesión á su persona, aceptó el trono de México; dictó desde Miramar, donde estaba, varias disposiciones; disolvió la regencia, y nombró á D. Juan N. Almonte su lugarteniente, para que lo representara en tanto que él llegaba á desempeñar su alto puesto. Con su nuevo carácter firmó un arreglo de empréstito, y un tratado ajustado con Napoleón III, por el cual quedaba convenido, entre otras cosas, que á la mayor brevedad se reduciría el ejército francés en México á un efectivo de 25.000 hombres. También se fijó en ese tratado que la ley Juárez sobre bienes nacionalizados, surtiría sus efectos.

En puridad, el gobierno que se iba á establecer en México sería una dependencia de Napoleón III, y por consiguiente, un amago á los principios republicanos de la América española; un amago también á la integridad federal del Norte, y una restricción á su preponderancia. Los Estados Unidos americanos conocían bien á dónde iban á parar los golpes del César francés; pero, por virtud de su guerra civil, estaban en el caso de disimular; ello no obstante, el gobierno constitucional de México fué constantemente reconocido por el gobierno de la República del Norte, y no de otro alguno.

Maximiliano arribó á Veracruz el 29 de Mayo, y después de detenerse en Orizaba y Puebla, hizo su entrada en México el día 12 de Junio de 1864.

La lucha continuaba. Columnas volantes perseguían á diversas partidas liberales, bien ó mal organizadas, con dirección ó sin ella, pero que todas peleaban por la república y por la independencia. Los jefes expedicionarios liberales, sin centro de acción, á largas distancias unos de otros, obraban para hacer la guerra, por cuenta propia, viviendo lastimosamente sobre el país.

Ante los avances de los invasores, muchos liberales vacilaron y creyeron que el gobierno constitucional se derrumbaría entre las ruinas de las plazas y el estruendo de los combates, é hicieron vacilar á

jefes de alta graduación como Uruga, quien tenía bajo su mando, en el Sur de Jalisco, más de 8.000 hombres. El coronel D. Ramón Corona se persuadió de la conducta dudosa de su jefe, y se separó de su lado; después, el general Arteaga lo desconoce y lo declara traidor, viéndose aquel transfuga en el caso de huir, escoltado por dos escuadrones, con que se dirigió á lugar ocupado por el enemigo. Como quiera que fuese, aquel cuerpo de ejército, por la insidia y la traición desmoralizado y dividido, dispersadas en parte sus tropas, que los oficiales desatendían, quedó reducido á unos 4.000 soldados al finalizar el mes de Junio.

Había llegado la hora de la prueba, y á los oficiales prisioneros que estaban en Francia se les apremiaba para que reconocieran al gobierno imperial de México, ó para que protestaran no combatirlo. Muchos desatendieron la exigencia, y sin darles recursos se les expulsó de aquel país.

Los acontecimientos de la guerra se sucedían. Para las operaciones del Norte, se escogían tres caminos: de Zacatecas á Chihuahua, pasando por Durango; de San Luis á Monterrey, pasando por Saltillo, y de Querétaro á Matamoros, pasando por Victoria y Linares. El primer camino, con una división, tenía que recorrerlo el general L'Herillier; el segundo, con otra, Castagny; el tercero, con la de su mando, el general Mejía. Para poner las dos últimas en contacto, el coronel López se movería con una columna ligera. Tales dos divisiones debían combinarse sobre Monterrey, si se creía necesario. A fines de Julio se dió principio á la operación, y el 20 de Agosto, Castagny, que ocupaba el centro, y daba la medida de avance á las divisiones de los flancos, llegó á Saltillo.

El 15 de Agosto, ante el avance del enemigo, previa la expedición del decreto que lo hacía saber, el gobierno constitucional salió de Monterrey á las tres de la tarde, según el decreto lo anunciaba.

El coronel Quiroga, en los momentos de su marcha, desconoció al Presidente y hostilizó con caballería su reducida escolta.

De Saltillo habíase movido González Ortega, con 1.500 hombres, y se unió con el Presidente. Al llegar los expedicionarios á territorio de Durango, Patoni, con una pequeña división, se incorpora; y quedando el Presidente en condiciones de retirarse á Chihuahua, los dos jefes aludidos marchan á hostilizar la capital del Estado de Durango, donde ya se encontraba el general L'Herillier. En tanto, Castagny llegaba á Monterrey, y Mejía se apoderaba de Matamoros.

El 21 de Septiembre, las fuerzas de Patoni y González Ortega se encontraban en un lugar llamado Majoma, al que da su nombre un cerro así denominado, y allí son atacadas por una columna francesa, mandada por el coronel Martín. Esta columna llega frente á la línea de batalla, y ataca el cerro, llave de la posición; la artillería mexicana rompe sus fuegos, y á los primeros disparos muere el coronel francés, sucediéndole el comandante Japy, que prosigue la marcha de avance y toma el cerro, quitando parte de la artillería. Tras esto, las fuerzas liberales se retiran en orden, protegidas por la caballería, y en la noche, sin ser hostilizadas, se desbandan de una manera lamentable. Aquellas fuerzas no habían sido alimentadas en dos días, y cuando llegó la noche y no hubo ración que repartir, rompieron las filas y se diseminaron.

Carvajal y Quesada conservaron su tropa, alejándose de la corriente de los desbandados. Estos jefes, por tener gente montada que llegaba á lugares habitados, habían conseguido para sus subordinados escasos víveres.

El Gobierno, al tener conocimiento de tal desastre, se dirigió por el desierto, con unos 200 hombres de escolta, á Chihuahua, á donde arribó el 12 de Octubre.

Corona y Rosales, en Sinaloa, luchaban con dificultades para sostener sus tropas, con que habían de combatir á una fuerte expedición francesa que avanzaba hacia Mazatlán, combinada con 5.000 hombres de Lozada y una escuadra por mar. Corona estableció un sistema de guerrillas, para hacer la guerra en el Sur de Sinaloa, y Rosales marchó al Norte del propio Estado. Este jefe, con menos fuerza que el enemigo, derrotó en campo raso, el 22 de Diciembre, en San Pedro, á 500 hombres que desembarcaron en el puerto de Altata, haciéndoles 26 muertos y 207 prisioneros, de los que 87 eran franceses. El jefe de la expedición, coronel Gazielle, se hallaba entre estos últimos.

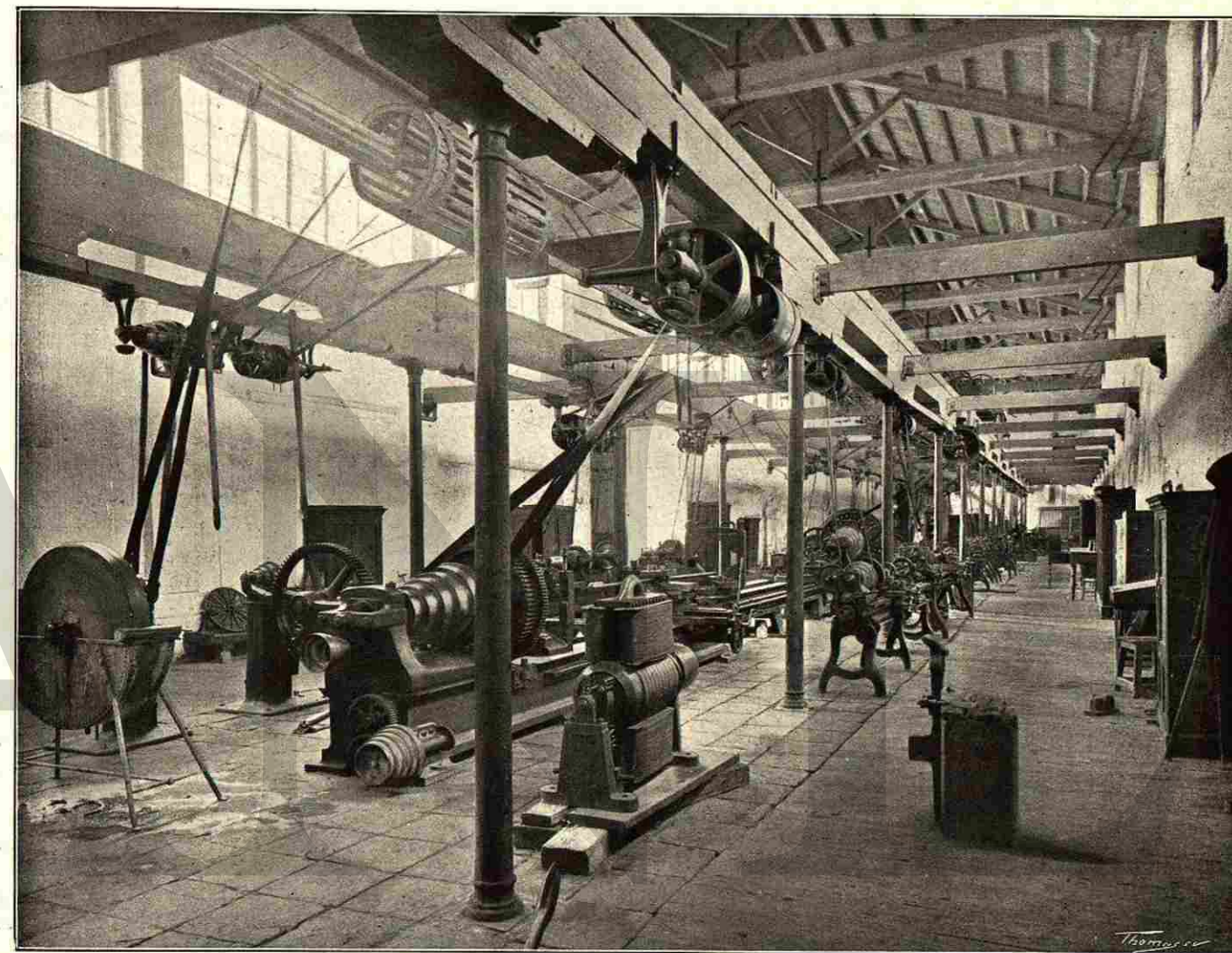
Mazatlán había sido ocupado; Lozada, después de esto, volvió á Tepic, y los franceses, ni un solo día

de los que estuvieron en Mazatlán, dejaron de ser hostilizados por las fuerzas de Corona. Con los franceses quedaron en el puerto 500 *lozadeños*.

Arteaga, acosado en el Sur de Jalisco por las fuerzas de los generales Douay y Márquez, sufre un descalabro en el Chiflón; toma el rumbo de Michoacán, y derrotado en Jiquilpan, se une después con sus restos á Régules y Riva Palacio, que sostenían la guerra al Sur y Oriente de Morelia.

El general Díaz, en el Estado de Oaxaca, lo mismo amenazaba á fuerzas enemigas de Puebla que de Veracruz.

Así iba terminando el año de 1864. Una brigada de 4.000 franceses habíase reembarcado, y tenían que hacerlo dos más, según el convenio de Napoleón con Maximiliano.



Establecimientos modernos. — Fundición nacional de artillería. Taller de tornos

En las condiciones en que se hallaba el país, algunas fuerzas irregulares, mandadas por jefes improvisados, que debían su posición á su solo valor personal, sin superiores que respetar, robaban con pretexto de que necesitaban vivir de las requisiciones que hacían, y llegaron á ser una verdadera plaga para los pueblos indefensos y un padrón de ignominia para la causa que aparentaban defender. Partidas de esa naturaleza existían en todos los lugares donde no había jefes de representación que pudieran imponer el orden; y poblaciones de Tamaulipas, Jalisco, Zacatecas, Aguascalientes y de otros Estados tuvieron que sufrir sus depredaciones.

Por lo que respecta á las fuerzas republicanas, sujetas á la disciplina, encontraban decidido apoyo en las comarcas por donde expedicionaban.

Corona, al saber que, procedente de Durango, viene una columna francesa, dejando guerrillas á los alrededores de Mazatlán, corre con algunos centenares de hombres hacia la sierra, y defiende bravamente, aunque sin éxito, el paso del Espinazo del Diablo, el 1.º de Enero de 1865.

Tras la primera columna enunciada, venía una segunda con el general Castagny, y á retaguardia una conducta de caudales con su respectiva custodia. Sobre tal conducta caen el día 10, en Veranos, las fuerzas que habían disputado el paso del Espinazo del Diablo, y la derrotan, haciendo 47 prisioneros franceses y 40 arrieros armados, á todos los cuales se manda ejecutar.

Se pidió otra vez auxilio á Lozada, por la guarnición francesa de Mazatlán, y se hicieron correrías desoladoras, en que el incendio y otros crímenes eran el cortejo de las columnas franco-lozadeñas.

Castagny se embarcó en Mazatlán con 1.000 hombres, y se dirigió á Guaymas, de donde después regresó al punto de partida.

En el Estado de Oaxaca se presentaba el principal núcleo de los combatientes republicanos. Allí mandaba el general D. Porfirio Díaz, que se había fortificado en la capital del Estado al ver que numerosas tropas, con trenes de artillería, y mandadas por el mismo mariscal Bazaine, avanzaban sobre él. El general había luchado día tras día, fatigando al enemigo, pero había acabado con sus tropas, y sólo le quedaban los constantes á su alrededor. Sin embargo, su ánimo no decaía, é intentó la última resistencia en la ciudad de Oaxaca, que Bazaine comenzó á asediar el 17 de Enero, terminando esa operación y los trabajos de aproche veinticuatro días después, en que diarios combates se sucedieron. El 9 de Febrero, considerando el general Díaz que ya la resistencia era imposible, y que se preparaba un asalto general, montó á caballo, y acompañado de dos coroneles, fué impávido á presentarse al cuartel general enemigo, donde dijo á Bazaine que sus subordinados habían cumplido hasta allí con obedecerle, que era por consiguiente el único responsable de la resistencia, y se entregaba sin condiciones. Por lo demás, exponía que la plaza no presentaría ya defensa, y que era inútil bombardearla.

El jefe de que hablamos y sus fuerzas fueron hechos prisioneros.

En el primer tercio de 1865, el mariscal Bazaine contaba con un ejército de 63.800 hombres, no obstante que se había ya reembarcado una brigada. Consistía tal ejército en 28.000 franceses, 20.000 mexicanos, 8.500 guardias rurales, 6.000 voluntarios austriacos y 1.300 belgas.

Maximiliano estaba en la inteligencia de que debía disminuirse el número de tropas francesas, y no cuidaba, sin embargo, de la organización del ejército mexicano, que era, á la postre, el que debía ser su sostén.

En esos meses de 1865, el general Escobedo y los coroneles Treviño y Naranjo aparecían en Nuevo León y Coahuila, levantando fuerzas, operando atrevidamente y dando golpes de mano á las enemigas, á la vez que el general Negrete ocupaba con una división el Saltillo, de donde se dirigió á Chihuahua.

La República norte-americana estaba para concluir su guerra civil, y tanto Napoleón como Maximiliano, que habían intentado de ella el reconocimiento del imperio mexicano, al comenzar el año de 1865, no habían obtenido más que la declaración de que los Estados Unidos sólo reputaban como autoridad legítima, en México, la que representaba el presidente Juárez. Tras esto, se hallaba la amenaza del inmenso ejército que quedaba sobre las armas al finalizar aquella gigante lucha del pueblo anglo-sajón, pueblo cuya influencia en la América había pretendido aniquilar Napoleón al intentar establecer un imperio dependiente de Francia en este continente.

Las notas diplomáticas entre el emperador de los franceses y el gabinete de Wáshington tomaron una forma cada vez más hostil; y Bazaine, en Julio, hasta llegó á colocar sus fuerzas en condiciones de evitar colisiones en la frontera de los Estados Unidos y de defenderse en el interior.

Como quiera que fuese, importaba acabar con el núcleo de legítima resistencia que Juárez representaba en México, y se mandaron tropas francesas hasta Chihuahua, de donde el Presidente constitucionalista, atravesando desierto tras desierto, se retira á Paso del Norte. Así las cosas, Maximiliano expidió el 3 de Octubre un decreto terrible, declarando bandidos á los defensores de México, para que, sin más que la identificación de sus personas, pudieran ser fusilados al aprehenderseles. Conforme á tan bárbara ley, se manda pasar por las armas, el 21 del propio mes, en Uruapan, á los patriotas generales Arteaga y Salazar, y coroneles Villagómez, Díaz Paracho y Pérez Milicua, que había hecho prisioneros el general traidor D. Ramón Méndez al derrotarlos en el camino de Tancitaro. No fué esto, sin embargo, motivo de represalias, y Riva Palacio ajustó con el jefe francés el cange de 189 soldados y oficiales belgas.

General D. Felipe B. Berriozábal

MINISTRO DE GUERRA Y MARINA EN LA ÉPOCA EN QUE FUÉ ESCRITO ESTE TRABAJO (1899)

Tras la primera columna enunciada, venía una segunda con el general Castagny, y á retaguardia una conducta de caudales con su respectiva custodia. Sobre tal conducta caen el día 10, en Veranos, las fuerzas que habían disputado el paso del Espinazo del Diablo, y la derrotan, haciendo 47 prisioneros franceses y 40 arrieros armados, á todos los cuales se manda ejecutar.

Se pidió otra vez auxilio á Lozada, por la guarnición francesa de Mazatlán, y se hicieron correrías desoladoras, en que el incendio y otros crímenes eran el cortejo de las columnas franco-lozadeñas.

Castagny se embarcó en Mazatlán con 1.000 hombres, y se dirigió á Guaymas, de donde después regresó al punto de partida.

En el Estado de Oaxaca se presentaba el principal núcleo de los combatientes republicanos. Allí mandaba el general D. Porfirio Díaz, que se había fortificado en la capital del Estado al ver que numerosas tropas, con trenes de artillería, y mandadas por el mismo mariscal Bazaine, avanzaban sobre él. El general había luchado día tras día, fatigando al enemigo, pero había acabado con sus tropas, y sólo le quedaban los constantes á su alrededor. Sin embargo, su ánimo no decaía, é intentó la última resistencia en la ciudad de Oaxaca, que Bazaine comenzó á asediar el 17 de Enero, terminando esa operación y los trabajos de aproche veinticuatro días después, en que diarios combates se sucedieron. El 9 de Febrero, considerando el general Díaz que ya la resistencia era imposible, y que se preparaba un asalto general, montó á caballo, y acompañado de dos coroneles, fué impávido á presentarse al cuartel general enemigo, donde dijo á Bazaine que sus subordinados habían cumplido hasta allí con obedecerle, que era por consiguiente el único responsable de la resistencia, y se entregaba sin condiciones. Por lo demás, exponía que la plaza no presentaría ya defensa, y que era inútil bombardearla.

El jefe de que hablamos y sus fuerzas fueron hechos prisioneros.

En el primer tercio de 1865, el mariscal Bazaine contaba con un ejército de 63.800 hombres, no obstante que se había ya reembarcado una brigada. Consistía tal ejército en 28.000 franceses, 20.000 mexicanos, 8.500 guardias rurales, 6.000 voluntarios austriacos y 1.300 belgas.

Maximiliano estaba en la inteligencia de que debía disminuirse el número de tropas francesas, y no cuidaba, sin embargo, de la organización del ejército mexicano, que era, á la postre, el que debía ser su sostén.

En esos meses de 1865, el general Escobedo y los coroneles Treviño y Naranjo aparecían en Nuevo León y Coahuila, levantando fuerzas, operando atrevidamente y dando golpes de mano á las enemigas, á la vez que el general Negrete ocupaba con una división el Saltillo, de donde se dirigió á Chihuahua.

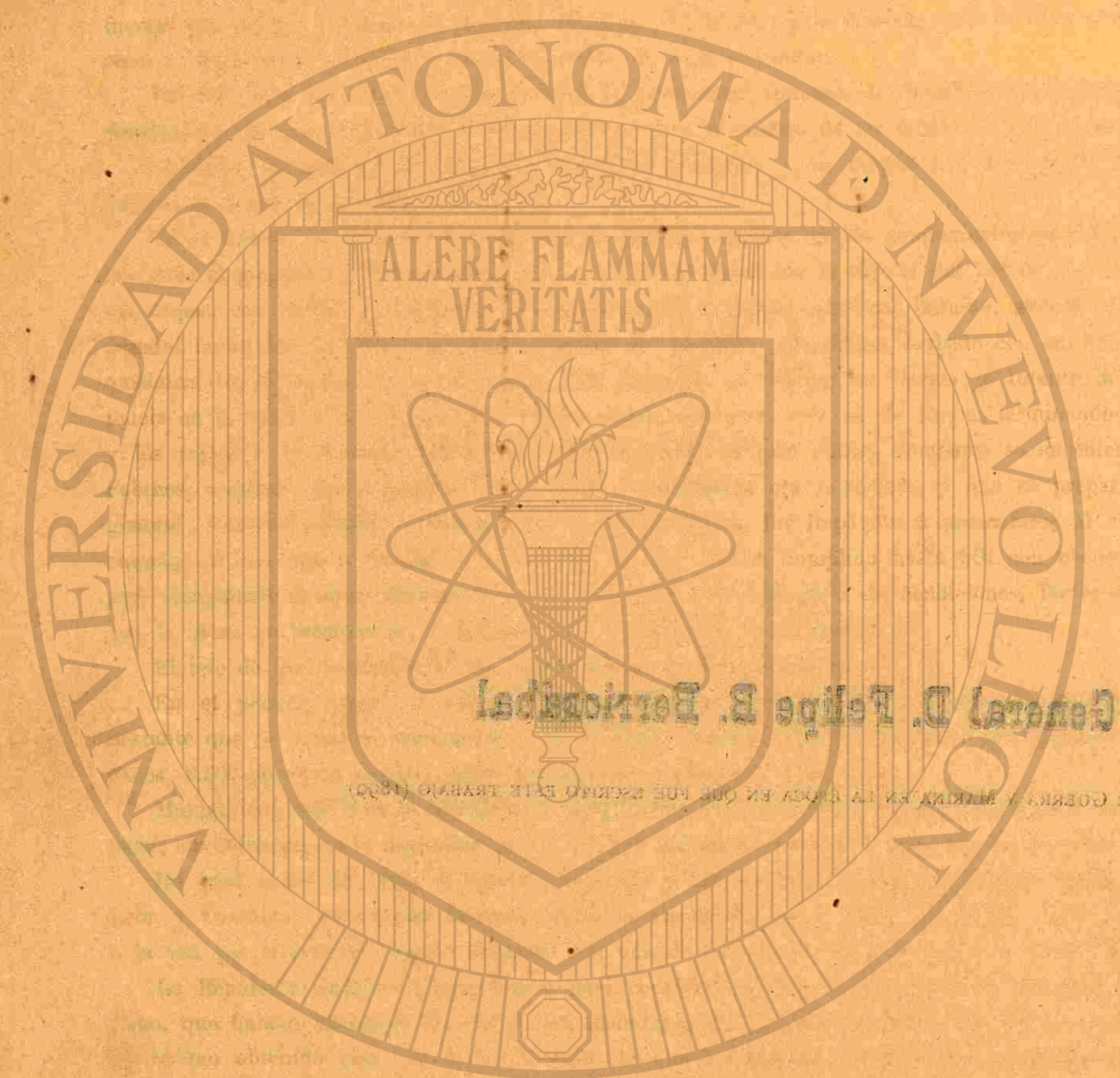
La República norte-americana estaba para concluir su guerra civil, y tanto Napoleón como Maximiliano, que habían intentado de ella el reconocimiento del imperio mexicano, al comenzar el año de 1865, no habían obtenido más que la declaración de que los Estados Unidos sólo reputaban como autoridad legítima, en México, la que representaba el presidente Juárez. Tras esto, se hallaba la amenaza del inmenso ejército que quedaba sobre las armas al finalizar aquella gigante lucha del pueblo anglo-sajón, pueblo cuya influencia en la América había pretendido aniquilar Napoleón al intentar establecer un imperio dependiente de Francia en este continente.

Las notas diplomáticas entre el emperador de los franceses y el gabinete de Wáshington tomaron una forma cada vez más hostil; y Bazaine, en Julio, hasta llegó á colocar sus fuerzas en condiciones de evitar colisiones en la frontera de los Estados Unidos y de defenderse en el interior.

Como quiera que fuese, importaba acabar con el núcleo de legítima resistencia que Juárez representaba en México, y se mandaron tropas francesas hasta Chihuahua, de donde el Presidente constitucionalista, atravesando desierto tras desierto, se retira á Paso del Norte. Así las cosas, Maximiliano expidió el 3 de Octubre un decreto terrible, declarando bandidos á los defensores de México, para que, sin más que la identificación de sus personas, pudieran ser fusilados al aprehenderseles. Conforme á tan bárbara ley, se manda pasar por las armas, el 21 del propio mes, en Uruapan, á los patriotas generales Arteaga y Salazar, y coroneles Villagómez, Díaz Paracho y Pérez Milicua, que había hecho prisioneros el general traidor D. Ramón Méndez al derrotarlos en el camino de Tancitaro. No fué esto, sin embargo, motivo de represalias, y Riva Palacio ajustó con el jefe francés el cange de 189 soldados y oficiales belgas.

General D. Felipe B. Berriozábal

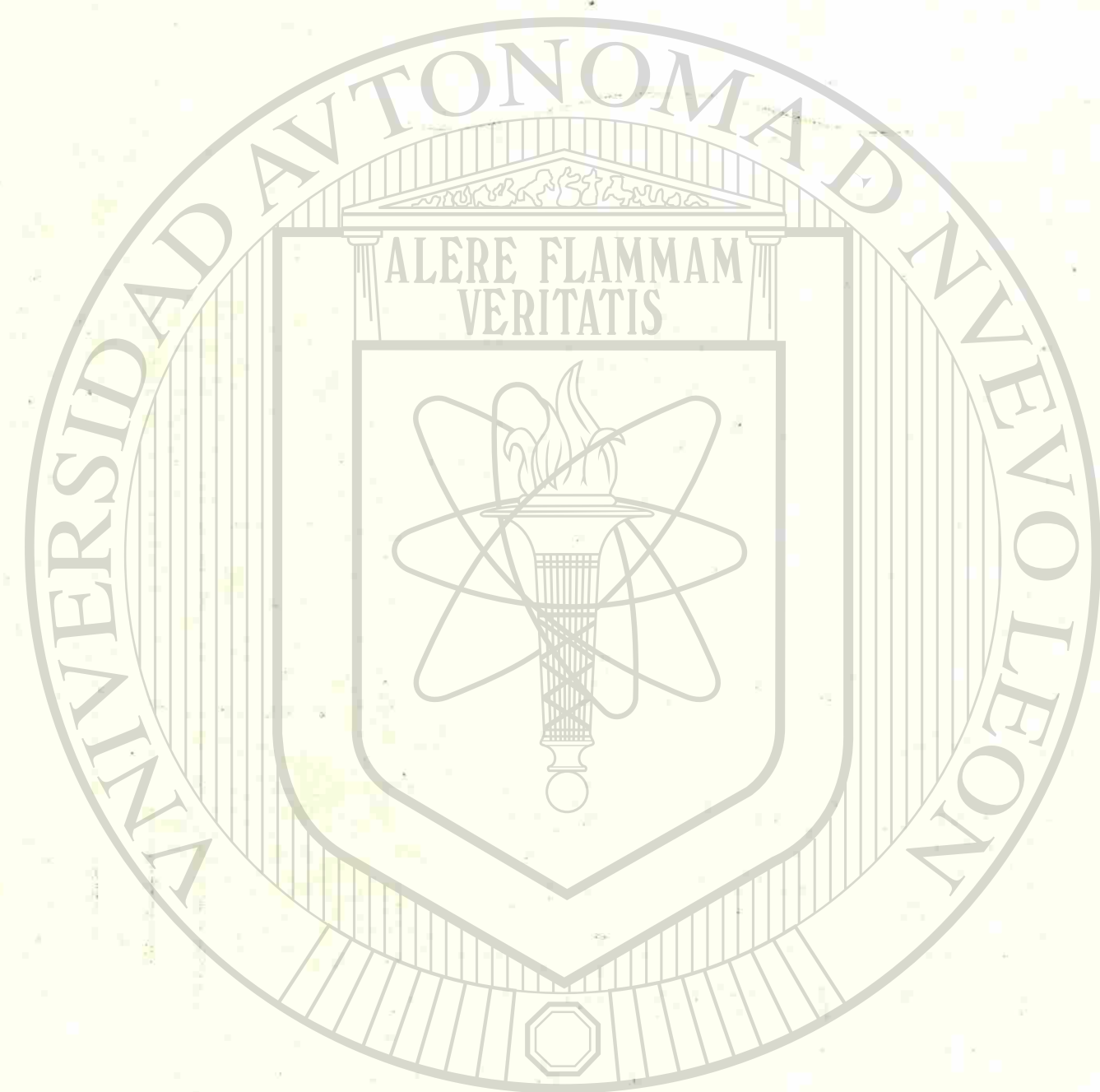
MINISTRO DE GUERRA Y MARINA EN LA ÉPOCA EN QUE FUÉ ESCRITO ESTE TRABAJO (1899)



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

La cuestión diplomática entre los Estados Unidos y Francia terminaba en tanto, ofreciendo Napoleón, al comenzar el año de 1866, retirar sus tropas de México.

En el terreno ensangrentado de las armas, donde la guerra paseaba sus pendones, los republicanos, que tanto sacrificio habían consumado, lograban algunos triunfos, que bien merecían por su perseverancia y valor.

Corona, al empezar el año de 1866, ilustraba sus campañas con las acciones de Palos Prietos y El Presidio; Chihuahua, abandonada por los franceses á la guarnición de traidores, sufre la derrota que consuma el general Terrazas; García de la Cadena levanta por segunda vez el estandarte de la insurrección en Zacatecas; Viesca vence á las tropas imperialistas en Parras, y de acuerdo con el coronel D. Jerónimo



Edificios modernos. — Chapultepec. Fachada del Colegio Militar y alumnos en parada

Treviño, da la acción de Santa Isabel, contra una columna francesa, que deja en poder de los vencedores 79 prisioneros. Con motivo de esa derrota de Santa Isabel, el mariscal Bazaine dispuso que sólo con tropas mexicanas debían hacerse expediciones aisladas.

El emperador francés daba órdenes á Bazaine para que, con carácter de voluntarios, quedasen en México, después de su salida, algunos soldados franceses, á los cuales se unieran belgas y austriacos, pudiendo así dejarse á Maximiliano un ejército de 50.000 hombres. Se contaba al efecto con 8.000 infantes y 2.000 caballos de tropas permanentes mexicanas; 27.000 hombres de tropas auxiliares, entre las cuales estaban las de Lozada; 8.000 de la legión extranjera, y 5.000 voluntarios que debían venir de Europa. Tal ejército tendría la dotación de 662 cañones de sitio y de batalla.

No era Maximiliano para amalgamar aquellos heterogéneos elementos militares, que tendrían que desahacerse en sus manos. Además, aquellos calculados 27.000 hombres de tropas auxiliares, bien contados se reducirían á 12.000.

Por otra parte, el gobierno americano dió órdenes á su ministro en Viena, para que, si el emperador

de Austria permitía que se embarcasen los voluntarios que se habían reunido para ser transportados á México, rompiera sus relaciones con aquel gobierno; lo cual obligó al citado emperador, que se encontraba en dificultades con Prusia, y no estaba en posibilidad de complicarse en otras nuevas, á prohibir, con fecha 6 de Mayo, el embarco de los voluntarios.

El presidente Juárez repartía los grandes mandos, dando el de los Estados de Oriente al general Díaz, el de los Estados del Norte al general Escobedo, el del ejército del centro al general Régules, y el de los Estados de Occidente al general Corona.

Ángel Martínez había derrotado á los imperialistas en la capital de Sonora.

El general Escobedo, entre fuerzas enemigas que se movían, se prepara para atacar un convoy procedente de Matamoros. A una tropa francesa que iba á encontrar dicho convoy, la entretiene, mandando que por Cerralvo se le ponga al frente una columna de 600 caballos. El, adelantándose con 2.000 hombres, se embosca en las lomas de Santa Gertrudis, y el 15 de Junio, tras tiroteos de guerrillas que se habían efectuado desde el día anterior, se establece el combate entre las fuerzas del convoy, mandadas por el general Olvera, y las suyas, siendo rudo el encuentro, pues el enemigo se defendió valientemente. La infantería republicana al fin se lanzó á la bayoneta, á la vez que su caballería, por el flanco, emprendía una carga á fondo, y el triunfo coronó los esfuerzos de las tropas de Escobedo. Olvera apenas pudo salvarse con unos 100 caballos, y Treviño, que figuraba como segundo en jefe de Escobedo, mandó que se hiciera su persecución. Costó á los republicanos esta victoria 158 muertos y 78 heridos, y los austro-mexicanos tuvieron 396 muertos, de los cuales 251 eran mexicanos y 145 austriacos, y les hicieron 1.001 prisioneros, siendo de ellos 858 mexicanos y 143 austriacos, hallándose entre los prisioneros 166 heridos. Además, el convoy quedó en poder de los republicanos, que previo el pago de dobles derechos, entregaron á los particulares la parte que se reclamó de él, habiéndose la otra repartido como botín entre las fuerzas de Nuevo León y las de Tamaulipas.

Mejía, en Matamoros, con poca fuerza, quedó precisado á ajustar una capitulación el 23 de Junio, dejando allí 43 cañones. Esa fuerza se transportó á Veracruz.

Al emperador Maximiliano le produjo gran angustia la noticia de los sucesos del Norte.

Napoléon estaba obligado á dejarle en México, hasta 1868, la legión extranjera, compuesta de 8.000 hombres, y un tratado secreto le comprometía á auxiliarlo con 12.000 franceses, por algunos meses más, después de la retirada general del ejército, que estaba para efectuarse; pero cuando se habían contraído aquellas obligaciones, no se contaba con el apremio de la república de los Estados Unidos, que, sofocada su guerra civil, contaba con 400.000 soldados. Así, pues, de aquellos 20.000 hombres con que se hacía la ilusión Maximiliano de poder contar por un breve espacio más de tiempo, sólo se le dejarían unos 3.000 voluntarios. En tales condiciones el emperador de México, y sin metálico para afrontar los gastos que le abrumaban, parecía que lo indicado para él, por la situación, era renunciar voluntariamente la corona. A ello tendían las insinuaciones más ó menos indirectas de su aliado el emperador de los franceses. Pensó efectivamente en abdicar; pero su situación era difícil, y optó por quedarse en México, entregándose al partido conservador, que le era poco simpático.

Bazaine, entretanto, desde Junio había marchado al interior, para abreviar la concentración de sus tropas. Los franceses abandonaban los lugares lejanos, y gradual y sistemáticamente iban replegándose hacia México.

El 17 de Junio, Juárez con su gobierno regresó á Chihuahua, para no retroceder más.

El 15 de Agosto, el gobierno imperial nombró un gabinete ultra-conservador, presidido por D. Teodosio Lares, y éste empezó luego á procurar que su programa de reacción se realizara.

En Sinaloa, en Septiembre de 1866, sólo Mazatlán estaba en poder de los franceses, con una guarnición de 2.000 hombres, de los que 500 eran lozadeños. El 12 se les arrebató el punto avanzado de Palos Prietos. De Sonora se enseñoreaban Ángel Martínez y Pesqueira, después de derrotar dos veces consecutivas columnas imperialistas; en Michoacán se mantenía la guerra, y se encendía en Jalisco; Guerrero, excepción hecha del puerto de Acapulco, estaba en poder de Álvarez; García de la Cadena ocupaba lugares

importantes de Zacatecas; y el general Díaz en Oaxaca, ya libre, debido á una atrevida fuga que emprendiera, había llegado á organizar una brigada y con ella ejecutaba operaciones amenazadoras, siendo secundado por los generales D. Félix Díaz, su hermano, y Figueroa, que con sus guerrillas hostilizaban á los destacamentos austriacos. Por lo que respecta á las fuerzas del Norte, ya hemos hablado de sus triunfos.

Bazaine, que contaba con que Maximiliano abdicaría, y que así gestionaría con el gobierno que quedara en México algún arreglo para el reconocimiento de la deuda francesa, pues tales instrucciones se le dieron á última hora, se vió contrariado cuando supo la resolución definitiva de Maximiliano, de quedarse en el país, para sostenerse con los elementos que en el mismo se le ofrecieran por los conservadores. Así es que le retiró toda ayuda, y aun procuró que los soldados extranjeros que se habían alistado al servicio del emperador, dejaran sus banderas.

Márquez y Miramón, que habían sido enviados al extranjero, desembarcaron en Veracruz, y luego obtuvieron puestos cerca de Maximiliano; serían sus tenientes, en la tremenda guerra que iba á sostener; en una proclama de 1.º de Diciembre, expuso á la nación que estaba resuelto á permanecer en su puesto hasta el último trance. La suerte estaba echada. Maximiliano, como César, había pasado el Rubicón; pero no lo hacía al frente de un ejército acostumbrado á vencer, y con sable en mano para imponerse al enemigo. El brillante caballero de una corte europea, amigo de las ciencias y de las artes, lleno de delicadezas y vacilaciones, fatalista y soñador, no era el hombre que pudiera por sí mismo conquistarse un imperio, en una tierra agitada por cincuenta años de sangrientas luchas; y si á 40.000 franceses no les fué dable ocupar en paz ni un solo Estado de la República, mal podría aquel príncipe, designado por la fatalidad, darse á las rudas tareas de organización militar, á las fatigas de las campañas, y á los sacrificios de una guerra entre montañas y desiertos, para afirmar su desquiciado trono.

El 13 de Diciembre había dispuesto el gobierno imperial, que, además de las fuerzas existentes, se formaran tres cuerpos de ejército, mandados respectivamente por Miramón, Márquez y Mejía. Mientras esto ocurría, las fuerzas republicanas avanzaban y avanzaban, según que las tropas francesas iban dejando guarnecidas las plazas que ocupaban por sólo soldados imperialistas.

El general Corona, con los coroneles Parra y Guerra, desprendía una brigada á Jalisco, que hizo temeraria travesía, batiéndose varias veces con gente de Lozada por el cantón de Tepic, el que franquea y llega al Sur de Jalisco, donde ya había algunas fuerzas republicanas. El citado general ocupa el puerto de Mazatlán á la vista de los franceses, que lo evacuaron, tomando sus buques al efecto.

Pero veamos el resultado de la expedición enviada á Jalisco. El día 14, Parra, á quien se habían incorporado las partidas que se movían en aquel Estado, llegó á Autlán; ejecutó operaciones parciales ó generales, amagando á Sayula ó Zapotlán, y el 18 de Diciembre, con 800 hombres, en un punto que se llama La Coronilla, situado á inmediaciones de Santa Ana Acatlán, comenzó á batirse con el enemigo, fuerte de 700 plazas. El combate duró cuatro horas y fué renidísimo, decidiéndose el triunfo por las armas republicanas; se le hicieron al contrario 372 prisioneros, de los cuales 101 eran franceses; se le quitaron dos obuses de á 12, y todo su parque y armamento; sobre su campo se encontraron 150 muertos, siendo de ellos sólo 15 mexicanos. Entre los cadáveres franceses estaba el de M. Sayn, jefe de la columna.

El coronel Parra, sin obstáculo, ocupó la capital del Estado de Jalisco, en donde fué recibido con manifestaciones de entusiasmo. La guarnición franco-mexicana que allí existía, mandada por Gutiérrez Estrada, se retiró hasta León, habiendo combatido en su tránsito con fuerzas de García de la Cadena.

Abstracción hecha del cantón de Tepic, donde se mantuvo por tantos años Lozada, los Estados de Sonora, Sinaloa y Jalisco estaban en poder de las tropas del general Corona.

Veamos las importantes operaciones efectuadas por el general D. Porfirio Díaz. Tras la victoria que su caballería logra en 23 de Septiembre contra la tropa húngara, mandada por el conde Gants, que queda en el campo, el general Díaz emprende ciertas estratégicas operaciones con que consigue fraccionar tropas numerosas que se movieron sobre él; y el 3 de Octubre espera á la columna del general Oronoz, fuerte

de 1.000 hombres de las tres armas, y le presenta batalla en las lomas inmediatas á Miahuatlán. Dos veces el enemigo cargó, y dos veces fué rechazado bravamente por los republicanos; el combate se generaliza, y las fuerzas de una y otra parte avanzan: el general D. Manuel González, el teniente coronel Carbó, Cano y Segura Guzmán, con la infantería, cargan á la bayoneta; el general Ramos, con una columna de caballería, voltea la posición enemiga, y el general Díaz, poniéndose al frente de la fuerza principal, decide el triunfo. Los imperialistas perdieron su artillería y sus municiones, y, entre muertos, heridos y prisioneros, sufrieron la pérdida de un jefe, 20 oficiales y 420 individuos de tropa. Entre los prisioneros había varios franceses: el comandante Testart, 6 oficiales y 21 soldados.

El general D. Félix Díaz tenía en jaque á Oaxaca, sobre cuya ciudad marcharon luego las tropas vencedoras; pero al saber que una columna de 1.500 hombres venía en auxilio de los defensores de la plaza, el general en jefe, mandando amagar á ésta hasta última hora, con poca fuerza, con el grueso principal corre al encuentro de la citada columna, combinándose con Figueroa, quien con escasa tropa estaba en peligro de ser batido. El 18 de Octubre, tiene lugar el encuentro, en el punto llamado La Carbonera, que se ilustró con aquel combate rudo y sangriento, en que el general Díaz volvió á hundir al enemigo en el polvo de la derrota, quedando en su poder los cuatro cañones que llevaba, 296 prisioneros austriacos, polacos y húngaros, y más de 600 carabinas. El campo quedó materialmente sembrado de cadáveres y heridos de ambas partes.



Edificios modernos. — Colegio Militar. Gabinete de física

Aquellos triunfadores regresaron sobre la capital del Estado, y el 31, Oronoz, que mandaba en ella, sin

más condición que la garantía de la vida, la entrega. Cuarenta piezas de artillería, muchos fusiles y otros pertrechos fueron el botín recogido allí, tras las peripecias de la lucha.

Díaz alentaba á las tropas de los Estados de Veracruz y Puebla, que obedecían sus órdenes.

No dejaremos de expresar que este jefe se mostró magnánimo con sus prisioneros, en tanto que el enemigo hacía regir su brutal ley de 3 de Octubre.

Desde México hasta Veracruz, centenares de partidas combatían ardorosamente, y al fin se confiere el mando de esa importante línea al general Douay, quien establece su cuartel general en Puebla, dando, con tropas competentes, seguridad á aquella vía de retirada del ejército francés.

Como inundación, las fuerzas republicanas iban invadiendo los lugares desocupados por las tropas francesas en el interior; las imperiales mexicanas eran impotentes para servirles de dique. El general Bazaine había anunciado á Maximiliano que no podría sostenerse, pero no previó tan rápido derrumbamiento.

Serías desavenencias surgieron entre dicho jefe y el emperador, que les hicieron romper del todo sus relaciones.

A Márquez se le había nombrado en la capital comandante en jefe, y con su acostumbrada actividad

y energía procedió á reclutar tropas. Los demás jefes conservadores no habían perdido el tiempo: Mejía organizaba también fuerzas en Querétaro; Miramón había salido de la capital, con un núcleo de jefes, oficiales y sargentos, rumbo al mismo Querétaro, con cuyo núcleo de 400 hombres, en que iban muchos franceses voluntarios, debía formar una división. Se dispuso, al efecto, que los restos de la guarnición que salieran de Guadalajara, lo esperasen en León, y que D. Severo del Castillo se alistara para moverse á San Luis Potosí.

El 15 de Enero de 1867, el general Castagny, concluida la concentración de las tropas francesas, entraba en México con los últimos cuerpos. Desde luego se ordenó que los trenes, ambulancias y el resto de la impedimenta avanzaran á Veracruz con las escoltas respectivas, y que se fuesen escalonando tropas en tal dirección. El 5 de Febrero fué el día señalado para la salida de la columna principal de México, que debía ser la última, á cuyo frente iba el mismo Bazaine con un brillante estado mayor. A las nueve de la mañana dió principio el desfile frente á Palacio, cuyos balcones y ventanas permanecieron cerrados.

Fin del Imperio de Maximiliano. — Restauración de la República. — En el mismo mes de Enero de 1867, Corona llegaba á Guadalajara, marchaba sobre Colima, y destinaba una brigada, con Márquez de León, para que atacase á Zamora. La primera ciudad capitula, y la segunda es tomada á viva fuerza por la brigada dicha y fuerzas del general Régules que con ella se combinaron.

En los primeros días del mismo mes, el general D. Severo del Castillo se desprendía, por acuerdo de Miramón, con 2.000 hombres, con dirección á San Luis. Miramón lo verifica á León, donde estaba el general Gutiérrez Estrada; con 1.500 soldados marchó luego de allí rápidamente sobre Zacatecas, á donde acababa de llegar el gobierno de Juárez, y el 27 tomó la plaza.

Creyó el jefe imperialista que ya el general Castillo estaría sobre San Luis, y que Liceaga, que tenía que hacer una operación previa contra Antillón, ya se le habría incorporado, para poder atacar la ciudad, que ocupaba el general Escobedo. Efectivamente, el expresado Liceaga salió de Guanajuato hacia Silao sobre Antillón; mas éste eludió el combate, y procuró reunirse con el coronel Rincón. Reforzado con las tropas del mismo, se adelantó á encontrar al enemigo, que regresó violentamente al punto de partida, y atacado en la ciudad fué vencido, dejando en ella 22 cañones, armas y más de 300 prisioneros. Con los restos de su fuerza, el jefe derrotado se refugió en Querétaro con Mejía. Este desgraciado suceso daba la explicación de la detención de Castillo.

Escobedo, desde San Luis, había mandado al general Treviño á Zacatecas con 2.500 hombres; pero sabe que esta última plaza es tomada por Miramón, y entonces, con 1.000 hombres más, se lanza contra él, y encontrándolo en San Jacinto, lo derrota completamente el 1.º de Febrero. La artillería, los equipajes y 800 prisioneros quedaron en su poder: de éstos 103 eran voluntarios franceses; 100 muertos del enemigo había sobre el campo, y más de 40 de los republicanos. Miramón pudo escapar y con unos cuantos caballos logró incorporarse á Castillo.

Maximiliano, ante los sucesos, pidió su opinión al gabinete, respecto de cómo podrían contenerse los avances de los republicanos; y los ministros, ayudados por Márquez y Mejía, hicieron convenir al Emperador en que se pusiera al frente de sus tropas y avanzara, haciendo una concentración en Querétaro. El príncipe aceptó su imposible papel de general en jefe.

Bazaine todavía esperaba que el archiduque se desprendiese de los conservadores, y por consiguiente del Imperio, y que se resolviera á dejar el país, é hizo una marcha lenta con su columna. En Puebla se detuvo cinco días, y supo allí la derrota de Miramón, de lo cual tomó pie para escribir á Maximiliano, ofreciéndole que dejaría á Castagny para que lo escoltara á Veracruz, donde le aguardaría. Efectivamente, Maximiliano, dejado por la Francia en México, debió ser un forcedor para la conciencia del jefe de la expedición francesa; pero la tentativa de Bazaine fué infructuosa.

El día 11 de Marzo, el último francés armado dejó á Veracruz: la intervención había concluido. El Imperio, en aquellos momentos, sólo contaba: con las plazas principales de Querétaro, México, Puebla y

Veracruz; los conservadores, á quienes el Emperador repugnaba, y á quienes por necesidad estaba unido; unos 20.000 hombres, entre los que no estaban Lozada y los suyos, y escasísimos recursos pecuniarios. La República se había enseñoreado del país en breves días. El citado Lozada, á última hora, se había declarado neutral.

El Emperador llegó al lugar de su destino el día 19. El general D. Ramón Méndez, que había evacuado á Michoacán, se incorporó el 21.

No obstante los pasos bien serios dados por el Emperador, parece que sostenía una lucha de encontradas ideas en su espíritu, en el que, como en un kaleidoscopio, cambiaban los proyectos. Seguramente le asfixiaba el círculo de los conservadores, que más y más le estrechaba cada día.

En los momentos que marchaba á Querétaro, aun escribió al general Díaz á Huamantla, buscando su apoyo, ofreciéndole el mando de las tropas de México y Puebla, y arrojar del poder á Lares, Márquez y los suyos; y al padre Fisher, jefe de su gabinete particular, sobre el camino ya, le encargaba que contestase á Santa Anna, con quien entró en absurdas negociaciones para conseguir, por medio de aquel jefe anatematizado, un arreglo en las graves cuestiones del país.

En Querétaro se hizo sentir la desavenencia entre Miramón y Márquez. Este último quedó nombrado jefe del estado mayor, Miramón del cuerpo de infantería, Mejía de la caballería, Ramírez Arellano de la artillería, y Méndez, de una brigada mixta de reserva. Existían en la plaza 8.000 hombres, y se esperaba que llegaran las fuerzas del general Olvera.

México estaba rodeada de guerrilleros.

El general Corona, con sus fuerzas de Occidente y las del Centro, que se le incorporaron, se acercaba á Querétaro, en tanto que lo hacía con el cuerpo de ejército del Norte el general Escobedo. Ambos jefes conferencian en Chamacuero, el 28 de Febrero de 1867. Al segundo se le había dado el mando principal de todas aquellas fuerzas, que se avistaron por diversos caminos de la ciudad, donde el Emperador se hallaba, el 8 de Marzo. Las tropas imperialistas acordaron salir y batir en detalle al enemigo, que se acercaba; pero no lo efectuaron.

Por la noche, con caballería, se cubrieron los caminos que parten de la población enemiga, y al día siguiente, el general en jefe, acompañado de Corona, á quien se designó como segundo, pasó revista á los sitiadores, que hacían un total de 18.000 hombres, los cuales fueron aumentándose con tropas que llegaron después. De pronto, se formaron dos cuerpos de ejército con ellos, quedando uno á las órdenes del segundo en jefe, y otro á las del general Treviño. El día 11 se dió principio á las operaciones de sitio, bajo el fuego de la artillería enemiga, que fué correspondido por los cañones de los sitiadores. El día 14 se hizo un reconocimiento sobre la plaza fortificada; el 16, el general D. Aureliano Rivera impidió que la columna de Olvera se incorporase á los imperialistas, haciéndola retroceder hacia la sierra de Xichú; el 17, Miramón inicia un ataque que no lleva á fondo; el 22, con 400 caballos mandados por Quiroga, Márquez, nombrado lugarteniente del Imperio, y acompañado de Vidaurri, sale de la plaza ocultamente en la noche, burlando la vigilancia de los republicanos.

En México, á donde el expresado jefe se dirigía, formaban la guarnición 1.000 austriacos montados, 300 franceses, dos cuerpos de cazadores y 2.300 mexicanos más. Se temía allí la aproximación del general Díaz, pero luego se supo que atacaba á Puebla. El lugarteniente del Imperio arribó á la capital el 27 de Marzo. ¿Llevaba facultades de Maximiliano para obrar como mejor lo creyera á los intereses del Imperio, ó tenía órdenes precisas á fin de sacar los elementos militares de México y correr con ellos en auxilio de la plaza donde el Emperador estaba encerrado y en víspera de no poder sostener la situación? No hay documentos conocidos para resolver este punto, y sólo por los hechos se pueden hacer deducciones.

Como quiera que sea, el general Noriega avisaba de Puebla que el general Díaz le tenía en gravísima situación; que se hallaban dos generales heridos; que le habían matado á un jefe de batallón, y que la población le era hostil. Márquez, u ocurría á Puebla, y si triunfaba reunía los elementos del Imperio para poder obrar con probabilidades de éxito, ó dejaba que Puebla se perdiera, y sacando de México las fuerzas allí existentes para volver á Querétaro, abandonaba la capital, para que luego fuese ocupada por cualquier tropa enemiga. Ante aquel dilema, optó por lo primero.

El lugarteniente de Maximiliano, con actividad asombrosa, aumentó las fuerzas de la guarnición de México, para dejarla en condiciones de defenderse, y salió con 3.000 hombres de las tres armas, para Puebla, el día 30 de Marzo.

La resolución de Márquez puso en apuros al general Díaz, que se resolvió á dar un asalto desesperado sobre fuertes y trincheras, contando con un efectivo semejante al que iba á atacar, y que se hallaba bien cubierto y con gran número de bocas de fuego. Parecía una locura emprender ese asalto.

Márquez llegaba el 2 de Abril á la hacienda de Soltepec, y en la madrugada de ese día, á las tres, tronó el cañón en Puebla, siendo esa la señal para que las columnas, dispuestas á vencer ó morir,



Tropas de infantería y caballería haciendo un alto horario (época actual)

con el arma al brazo y á paso de ataque, volaran sobre las baterías, que las reciben con nutridos fuegos.

Veamos cómo rápidamente describe ese hecho de armas el general D. Ignacio M. Escudero, en sus *Apuntes históricos de la carrera militar del general Porfirio Díaz*: «Los jefes de las columnas lanzaron éstas, terribles, indomables, sobre los parapetos y los fortines. Las cien piezas de los sitiados las reciben con un fuego tan continuo, que apenas se escucha la detonación incesante de seis mil fusiles... Las calles quedaron muy pronto regadas de cadáveres, sin que por eso se detuvieran las columnas, que llegaban despedazadas y sangrando á las trincheras, pero que saltaban éstas, matando á sus defensores. En Belem murió Rodríguez, Acuña en la calle de Iglesias, Vázquez en la brecha de Malpica, sin que por eso retrocedieran las columnas que mandaban. Bonilla corrió á la bayoneta sobre el enemigo, que en número superior quiso detenerle; Figueroa venció cuanto obstáculo le pusieron los imperiales, á la vez que Doro-teo León llegaba casi á la plaza, y Terán mandaba repicar á vuelo en la primera iglesia que ocupó. En la calle de la Siempreviva, la defensa fué casi insuperable, y sin el heroico valor de Carlos Pacheco,

los republicanos habrían tenido que retroceder. Pero el joven comandante, en medio de un ciclón de balas y de metralla, arrastró á sus soldados, marchando al frente de ellos; fué herido, pero volvió á la carga: adelante recibe otra herida, y no quiso retirarse hasta que vió á sus soldados victoriosos saltar el foso y ocupar la trinchera. Tendido en una camilla, saludó Pacheco á su fuerza, vitoreó á la República, y fué conducido al hospital, donde sufrió la doble amputación de un brazo y una pierna. Durante más de una hora tuvo lugar aquella horrible carnicería, y aun duraba el fuego en gran parte de la línea, especialmente en La Merced, que á costa de mucha sangre tomó Alatorre, y en el Carmen, que resistió más tiempo aún. Pero la ciudad había sido ocupada por algunos puntos, y los asaltantes que primero penetraron en el recinto fortificado, atacaron por la espalda á los traidores que se defendían, obligándoles á sucumbir. Por fin, á las primeras luces de la mañana, todas las columnas, diezmadas por el cañón y la bayoneta, se agrupaban en torno del general Díaz, que acababa de dar á la patria, en el suelo donde brilló el 5 de Mayo de 1862, la gloriosa fecha del 2 de Abril de 1867.»

Parte de la guarnición se retiró á los cerros de Guadalupe y Loreto, donde horas después se rindió.

A Márquez le sorprendió la noticia sobre su marcha á la hacienda de Guadalupe; avanzó no obstante hasta Notario, de donde retrocedió el día 6, con el fin de regresar á la capital.

El vencedor de Puebla, sin dar descanso á sus tropas, tomada la ciudad, establecidos los hospitales, recogidos los abundantísimos pertrechos de guerra, el día 4 se adelantó á recibir á Márquez; sabe que se retira después, y ordena al general Lalanne que, con 1.800 hombres con que expedicionaba, procure detenerlo aunque sacrifique su columna. Dicho jefe cumple con la dura comisión que le toca desempeñar, y debido á ello, el general Díaz da alcance al enemigo el día 9 en la hacienda de San Lorenzo, que se extiende en los llanos de Apam. Ambas tropas toman posiciones, y la artillería hace su saludo; pero un aguacero que cae por la tarde, impide que el combate dé principio. En tanto, el general Guadarrama, que se había mandado en observación de Márquez con 4.000 caballos por el general Escobedo, desde Querétaro, se había puesto en contacto con el general Díaz y tomaba por la noche el flanco del enemigo.

Amaneció el día 10, y Márquez, tras un reconocimiento que mandó ejecutar en la madrugada, y que le hizo conocer su difícil situación, se retiró, pretendiendo engañar con un movimiento falso; pero la caballería lo persigue, y le da alcance en San Cristóbal, de donde el jefe imperial, dejando el mando á su segundo, se adelanta con unos cuantos soldados hacia México. Sus fuerzas se defendieron en desorden; la caballería austriaca ejecutó bravamente vueltas ofensivas, y así la derrota fué consumándose, huyendo los imperiales, avanzando los republicanos, que hacían prisioneros aquí y allá, sin que la caballería austriaca dejara de combatir hasta el último momento.

Doce leguas se persiguió al enemigo, que perdió 17 cañones, 1.000 prisioneros, 500 dispersos y 300 muertos. Los restos de aquella división destrozada entraron en México en la mañana del día 12. Su jefe estaba allí desde el día anterior, disponiendo lo necesario para la defensa de la plaza.

El citado día 12, parte de la caballería de Guadarrama llegó á la villa de Guadalupe; el 13 lo hizo el resto al mismo lugar, en tanto que las fuerzas del general Díaz se posesionaban en Tacubaya, extendiendo sus líneas á los flancos para avanzar sobre la ciudad. El 14, tropas de Lalanne y Carvajal se incorporan al general Díaz, y los 4.000 caballos mandados por Guadarrama, al urgente llamado de Escobedo, marchan para Querétaro.

El general Díaz no contaba con todos los elementos para el asedio de una gran plaza; pero concentrando las guerrillas del valle de México y las de Puebla, llamando la guarnición de Oaxaca, trayendo artillería de la misma Puebla, pudo en cierto modo reunir lo absolutamente indispensable para el objeto. Sus fuerzas las tenía colocadas en lugares estratégicos, porque era imposible sitiar con ellas una población cuyo diámetro mide más de una legua. Como quiera que sea, Márquez sólo una vez intentó, sin resultado, ejecutar una salida. Requisiciones de caballos, exacciones de dinero, reclamaciones del cuerpo diplomático, diarias alarmas con los tiroteos que se oían en las afueras de la ciudad: tal fué la vida de México, hasta concluir el mes de Abril. La guarnición contaba con unos 4.300 soldados más ó menos desmoralizados, que Márquez procuraba aumentar con las levás que llevaba á cabo.

SIMULACRO DE GUERRA EFECTUADO EL 4 DE DICIEMBRE DE 1900 Á INMEDIACIONES DE MÉXICO
CON MOTIVO DE LAS FIESTAS PRESIDENCIALES

El Ministro de Guerra y su Estado Mayor



los republicanos habrían tenido que retroceder. Pero el joven comandante, en medio de un ciclón de balas y de metralla, arrastró á sus soldados, marchando al frente de ellos; fué herido, pero volvió á la carga: adelante recibe otra herida, y no quiso retirarse hasta que vió á sus soldados victoriosos saltar el foso y ocupar la trinchera. Tendido en una camilla, saludó Pacheco á su fuerza, vitoreó á la República, y fué conducido al hospital, donde sufrió la doble amputación de un brazo y una pierna. Durante más de una hora tuvo lugar aquella horrible carnicería, y aun duraba el fuego en gran parte de la línea, especialmente en La Merced, que á costa de mucha sangre tomó Alatorre, y en el Carmen, que resistió más tiempo aún. Pero la ciudad había sido ocupada por algunos puntos, y los asaltantes que primero penetraron en el recinto fortificado, atacaron por la espalda á los traidores que se defendían, obligándoles á sucumbir. Por fin, á las primeras luces de la mañana, todas las columnas, diezmadas por el cañón y la bayoneta, se agrupaban en torno del general Díaz, que acababa de dar á la patria, en el suelo donde brilló el 5 de Mayo de 1862, la gloriosa fecha del 2 de Abril de 1867.»

Parte de la guarnición se retiró á los cerros de Guadalupe y Loreto, donde horas después se rindió.

A Márquez le sorprendió la noticia sobre su marcha á la hacienda de Guadalupe; avanzó no obstante hasta Notario, de donde retrocedió el día 6, con el fin de regresar á la capital.

El vencedor de Puebla, sin dar descanso á sus tropas, tomada la ciudad, establecidos los hospitales, recogidos los abundantísimos pertrechos de guerra, el día 4 se adelantó á recibir á Márquez; sabe que se retira después, y ordena al general Lalanne que, con 1.800 hombres con que expedicionaba, procure detenerlo aunque sacrifique su columna. Dicho jefe cumple con la dura comisión que le toca desempeñar, y debido á ello, el general Díaz da alcance al enemigo el día 9 en la hacienda de San Lorenzo, que se extiende en los llanos de Apam. Ambas tropas toman posiciones, y la artillería hace su saludo; pero un aguacero que cae por la tarde, impide que el combate dé principio. En tanto, el general Guadarrama, que se había mandado en observación de Márquez con 4.000 caballos por el general Escobedo, desde Querétaro, se había puesto en contacto con el general Díaz y tomaba por la noche el flanco del enemigo.

Amaneció el día 10, y Márquez, tras un reconocimiento que mandó ejecutar en la madrugada, y que le hizo conocer su difícil situación, se retiró, pretendiendo engañar con un movimiento falso; pero la caballería lo persigue, y le da alcance en San Cristóbal, de donde el jefe imperial, dejando el mando á su segundo, se adelanta con unos cuantos soldados hacia México. Sus fuerzas se defendieron en desorden; la caballería austriaca ejecutó bravamente vueltas ofensivas, y así la derrota fué consumándose, huyendo los imperiales, avanzando los republicanos, que hacían prisioneros aquí y allá, sin que la caballería austriaca dejara de combatir hasta el último momento.

Doce leguas se persiguió al enemigo, que perdió 17 cañones, 1.000 prisioneros, 500 dispersos y 300 muertos. Los restos de aquella división destrozada entraron en México en la mañana del día 12. Su jefe estaba allí desde el día anterior, disponiendo lo necesario para la defensa de la plaza.

El citado día 12, parte de la caballería de Guadarrama llegó á la villa de Guadalupe; el 13 lo hizo el resto al mismo lugar, en tanto que las fuerzas del general Díaz se posesionaban en Tacubaya, extendiendo sus líneas á los flancos para avanzar sobre la ciudad. El 14, tropas de Lalanne y Carvajal se incorporan al general Díaz, y los 4.000 caballos mandados por Guadarrama, al urgente llamado de Escobedo, marchan para Querétaro.

El general Díaz no contaba con todos los elementos para el asedio de una gran plaza; pero concentrando las guerrillas del valle de México y las de Puebla, llamando la guarnición de Oaxaca, trayendo artillería de la misma Puebla, pudo en cierto modo reunir lo absolutamente indispensable para el objeto. Sus fuerzas las tenía colocadas en lugares estratégicos, porque era imposible sitiar con ellas una población cuyo diámetro mide más de una legua. Como quiera que sea, Márquez sólo una vez intentó, sin resultado, ejecutar una salida. Requisiciones de caballos, exacciones de dinero, reclamaciones del cuerpo diplomático, diarias alarmas con los tiroteos que se oían en las afueras de la ciudad: tal fué la vida de México, hasta concluir el mes de Abril. La guarnición contaba con unos 4.300 soldados más ó menos demoralizados, que Márquez procuraba aumentar con las levás que llevaba á cabo.

SIMULACRO DE GUERRA EFECTUADO EL 4 DE DICIEMBRE DE 1900 Á INMEDIACIONES DE MÉXICO
CON MOTIVO DE LAS FIESTAS PRESIDENCIALES

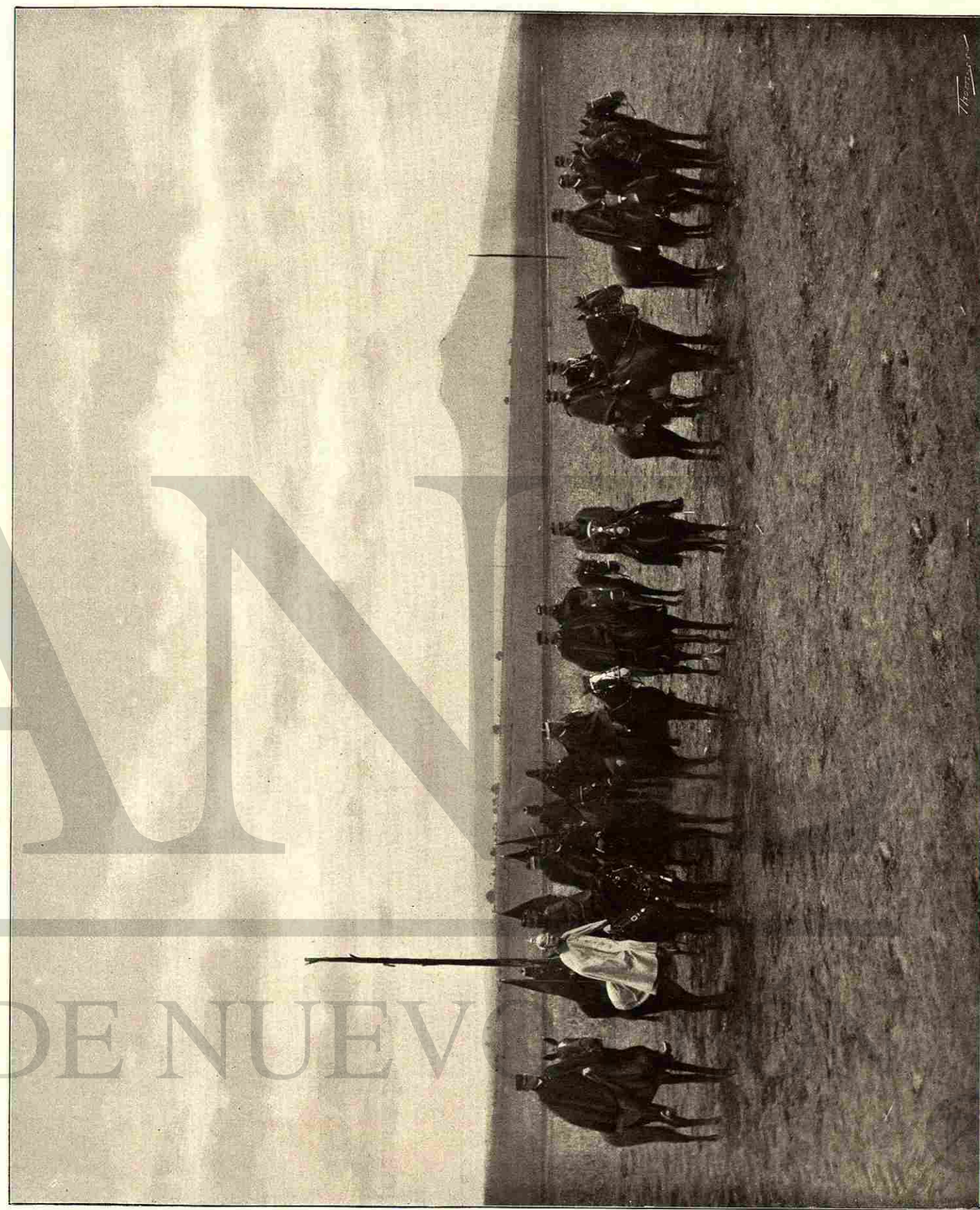
El Ministro de Guerra y su Estado Mayor

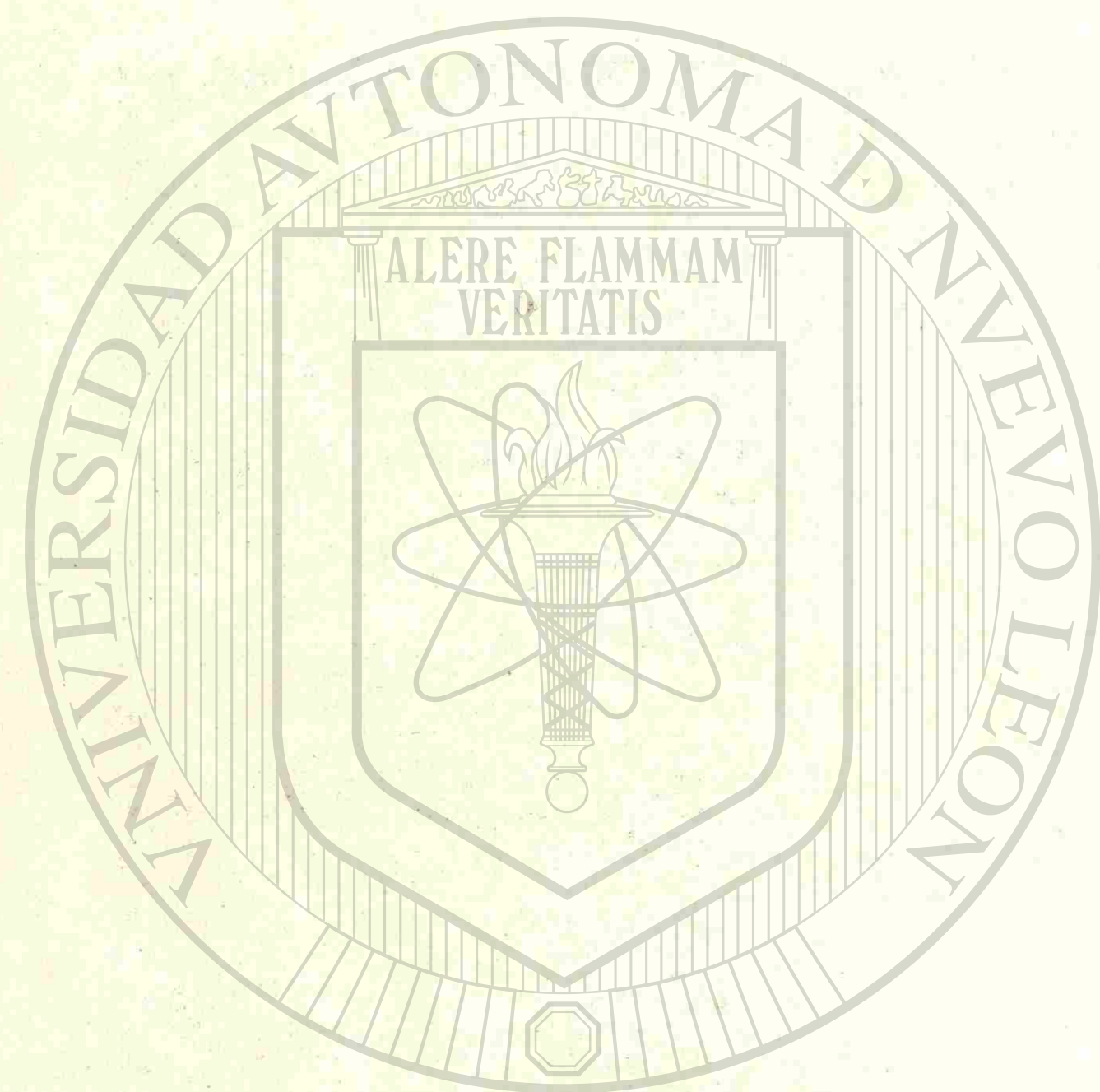




UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Antes de que este jefe saliera de Querétaro, el mismo día 22 de Marzo, el general Miramón, con una columna de 3.000 hombres, hizo una rápida salida por la hacienda de San Juanico, y se apoderó de un tren de carros cargados de víveres de los republicanos, contramarchando luego al centro de la ciudad.

El 23 llegó el general Riva Palacio, con 4.000 hombres, y esta fuerza sirvió para completar el cerco de Querétaro.

El día 1.º de Abril, con 3 500 soldados, rompió Miramón, por San Sebastián, la línea que defendía Antillón, llegando hasta la segunda, apoderándose de cinco piezas de artillería, y teniendo que retroceder y dejar las piezas poco antes conquistadas, á virtud de haber concurrido al teatro de los sucesos el general Escobedo, con reservas.

El día 11, el valiente príncipe de Salm-Salm pretende salir con una columna para enviar, desde las afueras de la ciudad, comisionados á Márquez; pero se le obliga á retroceder. El 12, en virtud de acuerdo del Emperador, Miramón y Ramírez Arellano produjeron un informe, y le manifestaron en él la dificultad de romper el sitio; le presentaron el cuadro real de una salida que se intentara con todas las fuerzas, diciendo, en substancia, que semejante salida sólo sería el último y más grande de los desastres.

El archiduque se desesperaba porque Márquez no volvía á Querétaro, y pretendió mandar al príncipe de Salm-Salm para obligarle á regresar. Sin saber las condiciones en que estaba Márquez, y faltándole el auxilio de éste, llegó á creer firmemente que lo había traicionado.

En la madrugada del 27 de Abril, el general Miramón, en combinación con Castillo, que fué rechazado, emprendió un atrevido ataque sobre el cerro del Cimatario; puso en dispersión á las fuerzas de Michoacán allí existentes; dió de flanco sobre una brigada de Jalisco, mandada por Márquez de León, en la hacienda del Jacal; atravesó la paralela de los sitiadores; recogió veinte piezas de artillería, y habría proseguido su marcha, volteando la línea, si no le entretiene temerariamente una columna de caballería al mando del valiente coronel Doria, mientras llegaba con osadía Rocha con dos batallones; si el general Corona, con 3.000 hombres que contiene en la retirada que inician, no se afirma, y si tras él, tomando el flanco enemigo, no hubiera aparecido con 1.500 caballos el general Guadarrama. Aquel concurso de esfuerzos obligó al intrépido jefe imperialista á declararse en retirada, volviendo á sus fortificaciones tras una lucha que sin duda fué la más desastrosa y sangrienta de las que se presenciaron en el sitio de Querétaro.

El 1.º de Mayo, Ramírez Arellano avanza de San Francisquito, y su vanguardia vence á un destacamento; pero el general en jefe, con poca fuerza, la contiene, en tanto que acude el general Zepeda con una brigada de infantería de Jalisco, la cual carga á la bayoneta y hace retroceder al enemigo.

Ya en los primeros días de Mayo, el Emperador sabía que Márquez sostenía el sitio de México; y en una carta que le escribió, con fecha 7, le decía entre otras cosas: «El estado físico y moral en que después de sesenta y cuatro días de riguroso sitio se encuentran nuestro ejército y el pueblo de Querétaro, hace que la defensa de la plaza sea imposible por un período de tiempo más largo... Es de absoluta necesidad que nos deis noticia de vuestra venida, y del día en que vuestras tropas ataquen á los sitiadores...» El jefe á quien semejante carta se escribió, estaba en condiciones también de pedir auxilios y no de darlos.

Por lo demás, en Querétaro escaseaban las municiones y disminuían los víveres, al extremo de que la carne de caballo llegó á reputarse como un manjar.

El 14, á virtud de mandato del Emperador, Ramírez Arellano y Miramón le propusieron un plan de salvación, por medio de una desesperada salida nocturna, hecha por todas las fuerzas, sin artillería pesada ni bagajes. Méndez solicitó que la medida se aplazara para la noche del 15, por algunas razones que expuso, y se accedió á ello; pero en la madrugada de ese día, el convento de la Cruz, llave de la plaza, había quedado en poder de los republicanos. Las tropas de éstos se pusieron sobre las armas desde las primeras horas de la noche del 14; la caballería montó y se colocó en puntos apropiados; jugó la artillería de una y otra parte; los batallones de la primera línea estaban sobre las paralelas, y los demás formados en columnas. La fuerte división de caballería del general Guadarrama, se veía desplegada frente al Cerro de las Campanas.

Así se pasó aquella noche; y en la madrugada siguiente, como se ha dicho, el convento de la Cruz se encontraba en poder de los sitiadores.

Antes de ello, el coronel imperialista D. Miguel López estuvo á hablar con el general en jefe del ejército de operaciones, y precisamente entre las fuerzas que ocuparon el convento, punto principal de la plaza de Querétaro.

Por espacio de veinte años se aseguró que López, por traición, había entregado el punto de que se trata; después hubo discusiones sobre el particular, y al fin el general Escobedo ha expresado, tras ese período de cuatro lustros, que Maximiliano mandó á su cuartel general á López para ofrecer la entrada por el convento, bajo el concepto de que se le permitiese salir del país, y que se tuviera piedad para con los sitiados; y que el predicho jefe expuso que no podía acceder á lo solicitado, y que, se le dejase libre ó no el relacionado convento, según se le ofrecía, sería este punto ocupado. Como quiera que haya sido, debe considerarse que la plaza de Querétaro era imposible que resistiera por más tiempo, según se desprende de cuanto hemos referido.

Tras la toma de posesión del convento, se movieron las tropas sobre los puntos fortificados del enemigo, y aun se defendió éste flojamente en algún aislado lugar; 4.000 caballos se acercaron al Cerro de las Campanas, en la cima de cuya colina se aglomeraban en desorden baterías, batallones y cuerpos de caballería, en derredor de Maximiliano, Mejía y los principales jefes; la línea de defensa quedó abandonada, y á eso de las seis de la mañana bajaba el Emperador, con dirección al campo republicano; se presentó al general Corona, y éste le condujo ante el general en jefe del ejército de operaciones, á quien le entregó su espada, dándose por prisionero, en cuya condición quedaban los jefes, oficiales y tropa que estaban en el perímetro fortificado. El cerco se estrechó hasta las trincheras enemigas, y sólo las brigadas de Vélez y Cervantes entraron de pronto en la plaza.

Hubo empeños para que se tratase con benignidad á Maximiliano, y las cortes de Europa mostraron en ello grande interés. Los Estados Unidos también intercedieron por el infortunado príncipe, desde antes que fuese hecho prisionero, y en previsión de ese caso; pero Juárez invariablemente expuso que se tendría que cumplir con las leyes de la República para juzgarlo. Agotados los recursos de defensa del prisionero y de sus tenientes Miramón y Mejía; ampliados y vencidos los plazos acordados por la ley, la ejecución de la sentencia de muerte, que pronunció el consejo de guerra ordinario que conoció de su causa, se aplazó para el 19 de Junio. Maximiliano y Miramón se mostraron valientes en el acto solemne, lo mismo que el estoico general Mejía.

Al pie del Cerro de las Campanas formó cuadro, en la mañana del 19 de Junio de 1867, una división de 4.000 hombres. A las siete, conducidos en carruajes, llegaron los sentenciados, se despidieron entre sí, y con paso firme se dirigieron al lugar que les correspondía: Maximiliano cedió el centro á Miramón, como puesto de honor, colocándose él á la derecha; Mejía quedó á la izquierda. El primero victoreó con sonora voz á México; el segundo protestó contra la nota de traidor, y se irguió para recibir la descarga, y el último dió en derredor de sí una mirada indiferente. Los pelotones correspondientes, á una señal hicieron fuego; sonaron las detonaciones, se vió el relampagueo de los fogonazos, una nubecilla, y tres cuerpos ensangrentados que caían para no levantarse más.

Tal fué la triste escena final del funesto drama del Imperio en México.

Estaban aún en poder de los imperialistas, ya sin bandera, la plaza de México, sitiada por el general Díaz, y el puerto de Veracruz, hostilizado por republicanos, en las aguas de cuyo puerto se presentó el general Santa Anna haciendo proposiciones á los jefes para que se pronunciaran en su favor, los cuales le contestaron con el desprecio que merecía. Tras esto, fué aprisionado por un capitán de la marina americana y luego entregado al gobierno.

Por lo que toca á la capital, en virtud de la admirable actividad y perseverancia del general Díaz, llegó á perfeccionarse el sitio.

Tomada la plaza de Querétaro, el general Escobedo dispuso que bajo el mando del general Corona marcharan dos divisiones á reforzarlo; pero el jefe del ejército de Oriente, seguro del buen éxito, no quería

exponer á los horrores del asalto la capital de la República, y no obstante el auxilio recibido, se limitó á estrechar el cerco y afirmarlo más y más.

El 18 de Junio, el general Márquez entregó el gobierno á Tabera, y se escondió, como lo hicieron Vidaurri, Ramírez Arellano y otros.

Los cuerpos austriacos, una vez que supieron con evidencia los sucesos de Querétaro, pretendieron por sí capitular, y el general Tabera con el mando de la guarnición intentó verificarlo; pero el general Díaz sólo concedió un armisticio de veinticuatro horas, exponiendo que no admitiría más que la rendición á discreción. Concluido aquel plazo, se rompieron las hostilidades, y tras los primeros disparos la guarnición de México se rinde.



Tropas de infantería y artillería de montaña haciendo un alto horario (época actual)

Cupo al general Díaz la gloria de restablecer, para que flotara sobre el Palacio nacional, la triunfante bandera de la República.

El 15 de Julio, el señor Juárez establecía su gobierno en México.

En el mismo partido liberal han surgido después cuestiones en que ha habido necesidad de recurrir á las armas para dirimir las; pero las instituciones se han conservado incólumes, y el país, regido por ellas, comenzó su trascendental obra de progreso.

Últimos periodos de guerra civil.—Afinzamiento de la paz.—Las tropas que habían concluido la campaña se calcula que llegaban á 65.000 hombres, inclusive los prisioneros que á última hora se les agregaron; y dándose de baja el excedente, en los Estados donde se formaron, se dejaron en servicio cinco divisiones, con un efectivo de 26.000 plazas. Se confirió el mando de la primera al general D. Alejandro García; el de la segunda, al general D. Porfirio Díaz; el de la tercera, al general D. Mariano Escobedo; el de la cuarta,

al general D. Ramón Corona, y el de la quinta al general D. Diego Álvarez. Habiéndose retirado del servicio el jefe de la segunda, lo substituyó en su puesto el general D. Ignacio R. Alatorre.

Antes de que el ejército quedase reducido, el general Corona hizo gestiones para que se abriese la campaña contra Lozada, quien, como una potencia, había declarado neutral, en Diciembre de 1866; pero el anhelo del Presidente por la paz, le hizo aceptar las proposiciones del mismo Lozada para someterse, lo cual verificó de un modo remiso, y quedando en condiciones de levantarse en armas, al convenir á sus intereses. A virtud de todo ello, se declaró distrito militar á Tepic, y se pusieron allí autoridades que se vieron en el caso de contemporizar con Lozada.

El 5 de Julio de 1867 se acordaron condecoraciones honoríficas á los defensores de la patria, contra la intervención y el imperio.

Juárez inició una reforma constitucional para revestir de mayor poder al Ejecutivo, y tal iniciativa, rechazada en los comicios y en el Congreso, dió origen á una oposición que se sostuvo contra su gobierno, hasta la muerte del patricio ilustre, que fué, sin embargo, con entusiasmo, electo constitucionalmente Presidente de la República, y declarado por la Cámara con tal carácter, al finalizar el año de 1867.

Nuevas depuraciones iban á ser necesarias para eliminar de nuestro modo de ser el espíritu de anarquía y de desorden, que se manifestó bien pronto.

En Yucatán, en Sinaloa y Michoacán tienen efecto, en 1868, rebeliones sin plan político, que fueron sofocadas.

En ese año se adoptó para el ejército el armamento de retrocarga y cartucho metálico, sistema Remington, y en la caballería se substituyó la lanza por el sable. Hasta 1874 no acabaron los cuerpos de recibir el fusil y carabina del citado sistema.

En 1869, en Oaxaca y Yucatán ocurren otras rebeliones, que corrieron la propia suerte que las anteriores; asoma una de carácter local en San Luis Potosí, que se hace sensible y toma serio aspecto en 1870, pues que le dan importancia jefes como Martínez y Larrañaga, que la secundan, y le lleva elementos y la extiende García de la Cadena, gobernador de Zacatecas, que desconoce al gobierno general. Un grueso de tropas de 6.000 hombres forman los pronunciados; y el general Rocha, tras varias peripecias, los vence en Lo de Ovejo, al Sur de Guadalajara, para donde se habían dirigido. La persecución de los restos de aquella tropa derrotada, fué fatigosa.

En la Cámara y en el país había operado entretanto una manifiesta división de tres círculos políticos: el que rodeaba al venerado Juárez; el que formó de descontentos el señor Lerdo, que había sido electo presidente de la Suprema Corte, y el que se congregó cerca del glorioso general Díaz.

Sería largo de expresar los diversos pronunciamientos del general Negrete, á quien siempre se trató con lenidad, cuando se sometía ó era aprisionado, tomando en cuenta sus anteriores servicios.

En Tampico la guarnición se subleva, y queda vencida el 11 de Junio de 1871, por medio de un temerario asalto, que se verificó bajo el mando del intrépido general Rocha, quien fué premiado con el ascenso por aquel señalado hecho de armas.

Habiéndose reelegido en el último tercio de 1871 al presidente Juárez, para que siguiera en el poder, los opositoristas de la capital se pronuncian en su contra, y se apoderan de la ciudadela el 1.º de Octubre; y allí, como en Tampico, el general Rocha los domina valientemente.

El 27 de Septiembre, el gobernador de Nuevo León, general Treviño, desconoce al gobierno, y proclama jefe del movimiento revolucionario al general Díaz. Otras rebeliones se suceden y obligan al citado jefe á dar, en Noviembre, un plan político, que se llamó de La Noria, por el lugar en que se expidiera.

El general Alatorre derrotó en San Mateo Sindihui á numerosas fuerzas pronunciadas; y el general Rocha, que se dirigió al interior, dió sobre el gran núcleo de ellas, y las venció en el Cerro de la Bufa, á inmediaciones de Zacatecas. Treviño y Naranjo, después del desastre de la Bufa, se retiraron á Nuevo León; combaten con Corella cerca de Monterrey, en Topo Chico, y obtienen al fin ventajas en la acción.

General D. Porfirio Díaz

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

LIBRO DE AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



GENERAL DE BIBLIOTECAS

al general D. Ramón Corona, y el de la quinta al general D. Diego Álvarez. Habiéndose retirado del servicio el jefe de la segunda, lo substituyó en su puesto el general D. Ignacio R. Alatorre.

Antes de que el ejército quedase reducido, el general Corona hizo gestiones para que se abriese la campaña contra Lozada, quien, como una potencia, había declarado neutral, en Diciembre de 1866; pero el anhelo del Presidente por la paz, le hizo aceptar las proposiciones del mismo Lozada para someterse, lo cual verificó de un modo remiso, y quedando en condiciones de levantarse en armas, al convenir á sus intereses. A virtud de todo ello, se declaró distrito militar á Tepic, y se pusieron allí autoridades que se vieron en el caso de contemporizar con Lozada.

El 5 de Julio de 1867 se acordaron condecoraciones honoríficas á los defensores de la patria, contra la intervención y el imperio.

Juárez inició una reforma constitucional para revestir de mayor poder al Ejecutivo, y tal iniciativa, rechazada en los comicios y en el Congreso, dió origen á una oposición que se sostuvo contra su gobierno, hasta la muerte del patricio ilustre, que fué, sin embargo, con entusiasmo, electo constitucionalmente Presidente de la República, y declarado por la Cámara con tal carácter, al finalizar el año de 1867.

Nuevas depuraciones iban á ser necesarias para eliminar de nuestro modo de ser el espíritu de anarquía y de desorden, que se manifestó bien pronto.

En Yucatán, en Sinaloa y Michoacán tienen efecto, en 1868, rebeliones sin plan político, que fueron sofocadas.

En ese año se adoptó para el ejército el armamento de retrocarga y cartucho metálico, sistema Remington, y en la caballería se substituyó la lanza por el sable. Hasta 1874 no acabaron los cuerpos de recibir el fusil y carabina del citado sistema.

En 1869, en Oaxaca y Yucatán ocurren otras rebeliones, que corrieron la propia suerte que las anteriores; asoma una de carácter local en San Luis Potosí, que se hace sensible y toma serio aspecto en 1870, pues que le dan importancia jefes como Martínez y Larrañaga, que la secundan, y le lleva elementos y la extiende García de la Cadena, gobernador de Zacatecas, que desconoce al gobierno general. Un grueso de tropas de 6.000 hombres forman los pronunciados; y el general Rocha, tras varias peripecias, los vence en Lo de Ovejo, al Sur de Guadalajara, para donde se habían dirigido. La persecución de los restos de aquella tropa derrotada, fué fatigosa.

En la Cámara y en el país había operado entretanto una manifiesta división de tres círculos políticos: el que rodeaba al venerado Juárez; el que formó de descontentos el señor Lerdo, que había sido electo presidente de la Suprema Corte, y el que se congregó cerca del glorioso general Díaz.

Sería largo de expresar los diversos pronunciamientos del general Negrete, á quien siempre se trató con lenidad, cuando se sometía ó era aprisionado, tomando en cuenta sus anteriores servicios.

En Tampico la guarnición se subleva, y queda vencida el 11 de Junio de 1871, por medio de un temerario asalto, que se verificó bajo el mando del intrépido general Rocha, quien fué premiado con el ascenso por aquel señalado hecho de armas.

Habiéndose reelegido en el último tercio de 1871 al presidente Juárez, para que siguiera en el poder, los opositoristas de la capital se pronuncian en su contra, y se apoderan de la ciudadela el 1.º de Octubre; y allí, como en Tampico, el general Rocha los domina valientemente.

El 27 de Septiembre, el gobernador de Nuevo León, general Treviño, desconoce al gobierno, y proclama jefe del movimiento revolucionario al general Díaz. Otras rebeliones se suceden y obligan al citado jefe á dar, en Noviembre, un plan político, que se llamó de La Noria, por el lugar en que se expidiera.

El general Alatorre derrotó en San Mateo Sindihui á numerosas fuerzas pronunciadas; y el general Rocha, que se dirigió al interior, dió sobre el gran núcleo de ellas, y las venció en el Cerro de la Bufa, á inmediaciones de Zacatecas. Treviño y Naranjo, después del desastre de la Bufa, se retiraron á Nuevo León; combaten con Corella cerca de Monterrey, en Topo Chico, y obtienen al fin ventajas en la acción.

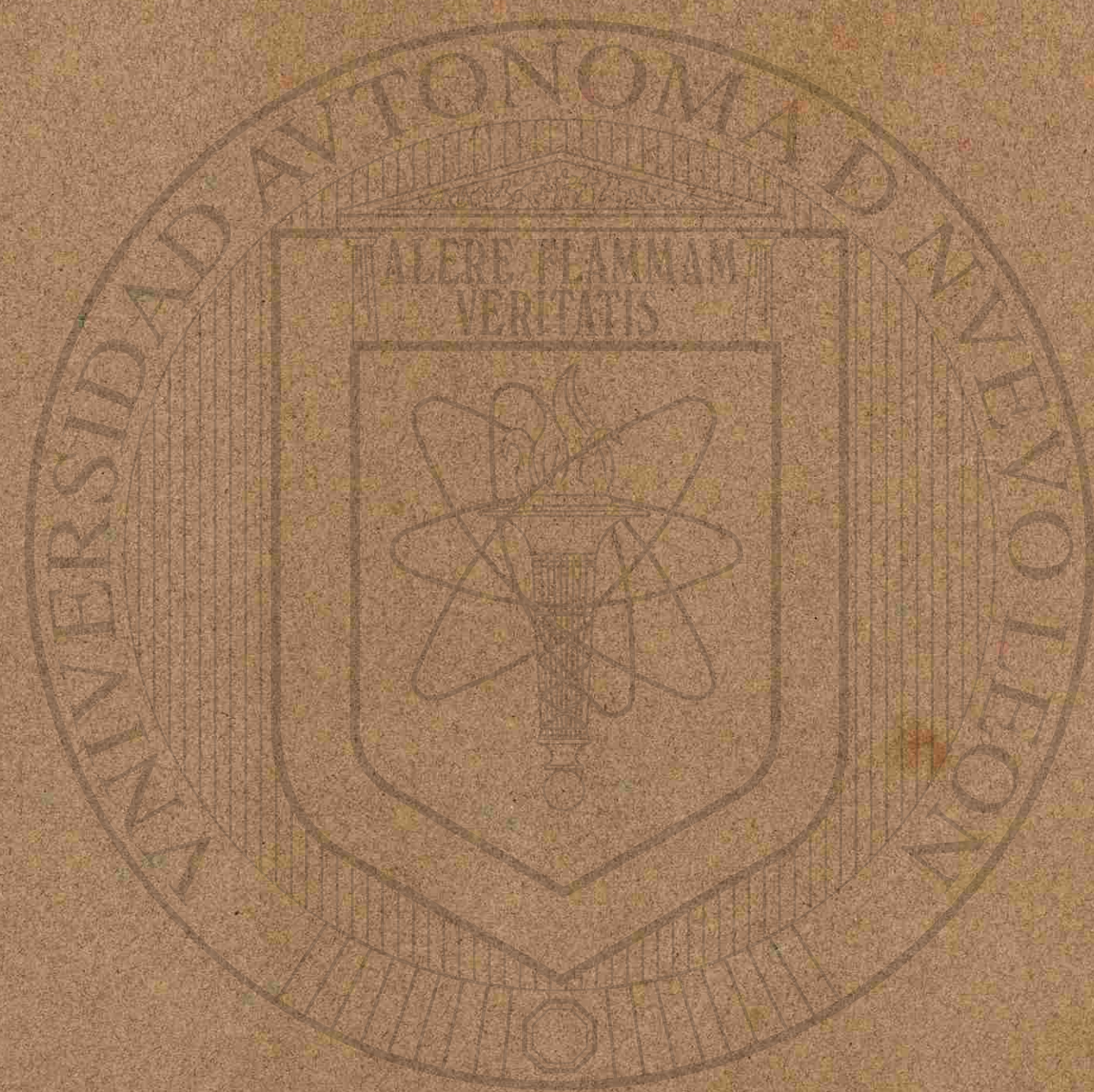
General D. Porfirio Díaz

PRESIDENTE CONSTITUCIONAL DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS

LIBRERÍA AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

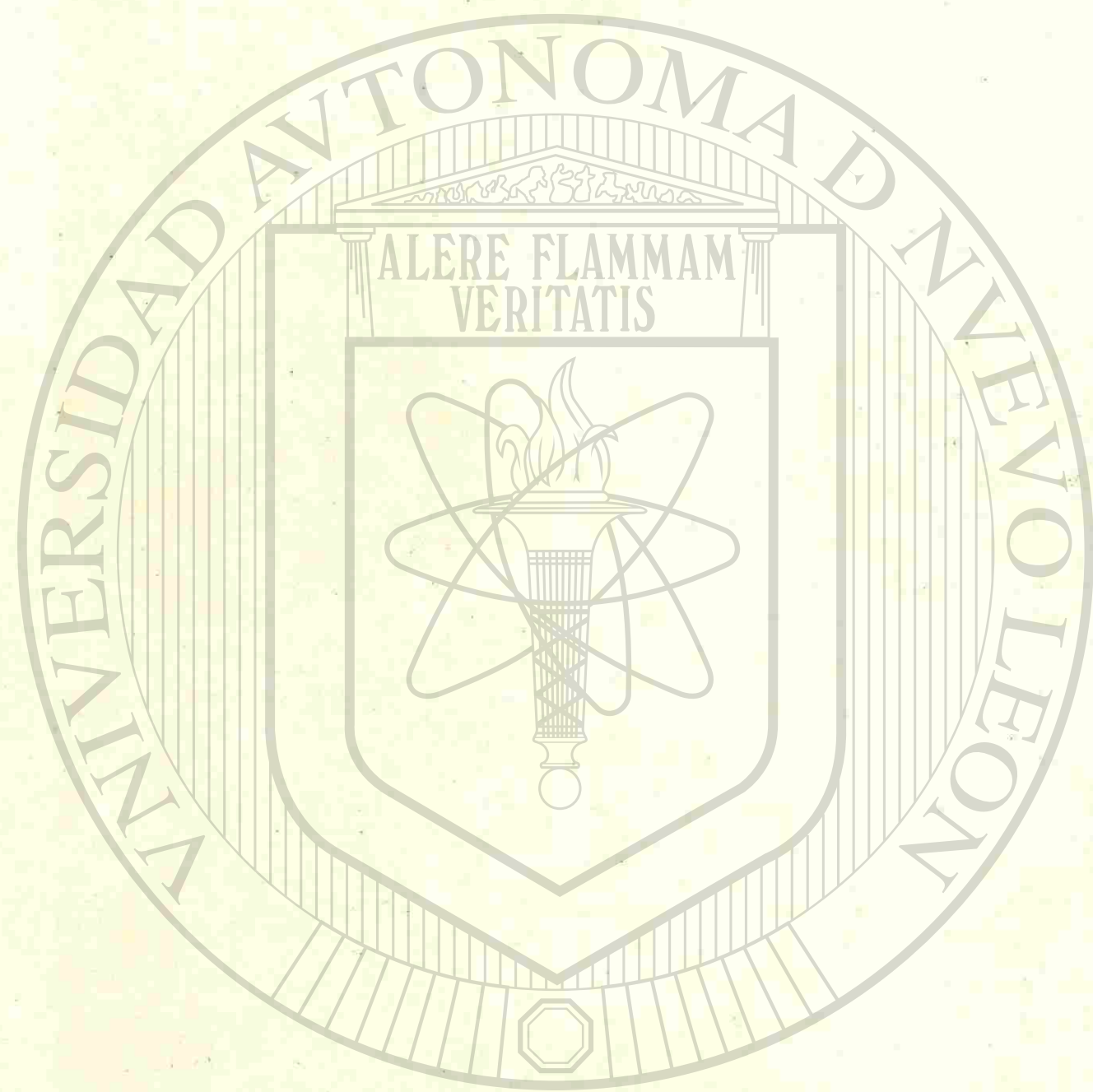


GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

El general Díaz llegaba á Chihuahua, en Julio de 1872, y allí le sorprende la noticia de la muerte del benemérito Presidente de la República, D. Benito Juárez, cuya permanencia en el poder era el motivo de una revolución, que desde el instante que falleciera el ilustre patricio carecía de razón de ser. En tal virtud, la actitud hostil de los opositores armados cesó, y el presidente de la Suprema Corte de Justicia de la nación, D. Sebastián Lerdo de Tejada, por ministerio de la ley se hizo cargo del gobierno, y expidió una oportuna amplia amnistía, que dió por resultado la completa pacificación del país. Después, el señor Lerdo fué elegido Presidente, y bajo su administración tuvo efecto el alzamiento del bandido Lozada, en Enero de 1873.

El citado Lozada puso sobre las armas 12.000 hombres, que dividió en tres fracciones, amagando con ellas á los Estados de Zacatecas, Sinaloa y Jalisco; la primera fué detenida, la segunda derrotada, y la tercera, que era la más importante, y á cuyo frente venía el mismo Lozada, sufrió la propia suerte, á inmediaciones de Guadalajara, en La Mojonera, donde 2.200 soldados, mandados por el general Corona, escarmentan á los del enemigo, que sumaban 8.000. Tras estos hechos, se abre campaña contra Lozada, que se abriga en la sierra de Alica, se le aprisiona y se le fusila.

En tanto, el presidente Lerdo elevó las leyes de Reforma hasta hacerlas formar parte de la Constitución de la República, y restableció el Senado en nuestras instituciones; pero su política, estacionaria en el exterior, y restringida en lo referente á ampliar los elementos del interior, semejante en todo á la observada en los últimos años de su vida por el señor Juárez, no satisfacía las aspiraciones de progreso del país, y la opinión en su contra se consolidaba.

El benemérito general Rocha, con fuerzas del Gobierno que estaban bajo su mando, en un instante que debe ser lamentado, intenta una rebelión en México, en 1875, y después de esto se le envía al extranjero.

El general Fuero, en Nuevo León y Coahuila, y el general Ceballos, en Jalisco, asumen los mandos políticos por acuerdo del Gobierno, previas ciertas formalidades legales; y la reelección del señor Lerdo se intenta y se realiza, ocasionando tal descontento los trabajos relativos, que el general Díaz levanta nuevamente el pendón revolucionario, expidiendo en Tuxtepec, en 1.º de Enero de 1876, un plan por el que desconocía al Gobierno.

Ese plan tuvo eco en muchos lugares de Oaxaca, Puebla, Jalisco, Guanajuato, Sonora, Sinaloa, Durango, Yucatán, Veracruz, Nuevo León y Tamaulipas; mas ya no eran los soldados del ejército los que ejecutaban los levantamientos. Sus caudillos tenían que crearse elementos para la guerra.

Habíase advertido que el general Mejía, ministro de la Guerra, intentaba crearse un círculo propio, y esto no dejó de lastimar la moral del ejército. Dicho ministro fué substituído en su cargo por el general Escobedo.

Diversos combates habían ocurrido. Alatorre dominaba los principales núcleos en el Oriente; el general Fuero habíase sostenido en el Norte; y por el Occidente, el general Tolentino, amagado por las partidas de Tepic, encabezadas por D. José María Alfaro, evacúa el distrito, y le substituye Carbó en el mando, quien luego recupera el territorio abandonado.

En Agosto de 1876, el segundo jefe de la revolución, general D. Donato Guerra, era derrotado en Tamiapa por el teniente coronel D. Bernardo Reyes; se dirige á Chihuahua y se le captura, muriendo después á manos de la fuerza que mandaba el teniente coronel Machorro, que lo custodiaba, y que se vió atacada por un número triple de fuerzas enemigas.

Se sucedieron encuentros varios, y en Noviembre libra batalla el general Alatorre contra el general Díaz en Tecuac. Las tropas del primero, un tanto desmoralizadas, fueron derrotadas, debido á la firmeza del jefe enemigo, y á que le llegaron á última hora fuerzas auxiliares encabezadas por el general González. Tras esta importante victoria, el caudillo de la revolución hizo una marcha triunfal á Puebla, que se le entregó con la guarnición allí existente.

No pasaremos adelante sin expresar que el presidente de la Suprema Corte, que lo era á la sazón el licenciado D. José María Iglesias, desconociendo la legitimidad de la elección del señor Lerdo, lanzó un

manifiesto á la nación, declarándose Presidente interino de la República por ministerio de la ley, y se dirigió á Guanajuato, donde el gobernador Antillón, que contaba con 2.500 hombres del Estado, le prestó su apoyo.

Estando ya en Puebla el general Díaz, y Antillón en Guanajuato proclamando á Iglesias, D. Sebastián Lerdo de Tejada abandonó la capital el 20 de Noviembre, y se embarcó en Acapulco rumbo á los Estados Unidos, de donde no volvió más. Cuatro días después de salido Lerdo, el general Díaz, al frente de 12.000 hombres, ocupó á México; y conforme al plan de Tuxtepec, reformado en Palo Blanco, se hizo cargo del poder ejecutivo; dejó en él al general D. Juan N. Méndez, y se dirigió hacia Guanajuato.

El señor Iglesias fué reconocido por algunos jefes del ejército, al abandonar el país el señor Lerdo, é intentó convenios con el general Díaz; pero no habiendo sido aceptadas sus proposiciones, huyó por Guadalupe, donde el general Ceballos tenía una fuerte división, y se embarcó en Manzanillo, llegando á aguas de Mazatlán, de cuyo lugar hizo rumbo para San Francisco de California.

Sin bandera legal las tropas del Gobierno, por la ausencia del señor Lerdo y por la prematura evolución política de Iglesias, no presentaron más resistencias en ninguna parte, y la revolución se halló por tal manera victoriosa en toda la República.

Después del triunfo del general Díaz, no volvió á verificarse en el país lo que puede llamarse una revolución; y los pronunciamientos aislados ó de carácter meramente local, fueron con oportunidad reprimidos.

A fin de dar ser constitucional al Gobierno, el general vencedor expidió la convocatoria para las elecciones de los poderes; y á virtud de ella se reunió en el mes de Abril el Congreso electo, declarándolo Presidente de la República, en Mayo de 1877, previa la computación de los votos respectivos.

En el ejército, al siguiente año se procedió á efectuar el cambio de reglamentos para las maniobras, adoptándose el orden extendido, con aplicación del sistema ternario del general Lewal.

Un serio levantamiento encabezado por los generales Márquez de León y Ramírez Terrón, en Sinaloa, Sonora y Baja California, fué reprimido por tropas del general Carbó. El coronel D. Bernardo Reyes, con poca fuerza respecto á la del enemigo, derrotó á Ramírez Terrón, en Villa de Unión, el 4 de Julio de 1880, contribuyendo esto en gran manera á dominar á los revoltosos. El coronel Reyes, que fué herido dos veces en el combate, recibió en premio de su conducta dos ascensos, pues se le otorgó el empleo efectivo de general de brigada.

Electo Presidente de la República el general D. Manuel González, se hizo cargo de su puesto en Diciembre del año de 1880.

En el período de su gobierno se reformaron las ordenanzas del ejército.

Algún conflicto ocurrió en tal período en Sonora: el gobernador de aquel Estado fué desconocido en Guaymas y Hermosillo, y el general Reyes interviene en la cuestión de modo conveniente, terminando las alarmas. Otro suceso semejante al de Sonora tuvo lugar en Jalisco, y el general Tolentino se encargó allí de que el orden se restableciera.

Verificadas las elecciones generales en 1884, y hecha por el Congreso la declaratoria de haber sido favorecido por el voto público el general Díaz, en 31 de Diciembre se hizo cargo de la suprema magistratura de la nación.

La campaña contra los indios yaquis y mayos tuvo que efectuarse, desde 1884, para lograr la sumisión de éstos; y sucesivamente se encargaron de ella, pues se prolongó por varios años, los generales Carbó, Topete, Martínez y Torres.

Ocurridas algunas alteraciones del orden con motivo de cuestiones electorales locales en Coahuila y Nuevo León, se declara en sitio al primero de los citados Estados, y se nombra gobernador provisional del mismo al general D. Julio M. Cervantes. Después, en 1885, se ordena al general D. Bernardo Reyes que con una brigada marche de San Luis Potosí á Nuevo León, y también provisionalmente es encargado de gobernar esa entidad, tras haberse efectuado algunos movimientos armados, que terminaron con las medidas que dejamos indicadas.

El Sr. Presidente Díaz fué reelecto en otros períodos consecutivos.

En Agosto de 1893 se inicia en Coahuila un alzamiento contra el gobierno local por cuestiones electorales, y el general Reyes interviene, y hace que se le entreguen las armas por los opositores, que habían roto ya las hostilidades contra las fuerzas del gobierno de aquel Estado. D. Canuto Neri se levanta en Guerrero, también con motivo de elecciones referentes á aquella entidad federativa, y se somete, habiendo sido juzgado en consejo de guerra.

No volvieron á turbar más la tranquilidad pública las revueltas, y ya hemos visto cómo los movimientos locales se dominaron y la paz se consolidó.

Más de 12.000 kilómetros de vía férrea, y más de 50.000 de alambre telegráfico, extendidos en el país



Tropas de artillería rindiendo jornada (época actual)

en los últimos años, facilitaron la comunicación, abreviaron las marchas de las tropas y contribuyeron así á afirmar la paz ya conquistada.

Asombrosa fué la gestión administrativa del general Díaz, en la que realizó hechos dignos de remembranza, siendo uno de ellos el haber abatido para siempre al monstruo de la anarquía, que había vivido por espacio de sesenta años, sorbiendo la sangre, y con ella las fuerzas vitales de la patria desgarrada.

Resumen. — El ejército actual. — Hemos recorrido la historia, y hemos visto formarse un ejército, ya mexicano, producto de conquistadores y conquistados, en los últimos años del período virreinal; hemos visto á ese ejército realista luchando contra las masas de insurgentes, convocadas al grito de independencia de Hidalgo, que se disciplinaron bajo el genio organizador de Morelos, y se mantuvieron combatiendo contra el citado ejército, alentadas por la heroica constancia de Guerrero, para venir á formar un todo con sus enemigos, que se denominó ejército trigarante, á la consumación de la independencia en 1821.

Tras esto, surge en el país la separación de los bandos liberal y conservador, y entonces se segrega el ejército permanente, con sus viejos fueros y privilegios; se une al clero, y sirve principalmente los

intereses del segundo de dichos bandos, tomando como divisa la defección, para consumir una serie no interrumpida de pronunciamientos, encendidos en las ambiciones, en las pasiones de los jefes de las tropas.

Triunfa con ciudadanos armados la liberal evolución salvadora del plan de Ayutla, y después de ello queda formado con los mismos un ejército nuevo: son sus soldados los que se levantaron, inspirados por el deseo de concluir con la tiranía, bajo la bandera del insigne D. Juan Álvarez; pero Comonfort aceptó como parte componente de ese ejército incipiente á las antiguas tropas del dictador Santa Anna, que pronto, traicionando, ocasionaron su caída y sostuvieron la formidable lucha de 1858 á 1860, bajo el mando de Miramón; uniéndose luego con Márquez al ejército invasor francés, volviendo sus armas de ese modo en contra de la patria. Tales tropas fueron después el sostén del imperio de Maximiliano, para quedar definitivamente exterminadas por aquellas que se ilustraron en las guerras por la libertad, por la Reforma y por la segunda independencia.

Al restablecimiento de la República se reformó el ejército, de conformidad con disposiciones que se dieron al efecto. Aquel ejército quedó depurado de los vicios del antiguo, que terminó en los combates ó cayó prisionero como hemos visto; revistió un carácter nacional, y no fué más aquella podrida clase privilegiada, que á semejanza de una guardia pretoriana, con sus motines sangrientos, verificó tantos cambios de gobierno. En efecto, en Septiembre de 1867, en la época del gobierno de Juárez, se regularizó el ejército actual, que han venido modificando los presidentes general Díaz y general González.

Últimamente, bajo la presidencia del general Díaz, debido á la incansable labor del ministro de la Guerra, general D. Felipe B. Berriozábal, que ha reorganizado todo lo que á las armas se refiere, y modificado ordenanzas y reglamentos, el ramo militar en México se encuentra en los términos que pasamos á explicar:

La *Secretaría de Guerra y Marina*, tiene, para dirigir los servicios de su competencia: la oficina superior del señor Ministro, con cinco mesas y una sección de Archivo y Biblioteca; un departamento del cuerpo especial de Estado Mayor, en que se hallan anexos los servicios de transportes, comunicaciones y etapas; otro departamento de Ingenieros, y los de Artillería, Caballería, Infantería, Cuerpo médico y Marina, estando á cargo del último cuanto se refiera á la Armada.

Existe una *Plana Mayor del Ejército*, con diez generales de división y cincuenta de brigada, que desempeñan diversos mandos y comisiones.

La *Junta Superior de Guerra*, compuesta de un general de división y cuatro de brigada, se ocupa en dictaminar sobre los asuntos que somete á su conocimiento el señor Ministro del ramo.

Los *Gobernadores de los palacios del Ejecutivo* dependen del ramo militar.

El *Cuerpo Especial de Estado Mayor* está formado por los jefes y oficiales técnicos, con que se integran los estados mayores de los jefes con mando, aprovechándose sus conocimientos para que desempeñen otras comisiones.

El *Cuerpo de Ingenieros* tiene á su cargo las construcciones de edificios militares y fortificaciones; y son dependencias de él los *Zapadores*, que forman un batallón; el *Servicio militar de telegrafos y ferrocarriles*, y el *Tren* para la conducción de pertrechos de zapa, herramientas, puentes portátiles, etc.

En tantos cuantos batallones y regimientos forman el ejército, hay una Escuela primaria militar; y existen, además, la de *Aplicación para Artillería, Estado Mayor e Ingenieros*, la de *Bandas*, la de *Veterinaria y Mariscalia*, y las muy importantes de *Médicos del Ejército*, de *Marina*, y un *Colegio Militar*, donde se estudia Infantería, Caballería, Artillería, Ingeniería y Estado Mayor. Este Colegio da un precioso contingente para la oficialidad del ejército.

El *Cuerpo de Artillería* tiene á su cargo la *Maestranza*, el *Museo* y *Biblioteca militares*, el *Parque general*, con sus almacenes de armas, la *Fundición Nacional de Artillería*; y la *Fábrica de Pólvora*, con más los batallones de artilleros.

El *Servicio de Sanidad* lo hacen el *Cuerpo Médico* y el *Veterinario*. Su personal se reparte en la *Escuela Médico-Militar*; en los doce *Hospitales*, establecidos con todos los elementos necesarios, en lugares

SIMULACRO DE GUERRA EFECTUADO EL 4 DE DICIEMBRE DE 1900 Á INMEDIACIONES DE MÉXICO
CON MOTIVO DE LAS FIESTAS PRESIDENCIALES

Avance de una columna de caballería

intereses del segundo de dichos bandos, tomando como divisa la defección, para consumir una serie no interrumpida de pronunciamientos, encendidos en las ambiciones, en las pasiones de los jefes de las tropas.

Triunfa con ciudadanos armados la liberal evolución salvadora del plan de Ayutla, y después de ello queda formado con los mismos un ejército nuevo: son sus soldados los que se levantaron, inspirados por el deseo de concluir con la tiranía, bajo la bandera del insigne D. Juan Álvarez; pero Comonfort aceptó como parte componente de ese ejército incipiente á las antiguas tropas del dictador Santa Anna, que pronto, traicionando, ocasionaron su caída y sostuvieron la formidable lucha de 1858 á 1860, bajo el mando de Miramón; uniéndose luego con Márquez al ejército invasor francés, volviendo sus armas de ese modo en contra de la patria. Tales tropas fueron después el sostén del imperio de Maximiliano, para quedar definitivamente exterminadas por aquellas que se ilustraron en las guerras por la libertad, por la Reforma y por la segunda independencia.

Al restablecimiento de la República se reformó el ejército, de conformidad con disposiciones que se dieron al efecto. Aquel ejército quedó depurado de los vicios del antiguo, que terminó en los combates ó cayó prisionero como hemos visto; revistió un carácter nacional, y no fué más aquella podrida clase privilegiada, que á semejanza de una guardia pretoriana, con sus motines sangrientos, verificó tantos cambios de gobierno. En efecto, en Septiembre de 1867, en la época del gobierno de Juárez, se regularizó el ejército actual, que han venido modificando los presidentes general Díaz y general González.

Últimamente, bajo la presidencia del general Díaz, debido á la incansable labor del ministro de la Guerra, general D. Felipe B. Berriozábal, que ha reorganizado todo lo que á las armas se refiere, y modificado ordenanzas y reglamentos, el ramo militar en México se encuentra en los términos que pasamos á explicar:

La *Secretaría de Guerra y Marina*, tiene, para dirigir los servicios de su competencia: la oficina superior del señor Ministro, con cinco mesas y una sección de Archivo y Biblioteca; un departamento del cuerpo especial de Estado Mayor, en que se hallan anexos los servicios de transportes, comunicaciones y etapas; otro departamento de Ingenieros, y los de Artillería, Caballería, Infantería, Cuerpo médico y Marina, estando á cargo del último cuanto se refiera á la Armada.

Existe una *Plana Mayor del Ejército*, con diez generales de división y cincuenta de brigada, que desempeñan diversos mandos y comisiones.

La *Junta Superior de Guerra*, compuesta de un general de división y cuatro de brigada, se ocupa en dictaminar sobre los asuntos que somete á su conocimiento el señor Ministro del ramo.

Los *Gobernadores de los palacios del Ejecutivo* dependen del ramo militar.

El *Cuerpo Especial de Estado Mayor* está formado por los jefes y oficiales técnicos, con que se integran los estados mayores de los jefes con mando, aprovechándose sus conocimientos para que desempeñen otras comisiones.

El *Cuerpo de Ingenieros* tiene á su cargo las construcciones de edificios militares y fortificaciones; y son dependencias de él los *Zapadores*, que forman un batallón; el *Servicio militar de telegrafos y ferrocarriles*, y el *Tren* para la conducción de pertrechos de zapa, herramientas, puentes portátiles, etc.

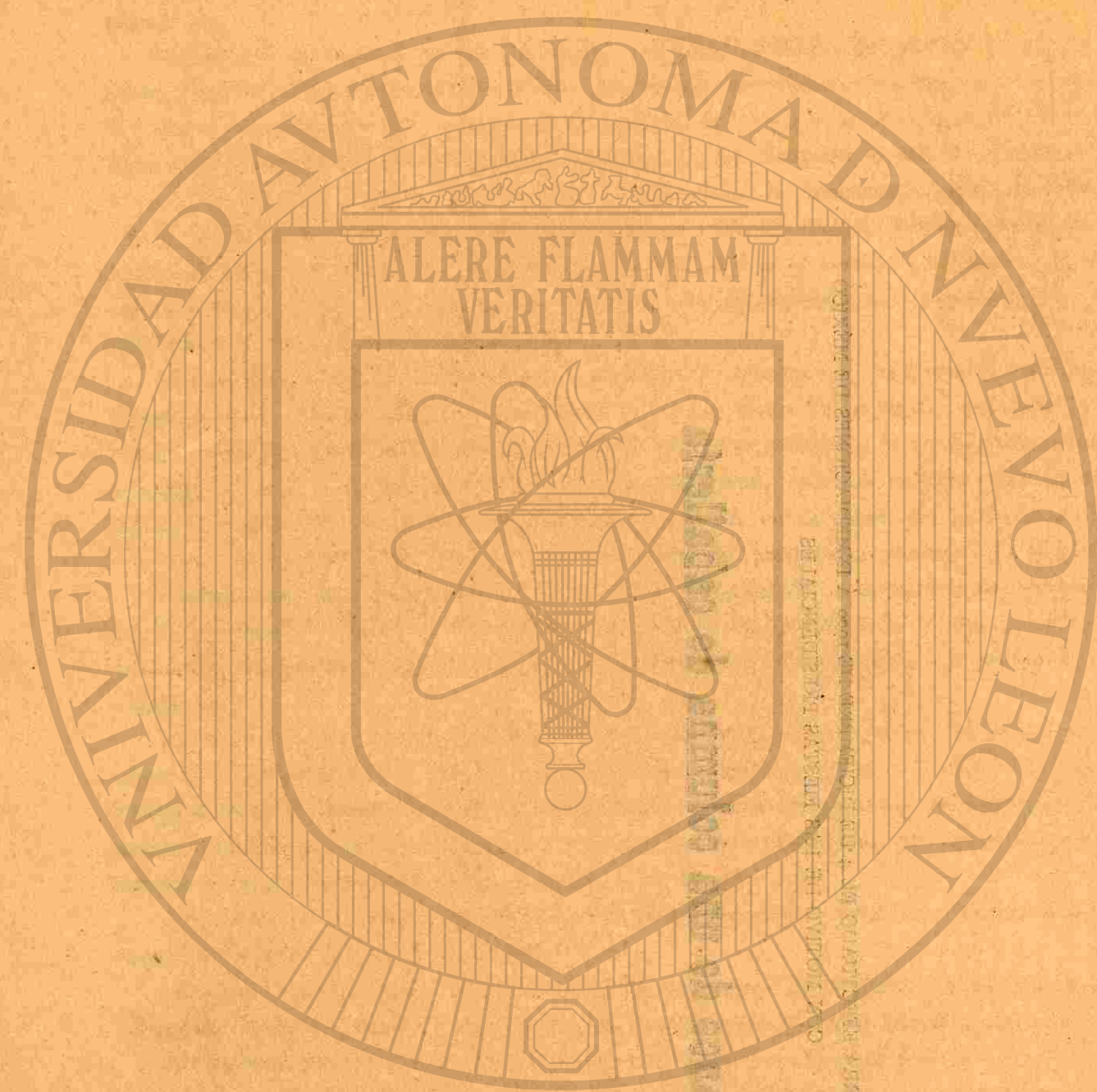
En tantos cuantos batallones y regimientos forman el ejército, hay una Escuela primaria militar; y existen, además, la de *Aplicación para Artillería, Estado Mayor e Ingenieros*, la de *Bandas*, la de *Veterinaria y Mariscalia*, y las muy importantes de *Médicos del Ejército*, de *Marina*, y un *Colegio Militar*, donde se estudia Infantería, Caballería, Artillería, Ingeniería y Estado Mayor. Este Colegio da un precioso contingente para la oficialidad del ejército.

El *Cuerpo de Artillería* tiene á su cargo la *Maestranza*, el *Museo* y *Biblioteca militares*, el *Parque general*, con sus almacenes de armas, la *Fundición Nacional de Artillería*; y la *Fábrica de Pólvora*, con más los batallones de artilleros.

El *Servicio de Sanidad* lo hacen el *Cuerpo Médico* y el *Veterinario*. Su personal se reparte en la *Escuela Médico-Militar*; en los doce *Hospitales*, establecidos con todos los elementos necesarios, en lugares

SIMULACRO DE GUERRA EFECTUADO EL 4 DE DICIEMBRE DE 1900 Á INMEDIACIONES DE MÉXICO
CON MOTIVO DE LAS FIESTAS PRESIDENCIALES

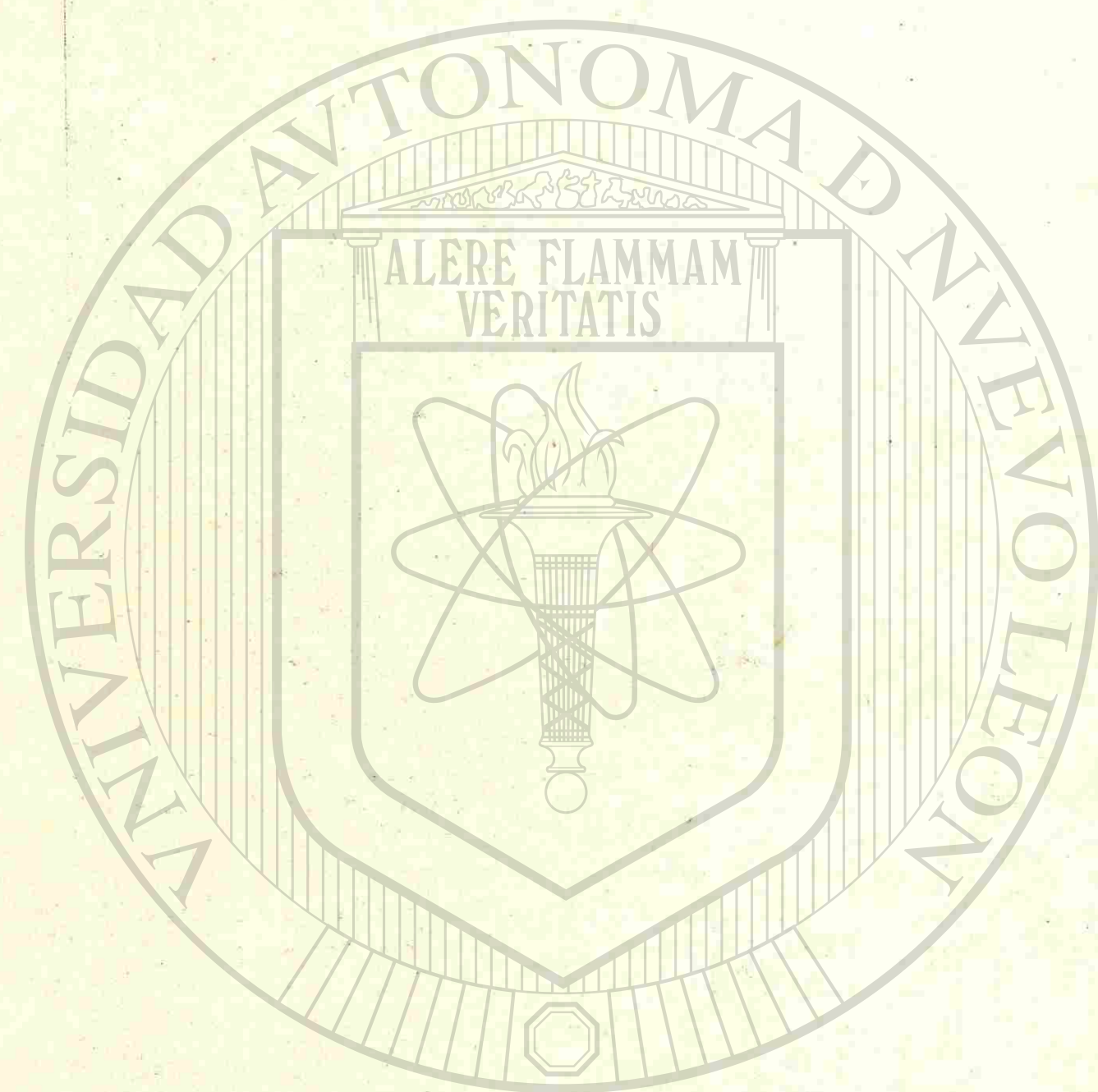
Avance de una columna de caballería



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES

donde existen Cuarteles generales de Zona, y en los batallones y regimientos; pues cada corporación tiene asignado un médico para su servicio, y cada Zona un veterinario.

Dicho Cuerpo Médico tiene *Secciones de enfermeros y camilleros*, y su *Tren de ambulancia*.

La *Administración Militar*, en tiempo de paz, sólo consta de los pagadores de los cuerpos, que rinden sus cuentas á la Tesorería General de la Nación; pero en caso de guerra se nombran Pagadores de brigadas ó divisiones, al cargo de quienes quedan *Panaderías de campaña*, con sus *hornos rodantes* y demás adminículos necesarios, y trenes de transporte.

La *Administración de Justicia Militar* se compone de una *Corte de Justicia*, con cuatro *Salas*, *Sección de Archivo*, *Defensorías de Oficio*, *Ministerio Público* y *Asesores*.



Masa de columnas desfilando por secciones (época actual)

Los *Tribunales de Instrucción* están radicados en los Cuarteles generales de Zona, donde hay repartidos diez Consejos de Guerra permanentes, que conocen desde luego de los procesos que se forman.

El *Servicio de transportes* mantiene un tren en pie de paz, y se organizan otros para pie de guerra, según las reglas establecidas para el caso.

El ejército está dotado como sigue:

La *Artillería* tiene cuatro *batallones de artilleros* y uno de *ametralladoras*. Cada batallón, en pie de paz, tiene 12 cañones de batalla, 12 de montaña y 2 de artillería á caballo, más sus carruajes correspondientes. Así es que esos batallones cuentan con 104 bocas de fuego y 24 ametralladoras. Además, hay la gran dotación de artillería de plaza.

La *Caballería* la forman catorce *regimientos*, con cuatro escuadrones cada uno; ocho *cuadros de regimiento*, de dos escuadrones, y tres *escuadrones regionales*, de Baja California, Sonora y Chihuahua, más la *Gendarmería del ejército*, que hace el servicio de policía militar.

Consiste la *Infantería* en el *batallón de zapadores*, 28 *batallones de línea*, con cuatro compañías cada

uno; 12 cuadros de batallón, de dos compañías; 2 batallones regionales, de Yucatán y Tampico, y 7 compañías, también regionales, que ocupan lugares de la costa.

El total de esa fuerza es de 26.000 hombres, á la que se agregan otras auxiliares para especiales casos. Está en la actualidad armada con fusil y carabina Mausser, modelo español, calibre de siete milímetros.

En tiempo de paz, tales tropas, repartidas en la República, según lo dispone el Ministerio de Guerra, cubren, bajo las órdenes de generales de división ó brigada, las guarniciones de once Zonas ó Departamentos militares, en que principalmente está dividido el país; y tres comandancias y cuatro jefaturas, en donde se hallan dos prisiones y tres fuertes artillados.

Para recoger los mutilados ó inutilizados en acción de guerra ó campaña, existe el Asilo Militar de Invalidos, con su cuadro correspondiente de oficialidad y administración.

Hay un Depósito de jefes y oficiales, en cuya corporación están reunidos los militares graduados sin colocación.

Existen cuatro Depósitos de reemplazos, donde se reciben los contingentes que cada Estado de la Federación ministra anualmente, según su censo, para cubrir las bajas de los cuerpos del ejército.

Las Reservas del ejército las forman: la primera, la magnífica división de 3.200 hombres de los cuerpos rurales de caballería, que dependen del Ministerio de Gobernación; las gendarmerías fiscales y resguardos de las fronteras, que tiene el Ministerio de Hacienda, y que reúnen más de 1.000 jinetes escogidos; la policía montada y de á pie de cada uno de los Estados, y la Guardia Nacional en servicio activo que hay en los mismos; y la segunda, las tropas de Guardia Nacional en asamblea, para las que se tiene armamento en almacenes.

Para los cuadros de estas fuerzas se cuenta con el Depósito de jefes y oficiales, y con los permanentes separados del servicio.

En pie de guerra, el personal del ejército permanente se aumenta en un treinta y tres por ciento en la artillería é infantería, y en un veinticinco por ciento en la caballería. A cada una de esas baterías de los batallones de artilleros se le aumentan dos cañones. Así es que, en tales condiciones, el Ejército mexicano tiene: 34.000 soldados del ejército permanente, con 150 cañones y 32 ametralladoras; 26.000 hombres de la primera reserva, y 100.000 de la segunda, con la artillería que se les destine; pues existiendo bocas de fuego excedentes, se pondrán de ellas en servicio las que se juzguen necesarias.

La división por Zonas hemos dicho que está establecida para tiempo de paz; pero en la guerra, los cuerpos forman brigadas, divisiones, cuerpos de ejército y ejércitos.

La Armada Nacional tiene una corbeta, tres cañoneros, un transporte y un velero; está dirigida por sus cuerpos técnicos, que se ocupan de la Ingeniería naval y del material flotante y fijo, de la sanidad, de la administración, del personal y de su reclutamiento.

Existe en Veracruz un dique autocarenante, con arsenal y las oficinas correspondientes; y un varadero con sus talleres respectivos, en el puerto de Guaymas.

La Escuela Naval Militar atiende á formar el personal de guerra y maquinistas, impartiendo una educación teórica y práctica.

La Escuela de Marinería se ocupa de formar el personal de marineros, fogoneros, y el de las demás dependencias del ramo.

Tal es el cuadro que presentan el Ejército y la Armada de la República.

El sistema de reclutamiento para el ejército no satisface aún, ni con mucho, á las aspiraciones del Gobierno, que pide á los Estados los contingentes, y éstos los reúnen de un modo irregular, haciendo en lo general recaer el servicio sobre las clases ínfimas de la sociedad.

Se piensa hacer reformas graduales en el particular, las cuales no se han emprendido porque apenas hace cuatro lustros que la paz se ha conquistado en el país, bajo la presidencia del general D. Porfirio Díaz; pero en el año de 1898 se determinó por ley que el servicio militar debe considerarse obligatorio, y esto se reputa como un paso en la evolución que ha de verificarse en asunto tan importante, para bien

del ejército, y por ende para el de la nación, puesto que en la actualidad nuestro ejército ha llegado á ser, como á sus deberes cumple, el guardián de las instituciones y de la autonomía de la República.

Nuestra Armada es una armada incipiente, que no ha sido dable desarrollar en un pueblo que tanto la necesita, al tener como tiene litorales inmensos, que bañan, hacia el Oriente, el Océano Atlántico, y al Occidente y Sur, el Pacífico.

La paz que en México ha asegurado el general Díaz, gobernante ilustre que hoy rige sus destinos, es una promesa de que lo que falta por hacer para perfeccionar nuestras instituciones militares, para engrandecer nuestra Armada, tendrá que efectuarse.

Por lo demás, apenas habrá en el mundo tropas organizadas que iguallen á las mexicanas en sobriedad y resistencia para las grandes fatigas; sus jinetes tienen sobresalientes aptitudes, y todos los hombres que forman nuestras tropas poseen el valor de las razas de que se originan: valor que obra maravillas cuando es afirmado por la disciplina y la instrucción, que en la actualidad se procuran con empeño.

Conclusión. — Hemos pasado por las amargas pruebas que nos impuso la ley ineludible de nuestros antecedentes históricos, de los atavismos de las razas de que somos la resultante, de la ebullición de sangres enemigas, que se mezclaron con sus odios y sus energías contrarias; y al fin, depurados por el fuego de todos los tormentos, acrisolados, después de sufrir el martirio de tremendas luchas, nos podemos presentar ante el mundo con un ejército que ha sabido, sacrificándose, formándose entre la matanza, salvar la independencia y la libertad de la Patria, formidablemente amenazadas en un luctuoso período de sesenta años de constantes guerras.

Aquí está, pues, este Ejército mexicano, con sus 26.000 soldados en la paz, con sus 160.000 soldados en la guerra, teniendo por historia la que hemos trazado, por norma el deber, y por religión el honor.

Para saber cómo este ejército ha venido á formarse, hemos asistido á la gran epopeya de la República, y hemos visto á sus héroes luchar, remontándose gloriosos á la luminosa región de los inmortales.

¡Qué cuadro el que hemos presentado! Se esboza el campo con su maleza bravia, su arboleda sombría, sus montañas y sus torrentes salvajes; el flechero cazador allí, es el guerrero que disputa la presa ensangrentada, y alza el chuzo con nervioso empuje, y lo hunde en el pecho del contrario.

Aparece la tribu armada de lanza y arco, que defiende un campo en que hizo brotar la planta noble, que brinda el alimento tan buscado. Se advierte la ciudad embrionaria, que se apresta á la lucha por su sosiego, en que anhelante trabaja por su bien, y que turba la atrevida hueste ávida de botín. Se mira la nación, la raza, que reúne sus contingentes, y que forma las falanges guerreras, que defienden la tierra en que se extiende y se sustenta, la tierra en que su vida desarrolla, ó que se lanzan á dar más amplitud á las fronteras, á buscar para su acción nuevos países.

Es la raza azteca esa raza, y se la ve asentarse en el Anáhuac, sobre un valle cubierto de lagos y arboledas; se la ve combatiendo con los vecinos, y organizando un ejército asombroso; pero hombres extraordinarios, cubiertos de hierro, invulnerables á las armas de los aborígenes, y que disponen del fuego y del rayo (el arcabuz y el cañón), aparecen por el Oriente, aliados con sus inúmeros y antes vencidos enemigos, y ahogan á sus guerreros en su sangre, y sujetan al pueblo subyugado á largo cautiverio.

De la mezcla de conquistadores y cautivas, nace una nueva y ardorosa gente, que arroja al fin á los advenedizos, que, siempre engreídos, conservar quisieron el dominio, cansándolos, vencidos en cruenta, prolongada guerra; y entonces se forma una nacionalidad heterogénea, la nacionalidad mexicana, de distintos orígenes y aspiraciones, de ilustración diversa; y luego esa nación es campo de anarquía: conmueven por sesenta años su tierra, la pelea y la lucha contra propios y extraños. ¡Cuánta sangre y qué vitalidad para soportar las terribles constantes hecatombes!

¡Qué época la de nuestras guerras! ¡Los batallones que combaten, y sus restos ensangrentados que son vencidos ó que triunfan; los escuadrones arrebatados por el vértigo de la carga, que caen destrozados; los cañones que truenan é iluminan siniestramente; los estandartes flotando, corriendo como llamas

encendedoras, en los amigos y enemigos campos; tropas chorreando sangre, que se miran entre el fuego y el humo; brillo de armas, fragor de bronzes, toques de cornetas y tambores, flamear de banderas vencedoras ó vencidas: tal fué el cuadro apocalíptico de nuestras luchas intestinas!

Y así, despedazados por ellas, nos agobia la invasión anglo-sajona, y luego, más tarde, viene el galo á nuestro festín sangriento; pero nada nos agota: ruedan instituciones envejecidas, ruedan cabezas con coronas, y al fin, tras tanto padecer, tras brega tanta, se alza nuestra República gloriosa; se yergue al cielo, por nuestro ejército sostenida, la nacional bandera mexicana.

Al reflejarnos la Historia, en su gigante espejo fiel, la perspectiva de los tiempos idos, el vértigo de lo infinito nos invade, se siente el deseo de acciones grandes, y la emoción, electrizando nuestros nervios, nubla la vista y aprieta el corazón.

Bernardo Reyes.

Índice de materias

INTRODUCCIÓN.	7
Antes de la conquista de México, y su consumación.	8
Época virreinal.	14
Guerra de independencia.	15
El Imperio y la República federal.	20
Anarquía.	23
Centralismo. — Anarquía. — Guerra con los Estados Unidos.	24
Restablecimiento de la Federación. — Anarquía. — Guerra con los Estados Unidos.	29
Fin de la Federación. — Dictadura. — Revolución de Ayutla.	37
Constitución de 1857. — Guerra de Reforma.	40
Sigue la guerra. — Intervención europea.	45
La intervención francesa y el Imperio de Maximiliano.	48
Fin del Imperio de Maximiliano. — Restauración de la República.	61
Últimos períodos de guerra civil. — Afianzamiento de la paz.	67
Resumen. — El ejército actual.	71
Conclusión.	75

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



encendedoras, en los amigos y enemigos campos; tropas chorreando sangre, que se miran entre el fuego y el humo; brillo de armas, fragor de bronzes, toques de cornetas y tambores, flamear de banderas vencedoras ó vencidas: tal fué el cuadro apocalíptico de nuestras luchas intestinas!

Y así, despedazados por ellas, nos agobia la invasión anglo-sajona, y luego, más tarde, viene el galo á nuestro festín sangriento; pero nada nos agota: ruedan instituciones envejecidas, ruedan cabezas con coronas, y al fin, tras tanto padecer, tras brega tanta, se alza nuestra República gloriosa; se yergue al cielo, por nuestro ejército sostenida, la nacional bandera mexicana.

Al reflejarnos la Historia, en su gigante espejo fiel, la perspectiva de los tiempos idos, el vértigo de lo infinito nos invade, se siente el deseo de acciones grandes, y la emoción, electrizando nuestros nervios, nubla la vista y aprieta el corazón.

Bernardo Reyes.

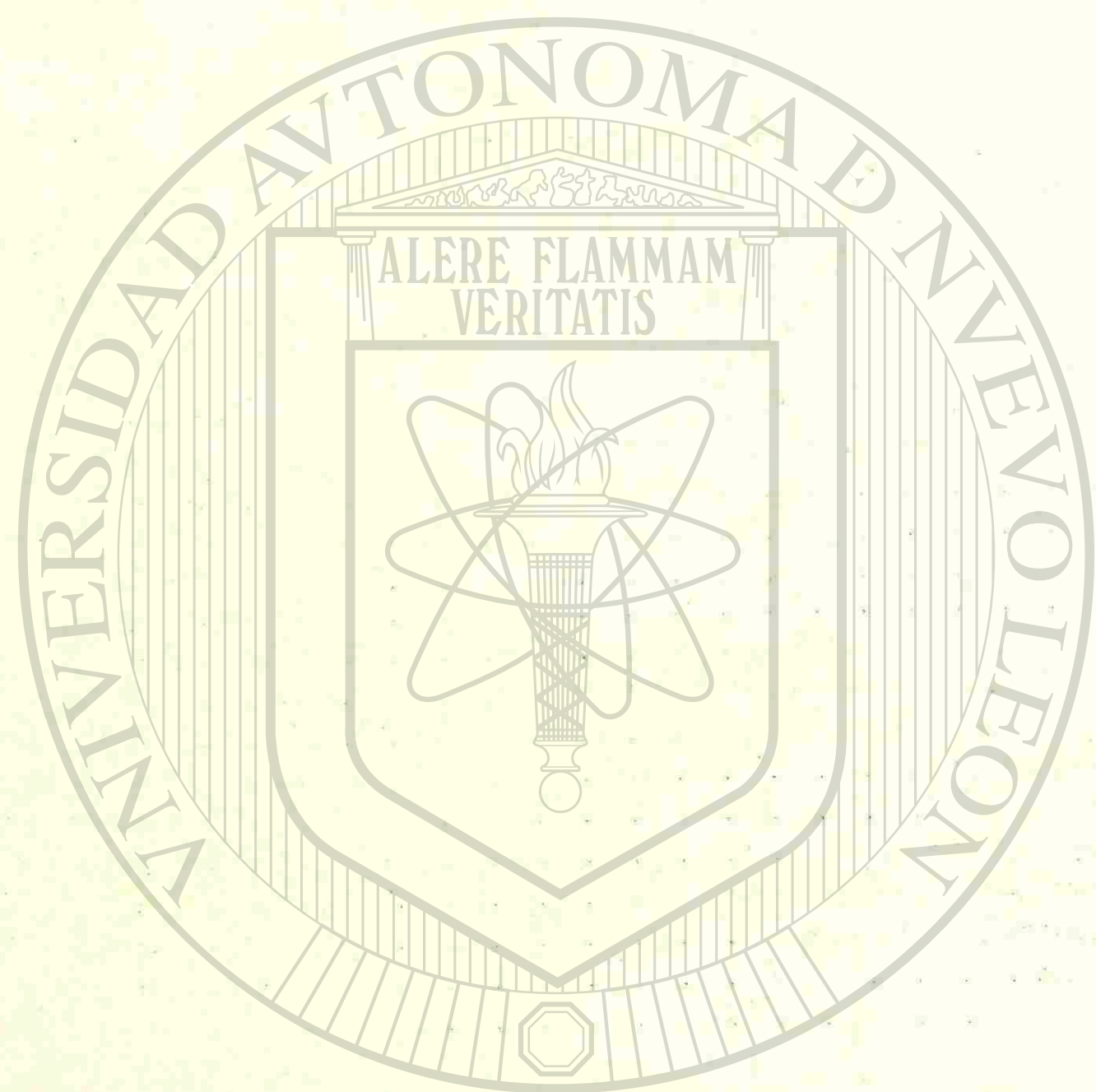
Índice de materias

INTRODUCCIÓN.	7
Antes de la conquista de México, y su consumación.	8
Época virreinal.	14
Guerra de independencia.	15
El Imperio y la República federal.	20
Anarquía.	23
Centralismo. — Anarquía. — Guerra con los Estados Unidos.	24
Restablecimiento de la Federación. — Anarquía. — Guerra con los Estados Unidos.	29
Fin de la Federación. — Dictadura. — Revolución de Ayutla.	37
Constitución de 1857. — Guerra de Reforma.	40
Sigue la guerra. — Intervención europea.	45
La intervención francesa y el Imperio de Maximiliano.	48
Fin del Imperio de Maximiliano. — Restauración de la República.	61
Últimos períodos de guerra civil. — Afianzamiento de la paz.	67
Resumen. — El ejército actual.	71
Conclusión.	75

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Índice

PARA LA COLOCACIÓN DE LAS LÁMINAS

Trofeos de guerra existentes en el Museo de la Maestranza de Artillería de México.	5
Escobedo, Degollado, Cuauhtémoc, Arista, Guerrero, Zaragoza.	13
General D. José María Morelos.	17
Vista panorámica de la Fábrica Nacional de Pólvora de Santa Fe.	25
Tropas de rurales formando en columnas paralelas.	33
Tropas de todas armas en masa de columnas.	41
Generales D. Ignacio Comonfort, D. Sóstenes Rocha, D. Juan Álvarez, D. Leandro Valle, D. Ramón Corona, D. Jesús González Ortega.	49
General D. Felipe B. Berriozábal, Ministro de Guerra y Marina en la época en que fué escrito este trabajo (1899).	57
Simulacro de guerra efectuado el 4 de Diciembre de 1900 á inmediaciones de México, con motivo de las fiestas presidenciales. — El Ministro de Guerra y su Estado Mayor.	65
General D. Porfirio Díaz, Presidente constitucional de los Estados Unidos Mexicanos.	69
Simulacro de guerra efectuado el 4 de Diciembre de 1900 á inmediaciones de México, con motivo de las fiestas presidenciales.—Avance de una columna de caballería.	73

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



